ÉL VIGILA. ESPERA. ELLOS DESAPARECEN.

TESS GERRITSEN

Frío glacial

RIZZOLI & ISLES

FRÍO GLACIAl

Frío glacial

Título original: Ice Cold
© 2010 Tess Gerritsen. Reservados todos los derechos.
© 2022 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción: Constanza Fantin Bellocq
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1243-3

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

—

Para Jack, R. Winans

Colegio Secundario Kearny, San Diego

Las lecciones que me enseñaste durarán toda la vida.

UNO

LLANURA DE ÁNGELES, ESTADO DE IDAHO

Era la elegida.

Hacía meses que estudiaba a la chica, desde que ella y su familia se habían mudado al complejo habitacional. Su padre era George Sheldon, un carpintero mediocre que trabajaba con el equipo de construcción. Su madre, una mujer insulsa y fácil de olvidar, había sido asignada a la panadería comunitaria. Ambos habían estado desempleados y desesperados cuando habían llegado por primera vez a su iglesia en Idaho Falls, buscando solaz y salvación. Jeremias los había mirado a los ojos y había visto lo que necesitaba ver: almas perdidas en busca de un ancla, cualquier ancla.

Habían estado maduros para la cosecha.

Ahora los Sheldon y su hija Katie vivían en la Cabaña C del recién construido Grupo Calvary. Todos los sábados se sentaban en los bancos que tenían asignados en la fila catorce. En su jardín delantero habían plantado alceas y girasoles, las mismas plantas alegres que adornaban todos los demás jardines delanteros. De muchas maneras, armonizaban con las otras sesenta y cuatro familias de La Congregación, familias que trabajaban juntas, practicaban el culto juntas y todos los sábados por la noche, partían juntas el pan.

Pero en un sentido importante, los Sheldon eran únicos. Tenían una hija extraordinariamente hermosa. La hija a la que él no podía dejar de mirar.

Desde su ventana, Jeremías la veía en el patio de la escuela. Estaban en el recreo de mediodía y los alumnos se amontonaban, disfrutando del día cálido de septiembre; los varones con sus pantalones negros y camisas blancas, las chicas con sus vestidos largos de colores pastel. Todos se veían saludables y bronceados, como deben verse los niños. Aun entre esas chicas con aspecto de cisnes, Katie Sheldon se destacaba por sus rizos rebeldes y su risa cristalina. Qué rápido cambian las chicas, pensó. En un solo año, ella había pasado de ser una niña a convertirse en una joven esbelta. Los ojos brillantes, el pelo reluciente y las mejillas rosadas eran todos indicios de fertilidad.

Estaba en un trío de chicas a la sombra de un roble. Tenían las cabezas juntas, como las Tres Gracias, e intercambiaban secretos. Alrededor de ellas se arremolinaba la energía del patio escolar, donde

los alumnos conversaban, jugaban a la rayuela y pateaban una pelota de fútbol.

De pronto vio que uno de los varones se acercaba a las tres niñas y frunció el ceño. El muchacho tendría unos quince años, una mata de pelo rubio y piernas largas que ya habían dejado cortos los pantalones. En la mitad del patio, el chico se detuvo, como si quisiera reunir valor para seguir. Luego levantó la cabeza y se dirigió directamente hacia las chicas. Hacia Katie.

Jeremías se apretó más contra la ventana.

Mientras el chico se acercaba, Katie levantó la mirada y sonrió. Era una sonrisa dulce e inocente, dirigida a un compañero de aula que casi seguramente tenía una sola cosa en mente. Claro que sí, Jeremías podía adivinar qué había en la cabeza de ese chico. Pecado. Inmundicia. Katie y el chico conversaban; las otras dos niñas, astutamente, se habían alejado. Él no podía escuchar la conversación por el ruido del patio, pero vio cómo Katie inclinaba la cabeza con atención, cómo se quitaba el cabello del hombro con un movimiento coqueto. Vio cómo el muchacho se inclinaba hacia ella como para inspirar y saborear su fragancia. ¿Era el hijo de los McKinnon? Adam o Alan o algo así. Actualmente vivían tantas familias en el complejo, con tantos niños, que ya no podía recordar todos los nombres. Les dirigió una mirada furiosa, y se aferró con tanta fuerza al marco de la ventana que sus uñas se hundieron en la pintura.

Se dió la vuelta y abandonó su despacho; bajó ruidosamente la escalera. Con cada paso, apretaba más fuerte la mandíbula y sentía que la acidez le quemaba en el estómago. Salió del edificio tras cerrar la puerta con fuerza, pero junto al portón del patio escolar se detuvo, luchando para serenarse.

No podía mostrarse de esa manera. Enfadarse era indigno.

Sonó la campana de la escuela, dando fin al recreo y llamando a los niños a clase. Él inspiró hondo y se tomó unos segundos para serenarse. Se concentró en el aroma del heno recién cortado, del pan que estaban horneando en la cocina comunitaria a poca distancia de allí. Desde el otro lado del complejo, donde se estaba construyendo el nuevo salón de culto, llegaban el gemido de una sierra y los ecos de una docena de martillos. Los sonidos virtuosos del trabajo honesto, de una comunidad que trabaja para Su mayor gloria. Y yo soy su pastor, pensó; yo los guío. ¡Y qué lejos habían llegado ya! Bastaba una sola mirada alrededor del incipiente poblado, alrededor de la docena de casas nuevas que se estaban construyendo, para ver que La Congregación florecía.

Finalmente, abrió el portón y entró en el patio de la escuela. Pasó junto al aula de nivel elemental, donde los niños cantaban la canción del abecedario y entró en el aula de los grados medios.

La maestra lo vio y se levantó de un salto, sorprendida.

—Profeta Goode, ¡qué honor! —exclamó efusivamente—. No sabía que hoy nos visitaría.

Él sonrió y la mujer se sonrojó, encantada por su atención.

—Hermana Janet, no es necesario que me preste ninguna atención. Solo quería pasar a saludar a su clase. Y ver si todos están disfrutando del nuevo año escolar.

La mujer les sonrió a sus alumnos.

—¿No es un honor que el Profeta Goode nos haya venido a visitar? ¡A ver, alumnos, dadle la bienvenida!

—Bienvenido, Profeta Goode —respondieron los alumnos al unísono.

—¿Os está yendo bien en este nuevo año escolar? —preguntó él.

—Sí, Profeta Goode. —De nuevo al unísono, con tanta perfección que parecía haber sido ensayado.

Katie Sheldon, notó él, estaba sentada en la tercera fila. También vio que el chico que había coqueteado con ella estaba sentado casi directamente detrás de ella. Lentamente, comenzó a caminar por el aula, asintiendo y sonriendo mientras estudiaba los dibujos y los ensayos de los alumnos que estaban colgados de las paredes. Como si realmente le importaran. Estaba concentrado solamente en Katie, que se mostraba decorosa detrás de su pupitre, con la mirada baja como correspondía a toda chica recatada.

—No quiero interrumpir la clase —dijo él—. Por favor, continúe con lo que estaba haciendo. Haga como si yo no estuviera aquí.

—Hum... sí. —La maestra carraspeó. —Alumnos, por favor abrid vuestros libros de Matemáticas en la página doscientos tres. Completad los ejercicios diez a dieciséis. Y cuando hayáis terminado, revisaremos juntos las respuestas.

Se oyó el sonido de lápices y el susurro de papeles. Jeremías recorría el aula. Los alumnos se sentían demasiado intimidados como para mirarlo y mantenían los ojos fijos en los pupitres. El tema era álgebra, una asignatura que él nunca se había preocupado por dominar. Se detuvo junto al escritorio del muchachito rubio que había demostrado un claro interés por Katie y al mirar por encima de su hombro vio el nombre escrito sobre el cuadernillo de ejercicios. Adam McKinnon. Un alborotador del que tarde o temprano habría que ocuparse.

Se ubicó detrás del pupitre de Katie y observó por encima de su hombro. Ella escribió nerviosamente una respuesta, luego la borró. Por entre el pelo asomaba una porción de cuello desnudo y la piel estaba roja, como si ardiera bajo la mirada de él.

Se inclinó hacia ella e inhaló su fragancia; el calor bajó como un torrente a su entrepierna. No había nada tan delicioso como el aroma

de la carne de una chica joven y el de esta chica era el más dulce de todos. A través de la tela del canesú, él pudo distinguir la leve hinchazón de pimpollos de sus pechos.

—No te hagas demasiado problema, querida —susurró—. A mí tampoco se me daba bien el álgebra.

Ella levantó la mirada y la sonrisa que esbozó era tan encantadora que él quedó enmudecido. Sí. Esta chica es decididamente la indicada.

Los bancos estaban decorados con flores y cintas que también colgaban como cascadas de las vigas altas del salón de culto recién construido. Se veían tantas flores que el salón parecía el mismísimo Jardín del Edén, fragante y reluciente. La luz matutina entraba por las ventanas redondas y doscientas voces jubilosas cantaban himnos de alabanza.

Somos tuyos, Oh, Señor. Fructífera es tu grey y abundante tu cosecha.

Las voces se apagaron y de pronto, el órgano comenzó a tocar una fanfarria. La congregación se volvió a mirar a Katie Sheldon, que estaba paralizada en la entrada, parpadeando, aturdida, ante todos esos ojos que la miraban. Llevaba el vestido blanco con ribetes de encaje que le había cosido su madre y las zapatillas blancas de satén, recién estrenadas, asomaban debajo del dobladillo. Sobre la cabeza tenía una corona de rosas blancas. El órgano seguía sonando y la congregación aguardaba, expectante, pero Katie no podía moverse. No quería moverse.

Fue su padre el que la obligó a dar el primer paso. La cogió del brazo y sus dedos se hundieron en la carne de ella con una orden inconfundible. No te atrevas a hacerme pasar vergüenza.

Sintiendo los pies entumecidos dentro de las zapatillas, comenzó a caminar hacia el altar que se elevaba delante de ella; hacia el hombre que el mismísimo Dios había elegido como su esposo.

Vio caras conocidas en los bancos: sus maestros, sus amigos, sus vecinos. Allí estaba la Hermana Diane que trabajaba en la panadería con su madre y el Hermano Raymond, que cuidaba las vacas que a ella tanto le gustaba acariciar. Y allí estaba su madre, en la primera fila, donde jamás se había sentado antes. Era un sitio de honor, una fila donde solamente los miembros de la congregación más favorecidos podían sentarse. Su madre se veía orgullosa, ¡tan orgullosa!, y estaba erguida como una reina, adornada con su propia corona de rosas.

—Mami —susurró Katie—. Mami.

Pero la congregación había empezado a entonar un nuevo himno y nadie la escuchó en medio del canto.

Delante del altar, su padre por fin le soltó el brazo.

—Pórtate bien —murmuró y se alejó para unirse a la madre de Katie. Ella se volvió para seguirlo, pero su ruta de escape quedó súbitamente bloqueada.

El Profeta Jeremías Goode le cerraba el paso. Le tomó la mano.

Qué calientes se sentían sus dedos contra la piel helada de ella. Y qué grande se veía su mano, envolviendo la de ella, como atrapándola en la zarpa de un gigante.

La congregación comenzó a entonar la canción nupcial. ¡Jubilosa unión, bendecida en el cielo, atada para siempre ante Sus ojos!

El profeta Goode la acercó a él de un tirón y ella dejó escapar un gemido de dolor cuando los dedos de él se clavaron como garras en su piel. Eres mía ahora, estás atada a mí por la voluntad de Dios, le decía ese apretón. Me obedecerás.

Ella se volvió para mirar a su padre y a su madre. En silencio, les imploró que la sacaran de allí, que la llevaran a su casa, que era donde debía estar. Ambos cantaban, sonrientes. Katie paseó la mirada por el salón, buscando alguien que pudiera arrancarla de esa pesadilla, pero lo único que veía era un vasto mar de sonrisas de aprobación y cabezas que asentían. Un salón donde la luz resplandecía sobre los pétalos, donde doscientas voces se elevaban en cantos.

Un salón donde nadie escuchaba –donde nadie quería escuchar- los gritos mudos de una niña de trece años.

DOS

DIECISÉIS AÑOS MÁS TARDE

Habían llegado al fin del romance, pero ninguno de los dos quería admitirlo. En cambio, hablaban sobre las calles anegadas por la lluvia y lo pesado que estaba el tránsito esa mañana y qué probabilidades había de que el vuelo de ella que salía del aeropuerto Logan se viera demorado. No hablaban de lo que pesaba en las mentes de ambos, aunque Maura Isles podía oírlo en la voz de Daniel Brophy y también en la suya, tan lacónica, tan apagada. Ambos trataban de fingir que nada había cambiado entre ellos. No, simplemente estaban cansados de pasarse la mitad de la noche despiertos, atrapados en la misma conversación dolorosa que era la coda predecible de sus encuentros sexuales. La conversación que siempre la hacía sentirse vacía y demandante.

Si solo pudieras pasar todas las noches aquí conmigo. Si solo pudiéramos despertar juntos cada mañana.

Me tienes aquí contigo ahora mismo, Maura.

Pero no eres todo mío. No lo serás hasta que no tomes una decisión.

Maura miraba por la ventana a los coches que salpicaban en el diluvio. Daniel no puede tomar la decisión, pensó. Y aun si me eligiera a mí, aun si dejara los hábitos, si dejara su amada iglesia, la culpa permanecería siempre en la habitación y nos miraría, furiosa, como su amante invisible. Observó cómo los limpiaparabrisas corrían la cortina de agua; la luz sombría de afuera coincidía con su estado de ánimo.

—Llegarás justo —dijo él—. ¿Has hecho el check-in online?

—Sí, ayer. Ya tengo la tarjeta de embarque.

—Ah, bien. Eso te ahorrará unos minutos.

—Pero tengo que facturar la maleta. No pude poner toda la ropa de invierno en el equipaje de cabina.

—Cualquiera supondría que elegirían un sitio cálido y soleado para una conferencia médica. ¿A quién se le ocurre Wyoming en noviembre?

—Dicen que Jackson Hole es precioso.

—Bermuda también.

Ella lo miró. La poca luz que había en el coche disimulaba las arrugas de preocupación en la cara de él, pero ella veía las canas cada vez más abundantes en su pelo. Cómo hemos envejecido en solamente un año, pensó. El amor nos ha hecho envejecer a ambos.

—Cuando regrese, vayámonos juntos a algún sitio donde haga calor —dijo—. Solo por un fin de semana. —Soltó una risa temeraria. —O mejor, olvidémonos del mundo y vayámonos por un mes entero.

El guardó silencio.

—¿Es mucho pedir? —dijo ella en voz baja.

Daniel soltó un suspiro cansado.

—Por más que queramos olvidarnos del mundo, siempre está aquí. Y tendríamos que regresar a él.

—No tenemos que hacer nada.

Él la miró con expresión infinitamente triste.

—No es algo que realmente crees, Maura. —Volvió a concentrarse en el camino. —Yo tampoco lo creo.

No, pensó ella. Ambos creemos en ser tan condenadamente responsables. Yo voy a trabajar todos los días, pago mis impuestos en tiempo y forma y hago lo que el mundo espera de mí. Puedo hablar sin parar sobre huir con él y hacer algo alocado y salvaje, pero sé que nunca lo haré. Ni tampoco lo hará Daniel.

Él detuvo el coche fuera del sector de partidas de la terminal. Por unos segundos no se miraron. Maura se concentró en los viajeros que aguardaban ante el puesto de facturación que estaba en la acera, todos cubiertos con impermeables, como deudos en un funeral de noviembre. No sentía deseos de bajar del coche templado y unirse a las sombrías hordas de viajeros. En lugar de tomar ese vuelo, podría pedirle que me lleve de vuelta a casa, pensó. Si tuviéramos unas horas más para hablar sobre esto, tal vez podríamos encontrar la forma de hacerlo funcionar.

Unos nudillos golpearon contra el cristal y ella levantó la vista y se encontró con un severo policía aeroportuario.

—Esta zona es solamente para descarga —dijo, tajante—. Debe mover el vehículo.

Daniel bajó la ventanilla.

—Solo la dejaré a ella.

—Pues no se tome todo el día.

—Cogeré tu equipaje —dijo Daniel y bajó del coche.

Permanecieron unos segundos sobre la acera, tiritando en silencio entre la cacofonía de motores de autobuses y silbidos de tráfico. Si él fuera mi marido, pensó Maura, nos despediríamos con un beso aquí mismo. Pero hacía mucho tiempo que evitaban escrupulosamente manifestaciones de afecto en público y si bien él no llevaba su alzacuello esa mañana, hasta un abrazo les parecía peligroso.

—No estoy obligada a asistir a esta conferencia —dijo ella—. Podríamos pasar la semana juntos.

Él suspiró.

—Maura, no puedo desaparecer por una semana.

—¿Cuándo podrás hacerlo?

—Necesito tiempo para solicitar una baja. Nos escaparemos unos días, te lo prometo.

—Siempre tiene que ser a algún sitio lejos ¿no? Algún sitio donde nadie nos conozca. Por una vez, me gustaría pasar una semana contigo sin tener que irnos.

Él miró al policía que regresaba hacia ellos.

—Hablaremos del tema la semana que viene, cuando regreses.

—¡Oiga, caballero! —gritó el policía—. ¡Mueva el coche ahora mismo!

—Sí, claro, hablaremos. —Maura rió. —Se nos da muy bien hablar del asunto ¿verdad? Parece ser lo único que hacemos. —Cogió la maleta.

Él la tomó del brazo.

—Maura, por favor. No nos despidamos así. Sabes que te amo. Solo necesito tiempo para resolver esto.

Ella vio el dolor tallado en su cara. Tantos meses de mentiras, indecisión y culpa habían dejado su marca, habían ensombrecido cualquier gozo que él hubiera podido encontrar con ella. Maura podría haberlo consolado solamente con una sonrisa, con un apretón tranquilizador del brazo, pero en ese momento, no podía ver más allá de su propio dolor. En lo único en que podía pensar era en tomar represalias.

—Creo que nos hemos quedado sin tiempo —dijo y echó a andar hacia la terminal. En el instante en que las puertas de cristal se cerraron con un suspiro tras ella, se arrepintió de sus palabras. Pero cuando se detuvo para mirar hacia atrás por la ventana, él ya estaba subiéndose al coche.

* * *

El hombre tenía las piernas abiertas, lo que dejaba al descubierto los testículos rotos y la piel chamuscada de las nalgas y el perineo. La fotografía de la morgue había aparecido en pantalla sin advertencia previa del disertante; sin embargo, nadie de los que estaban presentes en la sala oscura del salón de conferencias del hotel dejó escapar siquiera un murmullo de horror. El público presente estaba habituado a ver cuerpos arruinados y destruidos. Para quienes han visto y tocado carne quemada y están familiarizados con su hedor, unas diapositivas

asépticas no muestran nada horroroso. De hecho, el hombre de pelo canoso sentado junto a Maura se había quedado dormido varias veces y en la penumbra, ella veía cómo su cabeza se bamboleaba cuando se dormía y se despertaba, inmune a las fotografías macabras que brillaban en la pantalla.

—Lo que veis aquí son las lesiones típicas que se dan cuando explota una bomba en un vehículo. La víctima era un ejecutivo ruso de cuarenta y cinco años que subió a su Mercedes una mañana; un Mercedes precioso, debo decir. Cuando giró la llave, accionó el mecanismo de los explosivos que le habían colocado debajo del asiento. Como podéis ver en las radiografías... —El disertante movió el ratón del ordenador y apareció la siguiente diapositiva en pantalla. Era una placa radiográfica que mostraba una pelvis quebrada en el pubis. Esquirlas de hueso y metal se habían incrustado en los tejidos blandos. —La fuerza de la explosión introdujo fragmentos del coche directamente por el perineo de la víctima, lo que desgarró el escroto y quebró las tuberosidades isquiales. Lamento decir que cada vez estamos viendo más lesiones como estas, causadas por explosiones, sobre todo en estos tiempos de ataques terroristas. Esta era una bomba bastante pequeña, cuyo propósito era matar solamente al conductor. Cuando pasamos al campo del terrorismo, hablamos de explosiones mucho más masivas, con víctimas múltiples.

Volvió a mover el ratón y apareció una fotografía de órganos extirpados; relucían como piezas de carnicería sobre una tela quirúrgica de color verde.

—En ocasiones, no se encuentran demasiados indicios de lesiones externas, ni siquiera cuando los daños internos son fatales. Este es el resultado de un bombardeo suicida en un café de Jerusalén. La joven de catorce años sufrió contusiones masivas en los pulmones, como también perforación de las vísceras abdominales. Pero su cara estaba intacta. Su expresión era casi angelical.

La fotografía que apareció provocó la primera reacción audible del público, murmullos de tristeza e incredulidad. La niña parecía sumida en sereno descanso, con la cara en perfecto estado y sin arrugas de preocupación; los ojos oscuros miraban desde debajo de gruesas pestañas. En última instancia, lo que escandalizaba a ese salón lleno de patólogos, no era lo macabro, sino la belleza. A los catorce años, en el momento de su muerte, la joven habría estado pensando en una tarea escolar, tal vez. O en un vestido bonito. O en un muchacho al que había visto por la calle. No habría imaginado que sus pulmones, su hígado y su bazo pronto terminarían exhibidos sobre una mesa de autopsias, ni que un salón con doscientos patólogos un día estaría contemplando su imagen.

Cuando las luces se encendieron, el público seguía en silencio.

Mientras la gente abandonaba el salón, Maura permaneció en su asiento, releyendo los apuntes que había escrito en su libreta sobre bombas con clavos, bombas en paquetes, bombas en automóviles y bombas enterradas. Cuando se trataba de causar sufrimiento, la creatividad humana no conocía límites. Qué bien se nos da matarnos entre nosotros, pensó. Pero en lo que somos un absoluto fracaso es en el amor.

—Perdona. ¿Por casualidad eres Maura Isles?

Ella miró al hombre que acababa de levantarse de su asiento, dos filas más adelante. Era de su edad, alto y atlético con un bronceado intenso y pelo desteñido por el sol que de inmediato la hizo pensar: chico de California. Su cara le resultaba vagamente conocida, pero no podía recordar dónde lo había conocido, lo que resultaba sorprendente. Tenía una cara que cualquier mujer recordaría.

—¡Lo sabía! ¿Eres tú, verdad? —Rió. —Me pareció reconocerte en cuanto entraste en el salón.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento, me avergüenza admitirlo, pero no logro ubicarte.

—Es porque fue hace mucho tiempo. Y ya no llevo coleta. Doug Comley, de la licenciatura en ciencias en Stanford. Han pasado... ¿cuántos, veinte años? No me sorprende que me hayas olvidado. Coño, yo también me habría olvidado de mí mismo.

De pronto un recuerdo se encendió en la memoria de Maura: un joven con largo pelo rubio y antiparras protectoras apoyadas sobre la nariz bronceada. Había sido mucho más desgarbado en aquel entonces, un muchachito enfundado en vaqueros.

—¿Estábamos en una misma clase de prácticas de laboratorio? —dijo.

—Análisis cuantitativos. Penúltimo año.

—¿Lo recuerdas después de veinte años? Me asombras.

—No recuerdo ni una palabra de análisis cuantitativo. Pero te recuerdo a ti. Te sentabas en el asiento frente al mío y obtuviste la mejor calificación de la clase. ¿No terminaste estudiando Medicina en la Universidad de California, en San Francisco?

—Sí, pero vivo en Boston ahora. ¿Y tú?

—Universidad de California en San Diego. No pude marcharme de California. Soy adicto al sol y al surf.

—Lo que me suena muy, muy bien en este momento. Recién estamos en noviembre y ya estoy cansada del frío.

—Me gusta esta nieve. Ha estado muy divertido.

—Solo porque no tienes que convivir con ella cuatro meses por año.

El salón se había vaciado y los empleados del hotel estaban plegando las sillas y llevándose el equipo de sonido. Maura guardó los

apuntes en un bolso grande de lona y se puso de pie. Doug y ella avanzaron por pasillos paralelos hacia la salida.

—¿Te veré en el cóctel de esta noche? —preguntó ella.

—Sí, creo que iré. Pero para la cena estamos libres ¿no es así?

—Eso dice el programa, sí.

Salieron juntos al vestíbulo del hotel, que estaba atestado de médicos que llevaban tarjetas de identificación idénticas y bolsas de lona idénticas. Juntos esperaron delante de los ascensores, esforzándose por hacer fluir la conversación.

—¿Estás aquí con tu marido? —preguntó él.

—No estoy casada.

—Me pareció ver el anuncio de tu boda en la revista de ex alumnos ¿puede ser?

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Te fijas en esas cosas?

—Me gusta saber qué es de la vida de mis compañeros de clases.

—En mi caso, estoy divorciada. Desde hace cuatro años.

—Ah, lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—Yo no.

Subieron en el ascensor a la segunda planta, donde ambos descendieron.

—Te veré en el cóctel —dijo Maura; lo saludó con la mano y sacó la tarjeta magnética del hotel.

—¿Planeas cenar con alguien? Porque yo estoy libre. Si quieres que cenemos juntos, me llamas y buscaré un buen restaurante.

Ella se volvió para responder, pero él ya se estaba alejando por el pasillo, con la bolsa colgando por encima del hombro. Mientras lo observaba alejarse, Maura de pronto recordó otra cosa sobre Douglas Comley. Una imagen de él en vaqueros, cojeando con muletas por el campus.

—¿No te rompiste la pierna aquel año? —dijo en voz alta—. Creo que fue justo antes de los finales.

Él rió y se volvió hacia ella.

—*¿Eso es lo que recuerdas de mí?*

—Estoy comenzando a recordar cosas. Tuviste un accidente de esquí o algo así.

—O algo así.

—¿No fue un accidente de esquí?

—Hombre, qué vergüenza me da hablar de eso —respondió, sacudiendo la cabeza.

—Pues qué pena. Ahora tendrás que contármelo.

—Si cenas conmigo.

Ella hizo una pausa cuando se abrieron las puertas del ascensor y salieron una mujer y un hombre. Se alejaron por el pasillo, tomados del brazo, sin molestarse por disimular que estaban juntos. Así deberían comportarse las parejas, pensó Maura mientras la pareja entraba en una habitación y la puerta se cerraba tras ellos.

Miró a Douglas.

—Me gustaría escuchar esa historia.

TRES

Huyeron temprano del cóctel para patólogos y cenaron en el hotel Four Seasons Resort de Teton Village. Ocho horas enteras de conferencias sobre apuñalamientos, bombardeos, balas y moscas que depositan huevos dentro de la carne en descomposición habían dejado a Maura abrumada de escuchar hablar sobre la muerte y le resultó un alivio escapar al mundo normal donde la conversación informal no incluía los temas de putrefacción y en la que el tema más acuciante de la noche era decidirse por vino tinto o vino blanco.

—¿Cómo fue que te rompiste la pierna en Stanford, entonces? —preguntó mientras Doug hacía girar el Pinot Noir en su copa.

Él hizo una mueca de pesar.

—Tenía esperanzas de que te olvidaras de ese asunto.

—Prometiste contármelo. Por eso vine a cenar contigo.

—¿Ah, no por mi ingenio ni por mi encanto juvenil?

Maura rió.

—Bueno, por eso también. Pero en gran medida por la historia detrás de la pierna rota. Tengo la sensación de que va a ser extraordinaria.

—De acuerdo —dijo él y dejó escapar un suspiro. —¿La pura verdad? Estaba tonteando subido al techo del edificio Wilbur Hall y me caí.

Maura se quedó mirándolo.

—Madre mía, ¡es altísimo!

—Sí, puedo confirmarlo.

—¿Doy por sentado de que había alcohol de por medio?

—Por supuesto.

—O sea que solo fue una típica idiotez de universitario.

—¿Por qué lo dices con tanta desilusión?

—Esperaba escuchar algo un poco menos... hum... convencional.

—Pues... omití algunos detalles —admitió él.

—¿Cómo cuáles?

—El disfraz de ninja que llevaba puesto. La máscara negra. La espada de plástico. —Se encogió de hombros, avergonzado. —Y el viaje en ambulancia hasta el hospital, que fue sumamente humillante.

Ella lo estudiaba con mirada serena y profesional.

—¿Y hoy en día te sigue gustando disfrazarte de ninja?

—¿Lo ves? —exclamó él, soltando una carcajada. —¡Eso es lo que te vuelve tan intimidante! Cualquier otra persona se hubiera estado riendo de mí. Pero tú sales con una respuesta completamente lógica y

completamente sobria.

—¿Existen las respuestas sobrias?

—Claro que no, coño. —Alzó la copa para brindar. —Por las travesuras universitarias. Que nunca logremos que se olviden.

Maura bebió y luego dejó la copa sobre la mesa.

—¿A qué te referías cuando dijiste que soy intimidante?

—Siempre lo has sido. Allí estaba yo, un muchachito bobo avanzando a tumbos por la universidad. Mucha jarana y pocas horas de sueño. Pero tú... estabas siempre tan centrada, Maura. Sabías perfectamente lo que querías ser.

—¿Y eso me tornaba intimidante?

—Sí, hasta diría que metías un poco de miedo. Porque lo tenías todo tan claro y yo no tenía la menor idea de lo que hacía.

—No sabía que yo causaba ese efecto sobre la gente.

—Lo sigues haciendo.

Maura se quedó pensando en ello. Pensó en los agentes de policía que siempre enmudecían cuando ella entraba en la escena de un crimen. Pensó en la fiesta de Navidad donde con tanto sentido del deber se había limitado a una sola copa de champagne mientras que todo el resto se ponía jocoso. El público jamás vería a la doctora Maura Isles borracha, exaltada ni comportándose de manera temeraria. Solo verían lo que ella les permitía ver. Una mujer que tiene todo bajo control. Una mujer que los asusta.

—No es que ser centrada sea un defecto, tampoco —dijo para defenderse—. Es la única forma de lograr algo en este mundo.

—Lo que probablemente explica por qué a mí me costó tanto lograr algo.

—Llegaste a ingresar en Medicina.

—Con el tiempo, sí. Tras pasar dos años vagueando por allí, lo que enloquecía a mi padre. Trabajé como encargado de un bar en Baja. Di lecciones de surf en Malibú. Fumé demasiada marihuana y bebí mucho vino barato. Fue genial. —Sonrió. —Usted, doctora Isles, no lo hubiera aprobado.

—No es algo que yo hubiera hecho. —Bebió otro sorbo de vino. —No en aquel entonces, al menos.

Él arqueó una ceja.

—¿Estás diciendo que ahora lo harías?

—La gente cambia, Doug.

—¡Sí, mírame a mí! Jamás pensé que algún día terminaría siendo un patólogo aburrido que pasa sus días atrapado en el subsuelo del hospital.

—¿Y cómo llegaste a eso? ¿Qué hizo que pasaras de ser un vagabundo playero a un médico respetable?

La conversación se interrumpió cuando el camarero trajo los platos.

Pato asado para Maura, costillas de cordero para Doug. Aguardaron mientras les molían la pimienta y les volvían a llenar las copas. Cuando el camarero se hubo marchado, Douglas respondió a su pregunta.

—Me casé —dijo.

Ella no había visto que llevaba anillo de casado en el dedo y hasta ese momento, él no había hecho mención alguna sobre estar en una relación. La revelación la hizo levantar la vista, sorprendida, pero él no la estaba mirando; observaba a una familia con dos niñitas que estaba en una mesa cercana.

—Fue una mala elección desde el comienzo —admitió—. La conocí en una fiesta. Una bomba rubia, ojos celestes, piernas larguísimas. Se enteró de que yo quería entrar en Medicina y se imaginó como la esposa de un médico acaudalado. No se dio cuenta de que terminaría pasando los fines de semana sola mientras yo trabajaba en el hospital. Para cuando terminé la residencia en patología, ya se había echado otro. —Comenzó a comer la costilla de cordero. —Pero yo me quedé con Grace.

—¿Grace?

—Mi hija. Tiene trece años y es igual de hermosa que su madre. Solo espero poder lograr que tome una dirección más intelectual que la madre.

—¿Y dónde está tu ex ahora?

—Volvió a casarse, con un banquero. Viven en Londres y tenemos suerte si envía noticias dos veces por año. —Dejó el cuchillo y el tenedor sobre el plato. —Así fue que me convertí en el Señor Mamá. Ahora tengo una hija, una hipoteca y un trabajo en San Diego. ¿Quién podría pedir algo más?

—¿Y eres feliz?

Él se encogió de hombros.

—No es la vida que imaginé cuando estaba en Stanford y jugaba a ser ninja sobre los techos. Pero no me quejo. La vida se te presenta y tú te adaptas. —Le sonrió. —Tienes suerte de haberte convertido en lo que querías ser. Desde el comienzo soñabas con ser patóloga y aquí estás.

—También soñaba con casarme. Fracasé de la peor manera en ese aspecto.

Él se quedó mirándola.

—Me cuesta mucho creer que hoy en día no tengas un hombre en tu vida.

Ella movió los trozos de pato por el plato; de pronto, había perdido el apetito.

—En realidad, me veo con alguien.

Él se inclinó hacia ella, completamente concentrado.

—Cuéntame más.

—Desde hace un año, aproximadamente.

—Parece una relación seria.

—No lo sé. —La mirada de él la incomodaba y Maura volvió a concentrarse en la comida. Sentía que él la observaba, tratando de leer lo que ella no revelaba. Lo que había comenzado como una conversación ligera, de pronto se había vuelto muy personal. Habían aparecido los bisturíes y los secretos se derramaban sobre la mesa.

—¿Es seria como para que puedan haber campanas matrimoniales? —preguntó él.

—No.

—¿Por qué?

—Porque él no está disponible.

Él se echó hacia atrás en la silla, claramente sorprendido.

—Nunca imaginé que alguien tan sensato como tú se enamoraría de un hombre casado.

Ella comenzó a corregirlo, pero se interrumpió. En términos prácticos, Daniel Brophy era un hombre casado, sí, casado con su iglesia. No existía esposa más celosa ni más demandante. Ella habría tenido más posibilidades de quedarse con él si hubiera estado atado a una mujer.

—Pues creo que no soy tan sensata como crees —dijo.

Él soltó una risa sorprendida.

—Debes de tener una veta de locura de la que nunca me enteré. ¿Cómo no me di cuenta en Stanford?

—Fue hace mucho tiempo.

—La esencia de las personalidades no cambia demasiado.

—Tú has cambiado.

—No. Debajo de esta chaqueta de Brooks Brothers sigue latiendo el corazón de un vagabundo playero. La medicina es solo mi trabajo, Maura. Paga las cuentas, no define quién soy.

—¿Y tú quién imaginas que soy yo?

—La misma persona que eras en Stanford. Competente, Profesional. Que no comete errores a menudo.

—Ojalá fuera cierto. Ojalá no cometiera errores.

—¿Este hombre al que estás viendo, lo consideras un error?

—No estoy preparada para admitirlo.

—¿Te arrepientes?

La pregunta de él la hizo detenerse a pensar, no porque no conociera la respuesta. Tenía claro que no era feliz. Sí, había momentos de júbilo cuando escuchaba el coche de Daniel en la entrada o cuando él golpeaba a la puerta. Pero también estaban las noches que pasaba sola sentada a la mesa de la cocina, bebiendo demasiadas copas de vino. Alimentando demasiado rencor.

—No lo sé —dijo por fin.

—Yo nunca me he arrepentido de nada.

—¿Ni siquiera de tu matrimonio?

—Ni siquiera del desastre de mi matrimonio. Creo que cada experiencia, cada mala decisión, nos enseña algo. Por eso no deberíamos sentir miedo de cometer errores. Yo me lanzo de cabeza en lo que hago y a veces me zambullo en agua hirviendo. Pero en última instancia, las cosas siempre se resuelven.

—¿O sea que solo confías en el universo?

—Así es. Y duermo muy bien por las noches. Sin dudas ni un armario lleno de temores. La vida es demasiado corta para eso. Deberíamos acomodarnos en el asiento y disfrutar del viaje.

El camarero se acercó para llevarse los platos. Mientras que Maura había comido solo la mitad de su plato, Doug había devorado sus costillas de cerdo del mismo modo en que parecía devorarse la vida, con gozo y entrega. Pidió cheesecake y café de postre; Maura solo pidió té de manzanilla. Cuando llegó todo, él puso el plato de cheesecake entre ambos.

—Venga, come —dijo—. Sé que te apetece un poco.

Riendo, Maura cogió el tenedor y comió un bocado generoso.

—Eres una mala influencia.

—Si todos nos comportáramos bien ¡qué aburrida sería la vida! Además, el cheesecake es apenas un pecado venial.

—Tendré que arrepentirme cuando vuelva a casa.

—¿Cuándo regresas?

—El domingo por la tarde. Me apetecía quedarme un día más y disfrutar del paisaje. Jackson Hole es espectacular.

—¿Vas a recorrerlo por tu cuenta?

—A menos que algún hombre apuesto se ofrezca para hacerme de guía...

Él comió un bocado de pastel y masticó durante unos segundos con expresión pensativa.

—No sé si puedo conseguirte un hombre apuesto —dijo—. Pero te puedo ofrecer una alternativa. Mi hija Grace está aquí conmigo. Esta noche ha ido al cine con dos amigos míos de San Diego. El sábado tenemos planeado ir en coche a una hostería, practicar esquí de fondo, dormir allí y volver el domingo por la mañana. Hay sitio para ti en la camioneta. Y estoy seguro de que también habrá sitio en la hostería, si quieres venir con nosotros.

Maura negó con la cabeza.

—Sería la quinta pata de la mesa.

—En absoluto. Les caerás súper bien. Y creo que ellos te caerán súper bien a ti también. Arlo es uno de mis mejores amigos. De día es un contador aburrido. Pero de noche... —Doug bajó la voz. —...Se

convierte en una celebridad conocida como el Misterioso Señor Chuletas.

—¿Quién?

—Nada menos que uno de los blogueros de comida y de vino más conocidos de internet. Ha comido en todos los restaurantes con estrellas Michelin de Estados Unidos y está atacando también los de Europa. Yo lo llamo Tiburón, como la película.

Maura rió.

—Pues suena divertido. ¿Y el otro amigo?

—Amiga. Elaine. Es la chica con la que Arlo sale desde hace años. Se dedica a algo de diseño de interiores, no sé bien qué. Creo que os llevaríais muy bien. Además, conocerías a Grace.

Ella comió otro bocado de cheesecake y masticó despacio, mientras lo pensaba.

—Oye, que tampoco te estoy proponiendo matrimonio —bromeó Doug—. Es solo un viaje de una noche, con mi hija de trece años como carabina. —Se inclinó hacia ella y la miró con sus penetrantes ojos celestes. —Venga, va. Mis ideas alocadas casi siempre terminan siendo divertidas.

—¿Casi siempre?

—Siempre existe un factor de imprevisibilidad, la posibilidad de que suceda algo completamente inesperado, algo asombroso. Eso es lo que hace que la vida sea una aventura. A veces solo hay que lanzarse y confiar en el universo.

En ese momento, mientras lo miraba a los ojos, Maura sintió que Doug Comley la veía de manera muy distinta al resto de las personas. Que traspasaba su armadura defensiva y veía la mujer que había dentro. Una mujer que siempre había tenido miedo de ver dónde la llevaría su corazón.

Bajó la mirada hacia el postre. Ya no quedaba nada. No recordaba haber terminado el cheesecake.

—Deja que lo piense un poco —dijo.

—Por supuesto —rió él—. No serías Maura Isles si no lo hicieras.

Esa noche, ya en su habitación del hotel, Maura llamó a Daniel.

Por su tono de voz, se dio cuenta de que no estaba solo. Se mostraba cortés pero distante, como si hablara con cualquier feligrés. En el fondo se oían voces hablando del costo de la calefacción, del costo de las reparaciones del tejado, de la baja en las donaciones. Era una reunión de presupuesto de la iglesia.

—¿Qué tal todo por allí? —preguntó él con tono amable y neutral.

—Hace mucho más frío que en Boston. Ya ha estado nevando.

—Aquí no ha dejado de llover.

—Llegaré el domingo por la noche. ¿Puedes buscarme en el

aeropuerto, como habíamos quedado?

—¿Te lo puedo confirmar el sábado? —respondió él—. Para entonces ya sabré mis horarios.

—Sí, de acuerdo. Pero si no atiendo, no te preocupes. Tal vez esté sin señal.

—Hablaremos luego.

No hubo un "te amo" de despedida, solo un adiós y la conversación terminó. Las únicas intimidades que compartían sucedían a puertas cerradas. Cada encuentro se planificaba con antelación y luego se analizaba en exceso. Piensas demasiado, habría dicho Doug. Tanto pensar las cosas no le había traído felicidad.

Cogió el teléfono del hotel y llamó a la operadora.

—¿Me puede conectar con la habitación de Douglas Comley, por favor? —dijo.

El teléfono sonó cuatro veces hasta que él respondió.

—¿Hola?

—Soy yo —dijo Maura—. ¿La invitación sigue en pie?

CUATRO

La aventura comenzó bien.

El viernes por la noche, los compañeros de viaje se encontraron a tomar unas copas. Cuando Maura entró en el bar del hotel, encontró a Doug y su grupo ya sentados alrededor de una mesa. Arlo Zielinski tenía todo el aspecto de alguien que ha avanzado a pura comida por la guía de restaurantes Michelin: rechoncho y de calvicie incipiente, tenía buen apetito y una risa exuberante.

—¡Como digo siempre, cuantos más, mejor! Y ahora tenemos excusa para pedir dos botellas de vino en la cena —declaró—. Quédate con nosotros, Maura y te garantizo que lo pasarás genial, sobre todo cuando Doug está a cargo. —Se inclinó hacia ella y susurró: —Puedo dar fe de sus cualidades morales. Hace años que me encargo de sus impuestos y si hay alguien que conoce los secretos más íntimos de sus clientes, es el contable.

—¿Qué andáis susurrando, vosotros dos? —quiso saber Doug.

Arlo levantó la mirada con expresión inocente.

—Solo le estoy contando que el jurado se dejó sobornar para fallar en tu contra. No deberían haberte condenado.

Maura soltó una carcajada. Sí, le caía bien este amigo de Doug.

No podía decir lo mismo de Elaine Salinger. Si bien la mujer había escuchado la conversación con una sonrisa, era una sonrisa tensa. Todo en Elaine se veía tenso, desde sus pantalones de esquí negros y ajustadísimos al cuerpo a su cara sin ninguna arruga. Tenía una edad aproximada a la de Maura y su misma estatura; era delgada como una modelo, con una cintura envidiable y el autocontrol que lleva conservarla. Mientras que Doug, Maura y Arlo compartieron una botella de vino, Elaine bebió solamente agua mineral con una rodaja de lima y no aceptó el bol de nueces del que Arlo comía con entusiasmo. Maura no podía entender qué tenían en común ellos dos; le costaba imaginarlos como pareja.

La hija de Doug, Grace, era también otro enigma. Él había descrito a su ex mujer como una belleza y sus genes afortunados claramente habían pasado a su hija. A los trece años, Grace ya era despampanante, una rubia de piernas largas con cejas arqueadas y cristalinos ojos azules. Pero era una belleza remota, distante y poco cálida. La chica casi no había contribuido a la conversación; se había dejado los auriculares de su iPod en las orejas todo el tiempo. Ahora soltó un suspiro teatral y desplegó su cuerpo lánguido de la silla.

—¿Papá, ya puedo irme a mi habitación?

—Venga, cariño, quédate con nosotros —la alentó Doug—. Tampoco somos tan aburridos.

—Estoy cansada.

—Solo tienes trece años —bromeó Arlo—. A tu edad, deberías estar ansiosa por salir de parranda como nosotros.

—No es que me necesitáis aquí, tampoco.

Doug frunció el ceño al ver el iPod, que no había visto hasta ese momento.

—Apaga eso ¿vale? Puedes participar de la conversación, para cambiar.

La chica le dirigió una mirada del más adolescente desdén y volvió a hundirse en la silla.

—... investigué todos los restaurantes posibles de la zona y no hay ninguno donde valga la pena detenerse —dijo Arlo. Se introdujo otro puñado de cacahuetes en la boca y se limpió la sal de las manos regordetas. Se quitó las gafas y también las limpió. —Creo que deberíamos ir directamente a la hostería y almorzar allí. Al menos tienen filete en el menú. ¿Qué tan difícil puede ser cocinar un buen filete?

—Acabamos de cenar, Arlo —dijo Elaine—. No puedo creer que ya estés pensando en el almuerzo de mañana.

—Ya me conoces, me gusta planificar. Tener todos los patitos en fila.

—Sobre todo si están bañados en salsa de naranja.

—Papá —se quejó Grace—. Estoy súper cansada. Me voy a la cama ¿vale?

—De acuerdo, ve —claudicó Doug—. Pero quiero que te levantes a las siete. Me gustaría tener el coche cargado y estar listos para salir a las ocho.

—Creo que deberíamos irnos a la cama nosotros también —dijo Arlo. Se puso de pie y se quitó las migas de la camisa. —Vamos, Elaine.

—Son solo las nueve y media.

—Elaine —repitió Arlo e hizo un movimiento de cabeza en dirección a Maura y Doug.

—Ah —Elaine miró a Maura como para evaluarla y luego se puso de pie, ágil como una guepardo. —Un gusto conocerte, Maura —dijo —. Nos vemos por la mañana.

Doug esperó a que el trio se marchara y luego dijo:

—Lamento que Grace haya estado tan pesada.

—Es una chica preciosa, Doug.

—Y es lista, también. Coeficiente intelectual de 130. No es que haya dado muestra de ello esta noche, claro. Por lo general no es tan callada.

—Podría ser porque me sumé al viaje. Tal vez no le gusta la idea.

—Ni lo pienses, Maura. Si tiene un problema, pues tendrá que lidiar con él.

—Si el hecho de que vaya te hace sentir incómodo de alguna manera...

—¿A ti te hace sentir incómoda? —Su mirada era tan penetrante que Maura no pudo menos que decirle la verdad.

—Un poquito, sí —admitió.

—Tiene trece años. Los chicos de trece años viven incómodos. Me niego a que eso me dirija la vida. —Levantó la copa. —¡Brindo por nuestra aventura!

Ella brindó con él y bebieron, sonrientes. En la favorecedora penumbra del bar del hotel, él se parecía a ese estudiante universitario que ella recordaba, el temerario joven que había trepado a los tejados disfrazado de ninja. Maura también se sentía joven otra vez. Audaz, intrépida y lista para esa aventura.

—Te garantizo —dijo Doug— que vamos a pasárnoslo genial.

Durante la noche había comenzado a nevar y para cuando cargaron el equipaje en la parte posterior de la camioneta Suburban, seis centímetros de algodón blanco cubrían los coches del aparcamiento, una capa prístina que hizo que el contingente de San Diego exclamara en voz alta ante esa belleza. Doug y Arlo insistieron en tomarles fotos a las tres damas delante de la entrada del hotel; todas se veían sonrientes y rozagantes con su ropa de esquí. La nieve no era nada nuevo para Maura, pero ahora la veía desde la óptica de esos californianos y se sentía maravillada ante su pureza y su blancura, ante la suavidad con que se caía del cielo y se le asentaba en las pestañas. Durante los largos inviernos de Boston, la nieve significaba el esfuerzo de palear la entrada, mojarse las botas y tener que lidiar con el aguanieve de las calles. Era solo un hecho de la vida con el que había que lidiar hasta que llegara la primavera. Pero esta nieve parecía diferente: era nieve de vacaciones y Maura sonrió al cielo, sintiéndose tan eufórica como sus compañeros, maravillada por un mundo que de repente parecía nuevo y brillante.

—¡Amigos, vamos a pasarlo increíble! —declaró Doug mientras amarraba los esquís de fondo alquilados al techo de la camioneta. —Nieve polvo fresca. Buena compañía. Una cena junto al fuego. —Dio un último tirón a las correas. —Bien, equipo. ¡Nos vamos!

Grace subió al asiento delantero.

—Oye, cariño —dijo Doug—. ¿Qué te parece si le dejas el lugar a Maura?

—Pero yo siempre me siento a tu lado.

—Es nuestra invitada. Deja que vaya en el asiento delantero.

—Doug, deja que se siente allí —dijo Maura—. Estoy muy bien aquí atrás.

—¿Seguro?

—Segurísimo. —Maura ocupó uno de los asientos en la parte posterior de la camioneta. —Estoy muy bien aquí.

—Vale. Pero tal vez más tarde podéis intercambiar lugares. —Doug dirigió una mirada reprobadora a su hija, pero Grace ya se había colocado los auriculares y miraba por la ventana, sin prestarle atención.

Lo cierto era que a Maura no le molestaba nada ir sentada sola en la tercera fila, directamente detrás de Arlo y Elaine, desde donde tenía un panorama de la coronilla cuasi calva de Arlo y de la oscura melena elegantemente cortada de Elaine. Era un agregado de último momento al cuarteto y no estaba familiarizada con sus historias ni sus bromas internas, por lo que se conformaba con ser una mera observadora; salieron de Teton Village hacia el sur, donde nevaba con más fuerza. Los limpiaparabrisas se movían ida y vuelta como metrónomos, despejando la lluvia de copos de nieve. Maura se echó hacia atrás en el asiento y contempló el paisaje. Le entusiasmaba la idea de almorzar junto al fuego y luego pasar la tarde esquiando. Esquí de fondo, lo que no le hacía temer piernas rotas ni cráneos fracturados ni caídas estrepitosas de las que avergonzarse. Sería solo deslizarse por los bosques silenciosos con los esquís sobre la nieve polvo, sintiendo el ardor del aire frío en los pulmones. Durante la conferencia de patología, había visto demasiadas imágenes de cuerpos dañados. Se alegraba de estar haciendo un viaje que no tenía nada que ver con la muerte.

—Está nevando bastante —comentó Arlo.

—Esta máquina tiene buenos neumáticos —dijo Doug—. El empleado de Herz me dijo que andarían bien aunque hubiera mal tiempo.

—Hablando del tiempo ¿has mirado el pronóstico?

—Sí, nieve. Qué sorpresa.

—Solo dime que llegaremos a la hostería a tiempo para almorzar.

—Dice Lola que llegaremos a las once y treinta y dos. Y Lola nunca se equivoca.

—¿Quién es Lola? —preguntó Maura.

Doug señaló el GPS portátil que había montado sobre el tablero.

—Aquí la tienes a Lola.

—¿Por qué a los GPS siempre les ponen nombres de mujer? —quiso saber Elaine.

Arlo rió.

—Porque las mujeres viven dándoles instrucciones a los hombres. Puesto que Lola dice que llegaremos antes del almuerzo, podremos

comer temprano.

Elaine suspiró.

—¿Nunca dejas de pensar en alimentarte?

—La palabra es comer. En una vida, solo puedes hacer una cantidad determinada de comidas, así que lo mejor...

—... es hacer que cada una de ellas valga la pena —terminó Elaine —. Sí, Arlo, ya conocemos tu filosofía de vida.

Arlo se volvió en el asiento para mirar a Maura.

—Mi mamá era una excelente cocinera. Me enseñó a no malgastar el apetito con comida mediocre.

—Debe de ser por eso que eres tan delgado —dijo Elaine.

—¡Ay! —se quejó Arlo—. Estás de mal humor hoy. Pensé que te entusiasmaba la idea de este viaje.

—Estoy cansada, nada más. Roncaste la mitad de la noche. Tal vez me vea obligada a pedirme una habitación individual.

—Ay, no digas eso, te compraré tapones para los oídos. —Arlo pasó un brazo alrededor de los hombros de Elaine y la atrajo hacia él. —Venga, cariño, no me hagas dormir solo.

Elaine se liberó del abrazo.

—Me estás dando dolor de cuello.

—¡Ehh, mirad la belleza de esta nieve! —exclamó Doug—. Es un paisaje mágico.

A una hora de Jackson, vieron un letrero: ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA REPOSTAR.

Doug se detuvo en la Gasolinera y Tienda Grubb's y todos bajaron del vehículo para utilizar los baños y revisar los estrechos pasillos donde se vendían golosinas, revistas polvorientas y escobillas para parabrisas aptas para hielo.

Arlo se quedó delante de un exhibidor con tentempiés con sabor a carne y rió:

—¿Quién come estas cosas, por favor? Son noventa por ciento nitrito de sodio y el resto es colorante rojo número dos.

—Venden chocolates Cadbury —anunció Elaine—. ¿Llevamos algunos?

—Han de tener diez años. Puaj, tienen palillos de regaliz. Me ahité con ellos cuando era niño. Siento que hemos vuelto a los años 50.

Mientras Arlo y Elaine reían ante la selección de golosinas, Maura cogió un periódico y se dirigió a la caja para pagarlo.

—Sabes que es de la semana pasada ¿verdad? —dijo Grace.

Maura se volvió, sorprendida de que la niña le hubiera hablado. Por una vez, Grace no llevaba los auriculares, pero el iPod seguía funcionando y emitía un chirrido metálico.

—Es el periódico de la semana pasada —comentó Grace—. Todo lo que hay en esta tienda está caducado. Los paquetes de patatas fritas

tienen como un año. Apuesto que hasta el combustible está malo.

—Gracias por decírmelo. Pero necesito algo para leer y tendré que arreglármelas con esto. —Maura sacó el dinero, preguntándose cómo había terminado la palabra "combustible" en el vocabulario de una adolescente estadounidense. Pero ese era solo un detalle más sobre Grace que la desconcertaba. La chica salió de la tienda, balanceando apenas las caderas delgadas enfundadas en vaqueros ajustados, sin tener idea del efecto que causaba en los demás. El anciano que estaba detrás del mostrador se quedó mirándola como si nunca hubiera visto una criatura tan exótica en su tienda.

Para cuando Maura llegó al coche, Grace ya estaba dentro, pero esta vez en el asiento trasero.

—La princesa cedió finalmente su trono —susurró Doug mientras le abría la puerta a Maura—. Te toca sentarte adelante conmigo.

—No me molestaba sentarme atrás.

—Pues a mí sí. Tuve una charla con ella y le ha parecido bien.

Elaine y Arlo salieron riendo de la tienda y ocuparon sus asientos.

—Eso fue como estar en una cápsula del tiempo —dijo Arlo—. ¿Habéis visto esos pastilleros de marca Pez? Tenían por lo menos veinte años. Y el anciano que estaba detrás del mostrador parecía un personaje salido de la película "Dimensión Desconocida".

—Sí, era extraño —concordó Doug, mientras encendía el motor.

—Siniestro es la palabra que utilizaría. Dijo que esperaba que no estuviéramos yendo al Reino Celestial.

—¿Qué habrá querido decir con eso?

—¡Que sois pecadores! —Arlo hizo su mejor imitación de la voz de un predicador televisivo—. ¡Y vais camino del infieeeerno!

—Tal vez solo nos estaba diciendo que tuviéramos cuidado —dijo Elaine—. Por la nieve y todo eso.

—Parece estar nevando menos. —Doug se inclinó hacia adelante para mirar el cielo. —Es más, creo que está abriendo, veo un poco de azul.

—El eterno optimista —dijo Arlo—. Ese es Dougie.

—Pensamiento positivo. Funciona siempre.

—Queremos llegar para almorzar. No te pedimos más.

Doug miró el GPS.

—Lola dice que la hora estimada de llegada será a las once y cuarenta y nueve. No morirás de hambre.

—Ya estoy famélico y son solo las diez y media.

La voz femenina del GPS ordenó: "Toma a la izquierda en la siguiente bifurcación".

Arlo comenzó a cantar:

—Todo lo que Lola quiere...

—Lola consigue. —Doug se unió a él y giró hacia la izquierda en la bifurcación.

Maura miraba por la ventana, pero no veía ni un centímetro de cielo azul. Lo único que se veía eran nubes bajas y a la distancia, las laderas blancas de las montañas.

—Ha comenzado a nevar otra vez —observó Elaine.

CINCO

—Debemos de habernos equivocado en algún giro —dijo Arlo.

La nieve caía con más fuerza que nunca y el cristal se cubría de un grueso encaje de copos entre las pasadas del limpiaparabrisas. Hacía una hora que avanzaban montaña arriba y el camino había desaparecido bajo una alfombra blanca que se hacía cada vez más alta. Doug conducía con el cuello estirado hacia adelante, esforzándose para ver el camino.

—¿Estás seguro de que vamos bien? —dijo Arlo.

—Lola dijo que sí.

—Lola es una voz sin cuerpo dentro de una caja.

—La programé para que me indicara el camino más directo. Y es este.

—¿Pero es el camino más rápido?

—Oye ¿quieres conducir tú?

—Tranquilo, hermano. Solo te preguntaba.

—No hemos visto un coche desde que cogimos este camino —dijo Elaine—. Desde esa extraña estación de servicio. ¿Por qué no hay nadie aquí?

—¿Tienes un mapa? —preguntó Maura.

—Creo que hay uno en la guantera —respondió Doug—. Venía con el coche de alquiler. Pero el GPS dice que estamos justo donde deberíamos estar.

—Sí, en medio de la nada —murmuró Arlo.

Maura sacó el mapa y lo desplegó. Le llevó un momento orientarse en la geografía desconocida.

—No veo este camino aquí —dijo.

—¿Estás segura de que sabes dónde estamos?

—No está en el mapa.

Doug le quitó el mapa de las manos y lo sostuvo sobre el volante mientras conducía.

—Eh, una sugerencia desde el asiento de atrás! —dijo Arlo—. ¿Qué tal si te concentras en el camino?

Doug hizo a un lado el mapa.

—Es una porquería, no es lo suficientemente detallado.

—Tal vez Lola se equivocó —dijo Maura. Dios, le hablo al dispositivo como si tuviera ese nombre estúpido.

—Está más actualizada que el mapa —dijo Doug.

—Esto podría ser un camino estacional. O un camino privado.

—No decía privado cuando lo cogimos.

—Oye, creo que deberíamos retroceder. En serio, amigo.

—Son más de cincuenta kilómetros hasta la bifurcación. ¿Quieres llegar para almorzar o no?

—¿Papá? —dijo Grace desde el fondo de la camioneta—. ¿Qué sucede?

—Nada, cariño. Solo estamos viendo qué camino coger.

—¿O sea que no lo sabes?

Doug soltó un suspiro de frustración.

—Sí, lo sé, y estamos bien. ¡Estamos bien! Si os tranquilizas de una vez, podremos empezar a pasarlo bien.

—Volvamos, Doug —insistió Arlo—. Este camino me empieza a asustar.

—Bien —dijo Doug—. Es hora de votar. A ver, gente: ¿qué decís?

—Voto por retroceder —dijo Arlo.

—¿Elaine?

—Creo que debería decidirlo el conductor —dijo ella—. Apoyo lo que decidas, Doug.

—Gracias, Elaine. —Doug Miró a Maura. —¿Tú qué votas?

La pregunta no era tan sencilla como parecía. Maura podía ver la expresión de él, que decía: Apóyame. Tenme fe. Una mirada que le recordaba cómo había sido él veinte años antes como estudiante, relajado y despreocupado con su gastada camisa hawaiana. “No te preocupes, sé feliz.” Ese era Douglas, el hombre que sobrevivía a las caídas del tejado y a las piernas rotas sin nunca perder el optimismo. Le estaba pidiendo que confiara en él y ella deseaba hacerlo.

Pero no podía pasar por encima de su propio instinto.

—Creo que deberíamos retroceder —dijo y su respuesta pareció herirlo como si hubiese sido un insulto.

—Muy bien. —Doug suspiró. —Reconozco un motín cuando lo veo. Cuando encuentre un sitio adecuado, haré un cambio de sentido. Y retrocederemos los cincuenta kilómetros que hicimos.

—Yo estaba de tu lado, Doug –dijo Elaine—. No lo olvides.

—Aquí parece que hay bastante lugar.

—Aguarda —dijo Maura—. Estaba por agregar: eso podría ser una zanja, pero Doug ya había girado el volante para hacer el giro en U. De pronto, la nieve se hundió debajo de la rueda derecha y la camioneta se inclinó hacia un costado, haciendo que Maura golpeara contra la puerta.

—¡Joder! —gritó Arlo—. ¿Qué coño haces?

Se habían inmovilizado; la camioneta estaba casi caída sobre un lado.

—Mierda. Mierda. ¡Mierda! —exclamó Doug. Pisó el acelerador a fondo y el motor chilló mientras las ruedas giraban sobre la nieve. Puso la marcha atras y trató de retroceder. El vehículo se movió unos

centímetros, luego volvió a detenerse; las ruedas giraban en el vacío.

—Prueba con ir hacia adelante y hacia atrás —sugirió Arlo.

—¡Es lo que estoy intentando hacer! —Doug puso el cambio más bajo y trató de avanzar. Las ruedas chillaban, pero no se movían.

—¿Papi? —dijo Grace con vocecita de pánico.

—No pasa nada, cariño. Todo va a estar bien.

—¿Qué haremos? —lloriqueó Grace.

—Vamos a llamar para pedir auxilio. Pediremos un remolque y seguiremos camino. —Doug buscó su móvil. —Tal vez nos quedemos sin almuerzo, pero qué importa, es toda una aventura. Tendrás algo que contar cuando regreses a la escuela. —Se detuvo y miró el teléfono con el ceño fruncido. —¿Alguno de vosotros tiene señal?

—¿Qué, tú no la tienes? —dijo Elaine.

—¿Podéis fijaros?

Maura sacó el móvil del bolso.

—No veo ni una sola barra.

—Nada de señal tampoco aquí —dijo Elaine.

—Tampoco yo —dijo Arlo.

—¿Grace? —Doug giró para mirar a su hija.

Ella negó con la cabeza y lloriqueó:

—¿Estamos varados aquí?

—Calmémonos todos, ¿vale? Podemos resolver esto. —Doug inspiró hondo. —Si no podemos pedir auxilio, tendremos que salir de esto por nuestros propios medios. Empujaremos la maldita camioneta de nuevo al camino. —Doug puso el coche en punto muerto. —Bien, todos afuera. Podemos lograrlo.

La puerta de Maura estaba atascada contra la nieve, de modo que no podía salir por su lado. Pasó por encima de la palanca de cambios al asiento del conductor y Doug la ayudó a salir por su puerta. La nieve le llegaba a las pantorrillas. No fue hasta ese momento, cuando vio el vehículo ladeado, que comprendió el alcance del aprieto en el que se encontraban. La camioneta Suburban se había caído del arcén a una zanja profunda. Las ruedas de la derecha estaban enterradas hasta el chasis. Las de la izquierda ni siquiera tocaban el pavimento. No hay forma de que podamos enderezar a este monstruo.

—Vamos que podremos —dijo Doug con entusiasmo—. A ver, amigos, aunemos esfuerzos.

—¿Para hacer qué, exactamente? —preguntó Arlo—. Necesitas un remolque para sacar a la camioneta de ahí.

—Pues yo estoy dispuesta a intentarlo —dijo Elaine.

—Tú no sufres de la espalda.

—Deja de quejarte, Arlo. Echemos una mano.

—Gracias, Elaine —dijo Doug. Buscó guantes en el bolsillo de la chaqueta. —Grace, sube al asiento del conductor. Tendrás que

ocuparte del volante.

—¡No sé conducir!

—Solo tendrás que ponerla sobre el camino, cariño.

—¿No lo puede hacer otro?

—Eres la más pequeña y los demás tenemos que empujar. Vamos, te ayudaré a subir.

Grace estaba aterrada, pero trepó al asiento del conductor.

—Muy bien —dijo Doug. Bajó a la zanja y quedó cubierto de nieve hasta la cadera. Colocó las manos enguantadas contra la parte trasera del vehículo. —¿Y bien? —dijo, mirando a los demás adultos.

Elaine fue la primera en saltar dentro de la zanja junto a él. Maura la siguió y sintió que le entraba nieve por dentro del pantalón y en las botas. Había dejado los guantes en el coche, por lo que apoyó las manos contra el acero que de tan congelado parecía quemarle la piel.

—Me haré daño en la espalda —dijo Arlo.

—Pues elige —dijo Elaine—. Es eso o morir congelado. ¿Bajas de una vez?

Arlo se tomó tiempo para ponerse guantes y un gorro de lana. Se envolvió una bufanda alrededor del cuello. Solo entonces, equipado contra el frío, bajó a la zanja.

—Bien, todos juntos —dijo Doug—.¡A empujar!

Maura arrojó todo el peso contra la Suburban y sus botas resbalaron hacia atrás en la nieve. Oía a Arlo gruñendo a su lado; sintió que el vehículo se movía hacia adelante.

—¡Gira, Gracie! —gritó Doug—. ¡A la izquierda!

La parte delantera de la camioneta comenzó a levantarse lentamente hacia el camino. Siguieron empujando. Maura hacía tanta fuerza que le temblaban los brazos y le dolían los músculos. Cerró los ojos y contuvo el aliento, concentrando todo su esfuerzo en mover tres toneladas de acero. Sintió que resbalaba. De pronto la camioneta resbaló, también, y volvió a caer hacia atrás contra ellos.

—¡Cuidado! —gritó Arlo.

Maura se hizo a un lado justo cuando el vehículo rodaba hacia atrás y caía de lado en la zanja.

—¡Joder! —gritó Arlo—. ¡Podría habernos aplastado!

—¡Papi, papi! ¡No puedo destrabar el cinturón!

Doug trepó al vehículo.

—Tranquila, cariño. Te sacaré. —Abrió la puerta y arrastró afuera a Grace. Ella cayó a la nieve, jadeando.

—Tío, estamos jodidos —dijo Arlo.

Todos salieron de la zanja y se quedaron en el camino, contemplando la camioneta que ahora estaba caída sobre un lado, semi enterrada en la nieve.

Arlo soltó una risa que contenía una nota de histeria.

—De algo estoy seguro. Nos perdemos el almuerzo.

—Pensemos—dijo Doug.

—¿Qué hay para pensar? No hay forma de que podamos mover ese tanque. —Arlo se ajustó la bufanda. —Y hace un frío terrible.

—¿A qué distancia está la hostería? —preguntó Maura.

—Según Lola, faltan cuarenta y cinco kilómetros —respondió Doug.

—Hicimos casi cincuenta desde que salimos de la gasolinera.

—Ajá. Estamos justo a mitad de camino.

—Vaya —dijo Arlo—. No podríamos haberlo planeado mejor.

—Arlo —dijo Elaine—. Cállate.

—Pero los cincuenta kilómetros que hicimos serán casi todos cuesta abajo desde aquí —dijo Doug—. Eso lo hace más fácil.

—¿Vamos a caminar cincuenta kilómetros en una tormenta de nieve?

—No. Tú te quedarás aquí con las mujeres. Podéis volver a subir al coche y encender la calefacción. Cogeré los esquís del techo e iré en busca de ayuda.

—Es demasiado tarde —objetó Maura.

—Lo puedo hacer.

—Ya es mediodía. Te quedan unas pocas horas de luz y no puedes esquiar en la oscuridad. Podrías caer al vacío.

—Tiene razón —dijo Elaine—. Necesitarías un día entero, tal vez dos para llegar tan lejos. Y la nieve está tan profunda que irías muy lento.

—Yo los metí en esto. Yo los metí de aquí.

—No seas estúpido. Quédate con nosotros, Doug.

Pero él ya estaba metiéndose otra vez dentro de la zanja para sacar los esquís del techo.

—Tío, jamás volveré a criticar los palillos esos con sabor a carne —murmuró Arlo—. Debería de haber comprado varios. Por lo menos tendríamos proteínas.

—No puedes irte, Doug —dijo Elaine—. Es demasiado tarde.

—Me detendré cuando oscurezca. Cavaré una cueva en la nieve o algo así.

—¿Sabes cómo hacerlo?

—¿Como de difícil puede ser?

—Morirás congelado.

—Papi, no. —Grace bajó a la zanja y lo cogió del brazo para alejarlo de los esquís. —¡Por favor!

Doug miró a los adultos que estaban en el camino y su voz se elevó en un grito de frustración.

—Estoy tratando de resolver las cosas ¿vale? ¿Acaso no lo veis? ¡Estoy tratando de encontrar la forma de sacarnos de aquí y no me la

estáis poniendo fácil!

Su arrebato los sorprendió y todos se quedaron en silencio, tiritando. La gravedad de la situación comenzaba a hacer mella en sus mentes. Podríamos morir aquí.

—Pues alguien pasará por aquí ¿no creéis? —dijo Elaine, mirando a sus compañeros en busca de confirmación. —O sea, esto es un camino público, por lo que debe de pasar una máquina barre nieve o algo. No podemos ser los únicos que están en este camino.

—¿Has visto a alguien? —dijo Arlo.

—No está tan lejos de los caminos principales.

—Mira la nieve. Ya tiene medio metro de profundidad y se tornará más profunda. Si fueran a limpiarla, ya lo habrían hecho.

—¿Qué estás diciendo?

—Que este debe de ser un camino que da acceso a sitios de vacaciones y se utiliza solo en la temporada de primavera y verano —dijo Arlo—. Por eso no está en el mapa. El maldito GPS nos enviaba por el camino más corto, no hay dudas: quería que atravesáramos la montaña.

—Tarde o temprano alguien pasará por aquí.

—Sí. En la primavera. ¿Recordáis esa historia hace unos años de la familia de Oregón que quedó atrapada en la nieve? Pensaron que iban por un camino principal y terminaron en medio de la nada. Nadie los fue a buscar. Una semana más tarde el hombre decide salir a salvar a su familia. Y muere congelado.

—Cállate, Arlo —dijo Doug—. Asustas a Grace.

—Tío, me asusta a mí —dijo Elaine.

—Elaine, solo estoy tratando de que entiendas que esto no es algo que Dougie puede resolver a fuerza de entusiasmo —dijo Arlo.

—Ya lo sé —replicó Elaine—. ¿Crees que no lo sé?

Una ráfaga de viento azotó el camino, levantando nieve hacia sus caras. Maura parpadeó ante el ardor que sintió. Cuando volvió a abrir los ojos, todos estaban exactamente en el mismo lugar, como paralizados por el frío y la desesperación. Solo entonces vio el brillo verde, vívido contra el implacable fondo blanco.

Echó a andar hacia allí, camino arriba, por la nieve que le succionaba las botas, frenando su avance.

—¿Maura, dónde vas? —dijo Doug.

Ella siguió caminando a pesar de los gritos de él. Cuando se acercó, vio que el trozo de verde era un letrero, oscurecido casi totalmente por la nieve pegada. Lo limpió.

CAMINO PRIVADO

SOLO RESIDENTES

Había caído tanta nieve que no se veía el asfalto, solo un camino estrecho que se perdía entre los árboles hasta desaparecer en el bosque. Una cadena bloqueaba la entrada; los eslabones estaban recubiertos de nieve congelada.

—¡Hay un camino aquí! —gritó. Mientras los otros caminaban hacia allí, señaló el letrero. —Dice SOLO RESIDENTES. Eso significa que debe de haber casas sobre este camino.

—Está puesta la cadena —observó Arlo—. Dudo que haya alguien.

—Pero podremos refugiarnos. En este momento, es lo único que necesitamos.

Doug soltó una risa y abrazó a Maura, aplastándola contra su chaqueta de plumón.

—¡Sabía que era una buena idea traerte! ¡Tienes buena vista, doctora Isles! Ese camino se nos habría pasado completamente por alto.

Cuando él la soltó, Maura vio que Elaine los miraba y se inquietó al ver que no era una mirada amistosa. De pronto, desapareció y Elaine se volvió hacia la Suburban.

—Traigamos nuestras cosas del coche —dijo.

No sabían cómo de lejos tendrían que acarrear sus pertenencias, por lo que Doug sugirió que llevaran solamente lo que necesitaban para pasar la noche. Maura dejó la maleta y cogió el bolso y una bolsa de lona, que llenó de artículos de tocador y otro jersey.

—Elaine, no puedo creer que vas a llevar tu maleta —dijo Arlo.

—Es solo la de cabina. Allí tengo mis joyas y cosméticos.

—Mujer, estamos en medio del bosque.

—También tiene otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Otras cosas. —Echó a andar por el camino privado arrastrando la maleta, que dejaba un surco en la nieve tras ella.

—Supongo que tendré que llevártela —dijo Arlo con un suspiro y la cogió.

—¿Todos tenéis todo lo que necesitáis? —dijo Doug.

—Un momento —exclamó Maura—. Dejemos una nota por si alguien encuentra la camioneta. —Sacó lápiz y papel del bolso y escribió: Estamos varados, por favor pide ayuda. Nos fuimos por el camino privado. La apoyó en plena vista sobre el tablero y cerró la puerta. —Bien —dijo, mientras se ponía los guantes—. Estoy lista.

Pasaron por encima de la cadena y echaron a andar por el camino. Arlo resoplaba arrastrando la maleta de Elaine.

—Cuando volvamos a casa, Doug —jadeó—. Me debes una cena de

las buenas. Hablo de una cena en serio. Veuve Clicquot. Caviar. Y un filete del tamaño de Los Angeles.

—Ya basta —dijo Elaine—. Nos estás haciendo sentir hambre.

—¿Qué, no tenías hambre todavía?

—Hablar de ella no ayuda.

—Pues no se te irá por no hablar de ella. —Arlo avanzaba despacio, arrastrando pesadamente la maleta. —Y ahora también nos quedaremos sin cena.

—Tiene que haber algo de comida allí —dijo Doug—. Por más que cierres la casa durante el invierno, por lo general dejas cosas en la despensa. Crema de cacahuete. O fideos.

—Esto sí que es desesperación, cuando los fideos comienzan a sonar atractivos.

—Es una aventura, chicos. Imaginad que os habéis tirado de un avión y confiad en que el destino os haga aterrizar suavemente.

—No soy como tú, Doug —objetó Arlo—. Yo no me tiro de aviones.

—Pues no sabes lo que te has estado perdiendo.

—Sí que lo sé. El almuerzo.

Cada paso era arduo. A pesar de que la temperatura descendía, Maura transpiraba dentro de la parka de esquí. Le dolía la garganta con cada bocanada de aire gélido. Demasiado cansada como para abrirse camino en la nieve fresca, se ubicó detrás de Doug, dejando que él marcara la huella y colocando sus pies en los cráteres que dejaban las botas de él. Era una cuestión de marchar estoicamente, izquierdo-derecho-izquierdo, haciendo caso omiso de los músculos agarrotados, del dolor en el pecho y de los bordes empapados de los pantalones.

Mientras subían trabajosamente una pequeña cuesta, Maura mantenía fija la vista en el camino delante de ellos. Cuando Doug se detuvo abruptamente, estuvo a punto de chocar con él.

—¡Eh, compañeros —gritó Doug—. ¡Vamos a estar bien!

Maura se ubicó junto a él y miró hacia un valle donde se veían los tejados de una docena de casas. No salía humo de ninguna de las chimeneas; el camino que bajaba estaba cubierto de nieve virgen.

—No veo señales de vida —observó.

—Tal vez tengamos que entrar por la fuerza en alguna de las casas. Pero al menos tendremos donde pasar la noche. Parece ser un trayecto de unos cinco kilómetros, así que llegaremos antes de que anochezca.

—Mirad aquí —dijo Arlo—. Hay otro letrero. —Avanzó por el camino y limpió la nieve de la superficie de madera.

—¿Qué dice? —preguntó Elaine.

Por un momento, Arlo se quedó mirando el letrero en silencio, como si estuviera escrito en un idioma que no comprendía.

—Ahora entiendo a qué se refería el anciano aquel de la gasolinera

—dijo por fin.

—¿De qué hablas?

—Es el nombre de ese poblado allí abajo. —Arlo se hizo a un lado y Maura pudo ver las palabras en el letrero.

EL REINO CELESTIAL.

SEIS

—No veo postes de electricidad —observó Arlo.

—¿O sea que no podré recargar mi iPod? —preguntó Grace.

—Podrían tener cables subterráneos —sugirió Doug—. O utilizar generadores. Estamos en el siglo veintiuno. Nadie vive sin electricidad. —Se acomodó la mochila. —Venga, vamos, es una caminata larga. Tenemos que llegar antes de que oscurezca.

Comenzaron a bajar la cuesta, donde el viento lastimaba como espinas y la nieve dificultaba el avance. Doug llevaba la delantera y marcaba el camino por la nieve virgen con Grace, Elaine y Arlo detrás de él. Maura cerraba la fila. A pesar de que iban cuesta abajo, la profundidad de la nieve hacía que el avance fuera agotador. Nadie hablaba; la caminata les consumía todo el esfuerzo.

Nada de ese día había salido como Maura había esperado. Si solo hubiéramos ignorado el GPS y seguido el mapa, pensó. Ya estaríamos en la hostería tomando vino delante del fuego. Si solo hubiera rechazado la invitación de Doug desde el comienzo, no estaría varada con estas personas. Estaría en mi hotel, tranquila y a salvo. La seguridad era la opción que ella casi siempre elegía. Inversiones seguras, coches seguros, viajes seguros. Los únicos riesgos que había corrido en su vida habían sido con hombres y todos habían salido mal. Daniel y ahora Douglas. Nota para mí misma: en el futuro, evita a los hombres cuyos nombres empiezan con D. Con excepción de esa coincidencia, los dos hombres no se parecían en nada. Ese había sido el encanto de Doug, el hecho de que era alocado y algo temerario. La había hecho desear sentirse intrépida también.

Y aquí está el resultado, pensó mientras bajaba pesadamente la montaña. He dejado que un hombre impulsivo me meta en este lío. Y lo peor de todo era que él no reconocía lo serio del aprieto en que se encontraban, un aprieto que solo parecía estar empeorando. En el mundo soleado de Doug, todo siempre saldría bien.

La luz comenzaba a atenuarse. Habían caminado por lo menos un kilómetro y ella sentía las piernas pesadas como plomo. Si se desplomaba allí mismo por el agotamiento, tal vez los otros ni siquiera la escucharan. Una vez que cayera la noche, nadie podría encontrarla. Cuando amaneciera, estaría cubierta de nieve. Qué fácil era desaparecer allí. Si se perdía en una tormenta de nieve o desaparecía bajo un montículo de nieve, el mundo jamás sabría lo que le había sucedido. No le había contado a nadie de Boston sus planes de fin de semana. Por una vez, había intentado ser espontánea, subirse a la

aventura y disfrutar el viaje, como había dicho Doug. Y había sido una oportunidad de alejar a Daniel de su mente y declarar su independencia. Convencerse de que no dependía de nadie.

La bolsa que llevaba colgada del hombro resbaló y su móvil cayó a la nieve. Maura lo cogió, lo limpió y revisó la señal. Ninguna barra. Qué porquería inservible, pensó y lo apagó para conservar la batería. Se preguntó si Daniel habría llamado. ¿Se preocuparía al ver que no le devolvía los mensajes de voz? ¿O pensaría que ella lo estaba ignorando adrede? ¿Esperaría a que ella rompiera el silencio?

Si esperas demasiado, podría terminar muerta.

Furiosa de pronto con Daniel, con Douglas y con todo ese maldito día, atacó el último trecho como un toro y arremetió contra la nieve que le llegaba a la cadera. Salió a tierra más plana y se reunió con los otros donde se habían detenido a recuperar el aliento; jadeaban y soltaban nubecitas escarchadas. Los copos de nieve seguían cayendo como polillas blancas y aterrizaban con un suave sonido.

En la oscuridad creciente, se veían dos filas de casas idénticas, silenciosas y oscuras. Todas las construcciones tenían los mismos tejados a dos aguas, los mismos garajes adosados, los mismos porches, hasta las mismas hamacas en el porche. Hasta en la cantidad de ventanas las casas eran clones extraños.

—¡Hola! –gritó Doug—. ¿Hay alguien?

Su voz retumbó en las montañas y luego se apagó.

Arlo gritó:

—¡Venimos en paz! ¡Y traemos tarjetas de crédito!

—No es gracioso —dijo Elaine—. Podríamos morirnos congelados.

—Nadie va a morir congelado —dijo Doug. Subió pesadamente los escalones del porche cubierto de la casa más cercana y golpeó a la puerta. Esperó unos segundos y volvió a golpear. El único sonido era el chirrido de la hamaca del porche; sobre el asiento, el viento había acumulado nieve.

—Rompe la cerradura —dijo Elaine—. Es una emergencia.

Doug giró el picaporte y la puerta se abrió. Miró hacia atrás donde estaban los demás.

—Esperemos que nadie esté esperando dentro con una escopeta.

Dentro de la casa hacía el mismo frío que afuera. Se quedaron tiritando en la penumbra y exhalando vapor como cinco dragones. La última luz gris del día se apagaba en la ventana.

—¿Alguien tiene una linterna, por casualidad? —preguntó Doug.

—Creo que sí —dijo Maura y revolvió el bolso en busca de la pequeña linterna que siempre llevaba encima cuando trabajaba. —Coño —maldijo—. Acabo de recordar que la dejé en casa. No pensé que la necesitaría en una conferencia.

—¿No hay un interruptor de luz en algún sitio?

—En esta pared no hay nada —dijo Elaine.

—No veo ningún enchufe —dijo Arlo—. Tampoco hay nada enchufado. —Tras una pausa, agregó: —¿Saben una cosa? Creo que este sitio no tiene electricidad.

Por un momento, permanecieron en silencio, demasiado desmoralizados como para decir una palabra. No se escuchaba el tictac de ningún reloj ni el zumbido de un refrigerador. Solo el vacío de un espacio muerto.

Un repentino tañido metálico hizo que Maura diera un respingo.

—Lo siento —dijo Arlo, que estaba junto al hogar—. Hice caer una de las herramientas para el fuego. —Un silencio. —Eh, aquí hay cerillas.

Escucharon el ruido áspero de un fósforo al encenderse. En la luz titilante de la llama vieron que había madera apilada junto al hogar. Luego la cerilla se apagó.

—Encendamos el fuego —propuso Doug.

Maura recordó el periódico que había comprado en la gasolinera y lo sacó de la bolsa.

—¿Necesitas papel para encenderlo?

—No, hay bastante aquí.

En la oscuridad, oyeron que Doug revolvía en busca de leña chica y luego abollaba periódicos. Encendió otra cerilla y el papel comenzó a arder.

—Hágase la luz —dijo Arlo.

Y se hizo realmente la luz. Y llegó el calor, también, deliciosas oleadas de calor a medida que la madera se encendía. Doug echó dos leños al fuego y todos se acercaron al hogar para disfrutar del calor y el brillo alegre de las llamas.

Ahora podían ver la habitación. Los muebles eran de diseño simple y estaban hechos de madera. Una gran alfombra tejida cubría el suelo de madera junto al hogar. Las paredes estaban desnudas salvo por un poster enmarcado de un hombre con ojos como de carbón y una espesa melena de pelo oscuro; el hombre miraba al cielo con expresión reverente.

—Aquí hay una lámpara de aceite —dijo Doug—. Encendió la mecha y sonrió cuando la habitación se iluminó. —Tenemos luz y tenemos una buena pila de madera. Si mantenemos el fuego encendido, pronto se calentará la sala.

De repente, Maura, que estaba mirando el hogar, frunció el ceño. El fuego ardía limpio, las llamas se elevaban como dientes puntiagudos.

—No abrimos el cañón de la chimenea —dijo.

—Parece estar tirando bien —dijo Doug—. No hay humo.

—Justamente. —Maura se agachó y miró hacia arriba dentro de la chimenea. —El humero ya estaba abierto. ¡Qué raro!

—¿Por qué?

—Cuando cierras tu casa durante el invierno, ¿no sería lo lógico que quitaras todas las cenizas y cerraras el humero? —Hizo una pausa. —¿No cerrarías la puerta con llave?

Guardaron silencio durante unos segundos; el fuego ardía, consumiendo la madera que silbaba y chisporroteaba. Maura vio que los demás miraban nerviosamente hacia las sombras y comprendió que debían de estar pensando lo mismo que ella:

¿Se habrán marchado realmente los ocupantes?

Doug se incorporó y cogió la lámpara de aceite.

—Creo que iré a revisar el resto de la casa.

—Voy contigo, papi —dijo Grace.

—Yo también —dijo Elaine.

Todos se pusieron de pie. Nadie quería quedarse solo.

Doug los guió por un pasillo; la lámpara arrojaba sombras movedizas sobre las paredes. Entraron en una cocina con suelo y muebles de pino y una cocina a leña. Por encima del fregadero de piedra había una bomba manual para extraer agua. Pero lo que llamó la atención de todos fue la mesa.

Sobre la mesa había cuatro platos, cuatro tenedores y cuatro vasos de leche congelada. La comida se había congelado sobre los platos: se veía algo oscuro y abultado junto a un montículo de puré de patatas, todo ello recubierto de una capa fina de escarcha.

Arlo pinchó uno de los bultos oscuros con un tenedor.

—Parecen ser albóndigas —dijo—. ¿Cuál creen que era el plato del Osito?

Nadie rió.

—Dejaron la cena servida —se asombró Elaine—. Se sirvieron leche, pusieron la comida sobre la mesa, y luego... —Su voz se apagó. Miró a Doug.

En la penumbra, la lámpara de aceite titiló cuando una corriente de aire cruzó por la cocina. Doug fue hasta la ventana, que estaba abierta y la cerró.

—Esto también es extraño —dijo al ver la capa de nieve que se había acumulado en el fregadero—. ¿Quién deja las ventanas abiertas cuando afuera hace un frío polar?

—¡Eh, mirad! ¡Hay comida aquí! —Arlo había abierto el armario de la despensa; los estantes estaban repletos de provisiones. —Hay harina. Frijoles. Y suficientes latas de maíz, melocotones y encurtidos como para durar hasta el Día del Juicio Final.

—Quién sino Arlo para encontrar la cena —dijo Elaine.

—Soy un auténtico cazador-recolector. Por lo menos no moriremos de hambre.

—Como si fueras a permitir que eso sucediera.

—Y si encendemos la cocina a leña —añadió Maura—, la casa se calentará más rápido.

Doug levantó la vista hacia la planta superior.

—Suponiendo que no han dejado más ventanas abiertas. Deberíamos revisar el resto de la casa.

De nuevo, nadie quiso quedarse solo. Doug asomó la cabeza en el garaje vacío, luego se dirigió a la escalera. Levantó la lámpara de aceite, pero la luz solo reveló escalones que subían hacia la oscuridad. Comenzaron a subir. Maura iba última, donde estaba más oscuro. En las películas de terror, el que estaba en la retaguardia era siempre el que atrapaban primero, el pobre personaje al final de la columna que recibía el flechazo en la espalda o el primer golpe del hacha. Miró por encima del hombro, pero lo único que veía era un pozo de sombras.

La primera habitación donde entró Doug era un dormitorio. Se apiñaron en la puerta y se encontraron con una cama de madera pulcramente hecha. A los pies había un baúl de pino sobre el cual habían doblado un par de vaqueros. Talla cuarenta y seis de hombre con un gastado cinturón de cuero. En el suelo había una ligera capa de nieve que había entrado por una ventana abierta. Doug la cerró.

Maura fue hasta la cómoda y cogió una foto dentro de un marco de metal. Cuatro caras le devolvieron la mirada: un hombre y una mujer flanqueaban a dos niñas de unos nueve o diez años, con el pelo trenzado. El hombre estaba peinado hacia atrás y tenía una mirada dura que parecía frenar cualquier intento de desafiar su autoridad. La mujer era poco atractiva y pálida; llevaba el pelo rubio trenzado y sus facciones eran tan descoloridas que parecía perderse contra el fondo de la foto. Maura la imaginó trabajando en la cocina, con algunos mechones de pelo que habían escapado de la trenza rozándole la cara. La imaginó poniendo la mesa, los platos y tenedores y sirviendo la comida. Porciones abundantes de puré de patatas, carne y salsa.

¿Y luego qué sucedió? ¿Qué haría que una familia abandonara su comida y dejara que se convirtiera en hielo?

Elaine cogió a Doug del brazo.

—¿Has escuchado eso? —susurró.

Todos se paralizaron. Entonces Maura escuchó los crujidos, como pasos en el suelo.

Despacio, Doug salió al pasillo y se dirigió a la segunda puerta. Con la lámpara en alto, entró en lo que resultó ser otro dormitorio.

De pronto, Elaine rió.

—¡Pero qué idiotas somos! —Señaló el armario, cuya puerta se balanceaba y crujía, impulsada por el aire que entraba por la ventana

abierta. Aliviada, se dejó caer sobre una de las dos camas individuales. —¡No es más que una casa vacía! Y aquí estamos, muertos de miedo.

—No me incluyas —dijo Arlo.

—No, claro, no estabas aterrado.

Maura cerró la ventana y miró hacia la noche. No se veían luces ni indicio alguno de que alguien estuviera vivo en el mundo además de ellos. Sobre el escritorio había una pila de cuadernillos de ejercicios escolares. Programa Independiente de Estudios, Nivel 4. Abrió uno y vio una página de ejercicios de ortografía. El nombre de la alumna estaba escrito sobre la primera página: Abigail Stratton. Una de las dos niñas de la foto, pensó. Este es su dormitorio. Pero al mirar las paredes, no vio nada que indicara que allí vivían dos preadolescentes. No había posters de películas ni fotos de ídolos juveniles. Solo dos camas individuales, pulcramente hechas y esos libros escolares.

—Creo que ya podemos decir que la casa es toda nuestra —dijo Doug—. Tenemos que quedarnos aquí y esperar que alguien venga a buscarnos.

—¿Y si no viene nadie? —preguntó Elaine.

—Alguien notará nuestra ausencia. Teníamos una reserva en la hostería.

—Pensarán que cambiamos de idea. Y no tenemos que volver al trabajo hasta después del Día de Acción de Gracias. Faltan nueve días.

Doug miró a Maura.

—Tú tenías un vuelo de regreso mañana ¿verdad?

—Sí, pero nadie sabe que vine con vosotros, Doug. No sabrán por dónde comenzar a buscar.

—¿Por qué a alguien se le ocurriría buscar aquí? —preguntó Arlo —. ¡Estamos en medio de la nada! El camino no se despejará hasta la primavera, lo que significa que podrían pasar meses antes de que nos encuentren. —Arlo se dejó caer sobre una de las camas, junto a Elaine y hundió la cabeza entre las manos. —¡Tío, estamos jodidos!

Doug miró a sus abatidos compañeros.

—Pues yo no pienso sucumbir al pánico. Tenemos comida y leña, así que no moriremos de hambre ni de frío. —Le dio una buena palmada a Arlo en la espalda. —Ánimo, tío. Es una aventura. Podría ser mucho peor.

—¿Peor? ¿Cómo?

Nadie respondió.

SIETE

Para cuando la detective Jane Rizzoli llegó a la escena, ya había un grupo de espectadores, atraídos por las luces de los vehículos policiales del Departamento de Policía de Boston y por el extraño instinto que siempre lleva a las personas a apiñarse donde han sucedido cosas terribles. La violencia emana su propia versión de feromonas y esa gente había sentido el olor y ahora se apretaba contra la cerca de alambre del parking de trasteros U-Store-More esperando tener un atisbo de aquello que había hecho acudir a la policía a su vecindario.

Jane aparcó y descendió del coche, abotonándose el abrigo para protegeré del frío. Esa mañana había dejado de llover, pero con el cielo despejado llegó el descenso de temperatura y se dio cuenta de que no había traído guantes de abrigo, sino solamente los de látex. No estaba lista para el invierno, todavía. No había guardado en el coche la espátula para raspar hielo ni el cepillo para la nieve. Pero no había dudas de que esa noche el frío presagiaba la llegada del invierno.

Entró por el portón de la propiedad y saludó al agente que montaba guardia. Los espectadores la miraban y tomaban fotos con los teléfonos. Eh, Ma, mira estas fotos de la escena del crimen. Por Dios, gente, conseguíos una vida, pensó Jane. Sintió sus miradas sobre ella mientras cruzaba por el asfalto helado hacia el trastero número 22. Tres agentes policiales bien abrigados montaban guardia fuera de la unidad, con las manos hundidas en los bolsillos y las gorras bien bajas sobre la frente.

—Hola, detective —la saludó uno de ellos.

—¿Es ahí dentro?

—Sí. El detective Frost ya está ahí con la encargada. —El policía se agachó y tiró de la manija que levantaba la puerta de aluminio. Esta se abrió y en el reducido espacio interior, Jane vio a su compañero, Barry Frost, de pie junto a una mujer de mediana edad, que vestía un abrigo de plumón tan voluminoso que parecía que tuviera cojines amarrados al pecho.

Frost hizo las presentaciones.

—Ella es Dottie Dugan, encargada de U-Store-More. Y esta es mi compañera, la detective Jane Rizzoli —dijo.

Nadie sacó las manos de los bolsillos; hacía demasiado frío para cortesías.

—¿Usted llamó para hacer la denuncia? —preguntó Jane.

—Sí, señora. Le estaba contando al detective Frost lo mal que

quedé cuando descubrí lo que había aquí dentro.

Una ráfaga de viento levantaba papeles sobre el suelo de hormigón. Jane dijo al agente que estaba afuera:

—¿Puedes cerrar la puerta?

Esperaron a que la puerta hubiera bajado, encerrándolos en un espacio que estaba tan gélido como el exterior, pero donde por lo menos no llegaba el viento. Una bombilla desnuda colgaba por encima de ellos y el brillo intenso remarcaba las bolsas bajo los ojos de Dottie Dugan. Hasta Frost, que no llegaba a los cuarenta años, se veía demacrado y mayor bajo esa luz que lo dejaba anémicamente pálido. En el trastero había una colección de muebles viejos. Jane vio un sofá gastado cubierto por una tela floreada de colores chillones, un sillón reclinable manchado y varias sillas de madera distintas. Eran tantos los muebles que los habían apilados contra las paredes hasta los tres metros de altura.

—Ella siempre pagaba puntualmente —dijo Dottie Dugan—. Todos los años, en octubre, yo recibía un cheque con la renta para todo el año. Y esta es una de nuestras unidades más grandes, mide tres metros por diez metros. No es precisamente barata.

—¿Quién la alquila? —preguntó Jane.

—Betty Ann Baumeister —respondió Frost. De sus notas, releyó la información que ya había apuntado. —Hace once años que la alquila. Tenía domicilio en Dorchester.

—¿Tenía?

—Murió —dijo Dottie Dugan—. Me enteré que fue de un infarto en noviembre pero no lo supe hasta que intenté cobrar el alquiler. Es la primera vez que no me envió un cheque, así que me di cuenta que había algún problema. Intenté ubicar a sus familiares, pero al único que encontré fue a un anciano tío senil en Carolina del Sur. Ella era de allí. Tenía acento sureño, muy suave y bonito. Es una pena que se haya mudado tan lejos, aquí a Boston para morir sola. Es lo que pensé en aquel momento, en fin. — Dejó escapar una risa de pesar y se estremeció dentro de su abrigo abultado. —Nunca se sabe ¿verdad? Una señora sureña de aspecto tan dulce. Me siento mal por tener que subastar sus pertenencias, pero no puedo dejarlas aquí. —Miró a su alrededor. —No es que sean valiosas, tampoco.

—¿Dónde lo encontró?

—Contra la pared, allí detrás. Donde está el enchufe. —Dottie Dugan los guió por el estrecho pasillo entre sillas apiladas hasta un gran congelador. —Supuse que guardaría carne cara o algo así. O sea ¿por qué dejarías encendido un congelador todo el año a menos que tenga algo que valga la pena tener congelado? —Hizo una pausa y miró a Jane y a Frost. —Si no os molesta, os dejaré solos. No me apetece volver a verlo. —Se dió media vuelta y se alejó hacia la

puerta.

Jane y Frost intercambiaron miradas. Fue Jane la que levantó la tapa. Una bruma helada se elevó del congelador, impidiéndole ver lo que había dentro. Cuando la bruma se dispersó, el contenido quedó a la vista.

La cara de un hombre, recubierta de plástico transparente y con hielo en las cejas y pestañas, los miraba desde el interior. Su cuerpo desnudo había sido colocado en posición fetal, con las rodillas apretadas contra el pecho para caber mejor en el espacio reducido. Aunque tenía las mejillas resecas por la quemazón con hielo, su piel no mostraba arrugas y su carne juvenil se había conservado como un buen corte de carne, envuelto y congelado para uso posterior.

—Cuando alquiló esta unidad, la única exigencia que puso fue que tuviera un enchufe en buen funcionamiento —dijo Dottie, mirando hacia otro lado para no ver al ocupante del congelador—. Dijo que era fundamental que no se quedara sin corriente eléctrica. Ahora entiendo por qué.

—¿Sabe algo más sobre la señora Baumeister? —preguntó Jane.

—Solo lo que ya le he dicho al detective Frost. Pagaba puntualmente y sus cheques eran siempre válidos. Mis inquilinos son de entrar y salir, no necesariamente se ponen a conversar. Muchos tienen historias tristes. Pierden sus casas y sus cosas terminan aquí. Casi nunca hay nada que valga la pena subastar. La mayoría de las veces son cosas como estas. —Hizo un ademán hacia los muebles viejos apilados contra las paredes. —Son valiosos solamente para los dueños.

Jane paseó la mirada por los objetos que Betty Ann Baumeister había considerado lo suficientemente valiosos como para guardarlos en un trastero durante once años. A U$250 dólares por mes, le habría costado U$3000 al año y durante una década, eso habría sumado U$ 30.000 solamente para conservar esas posesiones. Había suficientes muebles allí como para amueblar una casa de cuatro dormitorios, aunque no con elegancia. Las cómodas y bibliotecas estaban hechas de aglomerado. Las pantallas amarillentas de las lámparas se veían lo suficientemente frágiles como para desintegrarse al tacto. A ojos de Jane, eran todos trastos inútiles. Pero cuando Betty Ann miraba el sofá gastado y las sillas frágiles, ¿vería trastos o tesoros?

¿Y en qué categoría se ubicaba el hombre que estaba en el congelador?

—¿Cree que ella lo mató? —preguntó Dottie Dugan.

Jane la miró.

—No lo sé, señora. Ni siquiera sabemos quién es. Tendremos que esperar y ver qué dice la médica forense.

—Si no lo ha matado, ¿pues por qué lo ha guardado en el

congelador?

—Se sorprendería de lo que hace la gente. —Jane bajó la tapa del congelador, aliviada de no tener que ver más esa cara congelada, esas pestañas con incrustaciones de hielo. —Tal vez no quería perderlo.

—Supongo que vosotros los detectives debéis de ver muchas cosas raras.

—Más de las que quiero recordar —respondió Jane y soltó un suspiro de vapor. No le entusiasmaba la idea de buscar pruebas en ese trastero gélido. Por lo menos el tiempo no les jugaba en contra; ni las pruebas ni el sospechoso podrían escapar.

Sonó su teléfono móvil.

—Disculpe —dijo y se alejó unos pasos para atender.

—Habla la detective Rizzoli.

—Lamento molestarte tan tarde —dijo el padre Daniel Brophy—. Acabo de hablar con tu esposo y me dijo que estabas en la escena de un crimen.

A ella no le sorprendió que Brophy la llamara. Como sacerdote asignado al departamento de Policía de Boston, a menudo solicitaban su presencia en escenas del crimen para consolar a los deudos.

—Todo bien, aquí, Daniel —dijo Jane—. No hay familiares que necesiten consuelo ni orientación.

—En realidad te llamo por Maura. —Hizo una pausa. Era un tema que seguramente le costaba abordar y no era de extrañarse. Su romance con Maura no era un secreto para Jane y él tenía que saber que ella no estaba de acuerdo con la relación, aun si nunca se lo había dicho en persona.

—No ha estado atendiendo el móvil —dijo él—. Me preocupa.

—Tal vez simplemente no quiere recibir llamadas. —Tus llamadas, le faltó decir.

—Le he dejado media docena de mensajes. Quería saber si tú has logrado comunicarte con ella.

—No lo he intentado.

—Me gustaría asegurarme de que esté bien.

—Está en una conferencia ¿no es así? Tal vez ha apagado el móvil.

—O sea que no sabes dónde está.

—Me pareció que era en alguna parte de Wyoming.

—Sí, sí, sé dónde se supone que está.

—¿Has intentado comunicarte con el hotel?

—Esa es la cuestión. Se marchó esta mañana.

Jane se volvió cuando la puerta del trastero se volvió a abrir y entró el médico forense.

—Estoy ocupada en este momento —le dijo a Brophy.

—No se iba a marchar hasta mañana.

—Pues nada, cambió de idea. Hizo otros planes.

—No me lo dijo. Lo que me preocupa es no poder comunicarme con ella.

Jane saludó con la mano al médico forense, que pasó por entre las montañas de muebles y fue a reunirse con Frost junto al congelador. Impaciente por volver a trabajar, Jane dijo sin miramientos:

—Tal vez no quiera que la contacten. ¿Has pensado en la posibilidad de que pueda necesitar tiempo a solas?

Él guardó silencio.

Había sido una pregunta cruel y Jane se arrepintió de haberla hecho.

—Sabes que este año ha sido difícil para ella ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Eres tú el que tiene todos los naipes, Daniel. Todo gira alrededor de tu decisión, de tu elección.

—¿Crees que saber que soy yo el que tiene que elegir me lo pone más fácil?

Ella oyó el dolor en su voz y pensó: ¿por qué la gente se hace esto a sí misma? ¿Cómo pueden dos personas inteligentes y buenas encerrarse por voluntad propia en tanta tristeza? Meses atrás había predicho que terminarían así; una vez que las hormonas se hubieran calmado y el resplandeciente romance hubiera perdido brillo, sólo les quedaría la amargura como compañía.

—Solo quiero saber que está bien —dijo él—. No te habría molestado si no me hubiera sentido preocupado.

—No suelo rastrearla ni saber qué hace.

—¿Pero me harías el favor de ver si está bien?

—¿Cómo?

—Llámala. Tal vez tengas razón, puede que esté filtrando mis llamadas. Nuestra última conversación no... —Se interrumpió. —Digamos que podría haber terminado mejor.

—¿Discutisteis?

—No. Pero la decepcioné. Lo sé.

—Ese podría ser el motivo por el que no te devuelve las llamadas.

—Con todo, es muy raro en ella estar incomunicada.

En eso Daniel tenía razón. Maura era demasiado responsable como para estar fuera del radar mucho tiempo.

—Vale, la llamaré —dijo Jane y cortó, sintiéndose agradecida de que su propia vida estuviera tan bien encarrilada. Nada de lágrimas ni de dramatismo, nada de picos ni de abismos. Solo la serena felicidad de saber que su marido y su hija estaban en casa esperándola. A su alrededor, por lo visto, los estados de confusión sentimental estaban destruyendo la vida de las personas. Su padre había dejado a su madre por otra mujer. El matrimonio de Barry Frost acababa de hacerse añicos. Nadie se comportaba como lo habían hecho siempre, como

debían hacerlo. Mientras marcaba el número de Maura, se preguntó: ¿soy la única que sigue cuerda?

El teléfono sonó cuatro veces, luego Jane escuchó la grabación: "Habla la doctora Isles. No estoy disponible en este momento, pero si deja un mensaje, llamaré lo antes posible."

—Hola, doc, nos preguntábamos dónde estás —dijo Jane—. ¿Llámame, vale? —Cortó y se quedó mirando el móvil, pensando en todos los motivos posibles por los que Maura no había respondido. No tenía señal. Se había quedado sin batería. O se lo estaba pasando genial en Wyoming, lejos de Daniel Brophy. Lejos de su trabajo, que era todo muerte y putrefacción.

—¿Todo bien? —gritó Frost.

Jane guardó el móvil en el bolsillo y lo miró.

—Sí —respondió—. Seguramente que sí

OCHO

—¿Pues qué pensáis que ha sucedido aquí? —preguntó Elaine, con voz algo pastosa por haber bebido demasiado whisky—. ¿A dónde se ha ido esta familia?

Estaban sentados junto al hogar, envueltos en frazadas que habían traído de los gélidos dormitorios de la planta superior; los restos de la cena habían quedado en el suelo a su alrededor. Habían comido carne de cerdo en lata, judías y fideos con queso, galletas saladas y crema de cacahuete. Un banquete con alto contenido de sodio, que acompañaron con una botella de whisky barato que habían encontrado en el fondo de la despensa, oculta detrás de los paquetes de harina y azúcar.

Debe de ser el whisky de ella, pensó Maura, y recordó la foto de la mujer con ojos apagados y cara inexpresiva. La despensa era el sitio donde una mujer ocultaría una provisión secreta de alcohol, un sitio que su marido jamás se dignaría a explorar, sobre todo si consideraba que cocinar era tarea de mujer. Maura bebió un sorbo y al sentir el ardor del alcohol en la garganta, se preguntó qué llevaría a una mujer a beber en secreto, qué tristeza o dolor la hacía buscar el solaz insensibilizador del alcohol.

—Bien —dijo Arlo—, se me ocurre una explicación lógica de dónde ha ido esta gente.

Elaine volvió a llenar su vaso y le agregó solo una pequeña medida de agua.

—Quiero escucharla.

—Es la hora de la cena. La mujer de las trenzas pone la comida sobre la mesa; se disponen a sentarse y orar o agradecer o lo que sea que hacen estas personas. De repente el esposo se lleva las manos al pecho y dice "¡Me está dando un infarto!" Así que suben al coche y salen a toda velocidad hacia el hospital.

—¿Y dejan la puerta principal sin llave?

—¿Por qué la cerrarían? ¿Qué hay aquí que alguien quisiera robar? —Arlo hizo un ademan displicente hacia los muebles. —Además, no hay nadie en kilómetros a la redonda que pudiera entrar sin permiso. —Hizo una pausa y levantó la copa para brindar. —Salvo nosotros, claro —añadió con tono irónico.

—Tengo la impresión de que se marcharon hace días. ¿Por qué no han regresado?

—Los caminos —dijo Maura. Sacó el periódico que había comprado en la gasolinera más temprano ese mismo día. Sentía como

si hubiese pasado toda una vida desde entonces. Lo abrió en el suelo y lo deslizó hacia el fuego para que pudieran leer el titular que le había llamado la atención al momento de pagarlo.

VUELVE EL FRÍO

Tras una semana de calor poco habitual, con temperaturas de veinte grados, se avecina un frente de frío invernal. El pronóstico prevé que el martes por la noche podrían caer entre cinco y nueve centímetros de nieve. Tras esa nevada llegaría una tormenta invernal más cruda, que podría traer nevadas más intensas el sábado.

—Tal vez no han podido regresar —dijo Maura—. Tal vez se marcharon antes de la tormenta del martes, cuando el camino todavía estaba despejado.

—Eso explicaría por qué estaban abiertas las ventanas —dijo Doug —. Todavía hacía calor cuando se marcharon. Y luego llegó la tormenta. —Miró a Maura con la cabeza ladeada. —¿No os dije que era brillante? La doctora Isles siempre encuentra una explicación lógica.

—Eso significa que esta gente debe tener planes para volver cuando despejen el camino —dijo Arlo.

—A menos que cambien de idea —contribuyó Elaine.

—Dejaron la casa sin llave y todas las ventanas abiertas. Tienen que volver.

—¿A esto? ¿Sin electricidad ni vecinos? ¿Qué mujer en su sano juicio soportaría algo así? A propósito, ¿dónde están los vecinos?

—Este es un sitio malévolo —dijo Grace en voz baja—. Yo no regresaría.

Todos la miraron. La niña estaba sentada apartada del resto, con la manta tan ajustada a su alrededor que en las sombras, se veía como una momia. Había estado en silencio, perdida en la música de su iPod, pero ahora se había quitado los auriculares y tenía los brazos cruzados alrededor del cuerpo y miraba la sala con ojos enormes.

—Revisé el guardarropa —dijo Grace—. El de la habitación donde dormían los padres. ¿Sabéis que tiene dieciséis cinturones? Dieciséis cinturones de cuero, cada uno colgado de una percha individual. Y también tiene una cuerda allí. ¿Por qué guardarías una cuerda en tu

armario?

Arlo soltó una risita nerviosa.

—No se me ocurre ningún motivo apto para todos los públicos. —Elaine le dio una palmada suave.

—No me parece que fuera un buen hombre. —Grace miraba la oscuridad que acechaba más allá de la luz del fuego. —Tal vez la esposa y las hijas huyeron. Tal vez vieron una oportunidad y escaparon. —Hizo una pausa. —Si es que tuvieron suerte, claro. Si es que no las mató antes.

Maura se estremeció debajo de la manta. Ni siquiera el whisky podía dispersar el frío que pareció invadir súbitamente la sala.

Arlo cogió la botella.

—Tía, si vamos a contar historias de terror, es mejor tener sedación a bordo.

—Pues tú ya te has sedado bastante —dijo Elaine.

—¿Quién más tiene una historia de miedo para el fogón? —Arlo miró a Maura. —Con tu trabajo, debes tener cientos de ellas.

Maura miró a Grace, que había vuelto a quedar en silencio. Si a mí me asusta la situación, se dijo, para una niña de trece años ha de ser infinitamente peor.

—No me parece que sea el momento de contar historias de miedo —dijo.

—¿Pues qué tal algunas historias graciosas, entonces? ¿Acaso los patólogos no tienen fama de tener humor negro?

Maura sabía que él solo buscaba una forma de ayudar a pasar las largas y frías horas de la noche, pero ella no estaba de humor para ser graciosa.

—Mi trabajo no tiene nada de gracioso, te lo aseguro —respondió.

Se hizo un largo silencio. Grace se acercó más al hogar y contempló el fuego.

—Ojalá nos hubiéramos quedado en el hotel. No me gusta este sitio.

—Somos dos, cariño —dijo Elaine—. Esta casa me da mala vibra.

—Pues no lo sé —dijo Doug, desde su habitual punto de vista positivo—. Es una buena casa, sólida. Nos habla de la clase de personas que podrían vivir aquí.

Elaine soltó una risa sarcástica.

—Personas con pésimo gusto para muebles.

—Y para la comida —añadió Arlo, señalando la lata vacía de cerdo con frijoles.

—Pues bastante rápido te la terminaste.

—Son condiciones de supervivencia, Elaine. Se hace lo necesario para mantenerse vivos.

—¿Y habéis visto la ropa en los armarios? Solo vestidos de tela de

algodón a cuadros con cuellos altos. Ropa de pioneros.

—Un momento, un momento. Me estoy haciendo una imagen mental de esta gente. —Arlo se llevó los dedos a las sienes y cerró los ojos como un vidente que invoca visiones. —Veo...

—¡Gótico americano! —sugirió Doug.

—No, "Los Beverly Ricos" —dijo Elaine.

—Eh, Má —dijo Arlo, arrastrando las palabras—, pásame más de ese guiso de ardillas.

El trío de amigos soltó una carcajada, alimentada por el whisky y el júbilo que sentían mofándose de gente a la que no conocían. Maura no se les unió.

—¿Y tú qué ves, Maura? —preguntó Elaine.

—Venga, va —añadió Arlo—, únete al juego. ¿Quién crees que son estas personas?

Maura paseó la mirada por la habitación, por las paredes sin ninguna decoración salvo el póster enmarcado del hombre de pelo oscuro y mirada hipnótica vuelta hacia el cielo. Las ventanas no tenían cortinas. No había adornos. Los únicos libros eran manuales de instrucciones. Reparación de motores diesel. Plomería básica. Manual de veterinaria hogareña. Esta no era la casa de una mujer; este no era el mundo de una mujer.

—El marido tiene el control absoluto de la casa —dijo.

Los demás la miraban, a la espera de más.

—¿Veis cómo todo aquí es frío y práctico? No hay indicios de la esposa en esta sala. Es como si no existiera, como si fuera invisible. Una mujer que no cuenta, que está atrapada y no puede encontrar salida, salvo a través de una botella de whisky. —Se interrumpió y pensó súbitamente en Daniel y los ojos se le llenaron de lágrimas. Yo también estoy atrapada. Estoy enamorada y soy incapaz de escapar. Daría lo mismo que estuviera encerrada en un valle propio. Parpadeó y cuando se le aclaró la visión, descubrió que todos la estaban mirando.

—Vaya —dijo Arlo en voz baja—. Todo un psicoanálisis de la casa.

—Me preguntaste qué pensaba. —Maura bebió un último sorbo de whisky y dejó el vaso con un ruido sonoro. —Estoy cansada. Me voy a dormir.

—Todos necesitamos dormir —dijo Doug—. Me quedaré despierto un rato para mantener el fuego encendido. No podemos permitir que se apague, por lo que tendremos que turnarnos.

—Tomaré el turno siguiente —ofreció Elaine. Se acurrucó sobre la alfombra y se cubrió con la manta. —Despiértame cuando sea la hora.

El suelo de madera crujió cuando todos se movieron para tratar de acomodarse sobre la alfombra. Aun con el fuego encendido, hacía frío en la sala. Debajo de la manta, Maura seguía con el abrigo puesto.

Habían bajado almohadas de las camas de la primera planta y la de ella olía a loción para después de afeitar y sudor. La almohada del esposo.

Con el aroma de él contra la mejilla, se quedó dormida y soñó con un hombre de pelo oscuro y ojos de piedra, un hombre que se cernía sobre ella y la veía dormir. En sus ojos había una amenaza, pero ella no podía moverse, no podía defenderse, estaba paralizada por el sueño. Con una exclamación ahogada, despertó, aterrada, sintiendo el corazón al galope.

No había nadie amenazándola. Contempló las sombras vacías.

La manta había caído hacia un costado y la sala estaba helada. Miró el fuego y vio que las llamas se habían apagado y convertido en unas pocas brasas ardientes. Arlo roncaba con la espalda apoyada contra la pared junto al hogar y la cabeza caída hacia adelante. Había dejado morir el fuego.

Tiritando y con el cuerpo rígido por dormir sobre el suelo frío, Maura se puso de pie y agregó leña al fuego. Las llamas se encendieron casi de inmediato y comenzaron a despedir deliciosas olas de calor. Furiosa, miró a Arlo, que ni siquiera se movió. Inútiles, pensó. Ni siquiera puedo contar con que mantengan encendido un fuego. Qué error había sido unirse a ese grupo. Estaba harta de las bromas de Arlo, de las quejas de Grace y del irritante optimismo ciego de Doug. Y Elaine la inquietaba, aunque no sabía por qué. Recordó la forma en que Elaine la había mirado cuando Doug la había abrazado en el camino. Soy la intrusa, la que no es parte de este cuarteto feliz, pensó. Y Elaine me tiene rencor.

El fuego había vuelto a arder con fuerza.

Maura miró el reloj y vio que eran las cuatro de la mañana. Faltaba poco para su turno de vigilar el fuego, de todos modos, por lo que le convenía ya quedarse despierta hasta el amanecer. Cuando se puso de pie para desperezarse, un reflejo en la periferia del fuego le llamó la atención. Se acercó y vio que había gotas de agua en el suelo. Luego divisó, en las sombras, una ligera capa de blanco. Alguien había abierto la puerta y había entrado nieve.

Fue hasta la puerta, donde la nieve todavía no se había derretido y se quedó mirando el polvo fino. Vio la huella de un zapato.

Giró y revisó la habitación rápidamente; contó las figuras que dormían. Todos estaban allí.

La puerta estaba sin llave; nadie se había molestado en cerrarla la noche anterior; ¿qué sentido tenía? ¿A quién no querrían permitirle la entrada? Corrió el cerrojo y fue a mirar por la ventana. Si bien la sala comenzaba a calentarse de nuevo, Maura tiritaba debajo de la manta. El viento aullaba en la chimenea y escuchó el susurro de la nieve contra los cristales. No se veía nada afuera, solo una inmensa negrura.

Pero cualquiera que estuviera allí podría verla a ella, iluminada desde detrás por el fuego.

Se apartó de la ventana y se sentó sobre la alfombra, tiritando. La nieve cerca de la puerta se había derretido, llevándose los restos de la huella. Tal vez el viento abrió la puerta durante la noche y alguno se había levantado a cerrarla y había dejado esa huella. O había salido de la casa para orinar en la nieve o mirar el cielo. Completamente despierta, se sentó y contempló como la noche se iba convirtiendo lentamente en la madrugada y la negrura pasaba a ser gris.

Sus compañeros no se movían.

Cuando se puso de pie para volver a alimentar el fuego, vio que les quedaban muy pocos troncos. Afuera en el cobertizo había mucha leña, pero seguramente estaría húmeda. Si querían que se secara, alguien iba a tener que buscar un cargamento y traerlo a la casa. Miró a sus compañeros dormidos y suspiró. Ese alguien tendré que ser yo.

Se calzó las botas, se puso guantes, se envolvió una bufanda alrededor de la cara y abrió la puerta. Tomó aire, salió y cerró la puerta tras ella. El viento helado lastimaba como agujas. La hamaca crujía en señal de protesta. Maura miró el suelo, pero no vio huellas. De todos modos, el viento habría barrido todo. Un termómetro que colgaba de la pared marcaba diez grados bajo cero. La sensación era de mucho más frío.

Los escalones estaban recubiertos de nieve y cuando apoyó la bota en lo que creyó que era el primer escalón, su pie resbaló y Maura fue a dar al suelo. Sintió el impacto en la columna y luego un estallido de dolor en el cráneo. Se quedó sentada un instante, aturdida, y parpadeó en la luz intensa del amanecer. El sol brillaba en un cielo azul y resplandecía sobre un mundo encandilador. El viento le sopló nieve contra la cara y Maura estornudó, lo que hizo que la cabeza le doliera más aún.

Se levantó con cuidado y se limpió los pantalones. Entornó los párpados y contempló la nieve sobre los techos. Entre las dos hileras de casas había un camino de nieve virgen que la invitaba a ser la primera en pisar esa superficie perfecta e inmaculada. Maura reprimió el impulso y en cambio, dio la vuelta a la casa para dirigirse al cobertizo; la nieve le llegaba hasta las rodillas. Trató de coger un tronco de la cima de la pila, pero estaba congelado en su sitio. Apoyó un pie contra la pila y tiró con fuerza. Con un crujido sonoro, el tronco cedió de repente y ella cayó hacia atrás. Su bota se atascó sobre algo que estaba bajo la nieve y Maura se desparramó sobre el suelo.

Dos caídas en un mismo día. Y la mañana estaba en pañales.

Le dolía la cabeza y sentía los ojos quemados por la luz del sol. Sentía hambre y el estómago revuelto al mismo tiempo, sin duda por haber bebido demasiado whisky la noche anterior. La idea de volver a

comer cerdo con frijoles tampoco la hacía sentirse mejor. Se levantó con esfuerzo y pateó la nieve a su alrededor buscando el leño que se le había caído. Su pie se topó contra un obstáculo. Cavó con las manos enguantadas y sintió algo duro. No era el leño, sino algo más grande, algo que estaba congelado en el suelo. Era lo que le había enganchado la bota.

Despejó la nieve y de pronto se inmovilizó al ver lo que había desenterrado. Asqueada, retrocedió. Dio media vuelta y corrió a la casa.

NUEVE

—Han de haberlo dejado fuera y murió congelado —dijo Elaine.

Formaban un círculo solemne alrededor del perro muerto, como cinco deudos ante una tumba, azotados por un viento que cortaba como vidrio. Doug había utilizado una pala para agrandar el hoyo y el perro ahora estaba completamente descubierto, con el pelo cubierto de nieve. Un pastor alemán.

—¿Quién dejaría un perro afuera con este tiempo? —dijo Arlo—. Es una crueldad.

Maura se agachó y presionó la mano enguantada contra el flanco del animal. El cuerpo estaba congelado sólido, duro como una piedra.

—No veo ninguna herida. Y no es un perro vagabundo —observó —. Se lo ve bien alimentado y lleva collar. —En la pequeña placa de acero estaba grabado su nombre, que resultaba irónico: LUCKY. —Claramente es la mascota de alguien.

—Tal vez salió de la casa y los dueños no lo encontraron a tiempo —dijo Doug.

Grace levantó la mirada, afligida.

—¿Y lo dejaron aquí, solo?

—Tal vez tuvieron que marcharse de prisa.

—¿Cómo alguien podría hacer eso? Jamás le haríamos algo así a un perro.

—No sabemos qué es lo que sucedió realmente aquí, cariño.

—¿Lo enterrarás, verdad?

—Grace, es solo un perro.

—No puedes dejarlo aquí.

Doug suspiró.

—De acuerdo, me encargaré del asunto, te lo prometo. ¿Por qué no vuelves adentro y te aseguras de mantener el fuego encendido? Yo me encargaré de todo.

Esperaron a que Grace hubiera entrado en la casa. Luego Elaine dijo:

—No pensarás tomarte el trabajo de enterrar este perro ¿verdad? La tierra es un bloque de hielo.

—Ya has visto lo angustiada que está.

—Pues no es la única —dijo Arlo.

—Solo volveré a cubrirlo con nieve. Es tan profunda que no se dará cuenta de que el perro sigue aquí.

—Volvamos a la casa —dijo Elaine—. Me estoy congelando.

—No lo entiendo —dijo Maura, que seguía agachada junto al

animal muerto—. Los perros no son estúpidos, mucho menos los pastores alemanes. Está bien alimentado y tiene un pelaje invernal grueso. —Se puso de pie y contempló el panorama, entornando los ojos para protegerse del resplandor del reflejo del sol sobre la nieve. —Esta es la pared que da al norte. ¿Por qué terminaría muriendo aquí?

—¿Dónde, si no?—preguntó Elaine.

—Lo que dice Maura tiene lógica —dijo Doug.

—No comprendo —se quejó Elaine, molesta de que nadie quisiera seguirla hacia la casa.

—Los perros tienen sentido común —dijo él—. Saben protegerse del frío. Podría haberse cavado un hoyo en la nieve. O haberse metido debajo del porche. Podría haber buscado muchos sitios donde habría estado mejor protegido del viento, pero no lo hizo. —Miró el animal muerto. —Por el contrario, terminó aquí. Expuesto al viento del norte, como si hubiera caído muerto, simplemente.

Guardaron silencio; el viento les agitaba la ropa y silbaba entre las casas, levantando remolinos de nieve resplandeciente. Maura miró los montículos altos que ondeaban el paisaje como olas gigantes y se preguntó: ¿qué otras sorpresas yacen enterradas bajo la nieve?

Doug se volvió para mirar las otras construcciones.

—Tal vez deberíamos ir a ver qué hay dentro de esas otras casas —dijo.

Los cuatro se dirigieron en fila india hacia la casa siguiente. Doug iba adelante, como siempre, abriendo camino en la nieve profunda. Subieron los escalones. Al igual que la casa en la que habían pasado la noche, esta también tenía un porche con una hamaca idéntica.

—¿Les habrán hecho descuento por cantidad? —dijo Arlo—. ¿Compra once hamacas y te regalamos la número doce?

Maura pensó en la mujer de ojos vidriosos que había visto en la foto familiar. Imaginó un pueblo entero de mujeres pálidas y silenciosas sentadas en esas hamacas, balanceándose hacia atrás y hacia delante como muñecas a cuerda. Casas clonadas, gente clonada.

—Esta puerta también está sin llave —dijo Doug y la abrió.

Justo dentro había una silla caída.

Por un instante, se detuvieron en el umbral, intentando descifrar el significado de esa silla caída. Doug la levantó.

—Vaya, que cosa rara.

—Mirad —dijo Arlo y fue directamente hacia el retrato enmarcado que colgaba de la pared—. Es el mismo tío.

La luz de la mañana iluminaba como rayo celestial la cara levantada del hombre, como si el mismo Dios aprobara su devoción. Maura estudió el retrato y notó detalles que no había visto con

anterioridad. El fondo de trigo dorado detrás del hombre. La camisa blanca de labrador, con las mangas enrolladas hasta los codos, como si hubiera estado trabajando en el campo. Y los ojos, penetrantes y negros, contemplando una distante eternidad.

—Y él congregará a los justos —leyó Arlo de la placa montada en el marco. — ¿Quién será este tío? ¿Y por qué todos parecen tener su retrato en sus casas?

Maura vio lo que parecía ser una Biblia abierta sobre la mesa de café. La cerró y vio el título grabado en letras doradas sobre la cubierta de cuero.

Palabras de Nuestro Profeta

La sabiduría de La Congregación.

—Creo que se trata de algún tipo de comunidad religiosa —dijo—. Tal vez ese hombre sea el líder espiritual.

—Eso explicaría varias cosas —dijo Doug—. La falta de electricidad. La simpleza de su estilo de vida.

—¿Los Amish en Wyoming? —dijo Arlo.

—Hoy en día muchas personas anhelan un estilo de vida más simple. Y aquí en este valle podrían encontrarlo. Cultivas tu propia comida, dejas el mundo afuera. Sin televisión ni tentaciones externas.

Elaine rió.

—Si ducharse y tener luz eléctrica son obras del diablo, pues apúntenme para el infierno.

Doug se volvió.

—Inspeccionemos el resto de la casa.

Avanzaron por el pasillo hasta la cocina y vieron los mismos armarios de pino, la misma cocina a leña, la misma bomba manual para extraer agua que habían visto en la primera casa. Aquí también la ventana estaba abierta, pero la tela mosquitera había dejado afuera la nieve, permitiendo solo la entrada del viento y algunos copos resplandecientes. Elaine cruzó la cocina para cerrar la ventana y de pronto ahogó una exclamación.

—¿Qué ocurre? —dijo Doug.

Ella retrocedió, señalando el fregadero.

—Hay algo... ¡hay algo muerto ahí dentro!

Maura se acercó y vio el cuchillo de carne con la hoja ensangrentada. En el fregadero había salpicaduras de sangre congelada y pilas de pelo gris.

—Son conejos —dijo, y señaló un recipiente con patatas peladas que estaba junto al fregadero. —Creo que alguien estaba a punto de cocinarlos.

Arlo rió.

—Bien hecho, Salinger. Nos diste el susto de nuestra vida y era la cena de alguien.

—¿Pues qué le ocurrió a la cocinera, entonces? —Elaine seguía alejada, como si las carcasas del fregadero pudieran cobrar vida y convertirse en algo peligroso. —Se dispone a despellejar los conejos ¿y después qué? ¿Se marcha sin más y los deja allí? —Elaine les miró las caras. —Que alguien me responda. Respondedme, a ver. Dadme una explicación lógica.

—Tal vez está muerta —dijo una vocecita suave—. Tal vez todos están muertos.

Se volvieron; Grace estaba en el umbral. No la habían oído llegar. Tenía los brazos cruzados alrededor del cuerpo y tiritaba en la cocina helada.

—¿Y si están todos muertos debajo de la nieve, como aquel perro? ¿Y simplemente no los podemos ver?

—Grace, cariño —dijo Doug con suavidad—. Vuelve a la otra casa.

—No quiero estar sola.

—¿Elaine, puedes acompañarla?

—¿Y vosotros qué vais a hacer? —quiso saber Elaine.

—Acompáñala ¿vale?

Elaine tensó el rostro al oír su tono.

—Muy bien, Doug —dijo con los dientes apretados—. Haré lo que digas. Como siempre. —Tomó a Grace de la mano y juntas salieron de la cocina.

Doug suspiró.

—Hostias, esto se pone cada vez más extraño.

—¿Y si Grace tuviera razón? —dijo Arlo.

—No empieces tú también.

—¿Quién sabe lo que hay debajo de toda esta nieve? Podría haber cadáveres.

—Cállate, Arlo. —Doug se volvió hacia la puerta del garaje.

—Pues esa parece ser la frase favorita de todos, últimamente. Cállate, Arlo.

—Echemos un vistazo al resto de las casas. Veamos si hay algo que podamos utilizar. Una radio, un generador. —Entró en el garaje y se detuvo en seco. —Creo que acabo de descubrir nuestra forma de salir de aquí —dijo.

Dentro del garaje había una camioneta Jeep Cherokee.

Doug corrió hasta la puerta del conductor y la abrió.

—¡Las llaves están puestas!

—¡Mira, Doug! —dijo Maura, señalando una pila de eslabones de metal sobre uno de los estantes. —¡Creo que son cadenas para neumáticos?

Doug soltó una carcajada de alivio.

—Si logramos llegar con esta preciosidad al camino principal, tal vez podamos bajar toda la montaña.

—¿Por qué no lo hicieron ellos, entonces? —preguntó Arlo. Contemplaba el Jeep como si fuera algo ajeno a ese sitio, como si no tuviera que estar allí. —Los habitantes de esta casa. Las personas que estaban por cocinar esos conejos... ¿Por qué no se llevaron esta camioneta?

—Seguramente tenían otro vehículo.

—El garaje es para un solo coche, Doug.

—Entonces tal vez se marcharon con los vecinos de la primera casa. No había coche en su garaje.

—Son todas suposiciones. Tenemos una casa abandonada con un precioso vehículo todoterreno, conejos muertos en el fregadero, pero no hay nadie. ¿Dónde están todos?

—¡No importa! Lo que sí importa es que ahora tenemos forma de salir de aquí. Así que, pongámonos a trabajar. Si revisamos los otros garajes, seguramente encontraremos palas. Y tal vez pinzas para cortar candados, para poder abrir esa cadena al final del camino. —Fue hasta la puerta del garaje y tiró de la manilla. El repentino resplandor del sol sobre la nieve los encandiló. —Si encontráis algo que os parece que podría resultarnos útil, cogedlo. Arreglaremos cuentas con esta gente más tarde.

Arlo se ajustó la bufanda y cruzó hasta la casa de enfrente. Maura y Doug se dirigieron a la casa vecina. Doug despejó la nieve alrededor de la manilla y levantó la puerta. Ambos quedaron paralizados.

Dentro del garaje había una camioneta.

Maura se volvió y miró hacia el otro lado de la calle, donde Arlo acababa de abrir la puerta de otro garaje.

—¡Eh, hay un coche aquí! —gritó Arlo.

—¿Qué diablos pasa? —murmuró Doug. Corrió hasta la casa siguiente y abrió la puerta del garaje. Vio lo que había dentro y echó a correr hacia la casa siguiente.

—¡Aquí también hay un coche! —gritó Arlo.

El viento aullaba como si sintiera dolor y levantaba nieve en remolinos que parecían caballos blancos galopando hacia ellos. Maura parpadeó cuando la ráfaga de nieve le azotó la cara. De pronto, el viento se calmó y se hizo un silencio extraño y helado. Miró la hilera de casas frente a ella, cuyas puertas del garaje estaban todas abiertas.

Había un vehículo en cada casa.

DIEZ

—No le encuentro explicación —dijo Doug mientras recogía una palada de nieve y la arrojaba a un lado para despejar el espacio detrás del Jeep y poder colocar las cadenas para nieve. —Lo único que me importa ahora es salir de aquí.

—¿Pero no te inquieta un poco? ¿Qué no sepamos qué les sucedió a estas personas?

—Arlo, tenemos que concentrarnos. —Doug se enderezó, con la cara enrojecida por el esfuerzo y levantó la mirada hacia el cielo. —Quiero salir al camino principal antes de que oscurezca.

Todos habían estado paleando nieve y se tomaron un descanso, bañados en el vapor de su propio aliento. Maura contempló el camino que subía desde el valle. La nieve era profunda y aun si lograban llegar adonde habían abandonado la Suburban, todavía les quedaban cincuenta kilómetros montaña abajo. Cincuenta kilómetros en los que podrían quedar varados nuevamente.

—También podríamos quedarnos donde estamos —propuso.

—¿Qué, y esperar a que nos rescaten? —exclamó Doug—. Eso no es una salida. Me niego a quedarme sentado sin hacer nada.

—Yo tengo un vuelo a Boston esta noche. Si no aparezco, sabrán que sucedió algo. Empezarán a buscarme.

—Dijiste que nadie sabe que viniste con nosotros.

—Pero lo importante es que buscarán. Tenemos techo y comida aquí mismo. Podemos resistir el tiempo que sea necesario. ¿Para qué arriesgarnos?

Doug enrojeció todavía más.

—Maura, nos metimos en este lío por mi culpa. Ahora voy a sacarnos de aquí. Te pido que confíes en mí.

—No estoy diciendo que no confíe en ti. Solo estoy planteando que hay una alternativa a quedarnos varados en ese camino donde tal vez no encontremos refugio.

—¿Una alternativa? ¿Quedarnos aquí esperando vaya uno a saber cuánto tiempo?

—Por lo menos estamos a salvo.

—¿Te parece? — El que hizo la pregunta fue Arlo. —O sea, solo pongo esto sobre la mesa para que lo penséis, ya que por lo visto soy el único al que lo inquieta. Pero este sitio... este sitio... —Miró hacia las casas desiertas y se estremeció. —Algo malo sucedió aquí. Algo que no sé si ha terminado. Yo voto por largarnos de aquí cuanto antes.

—Yo también, papi —dijo Grace.

—¿Elaine? —preguntó Doug.

—Lo que decidas, Doug. Confío en ti.

Así es como nos metimos en este lío, pensó Maura. Todos confiamos en Doug. Pero ella era la intrusa y la votación había salido cuatro a uno, por lo que nada de lo que pudiera decir cambiaría el resultado. Y tal vez tuvieran razón. Ese sitio tenía algo siniestro; podía sentirlo. Antiguos ecos del mal que parecían susurrar en el viento.

Maura volvió a coger la pala.

Trabajando juntos, en cinco minutos más pudieron limpiar suficiente espacio detrás de la camioneta. Doug arrastró las cadenas para neumáticos y las desplegó detrás de las ruedas traseras.

—Se las ve bastante baqueteadas —comentó Arlo, estudiando el metal oxidado con el ceño fruncido.

—Son las únicas que tenemos —dijo Doug.

—Algunos de los eslabones están rotos. Las cadenas tal vez no resistan.

—Solo tienen que resistir hasta que lleguemos a la gasolinera. —Doug subió a la camioneta y le dio arranque. El motor se encendió en el primer intento.

—¡Todo listo, en marcha! —Sonrió por la ventanilla. —Señoras ¿qué tal si traéis provisiones? Todo lo que se os ocurra que podríamos necesitar en el camino. Arlo y yo trabajaremos con las cadenas.

Para cuando Maura salió de la casa cargada con mantas, las cadenas estaban colocadas y Doug ya había girado la camioneta hacia el camino. Había pasado el mediodía y se apresuraron a cargar la comida, vela, palas y las pinzas para cortar candados. Cuando por fin subieron todos al Jeep, se quedaron un instante en silencio como implorando simultáneamente un resultado exitoso.

Doug inspiró hondo y puso la marcha. Comenzaron a avanzar; las cadenas hacían ruido metálico contra el chasis y giraban sobre la nieve.

—Creo que vamos a estar bien —murmuró Doug. Maura oyó una nota de asombro en su voz, como si hasta él mismo hubiera dudado del plan. —¡Chicos, creo que esto va a funcionar!

Dejaron atrás las casas y comenzaron a subir la montaña por el mismo camino que habían bajado el día anterior. La nieve fresca había cubierto sus pisadas y no tenían forma de distinguir los bordes del camino, pero el Jeep avanzaba con buena potencia. Desde el asiento trasero se oía la voz suave de Arlo, entonando un canto de una sola palabra, una y otra vez.

Vamos. Vamos. Vamos.

Elaine y Grace se unieron a él sincronizando las voces al ritmo con que la cadena golpeaba contra el chasis.

Vamos. Vamos. Vamos.

El canto se mezcló con risas a medida que subían la cuesta; estaban casi a mitad camino de la salida del valle. El camino se tornaba más empinado, con curvas cerradas y se oía el ruido de nieve contra el chasis.

Vamos. Vamos. Vamos.

Hasta Maura se encontró murmurando las palabras, sin llegar a decirlas en voz alta pero sí en su cabeza. Atreviéndose a pensar que sí, que esta vez iba a funcionar. Sí, saldrían del valle y bajarían por el camino principal hasta Jackson al son del golpe de las cadenas. Qué historia tendrían para contar, como había dicho Doug; una historia que animaría cenas durante años, sobre sus aventuras en un pueblo extraño llamado El Reino Celestial.

Vamos. Vamos. Vamos.

De pronto el Jeep se detuvo en seco; Maura cayó hacia adelante contra el cinturón de seguridad. Miró a Doug.

—Tranquilos —dijo él y puso el vehículo en marcha atras—. Retrocederemos un poco para tomar impulso. —Pisó el acelerador. El motor aceleró, pero el Jeep no se movió.

—¿Alguien más está teniendo un déja vu? —dijo Arlo.

—¡Ah, pero esta vez tenemos palas! —Doug bajó del coche e inspeccionó el parachoques delantero. —Creo que dimos contra nieve más profunda aquí. Pienso que podemos cavar y salir de este montículo alto. Vamos, comencemos.

—Decididamente, es un déja vu —dijo Arlo entre dientes; descendió del vehículo y cogió una pala.

Cuando comenzaron a cavar, Maura se dio cuenta de que el problema era más serio de lo que Doug había dicho. Se habían salido del camino y ninguna de las ruedas traseras estaba en contacto con el suelo. Aun cuando despejaron de nieve el parachoques, el Jeep no se movió; las ruedas delanteras giraban en falso sobre el asfalto congelado.

Doug bajó del asiento del conductor y observó con fastidio las ruedas traseras que quedaban suspendidas en el aire, dejando a la vista las cadenas oxidadas

—Maura coge el volante —dijo—. Arlo y yo empujaremos.

—¿Hasta Jackson? —dijo Arlo.

—¿Tienes una idea mejor?

—Si esto va a suceder todo el tiempo, no llegaremos antes de que anochezca.

—¿Qué quieres hacer, entonces?

—Solo digo....

—¿Qué, Arlo? ¿Quieres volver a la casa? ¿Qué nos quedemos sentados esperando a que vengan a rescatarnos?

—Eh, tranquilo, hermano. —Arlo soltó una risa nerviosa. —Tampoco me estoy amotinando.

—Pues tal vez deberías hacerlo. Tal vez te gustaría tomar las decisiones difíciles en lugar de dejar siempre que sea yo el que lo haga.

—En ningún momento te pedí que te hicieras cargo.

—No, sucede por defecto. Es curioso como siempre las cosas se dan del mismo modo: yo tomo las decisiones difíciles y tú te quedas atrás y me dices lo que estoy haciendo mal.

—Venga, Doug...

—¿No es así como pasa siempre? —Doug miró a Elaine. —¿No es así?

—¿Por qué le preguntas a ella? Ya sabes lo que dirá.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó Elaine.

—Lo que tú digas, Doug —la imitó Arlo—. Estoy contigo, Doug.

—No me jodas, Arlo —replicó ella, furiosa.

—¡No, claro, el que te gustaría que te joda es Doug!

El exabrupto los dejó a todos en silencio, helados, mirándose. El viento arreciaba y levantaba nieve que les golpeaba las caras.

—Me pondré al volante —dijo Maura en voz baja y subió al asiento del conductor, aliviada de escapar de la batalla. Cualquiera que fuera la historia que tuvieran esos tres amigos, ella no estaba incluida. Era solo una observadora accidental, testigo de un psicodrama que había empezado mucho antes de que ella se hubiera unido a ellos

Cuando Doug finalmente habló, lo hizo en voz baja y controlada.

—Arlo, pongámonos detrás del coche y empujemos. O jamás saldremos de aquí.

Los dos hombres se ubicaron detrás del Jeep, Arlo en el parachoques trasero derecho, Doug en el izquierdo, sumidos en un silencio sombrío, como si el exabrupto de Arlo nunca hubiera sucedido. Pero Maura había visto el efecto en la cara de Elaine, había visto cómo su cara se congelaba en una máscara de humillación.

—¡Dale gas, Maura! —gritó Doug.

Maura puso la primera y pisó suavemente el acelerador. Escuchó el chillido de las ruedas y el ruido de las cadenas contra el chasis. El Jeep avanzó unos centímetros, empujado puramente a fuerza de músculos de Doug y Arlo que habían echado todo su peso contra el vehículo.

—¡Písalo, písalo! —ordenó Doug—. ¡Se mueve!

El Jeep se movió hacia adelante y luego hacia atrás, pues la

gravedad lo tiraba otra vez fuera del camino.

—¡No te detengas! —gritó Doug—. ¡Más gas!

Maura vio la cara de Arlo por el espejo retrovisor, roja por el esfuerzo de empujar el coche.

Pisó el acelerador. Escuchó el rugido del motor y las cadenas golpearon más rápido contra el pozo de las ruedas. El Jeep se sacudió y de pronto se oyó un ruido diferente. Un sonido sordo que sintió más que oírlo, como si la camioneta hubiera golpeado contra un tronco.

Entonces llegaron los gritos.

—¡Apaga el motor! —Elaine golpeó la puerta. —¡Santo dios, apágalo!

Maura apagó instantáneamente el motor.

Los gritos venían de Grace. Chillidos agudos, gemidos que no parecían humanos. Maura se volvió para mirarla, pero no podía ver por qué gritaba. Grace estaba al costado del camino, con las manos apretadas contra los costados de la cara. Tenía los ojos cerrados con fuerza, como para bloquear desesperadamente algo horrible.

Maura abrió la puerta y bajó a toda prisa del Jeep. La blancura de la nieve estaba salpicada de cintas de sangre escandalosamente rojas.

—¡Mantenlo quieto!—gritó Doug—. ¡Elaine, mantenlo quieto!

Los gritos de Grace se convirtieron en un sollozo apagado.

Maura corrió hacia la parte posterior del Jeep donde había mucha más sangre en la nieve revuelta. No podía ver de dónde brotaba, pues Doug y Elaine le bloqueaban la vista; estaban de rodillas junto a la rueda trasera derecha. No fue hasta que se inclinó por encima del hombro de Doug que vio a Arlo, tendido de espaldas, con la chaqueta y los pantalones empapados. Elaine lo sujetaba de los hombros mientras que Doug aplicaba presión sobre la entrepierna. Maura vio la pierna izquierda de Arlo –lo que quedaba de ella- y se tambaleó hacia atrás, horrorizada.

—¡Necesito un torniquete! —gritó Doug, intentando mantener la presión sobre la arteria femoral con las manos resbaladizas de sangre.

Maura se desprendió el cinturón y se lo arrancó de un tirón. De rodillas en la nieve ensangrentada, sintió que se le mojaban los pantalones. A pesar de la presión que ejercía Doug sobre la arteria, un chorro constante de sangre caía sobre la nieve. Maura pasó el cinturón debajo del muslo y se manchó la manga de la chaqueta; una franja roja sobre el nailon blanco. Mientras cerraba el cinturón, sintió que Arlo temblaba; estaba entrando en estado de shock. Ajustó el torniquete con fuerza y el chorro de sangre se convirtió en un goteo. Solo entonces, con la hemorragia controlada, Doug aflojó la presión sobre la arteria. Se inclinó hacia atrás para observar el hueso que asomaba entre la carne desgarrada; la pierna estaba tan retorcida que el pie apuntaba en una dirección y la rodilla en otra.

—¿Arlo? —dijo Elaine— ¿Arlo? —Lo sacudió, pero no obtuvo reacción.

Doug apoyó los dedos contra el cuello de Arlo.

—Tiene pulso. Y respira. Creo que solo se ha desmayado.

—Ay, Dios mío. —Elaine se incorporó y se alejó para vomitar en la nieve.

Doug se miró las manos y se estremeció; con movimientos desesperados, comenzó a limpiarse la piel con nieve.

—La cadena de los neumáticos —murmuró, frotándose nieve contra la piel como si de algún modo pudiera purificarse del horror. — Uno de los eslabones rotos debe de haberse enganchado en sus pantalones... y le arrastró la pierna alrededor del eje... Doug se apartó y todavía de rodillas, exhaló en un suspiro que era mitad sollozo. —No podremos sacar el Jeep de aquí. La cadena está destrozada.

—Doug, tenemos que llevarlo de regreso a la casa.

—¿A la casa? —Doug la miró. —¡Lo que necesita es un puto quirófano!

—No puede quedarse aquí con este frío. Está en shock. —Maura se puso de pie y miró a su alrededor. Grace estaba apartada, sola, de espadas a ellos. Elaine estaba en cuclillas en la nieve, como si se sintiera demasiado mareada para ponerse de pie. Ninguna de las dos sería de ninguna ayuda.

—Volveré enseguida —dijo Maura—. Quédate con él.

—¿Dónde vas?

—Vi un trineo en uno de los garajes. Podremos utilizarlo para llevarlo hasta la casa. —Echó a correr hacia el poblado; sus botas resbalaban en las huellas que había dejado la camioneta al subir. Fue un alivio dejar la nieve ensangrentada y a sus compañeros aturdidos por el shock, un alivio concentrarse en una tarea concreta que solo requería de velocidad y fuerza. No quería pensar en lo que seguiría una vez que trasladaran a Arlo a la casa, cuando tuvieran que enfrentarse a lo que quedaba de su pierna, que ya no era mucho más que carne mutilada y huesos astillados.

El trineo. ¿Dónde lo vi?

Finalmente lo encontró en el tercer garaje, colgando de unos ganchos en la pared junto a una escalera y un despliegue de herramientas. La persona que vivía allí era organizada y mientras Maura descolgaba el trineo, imaginó al hombre de la casa martillando los ganchos y colgando las herramientas a suficiente altura como para que los niños no pudieran alcanzarlas. El trineo era de madera de abedul y no tenía etiqueta de fabricación. Había sido hecho a mano, con esmero, y los patines estaban lijados y lustrados, listos para el invierno. Maura registró todo eso con una mirada. La adrenalina le

había agudizado la vista y los reflejos; sentía en su interior un zumbido como de cables de alta tensión. Revisó el garaje en busca de cualquier otra cosa que pudiera necesitar. Encontró bastones de esquí y una cuerda, un cortapluma y un rollo de cinta americana.

El trineo era pesado y tras arrastrarlo varios metros por el camino, Maura comenzó a sudar. Pero era mejor tirar como un caballo que estar de rodillas junto al cuerpo destrozado de tu amigo, sufriendo y tratando de decidir qué hacer. Maura subió jadeando la cuesta resbaladiza, preguntándose si Arlo estaría vivo cuando llegara. Un pensamiento cruzó por su cabeza y la escandalizó, pero siguió allí de todos modos. Una vocecita le susurró su lógica cruel: Tal vez sufriría menos si muriera.

Tiró con más fuerza de la cuerda, oponiendo todo su peso a la nieve y la gravedad. Subió por el camino sinuoso con las manos agarrotadas alrededor de la cuerda; los pinos cargados de nieve le ocultaban lo que había más allá de las curvas cerradas. Ya debería de haber llegado. ¿No había subido lo suficiente? Pero las huellas de la camioneta continuaban hacia adelante y Maura vio las pisadas que había dejado ella misma al bajar.

Un grito perforó los árboles, un aullido de dolor que terminó en un sollozo. Arlo no solo seguía vivo, sino que había despertado.

Tomó la curva y allí estaban, en el mismo sitio donde los había dejado. Grace estaba acurrucada sola, con las manos sobre las orejas para no escuchar los sollozos de Arlo. Elaine se apoyaba contra el Jeep con los brazos alrededor del cuerpo como si fuera ella la que sufría dolor. Cuando Maura se acercó, Doug levantó la mirada con expresión de profundo alivio.

—¿Has traído algo con que atarlo al trineo? —preguntó.

—Encontré una cuerda y cinta americana. —Maura ubicó el trineo junto a Arlo; sus sollozos se habían convertido en gemidos.

—Levántalo de la cadera —dijo Doug—. Yo le moveré los hombros.

—Primero debemos entablillar la pierna. Para eso traje los bastones de esquí.

—Maura —dijo él en voz baja—. No hay nada para entablillar.

—Tenemos que mantenerla rígida. No podemos permitir que baje la montaña con las sacudidas.

Doug contempló la pierna mutilada de Arlo, pero no se movió. No quiere tocarla, pensó Maura.

Ella tampoco quería hacerlo.

Ambos eran médicos patólogos y estaban acostumbrados a abrir torsos y cortar cráneos con sierras. Pero la carne de una persona viva era diferente. Estaba tibia y sangraba y transmitía dolor. En cuanto le rozó la pierna con la mano, Arlo comenzó a gritar otra vez.

—¡No! ¡ No, por favor, no! ¡No!

Mientras Doug sujetaba a Arlo, que se sacudía con fuerza, Maura aisló la pierna con mantas dobladas, cubriendo los huesos destrozados, los ligamentos rotos y la carne que comenzaba a tornarse azul por el frío. Con la pierna cubierta, la amarró con cinta a los dos bastones de esquí. Para cuando terminó de entablillarla, Arlo ya solo podía sollozar en voz baja; por su cara corrían surcos brillantes de saliva y mocos. No se resistió cuando lo subieron al trineo y lo ataron. Tras el sufrimiento al que lo habían sometido, su cara se había puesto del color amarillo ceroso que precede al estado de shock.

Doug cogió la cuerda de arrastre y todos comenzaron el descenso hacia el valle.

De regreso a El Reino Celestial.

ONCE

Cuando entraron con Arlo en la casa, había vuelto a quedar inconsciente, lo que era una bendición si se tenía en cuenta lo que le esperaba. Con el cortapluma y la tijera, Maura y Doug desgarraron lo que quedaba de la ropa de Arlo. Se había orinado encima y los pantalones olían a amoníaco. Dejándole solo el torniquete en su sitio, le quitaron toda la ropa hasta que quedó desnudo, con los genitales penosamente expuestos. Era un panorama poco adecuado para una niña de trece años, de manera que Doug se volvió hacia su hija.

—Grace, necesitamos mucha más leña para el fuego. Ve afuera a traer más. ¡Venga, Grace, ve!

El tono de voz áspero de él la hizo reaccionar. Asintió con expresión aturdida y salió de la casa; entró una ráfaga de viento frío antes de que cerrara la puerta tras ella.

—Madre mía —murmuró Doug, con toda la atención fija en la pierna izquierda de Arlo. —¿Por dónde comenzamos?

¿Comenzar? No quedaba casi nada con qué trabajar, solo cartílago retorcido y músculos desgarrados. El tobillo estaba rotado a casi 180 grados, pero el pie en sí estaba extrañamente intacto, aunque tenía un color azulado mortecino. Podría haber sido de plástico de no haber sido por el callo visible en el talón. Está necrosando, pensó. La pierna, el tejido en sí, no estaba recibiendo circulación debido al torniquete. No era necesario que tocara el pie para darse cuenta de que estaría frío y sin pulso.

—Va a perder la pierna —dijo Doug, haciendo eco de sus pensamientos—. Tenemos que aflojar el torniquete.

—¿Pero no comenzará a sangrar otra vez? —preguntó Elaine, que seguía en la otra punta de la habitación, mirando hacia otro lado.

—Él querría que le salváramos la pierna, Elaine.

—Si le sacas el torniquete, ¿cómo vas a evitar que se desangre?

—Tendremos que ligar la arteria.

—¿Y eso qué significa?

—Aislar la arteria rota y atarla. Eso interrumpirá parte del flujo sanguíneo a la parte inferior de la pierna, pero tal vez todavía tenga suficiente circulación alternativa como para mantener vivos los tejidos. —Miró la pierna mientras pensaba. —Necesitaremos instrumentos. Suturas. Tiene que haber un costurero en esta casa. Pinzas pequeñas, un cuchillo afilado. Elaine, pon agua a hervir.

—Doug —dijo Maura—. Es probable que se hayan roto muchos vasos sanguíneos. Aun si ligamos uno de ellos, podría desangrarse por los demás. No podemos exponerlos y ligarlos todos sin anestesia.

—Entonces tendremos que amputarle la pierna ahora mismo. ¿Eso es lo que quieres que hagamos? ¿Rendirnos?

—Por lo menos seguiría con vida.

—Y sin una pierna. Eso no es lo que yo querría si fuera él.

—No eres Arlo. No puedes tomar esa decisión por él.

—Tú tampoco, Maura.

Ella miró a Arlo y pensó en lo que sería ponerse a cortar carne que tenía vida y sensibilidad. Ella no era cirujana. Los individuos que terminaban sobre su mesa no salpicaban sangre cuando ella hacía incisiones en su cuerpo. No gritaban.

Esto podría convertirse en una carnicería.

—Mira, tenemos dos opciones —dijo Doug—. O intentamos salvar la pierna o la dejamos como está, dejamos que se haga necrosis y luego una gangrena. Lo que podría causarle la muerte de todos modos. No veo que tengamos demasiadas opciones. Tenemos que hacer algo.

—En primer lugar, no causar daño. ¿No crees que el juramento hipocrático sirve para esta situación?

—Creo que nos arrepentiremos de no haber actuado. Es nuestra responsabilidad por lo menos intentar salvarle la pierna.

Ambos miraron a Arlo, que inspiró entrecortadamente y gimió.

Por favor, no despiertes, pensó Maura. No hagas que tengamos que cortarte mientras gritas.

Pero Arlo abrió los ojos lentamente y si bien tenía la mirada perdida y nublada, estaba consciente y trataba de enfocar los ojos sobre ella.

—Prefiero... morir —susurró—. Dios mío, no lo puedo soportar.

—Arlo —dijo Doug—. Amigo, vamos a conseguirte algo para el dolor, ¿vale? Veremos qué podemos conseguir.

—Por favor —susurró Arlo—. Por favor, mátame. —Se echó a llorar; de sus ojos brotaban lágrimas y temblaba con tanta fuerza que Maura pensó que sufría convulsiones. Pero su mirada se mantenía fija y suplicante sobre ellos.

Maura le cubrió el cuerpo con una manta. El fuego del hogar ardía con fuerza, revivido por la recarga de leña; con el aumento de la temperatura se intensificaba el olor a orina.

—En mi bolso hay paracetamol —dijo Maura—. Lo dejé en el Jeep.

—¿Paracetamol? No servirá para esto.

—Tengo Valium —gimió Arlo—. En la mochila.

—También ha quedado en el Jeep —respondió Doug—. Iré a traer todas nuestras cosas.

—Y yo revisaré las casas —dijo Maura—. Tiene que haber algo en este valle que podamos utilizar.

—Iré contigo, Doug —dijo Elaine.

—No. Tienes que quedarte aquí con él —dijo Doug.

A regañadientes, Elaine miró a Arlo. Claramente, era el último sitio donde deseaba estar, atrapada con un hombre que sollozaba.

—Y pon agua a hervir —dijo Doug mientras se dirigía a la puerta —. Vamos a necesitarla.

Afuera, el viento azotó la cara de Maura con nubes de nieve, pero ella se alegró de salir de la casa y respirar aire fresco que no oliera a sangre y orina. Cuando se dirigió a la casa vecina, oyó pasos detrás de sí y al volverse, vio que Grace la había seguido.

—Puedo ayudarte a buscar —dijo Grace.

Maura se quedó mirándola unos instantes, pensando que seguramente Grace terminaría siendo un obstáculo. Pero la chica tenía expresión perdida, no era más que una niña asustada a la que habían ignorado durante demasiado tiempo.

Maura asintió.

—Podrías ser de gran ayuda, Grace. Ven conmigo.

Subieron al porche y entraron en la casa.

—¿Qué tipo de medicamentos estamos buscando? —preguntó Grace mientras subían hacia el primer piso.

—Cualquier cosa. No pierdas tiempo leyendo los rótulos, cógelos todos. —Maura entró en un dormitorio y sacó dos fundas de almohadas. Le lanzó una a Grace. —Tú revisa la cómoda y las mesas de noche. Busca en cualquier lado que puedan guardar pastillas.

En el baño, Maura revisó el contenido del botiquín y arrojó los frascos dentro de la funda. Dejó las vitaminas, pero se llevó todo el resto. Laxantes. Aspirina. Agua oxigenada. Todo eso podría servirles. Oía a Grace en la habitación contigua abriendo y cerrando cajones.

Pasaron a la siguiente casa; las fundas de almohadas tintineaban llenas de envases. Maura entró primero en una casa donde el silencio colgaba, sombrío. No había entrado en esa casa hasta ese momento y se detuvo para echar un vistazo a la sala. Otra copia del ya conocido retrato colgaba de la pared.

—Otra vez ese hombre —dijo Grace.

—Sí. No podemos escapar de él, por lo visto. —Maura dio unos pasos dentro de la sala y de pronto se detuvo. —Grace —dijo en voz baja—.

—¿Qué?

—Ve a llevarle las pastillas a Elaine. Arlo las necesita.

—Pero no hemos revisado esta casa, todavía.

—Yo lo haré. Tú vuelve con los demás, ¿vale? —Le entregó a la niña su funda llena de envases de medicamentos y le dio un suave empujón hacia la puerta. —Por favor. Vete ahora.

—Pero...

—Ve.

Cuando Grace se hubo marchado, Maura atravesó la sala. Miró lo que Grace no había visto. Lo primero que había visto era una jaula con un canario muerto en el fondo, solo un bultito amarillo sobre el periódico que protegía el suelo de la jaula.

Se volvió y estudió el suelo, concentrándose en lo que la había hecho detenerse en seco: un rastro color marrón sobre las tablas de pino. Siguiendo el rastro, caminó por el pasillo hasta la escalera.

Allí se detuvo delante de un charco congelado de sangre al pie de los escalones.

Levantó la mirada hacia la primera planta e imaginó la caída de un cuerpo por esa escalera empinada, el crujido de un cráneo al golpear sobre los escalones y destrozarse en el suelo a sus pies. Alguien se cayó aquí, pensó.

O lo empujaron.

Para cuando Maura volvió a la casa que ocupaban, Doug ya había regresado del Jeep, trayendo las pertenencias de todos. Abrió la mochila de Arlo y arrojó el contenido sobre la mesa de café. Maura vio tabletas para la congestión nasal, aerosol nasal, protector solar y una barra protectora para labios, además de todo tipo de artículos de tocador. Todo lo que un hombre necesitaba para estar pulcro, pero nada que lo ayudara a mantenerse con vida. Doug finalmente abrió la cremallera de uno de los bolsillos laterales y encontró el envase con pastillas.

—Valium, cinco miligramos. Según necesidad para espasmos lumbares —leyó.—. Lo ayudará a soportar esto.

—Doug —dijo Maura en voz baja—. En una de las casas encontré... —Se interrumpió cuando Grace y Elaine entraron en la habitación.

—¿Qué encontraste? —preguntó él.

—Te lo diré más tarde.

Doug desplegó todos los medicamentos que habían saqueado.

—Tetraciclina. Amoxicilina. —Negó con la cabeza. —Si se le infecta la pierna necesitará mejores antibióticos que estos.

—Por lo menos encontramos unos calmantes opiáceos —dijo Maura, destapando un envase de Percocet—. Pero solo queda una docena de comprimidos. ¿Tenemos algo más?

—Siempre tengo algo de codeína en mi... —Se detuvo y frunció el ceño al ver lo que Doug había traído del Jeep. —¿Dónde está mi bolso?

—Solo encontré uno. —Doug lo señaló.

—Ese es el de Maura. ¿Y el mío?

—Elaine, es lo único que vi en el Jeep.

—Pues no miraste bien. Tenía codeína en el bolso.

—Volveré a buscarlo más tarde ¿vale? —Se arrodilló junto a Arlo. —Te daré unos comprimidos, amigo.

—Déjame fuera de juego —gimió Arlo—. No aguanto el dolor.

—Esto debería ayudarte. —Doug le levantó la cabeza con suavidad, le introdujo dos comprimidos de Valium y dos de Percocet y le dio un sorbo de whisky. —Muy bien. Primero les daremos tiempo de actuar a los medicamentos.

—¿Primero? —Arlo se atragantó con el whisky y le brotaron nuevas lágrimas de los ojos. —¿A qué te refieres?

—Tenemos que trabajar sobre tu pierna.

—No. No. No la toques.

—El torniquete te ha cortado la circulación. Si no lo aflojamos, tu pierna morirá.

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a ligar la arteria rota y controlar así la hemorragia. Creo que te has dañado la arteria tibial posterior o anterior. Si una de ellas todavía está sana, podría alcanzar para mantener irrigada la pierna.

—Significa que vas a andar escarbando allí dentro.

—Tenemos que aislar la arteria que está sangrando.

Arlo negó con la cabeza.

—De ninguna manera.

—Si es la tibial anterior, solo tenemos que correr unos músculos debajo de la rodilla.

—Olvídalo. No me toques.

—Estoy pensando en lo que es mejor para ti. Sentirás un poco de dolor, pero al final te alegrarás de que haya...

—¿Un poco? ¿Un poco? —Arlo soltó una risa desesperada. —¡No te me acerques, joder!

—Oye, sé que duele, pero...

—¡No sabes una mierda, Doug!

—Arlo...

—¡No te me acerques! Elaine, por el amor de Dios, ¡no permitas que se me acerque!

Doug se puso de pie.

—Te dejaremos descansar, ¿vale? Grace, quédate aquí con él. —Miró a Maura y a Elaine. —Vayamos a la otra habitación.

Se reunieron en la cocina. Elaine había puesto a calentar una olla de agua sobre la cocina económica y ya hervía, lo que les permitiría esterilizar instrumentos. Por la ventana empañada, Maura vio que el sol caía hacia el horizonte.

—No puedes obligarlo a pasar por esto —dijo Maura.

—Es por su bien.

—¿Cirugía sin anestesia? Piénsalo un segundo, Doug.

—Dale tiempo de actuar al Valium. Lo calmará.

—Pero no lo dejará inconsciente. Podrá sentir la incisión.

—Más adelante nos lo agradecerá. Confía en mí. —Doug se volvió hacia Elaine. —Estás de acuerdo conmigo ¿verdad? No podemos dejar que pierda la pierna.

Elaine vaciló, claramente indecisa entre dos opciones terribles.

—No lo sé...

—Ligar la arteria es la única forma en que podremos quitarle el torniquete. Es la única forma de restaurar algo de circulación.

—¿De verdad crees que puedes hacerlo?

—Es un procedimiento sencillo. Tanto Maura como yo conocemos la anatomía.

—Pero no se quedará quieto —objetó Maura—. Podría haber mucha más pérdida de sangre. No estoy de acuerdo con esto, Doug.

—La alternativa es sacrificar la pierna.

—Creo que la pierna ya es una causa perdida.

—Pues yo no. —Doug se volvió otra vez hacia Elaine. —Tenemos que votar. ¿Intentamos salvarle la pierna o no?

Elaine inspiro hondo y asintió.

—Creo que estoy contigo.

Claro que sí. Arlo tenía razón. Ella siempre se pone del lado de Doug.

—¿Maura? —preguntó.

—Ya sabes lo que pienso.

Él miró por la ventana. — No tenemos demasiado tiempo. Perdemos la luz del día y no sé si podremos hacerlo con la lámpara de keroseno. —Miró a Maura. —Elaine y yo votamos por operar.

—Te has olvidad de un voto. El de Arlo y ha dejado bien en claro lo que quiere.

—No está en condiciones de tomar decisiones en este momento.

—Es su pierna.

—¡Y podemos salvársela! Pero necesito tu ayuda, Maura. No puedo hacerlo sin ti.

—¿Papá? —Grace estaba en la puerta de la cocina. —Tiene mal aspecto.

—¿En qué sentido?

—Ha dejado de hablar. Y está roncando muy fuerte.

Doug asintió.

—Las drogas han surtido efecto. Pongamos a esterilizar algunos instrumentos. Y necesitaremos agujas. Un carrete de hilo. —Miró a Maura. —¿Estás conmigo o no?

No importa lo que yo diga, pensó Maura. Lo hará de todos modos.

—Veré qué puedo encontrar —dijo.

Les tomó una hora recolectar y esterilizar todos los artículos que habían logrado juntar. Para entonces, por la ventana entraba la luz tenue de la tarde. Encendieron la lámpara de keroseno; a la luz de la llama, los ojos de Arlo estaban sumidos en sombra, como si sus tejidos blandos se estuvieran desintegrando y su cuerpo se estuviera consumiendo. Doug corrió la manta hacia atrás, lo que liberó un intenso olor a orina.

La pierna estaba pálida como un trozo de carne fría.

Por más que se lavaran las manos, nada quitaría todas las bacterias de las manos de Doug y Maura, pero intentaron esterilizarse de todos modos, frotándose la piel hasta dejarla casi irritada. Solo entonces Doug tomó el instrumento. Era un cuchillo para pelar, el más delicado que habían podido encontrar y lo habían afilado antes de esterilizarlo. Cuando se inclinó por encima de la pierna, el primer destello de incertidumbre apareció en sus ojos. Miró a Maura.

—¿Estás lista para soltar el torniquete? —dijo.

—Pero todavía no has ligado la arteria —objetó Elaine.

—Tenemos que identificar qué arteria es. Y la única manera de hacerlo es ver por dónde sangra. Tienes que tenerlo quieto, Elaine. Porque va a despertar. —Miró a Maura y asintió.

En cuanto ella aflojó el torniquete, un chorro de sangre salió despedido de la herida y salpicó la mejilla de Doug.

—Es la tibial anterior —dijo él—. Estoy seguro.

—¡Ajusta el cinturón! —dijo Elaine, presa de pánico—. ¡Está sangrando mucho!

Maura volvió a ajustar el torniquete y miró a Doug. Él inspiró hondo y comenzó a cortar.

Ante el primer contacto con el cuchillo, Arlo despertó con un grito.

—¡Sujétalo! ¡Mantenlo quieto! —gritó Doug.

Arlo seguía gritando y defendiéndose con los brazos; tenía los tendones del cuello tan tensos que parecían a punto de cortarse. Elaine luchaba por mantenerle los hombros contra el suelo, pero no podía impedir que él moviera desesperadamente los brazos y piernas para liberarse de sus torturadores. Maura trató de inmovilizarle los muslos, pero la sangre y el sudor hacían que su piel estuviera resbaladiza, por lo que terminó arrojándose sobre sus caderas. El grito de Arlo se convirtió en un aullido que penetró directamente en los huesos de Maura, un chillido tan desgarrador que parecía provenir de su cuerpo como si ella también estuviera gritando. Doug dijo algo, pero ella no pudo oírlo por encima del grito. Cuando levantó la mirada, vio que él

había dejado el cuchillo. Se lo veía exhausto y tenía la cara brillante de sudor aun en esa habitación helada.

—Ya está —dijo él. Se sentó sobre los talones y se pasó la manga por la frente. —Creo que lo logré.

Arlo soltó un sollozo de dolor.

—Vete a la mierda, Doug. Me cago en todos vosotros.

—Arlo, teníamos que hacerlo —dijo Doug—. Maura, afloja el torniquete. Veamos si hemos podido controlar la hemorragia.

Maura aflojó el cinturón lentamente, temiendo que brotara otro chorro de sangre. Pero no vio ni siguiera un goteo.

Doug tocó el pie de Arlo.

—La piel sigue fría. Pero creo que está comenzando a recuperar color.

Ella negó con la cabeza.

—No veo perfusión.

—No, mira. Está cambiando de color, decididamente. —Presionó la palma contra la carne. —Creo que se está entibiando.

Maura estudió con el ceño fruncido la piel que se veía igual de muerta y pálida que antes, pero no dijo nada. Daba igual lo que pensara; Doug se había convencido de que la operación era un éxito y que habían hecho exactamente lo que tendrían que haber hecho. Que todo iba a salir bien. En el mundo de Doug, todo siempre salía bien. Así que sé audaz, arrójate del avión y deja que el universo te cuide.

Por lo menos habían podido quitarle el torniquete. Por lo menos ya no sangraba.

Maura se puso de pie, sintiendo el olor agrio del sudor de Arlo en su ropa. Agotado por el suplicio, Arlo estaba callado y poco a poco iba cayendo en un sopor. Maura se masajeó el cuello dolorido y fue hasta la ventana para mirar hacia afuera, aliviada de poder fijar la atención en algo que no fuera su paciente.

—En una hora habrá oscurecido —dijo—. Ya no podemos salir de aquí.

—No, con el Jeep, no —concordó Doug—. Una de las cadenas está rota. —Maura lo escuchó revisando los envases de pastillas. —Tenemos suficiente Percocet para mantenerlo cómodo durante al menos un día más. Y Elaine dice que tiene codeína en su bolso, si es que logro encontrarlo.

Maura se apartó de la ventana. Todos se veían tan exhaustos como ella. Elaine se había dejado caer sobre el sofá. Doug contemplaba los envases de medicamentos, abatido. Y Grace... Grace había huido de la sala hacía mucho.

—Necesita ir a un hospital —dijo Maura.

—Dijiste que te esperaban de regreso en Boston esta noche —dijo Elaine—. Comenzarán a buscar.

—El problema es que no sabrán dónde hacerlo.

—Estaba el anciano aquel de la gasolinera. El que te vendió el periódico. Él nos recordará. Cuando se entere de que has desaparecido, llamará a la policía. Tarde o temprano, alguien aparecerá por aquí.

Maura miró a Arlo, que había vuelto a sumirse en la inconsciencia.

Pero no lo suficientemente pronto para él.

DOCE

—¿Qué querías mostrarme? —preguntó Doug.

—Ven conmigo —susurró Maura. Se detuvo en la puerta y miró hacia atrás; los demás se habían quedado dormidos. Era momento de salir. Cogió la lámpara de keroseno y salió a la noche.

Había luna llena y el cielo estaba tapizado de estrellas. No era necesaria la lámpara para ver el camino; la nieve misma parecía fosforescente bajo sus botas. El viento se había calmado y el único ruido era el de sus pasos sobre la cobertura crocante de hielo que cubría la nieve como merengue. Lo guió hasta el final de la fila de casas silenciosas.

—¿Quieres contarme de qué se trata? —dijo él.

—No quería hablar delante de Grace. Pero encontré algo.

—¿Qué?

—Está en esta casa. —Se detuvo delante del porche y contempló las ventanas negras que no reflejaban las estrellas, como si la oscuridad interior pudiera tragarse hasta el más leve resplandor de luz. Subió los escalones y abrió la puerta. Cruzaron por la sala, bañados en un tenue charco de luz de la lámpara. Más allá de la luz, en la circunferencia sombría, acechaban las siluetas oscuras de los muebles; el marco del cuadro reflejaba la luz. El hombre de pelo oscuro los miraba desde el retrato con ojos que parecían cobrar vida en las sombras.

—Esto es lo que vi primero —dijo Maura, señalando la jaula en un rincón.

Doug se acercó para estudiar el canario muerto en la jaula.

—Otra mascota muerta.

—Como el perro.

—¿Quién abandona a un canario para que muera de hambre?

—Este pájaro no murió de hambre —dijo Maura.

—¿Qué?

—Mira, hay muchas semillas. —Acercó la lámpara a la jaula para que él viera que le comedero estaba lleno de alimento; el agua del bebedero se había congelado. —En esta casa también dejaron las ventanas abiertas —dijo.

—El canario murió de frío.

—Y hay más. —Avanzó por el pasillo y señaló el rastro oscuro sobre las tablas de pino, como si alguien hubiera pasado un pincel. En la luz tenue, la mancha se veía más negra que marrón.

Doug estudió ese rastro oscuro y no trató de encontrarle

explicación. No dijo una palabra. En silencio, siguió la mancha hasta el pie de la escalera. Allí se detuvo y se quedó mirando el charco de sangre seca.

Maura levantó la lámpara y la luz reveló salpicaduras oscuras sobre los escalones.

—Las salpicaduras comienzan más o menos por la mitad de la escalera —dijo—. Alguien cayó por aquí y golpeó contra los escalones. Aterrizó aquí. —Bajó la lámpara e iluminó el charco al pie de la escalera. Algo relucía en esa sangre, una hebra plateada que ella no había visto esa tarde. Se agachó y vio que era un pelo rubio largo, atrapado parcialmente en la sangre seca. Una mujer. Una mujer había estado tendida allí y su corazón había seguido latiendo al menos por algunos minutos. Lo suficiente como para que un lago de sangre brotara de su cuerpo.

—¿Un accidente? —dijo Doug.

—O un homicidio.

En la penumbra, vio que la boca de él se distendía en una media sonrisa.

—Estás hablando como médica forense. Lo que veo aquí no es necesariamente la escena de un crimen. Es solo sangre.

—Mucha sangre.

—Pero no hay cadáver. Nada que nos diga qué sucedió ni cómo.

—Lo que me preocupa es que no haya un cuerpo. .

—Pues a mí me preocuparía mucho más si lo hubiera.

—¿Dónde está? ¿Quién se lo llevó?

—La familia. Tal vez la llevaron al hospital. Eso explicaría por qué se olvidaron del canario.

—A una mujer herida la llevas en brazos, Doug. No la arrastras por el suelo como una carcasa. Pero si estaban tratando de deshacerse de un cadáver...

Él siguió con la mirada el rastro de sangre hasta que desapareció en las sombras del pasillo.

—No volvieron para limpiar la sangre.

—Tal vez pensaban hacerlo —dijo Maura—. Pero no pudieron regresar al valle.

Él la miró.

—La tormenta de nieve se los impidió.

Maura asintió. La llama de la lámpara se estremeció, como soplada por un aliento espectral. —Arlo tenía razón. Algo terrible ha sucedido en este pequeño poblado, Doug. Algo que ha dejado marcas de sangre, mascotas muertas y casas vacías. —Miró hacia la puerta. — Y pruebas. Pruebas que nos cuentan una historia. Hemos estado deseando que venga alguien y nos encuentre. —Lo miró. —Pero ¿y si no vienen para salvarnos?

Doug se sacudió como para intentar salir del hechizo oscuro en el que ella lo había envuelto.

—Estamos hablando de una comunidad entera que ha desaparecido, Maura —dijo—. Doce casas, doce familias. Si algo les sucedió a tantas personas, no habría forma de ocultarlo.

—Aquí en este valle, sí. Podrías ocultar muchas cosas. —Maura miró las sombras que los rodeaban, pensó en lo que podría estar oculto más allá del brillo de la lámpara y se ajustó el abrigo. —No podemos quedarnos aquí.

—Pero tú eras la que pensaba que debíamos quedarnos y esperar que nos rescaten. Lo dijiste esta mañana.

—Desde esta mañana, las cosas han ido de mal en peor.

—Estoy intentando sacarnos de aquí. Estoy haciendo todo lo posible.

—No dije que no fuera así.

—Pero es lo que piensas ¿verdad? Que todo es culpa mía. Es lo que todos estáis pensando. —Soltó un suspiro sonoro y se volvió. —Te aseguro que encontraré la forma de sacarnos de aquí.

—No te culpo a ti.

Él meneó la cabeza en la oscuridad.

—Pues deberías hacerlo.

—Todo ha salido mal, cosas que nadie podría haber predicho.

—Y ahora estamos atrapados y es probable que Arlo pierda la pierna. Si no le sucede algo peor. —Doug seguía de espaldas a ella, como si no pudiera enfrentar su mirada. —Siento mucho haberte convencido de venir. Es cualquier cosa menos el viaje que esperaba hacer, sobre todo contigo. —Se volvió para mirarla; la luz de la lámpara volvía más profundos todos los huecos de su cara. Ese no era el mismo hombre que la había mirado con ojos risueños en el restaurante, no era el mismo hombre que había hablado con tanto entusiasmo sobre confiar en el universo.

—Hoy me fuiste muy necesaria, Maura —dijo él—. Tal vez esto suene egoísta, pero me alegro que estés aquí, por mí y por Arlo.

Ella logró esbozar una sonrisa.

—No puedo decir que sienta lo mismo.

—No. Estoy seguro de que preferirías estar en cualquier otro lado ahora mismo. Como por ejemplo en el avión rumbo a tu casa.

Y a Daniel. A esa hora el vuelo ya habría aterrizado y él se habría enterado que Maura no estaba a bordo. ¿Sentiría desesperación? ¿O pensaría que era su forma de castigarlo por el sufrimiento que le había causado? Me conoces bien. Si me amas, sabrás que algo malo me ha sucedido.

Dejaron atrás el pasillo manchado de sangre, cruzaron otra vez la

sala en sombras y salieron al exterior, a un paisaje iluminado por la luna y las estrellas. Vieron el brillo de la luz del fuego en la casa donde dormían los demás.

—Estoy cansado de estar a cargo —dijo él, con la mirada fija en esa ventana—. Cansado de siempre ser el que va delante. Pero es lo que ellos esperan. Cuando las cosas no salen bien, Arlo se queja, pero nunca toma la iniciativa. Prefiere no hacer nada y quejarse.

—¿Y Elaine?

—Ya has visto como es. Siempre dice: Decide tú, Doug.

—Es porque está enamorada de ti.

Él negó con la cabeza.

—Nunca me di cuenta. Hemos sido amigos, nada más.

—¿En ningún momento fue otra cosa?

—De mi parte, no.

—Pues ella no lo siente así. Y Arlo lo sabe.

—Yo nunca la alenté ni fomenté nada, Maura. Jamás le haría eso a Arlo. —Se volvió hacia ella; a la luz de la linterna, sus facciones se veían más marcadas, más afiladas. —Eras tú la que me atraía. —Le tocó el brazo. Fue apenas un roce del guante sobre la manga, una invitación muda que le decía que la siguiente jugada era de ella.

Maura se apartó y se alejó de él.

—Deberíamos volver con Arlo.

—Entonces no hay nada entre nosotros ¿verdad?

—En ningún momento lo hubo.

—¿Por qué aceptaste mi invitación? ¿Por qué viniste con nosotros?

—Me pillaste en un momento en el tiempo, Doug. Un momento en el que sentía la necesidad de hacer algo alocado, algo impulsivo. —Parpadeó para alejar las lágrimas que le nublaban la vista y convertían la luz en una bruma dorada. —Fue un error.

—O sea que en ningún momento fue por mí.

—Fue por otra persona.

—El hombre de quien hablaste en la cena. El que no puedes tener.

—Sí.

—Esa situación no ha cambiado, Maura.

—Pero yo, sí —dijo ella y se marchó.

Al entrar en la casa, descubrió que todos seguían dormidos y el fuego se había reducido a brasas. Añadió leña y se quedó delante del hogar viendo cómo las llamas cobraban vida y comenzaban a silbar y chisporrotear. Oyó que Doug entraba tras ella y cerraba la puerta; la ráfaga de aire frío hizo temblar las llamas.

Arlo abrió los ojos y susurró.

—Agua. Por favor, agua.

—Por supuesto, amigo —dijo Doug. Se hincó y levantó la cabeza de Arlo para que bebiera de una taza. Arlo tragó grandes sorbos; el agua

le chorreaba por la barbilla. Satisfecho, volvió a dejarse caer sobre la almohada.

—¿Qué otra cosa necesitas? ¿Tienes hambre? —preguntó Doug.

—Tengo frío. Mucho frío.

Doug cogió una manta del sofá y lo cubrió con suavidad.

—Echaremos más leña al fuego. Te sentirás mejor.

—He estado soñando —murmuró Arlo—. Cosas muy raras. Muchas personas estaban aquí, mirándome, rodeándome. Esperando algo.

—Los narcóticos te dan pesadillas, sí.

—No eran pesadillas, en realidad. Eran sueños raros. Tal vez son ángeles. Ángeles con ropa rara, como la del hombre del retrato. —Volvió sus ojos hundidos hacia Maura, pero no parecía estar mirándola. Miraba más allá del hombro de ella, como si una presencia acechara allí. —O tal vez son fantasmas —susurró.

¿A quién mira? Se volvió y contempló el aire vacío. El retrato del hombre de ojos negros le devolvió la mirada. El mismo retrato que colgaba en todas las casas de Reino Celestial. La cara de él brillaba por el reflejo del fuego, como si en su interior ardieran llamas sagradas.

—Y él congregará a los justos —citó Arlo, refiriéndose a la placa que estaba sobre el marco del retrato. —¿Y si es cierto?

—¿Qué cosa? —preguntó Doug.

—Tal vez eso es lo que sucedió. Él los congregó y les mostró el camino.

—¿El camino fuera del valle, dices?

—No. Al cielo.

Un leño se partió en el hogar y sonó como un disparo; todos se sobresaltaron. Maura pensó en la tela bordada que había visto colgando en uno de los dormitorios. PREPÁRATE PARA LA ETERNIDAD.

—Es raro ¿no? —dijo Arlo—. Es raro que no funcione ninguna radio de los coches. Solo hay estática. Ninguna emisora. Tampoco hay señal de móviles. Nada.

—Estamos en medio del bosque —dijo Doug—. Y en un valle. No hay recepción.

—¿Estás seguro de que es eso?

—¿Y qué otra cosa podría ser?

—¿Y si algo terrible sucedió en el mundo exterior? Nosotros aquí, no nos enteraríamos.

—¿A qué te refieres? ¿A una guerra nuclear?

—Doug, nadie ha venido a buscarnos. ¿No te parece extraño?

—Es que todavía no han notado nuestra ausencia.

—O tal vez es porque no queda nadie allí fuera. Se han ido todos. —Los ojos hundidos de Arlo recorrieron la habitación donde bailaban

las sombras. —Creo que sé quiénes eran todas estas personas, Doug. La gente que vivía aquí. Creo que estoy viendo sus fantasmas. Estaban esperando el fin del mundo. El Arrebatamiento, el Rapto. Tal vez se ha producido, y no lo sabemos.

Doug rió.

—Créeme, Arlo. El Arrebatamiento no es lo que les ha sucedido a estas personas.

—¿Papá? —dijo Grace suavemente desde el rincón. Se incorporó y se ajustó la manta alrededor del cuerpo—. ¿De qué está hablando?

—Las pastillas lo han confundido, nada más.

—¿Qué es eso del Arrebatamiento o el Rapto?

Doug y Maura se miraron y él suspiró.

—Es solo una superstición, cariño. Una creencia absurda que dice que el fin del mundo llegará con el Armagedón. Y cuando eso suceda, Dios arrebatará o raptará a sus elegidos y los llevará directamente al cielo.

—¿Y qué les sucederá a los demás?

—Los demás quedarán atrapados en la tierra.

—Y morirán —susurró Arlo—. Todos los pecadores que queden pasarán por la Tribulación y morirán.

—¿Qué? —Grace miró a su padre con ojos aterrados.

—Cariño, es un disparate. Olvídalo.

—¿Pero algunas personas lo creen de verdad? ¿Creen que se acerca el fin del mundo?

—Algunas personas también creen en secuestros extraterrestres. ¡Usa la cabeza, Grace! ¿En serio piensas que las personas se transportarán mágicamente al cielo?

La ventana se sacudió como si algo estuviera arañando el cristal para entrar. Una corriente de aire bajó gimiendo por la chimenea, desparramando las llamas y echando humo en la habitación.

Grace apretó las rodillas contra el pecho. Con la mirada fija en las sombras movedizas, susurró:

—¿Entonces a dónde fue toda esta gente?

TRECE

La niña era doce kilos de ¡NO, CAMA NO! ¡DORMIR NO! ¡No, no, no!

Jane y Gabriel se dejaron caer, agotados sobre el sofá y observaron cómo su hija, Regina, giraba y giraba como un derviche en miniatura.

—¿Cuánto tiempo puede aguantar despierta? —preguntó Jane.

—Más que nosotros.

—Dirías que terminaría mareada y vomitando.

—Dirías, sí.

—Alguien tiene que poner orden.

—Ajá.

—Alguien tiene que hacer de padre.

—Concuerdo totalmente —Miró a Jane.

—¿Qué?

—Te toca a ti hacer de policía mala.

—¿Por qué a mí?

—Porque se te da muy bien. Además, yo la acosté las tres últimas veces. No me hace caso, directamente.

—Porque se ha dado cuenta que el señor FBI es una espuma de algodón.

Gabriel miró el reloj.

—Jane, son las doce de la noche.

Su hija solo giraba más rápido. Cuando yo tenía su edad, ¿era así de agotadora?, se preguntó Jane. Ahora comprendía el significado del término justicia poética. Algún día tendrás una hija igual a ti, solía quejarse su madre.

Y aquí está.

Con un quejido, Jane se levantó del sofá y adoptó el papel de la policía mala.

—Hora de ir a dormir, Regina —dijo.

—No.

—Sí, es hora.

—¡No! —La niñita echó a correr; los rizos suaves rebotaban con suavidad. Jane la acorraló en la cocina y la levantó en brazos. Era como tratar de sujetar un pez salido del agua; Regina se defendía con cada fibra de su cuerpo.

—¡No voy, no voy!

—Que sí, que vas —dijo Jane y la llevó al dormitorio. Dejó a

Regina en la cuna, apagó la luz y cerró la puerta. Eso solo hizo que la niña chillara más fuerte. No eran gritos de angustia sino de la furia más absoluta.

Sonó el teléfono. Ay, mierda, son los vecinos para quejarse otra vez.

—Diles que darle Valium no es una opción —dijo mientras Gabriel iba a la cocina a atender.

—A nosotros nos vendría bien el Valium —respondió él y luego levantó el receptor—. ¿Hola?

Demasiado cansada como para mantenerse erguida, Jane se apoyó contra la puerta de la cocina, imaginando la diatriba que estaría escuchando él. Tenían que ser esos Windsor-Miller, la pareja de treinta y tantos años que se había mudado al edificio hacía solamente un mes. Ya habían llamado para quejarse por lo menos una docena de veces. Vuestra hija nos tiene despiertos toda la noche. Ambos tenemos trabajos exigentes, sabes. ¿No puedes controlarla? Los Windsor-Miller no tenían hijos propios así que no se les ocurría pensar que es imposible encender y apagar a una niña de dieciocho meses como si fuera un televisor. Jane una vez había atisbado su apartamento y estaba inmaculado. Sofá blanco, alfombra blanca, paredes blancas. El piso de una pareja que enloquecería ante la idea de unas manitas pegajosas sobre sus preciosos muebles.

—Es para ti —dijo Gabriel y le extendió el teléfono.

—¿Los vecinos?

—Daniel Brophy.

Ella miró el reloj. ¿La llamaba a medianoche? Algo tenía que haber pasado. Cogió el teléfono. ¿Daniel?

—No estaba en el avión.

—¿Cómo dices?

—Acabo de salir del aeropuerto. Maura no estaba en el vuelo que reservó. Y en ningún momento me ha llamado. No sé qué... —Se interrumpió y Jane oyó el ruido de la bocina de un coche.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—A punto de entrar en el túnel Summer. Me quedaré sin señal en cualquier momento.

—¿Por qué no vienes a casa? —dijo Jane.

—¿Ahora, dices?

—Gabriel y yo estamos despiertos. Tendríamos que hablar de esto. ¿Hola? ¿Hola?

El túnel había interrumpido la conexión. Jane cortó y miró a su marido.

—Me parece que tenemos un problema.

Media hora más tarde llegó el padre Daniel Brophy. Para entonces Regina se había cansado de llorar y se había quedado dormida; el

apartamento estaba en silencio cuando él entró. Jane había visto trabajar a ese hombre en las circunstancias más difíciles, en escenas del crimen en las que familiares afligidos acudían a él en busca de consuelo. Siempre había irradiado una fuerza serena y con solo un contacto de la mano o unas palabras suaves podía calmar hasta a los más angustiados. Esa noche el que se veía angustiado era él. Se quitó el abrigo negro de invierno y Jane vio que no llevaba el alzacuello sino un jersey azul y una camisa de algodón grueso. Ropa de civil que le daba un aspecto más vulnerable.

—No apareció en el aeropuerto —explicó—. Esperé casi dos horas. Sé que su vuelo aterrizó y vi que se llevaron todo el equipaje. Pero ella no estaba.

—Tal vez no os encontrasteis —dijo Jane—. Tal vez bajó del avión y no te encontró.

—Me habría llamado.

—¿Trataste de llamarla?

—Muchas veces. No atiende. No he podido dar con ella en todo el fin de semana, desde que hablé contigo.

Y yo no presté atención a su preocupación, pensó Jane, y sintió una punzada de culpa.

—Prepararé café —dijo—-. Creo que vamos a necesitarlo.

Se acomodaron en la sala; Jane y Gabriel en el sofá, Brophy en el sillón. La calidez del departamento no había devuelto nada de color a las mejillas de Brophy; estaba pálido y tenía las manos apretadas sobre las rodillas.

—Entonces tu última conversación con Maura no fue precisamente feliz —dijo Jane.

—No. Tuve... tuve que interrumpirla en forma abrupta —admitió Brophy.

—¿Por qué?

Su expresión se cerró aún más.

—Tenemos que hablar de Maura, no de mí.

—Estamos hablando de ella. Estoy tratando de entender su estado de ánimo. ¿Crees que se habrá sentido rechazada cuando cortaste la llamada?

El bajó la mirada.

—Es probable.

—¿La llamaste de nuevo? —preguntó Gabriel con voz impersonal.

—Esa noche, no. Era tarde. No intenté llamarla hasta el sábado.

—Y ella no atendió.

—No.

—Tal vez está enfadada contigo —dijo Jane—. Ha sido difícil para ella este último año, sabes. Me refiero a tener que ocultar lo que sucede entre vosotros.

—Jane —intervino Gabriel—. Esto no ayuda.

Brophy soltó un suspiro.

—Pero me lo merezco —respondió en voz baja.

Sí, te lo mereces. Rompiste tus votos y ahora le rompes el corazón a ella.

—¿Crees que el estado de ánimo de Maura podría explicar esto? —preguntó Gabriel, de nuevo con su tono pragmático de miembro de las fuerzas del orden. De los tres, era el único que parecía estar abordando el asunto de manera lógica. Jane lo había visto reaccionar a otras situaciones tensas de esa misma manera. Había visto cómo su marido se tornaba más calmo y más enfocado a medida que todo a su alrededor estallaba. Dadle una crisis y Gabriel Dean podía pasar de ser un padre extenuado a convertirse en el agente del FBI que ella a veces olvidaba que era. Gabriel observaba a Brophy con ojos que no revelaban nada, pero veían todo.

—¿Estaría lo suficientemente alterada como para hacer algo drástico? —preguntó Gabriel—. ¿Hacerse daño? ¿O algo peor?

Brophy negó con la cabeza.

—No, Maura no.

—Las personas hacen cosas sorprendentes bajo el efecto del estrés.

—¡Ella no! Venga, Gabriel, la conoces. Ambos la conocéis. —Brophy miró a Jane, luego a Gabriel. —¿De verdad creéis que es tan inmadura? ¿Que desaparecería solo para castigarme?

—Ha hecho cosas inesperadas con anterioridad —respondió Jane —. Se ha enamorado de ti.

Finalmente, sus mejillas recobraron color cuando se sonrojó intensamente.

—Pero no haría nada irresponsable. Desaparecer de este modo.

—¿Desaparecer? ¿O solo evitarte?

—Tenía un billete comprado para ese vuelo. Me pidió que la buscara en el aeropuerto. Cuando Maura dice que hará algo, lo hace. Y si surge un inconveniente que se lo impide, llama. Por más molesta que pudiera estar conmigo, no se rebajaría a hacer algo así. Sabes cómo es ella, Jane. Ambos lo sabemos.

—¿Pero si hubiera estado realmente desconsolada? —dijo Gabriel —. La gente hace cosas drásticas.

Jane lo miró con el ceño fruncido.

—¿De qué hablas? ¿De suicidio?

Gabriel mantuvo la mirada fija en Brophy.

—¿Qué es lo que ha sucedido recientemente entre vosotros?

Brophy agachó la cabeza.

—Creo que ambos nos hemos dado cuenta de que... algo tiene que cambiar.

—¿Le has dicho que pensabas terminar la relación?

—No. —Brophy levantó la mirada. —Ella sabe que la amo.

Pero eso no basta, pensó Jane. No es suficiente para construir una vida.

—Ella no se haría daño. —Brophy se irguió en el sillón y su cara adquirió una expresión de certeza. —No jugaría a estos juegos. Algo ha sucedido y no puedo creer que no os lo estéis tomando en serio.

—Nos lo estamos tomando en serio —respondió Gabriel, sereno—. Por eso te estamos haciendo estas preguntas, Daniel. Porque son las mismas que te hará la policía en Wyoming. Sobre su estado de ánimo. Sobre si podría haber tomado la decisión de desaparecer. Solo quiero estar seguro de que tú sepas las respuestas.

—¿En qué hotel se hospedaba? —preguntó Jane.

—En el Mountain Lodge de Teton Village. Ya llamé y me han dicho que se retiró el sábado por la mañana, un día antes.

—¿Saben dónde fue?

—No.

—Podría haber decidido regresar antes? Tal vez ya está de regreso en Boston.

—He llamado al teléfono de su casa. Hasta pasé por allí. No está.

—¿Sabes algo más de sus planes de viaje? —preguntó Gabriel.

—Tengo sus números de vuelo. Sé que alquiló un coche en Jackson. Pensaba pasear por la zona una vez que terminara la conferencia.

—¿Con qué agencia?

—Hertz.

—¿Sabes si ha hablado con alguien más? ¿Con sus colegas de la morgue, tal vez? ¿Con su secretaria?

—Llamé a Louise el sábado y no había tenido noticias, tampoco. No seguí averiguando porque supuse... —Miró a Jane. —Supuse que lo harías tú.

No había ninguna nota de acusación en su voz, pero podría haberla habido. Jane se sonrojó de culpa. Él la había llamado y ella no había prestado atención al asunto porque había estado con otras cosas en mente. Cadáveres en congeladores. Niñitas rebeldes. No había pensado que pudiera haber sucedido algo, creyó simplemente que era una pelea de enamorados seguida por una dosis de tratamiento de silencio. Esa clase de cosas sucedía todo el tiempo ¿no? Además, estaba el hecho de que Maura se había retirado del hotel con un día de antelación. Eso no sonaba a rapto, sino a un cambio de planes deliberado. Nada de todo aquello absolvía a Jane del hecho de que lo único que había hecho había sido llamar al móvil de Maura. Ahora habían pasado casi dos días, las cuarenta y ocho horas doradas, esa ventana de oportunidad en la que existen más probabilidades de encontrar a una persona desaparecida e identificar al criminal.

Gabriel se puso de pie.

—Creo que es hora de hacer algunas llamadas —dijo y se dirigió a la cocina. Jane y Brophy se quedaron sentados en silencio, escuchando cómo hablaba por teléfono. Utilizaba su voz del FBI, como le gustaba decir a Jane, el tono sereno y de autoridad que empleaba para asuntos oficiales. Al escucharla en ese momento, le costaba creer que esa voz pertenecía al mismo hombre que había sido vencido con tanta facilidad por una niñita obstinada. Yo debería estar haciendo las llamadas, pensó. Yo soy la policía que no hizo el seguimiento que correspondía hacer. Pero ella sabía que el solo hecho de escuchar las tres letras FBI haría que cualquiera que estuviera del otro lado de la línea se pusiera en posición de firmes. Cuando tu marido es un agente federal, lo mejor es aprovechar la situación.

—... sexo femenino, cuarenta y dos años, creo. Pelo negro. Un metro sesenta y siete, alrededor de cincuenta y cuatro kilos...

—¿Por qué se iría del hotel un día antes? —dijo Brophy en voz baja. Estaba tieso en el sillón y miraba hacia adelante. —Eso es lo que no puedo descifrar todavía, por qué lo hizo. ¿Dónde planeaba ir? ¿A otra ciudad, a otro hotel? ¿Por qué cambiar repentinamente de planes?

Tal vez conoció a alguien. A un hombre. Jane no quería decirlo, pero fue lo primero que le vino a la mente, lo primero que se le ocurriría a cualquier policía. Una mujer sola en un viaje de trabajo. Una mujer cuyo amante acaba de decepcionarla. Entra en escena un desconocido atractivo que propone un viajecito fuera de la ciudad. Al demonio con los planes y que viva la aventura.

Tal vez tuvo una aventura con el hombre inadecuado.

Gabriel volvió a la sala con el teléfono inalámbrico.

—Nos llamará enseguida.

—¿Quién? —preguntó Brophy.

—El detective de Jackson. Dice que no han tenido accidentes fatales en los caminos durante el fin de semana y que no tiene información de pacientes hospitalizados que no hayan sido identificados.

—¿Y...?

—Ni cadáveres, tampoco.

Brophy tragó saliva con fuerza y se aflojó en el sillón.

—Pues al menos sabemos eso. No está en una cama de hospital.

Ni en la morgue. Jane trató de borrar la imagen, pero se quedaba en su cabeza. Maura tendida sobre la mesa como tantos otros cadáveres que Jane había tenido que ver. Cualquiera que hubiera estado en una sala de autopsias y hubiera observado un examen post mórtem seguramente había

imaginado la pesadilla de que un ser querido estuviera sobre esa mesa. Seguramente esa misma imagen atormentaba ahora a Daniel Brophy.

Jane preparó otra jarra de café. En Wyoming serían las once de la noche. El teléfono seguía en silencio; todos tenían los ojos fijos en el reloj de pared.

—Nunca se sabe, tal vez nos sorprenda —rió Jane, nerviosa, estimulada por demasiada cafeína y azúcar. —Quizás aparezca mañana en su trabajo puntualmente. Nos dirá que perdió el móvil o algo así. —Era una explicación absurda y ninguno de los dos hombres se molestó en responder.

El sonido del teléfono los sobresaltó a los tres. Gabriel atendió. No dijo mucho; su cara no revelaba nada sobre la información que estaba escuchando. Pero cuando cortó y miró a Jane, ella se dio cuenta de que no eran buenas noticias.

—No devolvió el coche de alquiler.

—¿Lo verificaron con Hertz?

Gabriel asintió.

—Lo recogió el martes en el aeropuerto y tenía que dejarlo allí esta mañana.

—O sea que el coche también ha desaparecido.

—Exacto.

Jane no miró a Brophy; no quería ver su cara.

—Bien, queda decidido, entonces. Solo nos queda una cosa por hacer.

Jane asintió.

—Llamaré a mi mamá por la mañana. Estoy segura de que se alegrará de cuidar a Regina. Podremos dejarla en su casa camino del aeropuerto.

—¿Volaréis a Jackson? —preguntó Brophy.

—Si es que conseguimos dos plazas en un vuelo de mañana —dijo Jane.

—Que sean tres —dijo Brophy—. Yo también voy.

CATORCE

Maura despertó escuchando el sonido de los dientes de Arlo, que estaba temblando. Cuando abrió los ojos, vio que todavía estaba oscuro, pero intuyó que faltaba poco para el amanecer y que la negrura de la noche comenzaba a convertirse en gris. En la luz del fuego, contó los cuerpos durmientes: Grace estaba sobre el sofá; Doug y Elaine estaban muy cerca, casi tocándose. Siempre estaban a punto de tocarse. Era fácil adivinar quién se había acercado a quién durante la noche. Era tan obvio, ahora que lo sabía: la forma en que Elaine miraba a Doug, la manera en la que lo tocaba a menudo, su ansiosa necesidad de estar de acuerdo con todo lo que él proponía. Arlo estaba solo junto al hogar; la manta le cubría el cuerpo como una mortaja. Un nuevo escalofrío lo sacudió y sus dientes castañearon.

Maura se levantó, sintiendo la espalda tiesa y agregó más leña al fuego. Se agazapó junto al hogar y absorbió el calor del fuego cuando las llamas comenzaron a cobrar vida con fuerza y luminosidad. Se volvió y miró a Arlo, cuya cara estaba iluminada por el fuego.

Tenía el pelo grasiento y duro de sudor. Su piel se había puesto amarillenta como la de un cadáver. De no haber sido porque le castañeaban los dientes, Maura podría haberlo dado por muerto.

—Arlo —dijo en voz baja.

Lentamente, él abrió los ojos. Su mirada parecía provenir de un pozo profundo y sombrío, como si hubiera caído lejos, más allá de toda posibilidad de ayuda.

—Tengo... mucho.... frío —susurró.

—He vuelto a activar el fuego. Pronto hará más calor. —Maura le tocó la frente y la sintió tan caliente que fue como si se hubiera quemado la mano. Se dirigió de inmediato a la mesa de café donde habían desplegado todos los medicamentos e intentó leer los rótulos en la oscuridad. Dio con los frascos de amoxicilina y paracetamol y dejó caer varias pastillas en su mano.

—Aquí tienes. Tómalas.

—¿Qué es? —gruñó Arlo cuando ella le levantó la cabeza para ayudarlo a tragar los comprimidos.

—Tienes fiebre. Por eso estás temblando. Esto te hará sentir mejor.

Él tragó las pastillas y volvió a caer hacia atrás, sacudido por otro estremecimiento tan violento que Maura pensó que estaba teniendo una convulsión. Pero tenía los ojos abiertos y alertas. Maura le cedió su manta y le envolvió otra capa más de lana alrededor del cuerpo. Sabía que debía revisar el estado de su pierna, pero la sala todavía

estaba oscura y no quería encender la lámpara de keroseno todavía, pues todos estaban dormidos. Ya la ventana se había aclarado ligeramente. Dentro de una hora o más, amanecería y podría revisarle la pierna. Pero ya sabía con lo que se iba a encontrar. La fiebre significaba que seguramente se le había infectado la pierna y las bacterias circulaban por la sangre. También sabía que la amoxicilina no era un antibiótico lo suficientemente poderoso para salvarlo.

Además, solo les quedaban veinte pastillas.

Miró a Doug y sintió la tentación de despertarlo para que pudiera compartir su carga, pero estaba profundamente dormido. De manera que se quedó sentada junto a Arlo, sola, tomándole la mano y acariciándole el brazo por encima de las mantas. Aunque tenía la frente muy caliente, su mano estaba alarmantemente fría, más como carne muerta que viva.

Y yo sé bien cómo se siente la carne muerta.

Desde sus días de estudiante de medicina, se había sentido más cómoda en la sala de autopsias que junto a la cama de un paciente. Los muertos no esperan que les converses ni que escuches sus interminables quejas ni que mires cuando se retuercen de dolor. Los muertos están más allá del dolor y no esperan que hagas milagros que eres incapaz de hacer. Esperan con paciencia y sin quejarse durante todo el tiempo que te lleve terminar tu trabajo.

Al mirar la cara de sufrimiento pensó: no me perturban los muertos sino los vivos.

Pero se quedó a su lado, sosteniéndole la mano; amaneció y los escalofríos de Arlo cesaron gradualmente. Respiraba con más facilidad y tenía gotas de sudor en la cara.

—¿Crees en los fantasmas? —preguntó él en voz baja, mirándola cono ojos brillosos de fiebre.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por tu trabajo. Si hay alguien que debería ver un fantasma serías tú.

Maura negó con la cabeza.

—Nunca vi uno.

—O sea que no crees en ellos.

—No.

Él miraba más allá, concentrado en algo que ella no veía.

—Pero están aquí, en esta habitación. Mirándonos.

Maura le tocó la frente; ya no estaba tan caliente al tacto, le había bajado la fiebre. Pero claramente deliraba; sus ojos se movían como siguiendo el paso de fantasmas en la sala.

Ya había suficiente luz como para revisarle la pierna.

Él no protestó cuando ella levantó las mantas. Estaba desnudo de la

cintura para abajo; el pene encogido se perdía en el nido de vello púbico oscuro. Se había orinado durante la noche y las toallas que habían colocado debajo de él estaban empapadas. Maura despegó capas de vendas de la herida y la exclamación brotó de su garganta antes de que pudiera contenerla. Hacía solamente seis horas que le había revisado la herida a la luz de la lámpara de keroseno. Ahora, en el resplandor implacable de la mañana, vio los bordes ennegrecidos de la piel, los tejidos hinchados. Y olió el hedor de carne en estado de putrefacción.

—Dime la verdad —dijo Arlo—. Quiero saberlo. ¿Voy a morir?

Ella buscó palabras tranquilizadoras, una respuesta en la que realmente no creía. Antes de que pudiera decir una palabra, sintió una mano sobre el hombro y se volvió, sorprendida.

—Claro que no vas a morir —dijo Doug desde detrás de Maura—. Porque yo no voy a dejar que mueras, Arlo. Por más trabajo que me des.

Arlo logró esbozar una sonrisa débil:

—Siempre has dicho idioteces, hermano—susurró y cerró los ojos.

Doug se arrodilló y estudió la pierna; no fue necesario que lo dijera, Maura leyó en su expresión lo mismo que cruzaba por su propia mente. La pierna se está pudriendo delante de nuestros ojos.

—Vayamos a la cocina —dijo Doug.

Se alejaron de los demás y entraron en la cocina. La madrugada había cedido el paso a una mañana resplandeciente y el resplandor que entraba por la ventana aclaraba la cara de Doug y hacía resaltar cada una de las canas de su barba incipiente.

—Esta mañana le di amoxicilina —dio Maura—, aunque no servirá de nada.

—Necesita cirugía.

—Concuerdo. ¿Quieres ser tú el que le corte la pierna?

—Dios. —Doug comenzó a caminar por la cocina, nervioso. —Ligar una arteria es una cosa, pero hacer una amputación...

—Aun si pudiéramos hacerla, no sería suficiente. Ya presenta sepsis. Necesita dosis masivas de antibióticos endovenosos.

Doug se volvió hacia la ventana y contempló el reflejo del sol sobre la nieve congelada.

—Tengo ocho, tal vez nueve horas de luz de día. Si salgo ahora, tal vez llegue al pie de la montaña para cuando oscurezca.

—¿Piensas salir esquiando?

—A menos que tengas una idea mejor.

Maura pensó en Arlo, transpirando y tiritando en la sala, con la pierna hinchada y la herida pudriéndose lentamente. Pensó en las bacterias que corrían por su sangre, invadiendo cada órgano. Y recordó un cadáver que había abierto una vez, de una mujer que había

muerto de shock séptico; recordó las hemorragias en algunas partes de la piel, en el corazón, en los pulmones. El shock causaba fallo múltiple del sistema; hacía que dejaran de funcionar el corazón, los riñones y el cerebro. Arlo ya estaba dando señales de delirio. Veía personas inexistentes, fantasmas a su alrededor. Pero al menos todavía seguía produciendo orina; mientras no le fallaran los riñones, tenía posibilidades de sobrevivir.

—Te prepararé algo de comida —dijo—. Y necesitarás una bolsa de dormir, por si no logras llegar antes de que oscurezca.

—Avanzaré todo lo que pueda esta noche —dijo Doug. Miró hacia la sala del frente, donde Arlo agonizaba. —Me temo que tendré que dejarlo en tus manos.

Grace no quería que su padre se marchara. Afuera, en el porche, se aferró a su chaqueta y le suplicó que no las dejara; lloriqueó, diciendo que era su padre, ¿cómo iba a dejarla como había hecho su madre? ¿Qué clase de padre haría eso?

—Arlo está muy grave, cariño —dijo Doug, separando las manos de ella de su manga—. Si no consigo ayuda, podría morir.

—¡Si te marchas, la que podría morir soy yo! —chilló ella.

—No estás sola. Elaine y Maura te cuidarán.

—¿Por qué tienes que ir tú? ¿Por qué no puede ir ella? —Grace señaló a Maura con un gesto tan agresivo que pareció una acusación.

—Basta, Grace. Basta. —Doug la cogió de los hombros y la sacudió con fuerza. —Soy el más fuerte. El que tiene más posibilidades de lograrlo. Además, Arlo es mi amigo.

—Pero tú eres mi padre —replicó Grace.

—Necesito que madures ahora mismo. Tienes que darte cuenta de que no eres el centro del universo. —Se colocó la mochila sobre la espalda. —Hablaremos cuando regrese. Dame un beso ¿vale?

Grace retrocedió.

—Con razón mamá te dejó —dijo y entró en la casa, cerrando la puerta con violencia.

Doug se quedó helado, con la mirada fija en la puerta cerrada. Pero el exabrupto no debería haberlo sorprendido. Maura había visto la voracidad con la que Grace demandaba la atención de su padre y con cuánta destreza utilizaba la culpa para controlarlo. Doug parecía dispuesto a seguir a su hija dentro de la casa, que era justo lo que Grace deseaba y sin duda esperaba que hiciera.

—No te preocupes por ella —dijo Maura—. Te prometo que la cuidaré. Estará perfectamente bien.

—Contigo a cargo, sé que así será. —La cogió en brazos y le dio un abrazo de despedida. —Lo siento, Maura —murmuró—. Siento mucho todo lo que ha salido mal. —Se apartó y la miró. —En el pasado,

cuando me conociste en Stanford, seguramente pensaste que era un inútil. Creo que no me ha ido demasiado bien tratando de hacerte cambiar de idea.

—Sácanos de aquí, Doug y te prometo que volveré a evaluar mi opinión.

—Cuenta con ello. —Se ajustó la correa de la mochila que cruzaba su pecho. —Cuida el fuerte, doctora Isles. Te prometo que volveré con la caballería.

Maura miró desde el porche cómo comenzaba a trepar por el camino. La temperatura ya había subido a cinco grados bajo cero y no se veía una nube en el cielo. Era el día indicado para intentar esa travesía.

La puerta se abrió súbitamente y Elaine salió volando de la casa. Ya se había despedido de Doug minutos antes, pero allí estaba de nuevo, corriendo para alcanzarlo, como si su vida dependiera de ello. Maura no pudo oír la conversación, pero vio que Elaine se quitaba la bufanda de cachemira que usaba siempre y se la colocaba a Doug alrededor del cuello como obsequio de despedida. Se abrazaron durante unos segundos que parecieron eternos. Luego Doug comenzó su viaje, subiendo por el camino que salía del valle. No fue hasta que cogió la curva y desapareció detrás de los árboles que Elaine regresó finalmente a la casa. Subió los escalones del porche, donde estaba Maura, pero no dijo una palabra. Pasó junto a ella, entró en la casa y cerró la puerta tras ella.

QUINCE

Aun antes de que el detective Queenan se presentara, Jane lo hubiera reconocido como policía. De pie junto a un Toyota cubierto de nieve en el aparcamiento del Mountain Lodge, conversaba con un hombre y una mujer. Cuando Jane y su grupo bajaron del coche de alquiler y se acercaron al Toyota, Queenan se volvió para mirarlos con los ojos alertas que caracterizan a un hombre cuyo trabajo se basa en la observación. En todos los otros aspectos parecía común y corriente: de calvicie incipiente, kilos de más, bigote con algunas canas.

—¿Es usted el detective Queenan? —preguntó Gabriel.

El hombre asintió.

—Usted debe ser el agente Dean.

—Yo soy la detective Rizzoli —dijo Jane.

Queenan la miró con el ceño fruncido.

—¿De la policía de Boston?

—Unidad de homicidios —dijo ella.

—¿Homicidios? ¿No os estáis apresurando un poco? No tenemos certeza de que se haya cometido un crimen.

—La doctora Isles es amiga nuestra —dijo Jane—. Es una profesional muy responsable y no desaparecería por capricho. Estamos preocupados por ella.

Queenan se volvió hacia Brophy.

—¿Usted también es policía de Boston?

—No —respondió Brophy—. Soy sacerdote.

Al oírlo, Queenan soltó una risa de sorpresa.

—Un agente federal, una policía y un cura. Ese sí que es un trío que nunca he visto antes.

—¿Qué sabe hasta el momento? —preguntó Jane.

—Pues tenemos esto —respondió Queenan y señaló el Toyota aparcado; junto a él, dos personas los miraban. El hombre se llamaba Finch y era guardia de seguridad del hotel. La mujer era empleada de la agencia de alquiler de coches Hertz.

—Este Toyota ha estado aparcado aquí desde al menos el viernes por la noche —dijo Finch—. No lo han movido.

—¿Lo ha confirmado con las cámaras de seguridad? —preguntó Jane.

—Hum, no, señora. Las cámaras no cubren el aparcamiento.

—¿Entonces cómo sabe que ha estado aquí tanto tiempo?

—Fíjese en la nieve que lo cubre. El sábado tuvimos una tormenta fuerte con una nevada de casi setenta centímetros, que es lo que veo

sobre este coche.

—¿Es el coche de Maura?

La mujer de Herz respondió:

—El contrato de alquiler para este vehículo se extendió a nombre de una tal doctora Maura Isles. Hizo una reserva por internet hace tres semanas y lo recogió el martes pasado. Lo pagó con una tarjeta AmEx. Tendría que haberlo devuelto en nuestro aparcamiento del aeropuerto ayer por la mañana.

—¿No llamó para extender el alquiler? —preguntó Gabriel.

—No, señor. —La mujer sacó un llavero del bolsillo y miró a Queenan. —Aquí tiene la llave que quería, detective.

Queenan se colocó unos guantes de látex y abrió la puerta delantera del pasajero. Con cuidado, se inclinó y abrió la guantera, donde encontró el contrato.

—Maura Isles —confirmó, hojeando los papeles. Miró el odómetro. —Por lo visto, recorrió unos ciento setenta kilómetros. No es mucho para un alquiler de seis días.

—Vino por una conferencia médica —dijo Jane—. Y se hospedó en este hotel. Es probable que no haya tenido oportunidad de recorrer. — Jane espió por la ventana, cuidando de no tocar el cristal. Con excepción de un periódico USA Today doblado en el asiento delantero del pasajero, el interior del coche se veía inmaculado. Cómo no iba a estarlo: Maura era obsesiva con la pulcritud y Jane nunca había visto ni un pañuelo de papel fuera de lugar en su Lexus. —¿Qué fecha tiene ese periódico? —preguntó.

Queenan lo desplegó.

—Es del martes pasado.

—El día que viajó aquí en avión. —Debe de haberlo comprado en el aeropuerto.

Queenan se enderezó.

—Echemos un vistazo al maletero —dijo—. Fue hasta la parte posterior del coche, despejó la nieve y pulsó el botón en el control remoto. Todos se agruparon para mirar y Jane vio que Queenan vacilaba antes de extender una mano enguantada para abrir el maletero. Por las cabezas de todos seguramente pasaba el mismo pensamiento: Una mujer desaparecida. Un vehículo abandonado. Se habían encontrado demasiadas sorpresas dentro de maleteros, demasiados horrores doblados como embriones dentro de úteros de acero. Con esas temperaturas gélidas, no habría olores que alertaran a nadie, ningún indicio sensorial de lo que podría haber dentro. Cuando Queenan levantó la tapa, Jane contuvo la respiración. Contempló el espacio que había quedado al descubierto.

—Vacío e impecable —dijo Queenan y Jane oyó el alivio en su voz. El detective miró a Gabriel. —Entonces, tenemos un coche de alquiler

que parece estar en buen estado, sin equipaje. Dondequiera que fue vuestra amiga, se llevó sus cosas. Eso a mí me suena como un viaje planeado.

—¿Dónde está, entonces? —dijo Jane—. ¿Por qué no atiende el móvil?

Queenan la miró como si fuera solo una distracción molesta.

—No conozco a su amiga. Tal vez usted encuentre una mejor respuesta a eso que yo.

La mujer de Hertz intervino:

—¿Cuándo nos devolverán el vehículo? Es parte de nuestra flota.

—Tendremos que retenerlo durante un tiempo —respondió Queenan.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que decidamos si realmente se ha cometido un crimen. De momento, no estoy seguro.

—¿Entonces cómo explica su desaparición? —preguntó Jane.

Una vez más, él la miró con un destello de irritación en los ojos.

—Le he dicho que no estoy seguro. Mantendré la mente abierta, señora. ¿Qué le parece si intentamos hacerlo todos?

—No puedo decir que recuerde a esta pasajera en particular —dijo Michelle, una recepcionista del Mountain Lodge—. Pero, claro, la semana pasada tuvimos a doscientos médicos y sus familias aquí. Es imposible que pueda recordarlos a todos.

Se habían apiñado en el despacho del gerente, en el que apenas cabían todos. El gerente estaba junto a la puerta, observando la entrevista con los brazos cruzados. Era su presencia, más que las preguntas, lo que parecía poner nerviosa a Michelle, que dirigía rápidas miradas a su jefe, como temiendo que desaprobara sus respuestas.

—¿Entonces no reconoces la foto? —preguntó Queenan, señalando la foto oficial que Jane había impreso del sitio web de la Oficina de Medicina Forense de Massachussets. Mostraba a una profesional sombría. Maura miraba directamente a la cámara, seria; una expresión adecuada para el trabajo que desempeñaba. Cuando uno trabaja abriendo a los muertos, una gran sonrisa resultaría perturbadora.

Michelle volvió a mirar obedientemente la foto. Era joven, de unos veinticinco años y con tanta gente observándola se le hacía difícil concentrarse. Sobre todo cuando una de esas personas era tu jefe.

Jane se dirigió al gerente.

—¿Le molestaría retirarse, señor?

—Es mi oficina.

—Solo se la tomaremos prestada por poco tiempo.

—Puesto que este asunto involucra a mi hotel, creo que me

corresponde saber exactamente qué es lo que sucede. —Miró a la recepcionista. —¿La recuerdas o no, Michelle?

La joven se encogió de hombros.

—No estoy segura. ¿Hay alguna otra fotografía?

Tras un silencio, Brophy dijo en voz baja.

—Yo tengo una. —Del bolsillo interno de la chaqueta sacó una fotografía. Era una instantánea de Maura sentada a la mesa de la cocina, con una copa de vino tinto delante de ella. Comparada con la sombría foto profesional, parecía una mujer completamente diferente, con la cara sonrosada por el alcohol y la risa. La foto estaba gastada en los bordes; era algo que seguramente Daniel siempre llevaba con él y que contemplaba en los momentos de soledad. Seguramente debía de tener muchos, desgarrado entre su deber y el deseo, entre Dios y Maura.

—¿Te resulta conocida? —le preguntó Queenan a Michelle.

La joven frunció el entrecejo.

—¿Es la misma mujer? Se ve muy diferente en esta foto.

Más feliz. Enamorada.

Michelle levantó la mirada.

—¿Sabe una cosa? Creo que sí la recuerdo. ¿Estaba aquí con el marido?

—No está casada —dijo Jane.

—Ya. Entonces tal vez estoy pensando en otra persona.

—Cuéntanos sobre esa persona que recuerdas.

—Estaba con alguien. Un tío súper guapo con pelo rubio.

Jane evitó mirar a Brophy; no quería ver su reacción.

—¿Qué más recuerdas de ellos?

—Iban a salir a cenar juntos. Recuerdo que pasaron por la recepción y él me pidió instrucciones para llegar al restaurante. Supuse que estaban casados.

—¿Por qué?

—Porque él reía y dijo algo como: "¿Ves? He aprendido a pedir instrucciones." O sea, eso es algo que un tío le diría a su esposa ¿no?

—¿Cuándo viste a esta pareja?

—Sería... el jueves por la noche. Porque el viernes tuve libre.

—¿Y el sábado ella se marchó? ¿Trabajaste esa mañana?

—Sí, pero muchos de nosotros estábamos de guardia. Era el final de la conferencia y se retiraban muchísimos pasajeros. No recuerdo verla esa mañana.

—Algún otro empleado debe de haberle hecho el cierre de la cuenta.

—En realidad, no —dijo el gerente. Mostró una hoja de papel impreso del ordenador. —Cuando me solicitasteis la factura de su

habitación, hice una copia. Por lo visto, utilizó el sistema de checkout directo desde la habitación, a través del televisor. No tuvo que pasar por la recepción antes de retirarse.

Queenan estudió las hojas impresas. Leyó en voz alta todos los cargos.

—Tasa de habitación. Restaurante. Internet. Restaurante. No veo nada fuera de lo común, aquí.

—Si este checkout se hizo desde la habitación —dijo Jane—. ¿Cómo sabemos que fue realmente ella?

Queenan ni se molestó en disimular su risotada.

—¿Está sugiriendo que alguien entró por la fuerza en su habitación? ¿Recogió sus cosas e hizo el checkout?

—Solo os hago ver que no tenemos pruebas de que haya estado realmente aquí el sábado por la mañana, el día que supuestamente se retiró.

—¿Qué clase de pruebas necesita?

Jane se volvió hacia el gerente.

—Tiene una cámara de seguridad montada sobre el mostrador de recepción. ¿Cuánto tiempo conserva las grabaciones?

—La de la semana pasada todavía debe de estar allí. Pero está hablando de horas y horas de grabaciones. Cientos de personas pasan por la recepción. Le llevará una semana mirar todas esas grabaciones.

—¿A qué hora se retiró, según la factura?

Queenan estudió la página impresa.

—A las siete y cincuenta y cuatro de la mañana.

—Entonces comencemos allí. Si salió sola de este hotel, deberíamos poder verla.

No había nada en la vida tan desgastante como revisar grabaciones de seguridad. Tras solo treinta minutos, Jane tenía el cuello y los hombros tensos de estirarse para adelante para tratar de captar cada figura que pasaba por el monitor. No ayudaba en nada que Queenan se lo pasara suspirando y moviéndose en la silla, dejando en claro ante todos los que estaban en la sala que pensaba que perdían el tiempo. Y tal vez sea así, pensó Jane mientras observaba el paso de figuras humanas por la pantalla, grupos que se reunían y se dispersaban. Cuando la hora en la pantalla se acercaba a las ocho y docenas de huéspedes se acercaban al mostrador para cerrar sus cuentas, Jane sintió que no podía prestarles atención a todos.

Fue Daniel el que la vio primero.

—¡Allí! —exclamó.

Gabriel frenó la grabación. Jane contó al menos veinticuatro personas en esa escena congelada del vestíbulo; casi todos estaban alrededor del mostrador. Otros, en el fondo, agrupados alrededor de

los sillones. Dos hombres hablaban por el móvil y miraban simultáneamente sus relojes. Bienvenidos a la era de las multitareas compulsivas.

—No la veo —dijo Queenan.

—Retrocede —dijo Daniel—. Estoy seguro de que era ella.

Gabriel retrocedió, cuadro por cuadro. Todos miraban la pantalla donde la gente caminaba hacia atrás, los grupos se dispersaban y volvían a formarse. Uno de los que hablaban por el móvil se balanceaba como si estuviera escuchando un ritmo errático en el receptor.

—Allí está —dijo Daniel en voz baja.

La mujer de pelo oscuro estaba en el borde de la pantalla, de perfil. Con razón Jane no la había visto la primera vez; Maura caminaba por el vestíbulo con media docena de personas entre ella y la cámara. Solo en ese instante, cuando pasaba junto a un hueco en la multitud, la lente captó su imagen.

—No es una imagen demasiado clara —dijo Queenan.

—Sé que es ella —dijo Daniel y miró a Maura sin disimular sus sentimientos—. Es su cara, su corte de pelo. Además, reconozco esa chaqueta.

—Veamos si podemos obtener más imágenes —dijo Gabriel. —Avanzó la grabación cuadro por cuadro. El pelo negro de Maura volvió a aparecer mientras ella se movía. En el borde de la pantalla, volvió a emerger de la multitud. Vestía pantalones oscuros y una parka de esquí blanca con piel en la capucha. Gabriel avanzó al cuadro siguiente. La cabeza de Maura salió de la pantalla, pero su cuerpo seguía visible.

—Pues fíjese aquí —dijo Queenan, señalando la pantalla—. Arrastra una maleta. —Miró a Jane. Creo que eso aclara la cuestión ¿no es así? Hizo su maleta y se marchó. Nadie la arrastró fuera del hotel. El sábado a las ocho y cinco de la mañana estaba con vida y en buen estado de salud, retirándose del hotel por propia voluntad. —Miró el reloj y se puso de pie. —Llámeme si ve alguna otra cosa relevante.

—¿No se queda?

—Señora, hemos enviado su foto a todos los periódicos y canales de televisión del estado de Wyoming. Estamos cogiendo todas las llamadas que llegan. El problema es que ella –o alguien que se parece a ella- ha sido vista prácticamente en todas partes.

—¿Dónde, exactamente? —preguntó Jane.

—Dígame un sitio, y ha estado allí. En el Museo de los Dinosaurios de Thermopolis, En la tienda y gasolinera Grubb's del condado de Sublette County . Cenando en el Hotel Irma de Cody. Una docena de sitios distintos por todo el estado. De momento, no sé qué más puedo

hacer. Ahora bien, yo no conozco a su amiga desaparecida. No sé qué clase de mujer es. Pero estoy pensando que conoció a un tío, tal vez uno de los otros médicos. Hace la maleta, se retira un día antes de lo pensado y deciden irse juntos a algún sitio. ¿No le parece que es la explicación más lógica? Que está encerrada en una habitación de hotel con este tío, teniendo sexo desenfrenado, lo que la ha hecho olvidar el calendario.

Dolorosamente consciente de que Daniel estaba a su lado, Jane dijo:

—Ella no haría algo así.

—No puedo contar las veces que la gente me ha dicho eso, o palabras parecidas. Es un buen marido. Jamás haría algo así. O: Ella nunca dejaría a sus hijos. —La cuestión es que la gente nos sorprende. Hacen algo alocado y de pronto uno se da cuenta de que no los conocía, realmente. Detective, usted debe de haberse topado con ese tipo de situaciones.

Jane no podía negarlo. Si los roles hubieran estado invertidos, lo más probable sería que ella hubiera estado diciendo lo mismo. Que las personas son distintas de lo que creemos, hasta aquellos a quienes hemos amado toda la vida. Pensó en sus padres, cuyo matrimonio se había desintegrado tras treinta y cinco años, porque su padre había tenido un romance con otra mujer. Pensó en la desconcertante transformación de su madre de ama de casa aburrida a divorciada sensual con vestidos escotados. No, era cierto, a menudo las personas no son como creemos. A veces hacen cosas estúpidas e inexplicables.

A veces se enamoran de sacerdotes católicos.

—Lo cierto es que todavía no hemos visto indicios de que se haya cometido un crimen —dijo Queenan, mientras se ponía el abrigo—. Ni sangre ni nada que sugiera que alguien la ha forzado a hacer algo.

—Estaba ese hombre. El que la recepcionista del hotel vio con Maura.

—¿Qué tiene de relevante?

—Si Maura se marchó con ese tío, me gustaría saber quién es. ¿No deberíamos por lo menos revisar las grabaciones del jueves por la noche?

Queenan frunció el ceño mientras decidía si quitarse el abrigo otra vez. Por fin, suspiró:

—Vale. Revisemos las del jueves por la noche. La empleada dijo que salieron a cenar, por lo que podemos poner las grabaciones de las cinco de la tarde en adelante.

Esta vez fue más fácil encontrar al blanco. Según Michelle, la pareja se había acercado a la recepción para pedir indicaciones para llegar al restaurante. Avanzaron el video rápidamente, pausando solo cuando alguien se acercaba al mostrador. Los pasajeros se movían a

toda velocidad por la pantalla. La hora avanzaba hacia las seis y cada vez llegaba más gente lista para cenar; las mujeres llevaban pendientes y collares, los hombres vestían chaqueta y corbata.

A las seis y quince, apareció un hombre rubio junto al escritorio.

—Allí —dijo Jane.

Por un momento, se hizo silencio mientras todos se concentraban en la mujer de pelo oscuro que estaba junto al hombre. No había dudas de su identidad.

Era Maura, y sonreía.

—¿Es su chica, entiendo? —dijo Queenan.

—Sí —respondió Jane en voz baja.

—Pues no se la ve particularmente angustiada. Se ve como una mujer que está por salir a cenar en un buen restaurante ¿no diría?

Jane contempló la imagen de Maura y el hombre sin nombre. Queenan tiene razón, pensó. Maura se veía feliz. No recordaba la última vez que había visto sonreír así a su amiga. En los últimos meses, Maura se había vuelto desganada y muy reservada, como si al evitar las preguntas de Jane pudiera también evitar enfrentarse con la realidad: que el amor la había hecho más infeliz que nunca.

Y la razón de esa infelicidad ahora estaba junto a Jane, viendo la imagen de esa pareja sonriente. Ambos eran llamativamente atractivos. El hombre era alto y delgado, con pelo rubio desordenado y juvenil. A pesar de que no era una imagen de alta resolución, a Jane le pareció ver un brillo en sus ojos, y comprendió por qué la empleada recordaría ese encuentro. Sea quien fuere el hombre, sabía cómo llamar la atención de una mujer.

Súbitamente, Daniel abandonó la habitación.

Esa partida repentina hizo que Queenan se quedara mirándolo con expresión pensativa.

—¿Fue por algo que dije? —preguntó.

—Esto lo afecta mucho —respondió Jane—. Todos teníamos esperanzas de encontrar respuestas.

—Pues creo que este video podría ser vuestra respuesta. —Queenan volvió a ponerse de pie y buscar su abrigo. —Seguiremos recibiendo todas las llamadas que lleguen. Y espero que su amiga decida salir a la superficie por su cuenta.

—Quiero saber quién es ese hombre —dijo Jane, señalando el monitor.

—Un tío muy guapo. Con razón su amiga tiene una gran sonrisa.

—Si es huésped del hotel —dijo Gabriel—, podríamos ir filtrando los nombres.

—La semana pasada estuvimos a tope —dijo el gerente—. Estamos hablando de doscientas cuarenta habitaciones.

—Eliminamos a las mujeres. Nos concentramos en hombres que

reservaron habitaciones individuales.

—Era una conferencia médica. Estaba lleno de hombres que reservaron habitaciones individuales.

—Entonces será mejor que comencemos cuanto antes ¿no cree? —dijo Gabriel—. Necesitaremos nombres, direcciones y números de teléfono.

El gerente miró a Queenan.

—¿Esta gente no necesita una orden judicial? Tenemos cuestiones de privacidad aquí, detective.

Jane señaló la cara de Maura en la pantalla.

—También tenéis una mujer desaparecida que fue vista por última vez en este hotel. En compañía de uno de vuestros huéspedes.

El gerente soltó una risa incrédula.

—¡Eran todos médicos! ¿En serio cree que uno de ellos...?

—Si la raptaron —dijo Jane—, solo tenemos una ventana de tiempo en la que trabajar. —Se acercó al gerente, lo suficiente como para hacerlo retroceder contra la puerta. Lo suficiente como para ver que se le dilataban las pupilas. —No nos haga perder un minuto.

Sonó el teléfono de Queenan y quebró el silencio.

—Habla Queenan —respondió—. ¿Qué? ¿Dónde?

El tono de voz hico que todos se volvieran hacia él. Cortó la llamada con expresión sombría.

—¿Qué pasa? —preguntó Jane, temiendo escuchar la respuesta.

—Tenéis que ir en coche al condado de Sublette. A la hostería Circle B Guest Ranch. No es mi jurisdicción, por lo que deberéis hablar con el Sheriff Fahey cuando lleguéis allí.

—¿Por qué?

—Acaban de encontrar dos cadáveres —respondió Queenan—. Un hombre y una mujer.

DIECISÉIS

En todos sus años como detective de homicidios, Jane Rizzoli nunca se había sentido tan renuente a entrar en la escena de un crimen. Gabriel y ella estaban en el coche de alquiler frente al Circle B Guest Ranch, viendo cómo otro vehículo más del Departamento del Sheriff del condado de Sublette se detenía y se unía al resto de los coches oficiales y camionetas aparcados delante de la cabaña de recepción. En la entrada, una mujer con micrófono hablaba delante de una cámara de televisión; el viento le desordenaba el pelo rubio. Era el clásico enjambre de policías y reporteros con el que Jane se enfrentaba a diario en escenas de un crimen, pero en esta oportunidad el desafío de pasar por entre ellos le provocaba pavor. Gracias a Dios que convencimos a Daniel de quedarse en el hotel. No debería tener que pasar por este suplicio.

—No imagino a Maura pernoctando en un sitio como este —dijo Gabriel.

Jane miró el letrero del otro lado de la calle que anunciaba ¡DESCUENTOS EN TARIFAS DIARIAS Y SEMANALES! ¡PASE Y PREGUNTE! Había desesperación en ese letrero, un último manotazo de ahogado para mantenerse en el negocio. No, no podía imaginar a Maura entrando en una de esas cabañas de aspecto cansado.

Gabriel la cogió del brazo para cruzar la calle congelada. Se lo veía extrañamente calmo, que era exactamente lo que ella necesitaba de él en ese momento. Este era el Gabriel que había conocido hacía dos veranos, cuando habían trabajado en su primer caso de homicidio juntos, un hombre cuya serena eficiencia lo había hecho parecer distante y sin corazón. Era solo la faceta que adoptaba cuando la situación se tornaba sombría. Jane levantó la mirada hacia su esposo y su determinación la tranquilizó.

Se acercaron a un agente que discutía con una mujer joven.

—Necesito hablar con Fahey —insistía la mujer—. Necesitamos más información para poder hacer nuestro trabajo.

—El sheriff está ocupado en este momento, Cathy.

—Somos responsables de ella. Por lo menos dime sus nombres. ¿Quién es su familiar más cercano?

—Te enterarás cuando lo sepamos

—La pareja es de Llanura de Ángeles, ¿no?

El policía frunció el ceño.

—¿Cómo lo supiste?

—Les sigo el rastro a esa gente. Me aseguro de enterarme cuando

aparecen por aquí.

—Tal vez deberías ocuparte de tus propios asuntos por una vez en la vida y dejar en paz a esas personas.

Ella resopló, furiosa.

—Tal vez tú deberías tratar de hacer tu trabajo, Bobby. Al menos fingir que te ocupas de mis reclamos.

—Vete. Ya mismo.

—Dile al sheriff Fahey que lo llamaré. —La mujer exhaló con tanta fuerza que una nube de vapor le empañó la cara cuando se volvió. Se detuvo, sorprendida, al encontrarse con Jane y Gabriel detrás de ella. —Os deseo mejor suerte con esta gente —dijo entre dientes y se alejó por el camino de entrada.

—¿Era una reportera? —preguntó Gabriel al policía, con la empatía de un colega de las fuerzas del orden.

—No, la asistente social del distrito. Esos corazoncitos sangrantes son un grano en el culo. —El policía miró a Gabriel de arriba abajo. —¿En qué puedo ayudarlo, señor?

—El Sheriff Fahey nos está esperando. El detective Queenan llamó para informarle que veníamos hacia aquí.

—¿Sois la gente de Boston?

—Sí, señor. El agente Dean y la detective Rizzoli. —Gabriel utilizó la nota justa de respeto para remarcar que sabía a quién pertenecía esa jurisdicción y quién estaba a cargo.

El policía, que no parecía tener más de veinticinco años, se sintió halagado por el tratamiento que le dispensó Gabriel.

—Acompañenme, señor, señora.

Lo siguieron hasta la cabaña de recepción de la hostería Circle B. Dentro ardía un fuego en el hogar y las vigas bajas de pino hacían que el espacio se sintiera claustrofóbico como una cueva oscura. El viento helado había entumecido la cara de Jane y ella se acercó al fuego para que el calor le devolviera sensación en las mejillas. La sala era una cápsula del tiempo de los años 60; la pared estaba adornada con látigos y espuelas y pinturas de vaqueros hechas en colores terrosos. Se oían voces desde una habitación más atrás; dos hombres, pensó Jane, hasta que espió por la puerta y vio que una de las personas era una mujer rubia de piel ajada por el clima y tos de fumadora.

—... nunca vi a la esposa —decía la mujer—. El que se registró fue él.

—¿Por qué no le pediste identificación?

—Pagó con efectivo y se registró. No estamos en Rusia, que yo sepa. En este país la gente es libre de ir y venir. Además, tenía aspecto de buena persona.

—¿Te dio esa impresión?

—Era cortés y respetuoso. Llegaron durante la tormenta de nieve el

sábado y dijo que necesitaban un sitio donde hospedarse mientras esperaban a que limpiaran los caminos. Me pareció razonable.

—¿Sheriff? —intervino el policía—. Ha llegado la gente de Boston.

Fahey los saludó desde el otro lado de la puerta.

—Un momento —dijo y siguió interrogando a la encargada de la recepción—. Se registraron hace dos días, Marge. ¿Cuándo limpiaste su cabaña por última vez?

—No tuve ocasión de hacerlo. Colgaron el letrero de NO MOLESTAR todo el sábado y todo el domingo. Imaginé que querían privacidad así que los dejé en paz. Luego esta mañana vi que ya no colgaba el letrero de la puerta. Entré en la habitación a eso de las dos de la tarde para limpiarla. Y entonces los encontré.

—¿O sea que la última vez que viste al hombre con vida fue cuando se registró?

—No pueden haber estado muertos durante todo ese tiempo. Quitaron el letrero de NO MOLESTAR de la puerta ¿no? O al menos alguien lo hizo.

—Vale. —Fahey suspiró y se subió la cremallera de la chaqueta. —El Departamento de Investigaciones Criminales vendrá a echar una mano, por lo que querrán hablar contigo, también.

—¿Sí? —La mujer sucumbió a la tos. —Tal vez necesiten habitaciones para pasar la noche. Tengo disponibilidad.

Fahey salió del despacho y saludó con la cabeza a los recién llegados. Era un hombre entrado en carnes de unos cincuenta años y al igual que su asistente, el policía joven, lucía un corte de pelo en estilo militar. Su mirada pétrea no se detuvo en Jane si no que pasó directamente a Gabriel.

—¿Sois los que denunciaron la desaparición de esa mujer?

—Tenemos esperanzas de que no se trate de ella —respondió Gabriel.

—Desapareció el sábado, ¿verdad?

—Sí, de Teton Village.

—Pues la línea de tiempo coincide. Estas personas se registraron el sábado. Seguidme ¿sí?

Los guió por un camino de nieve lleno de pisadas; pasaron junto a otras cabañas que estaban desocupadas y a oscuras. Además de la recepción, había solamente otra cabaña que tenía las luces encendidas; estaba ubicada en un extremo de la propiedad. Cuando llegaron a la cabaña número ocho, el sheriff se detuvo para entregarles guantes de látex y cubrezapatos desechables, prendas obligadas para cualquier escena del crimen.

—Antes de que entréis, debo advertiros —dijo Fahey—. No será algo agradable.

—Nunca lo es —dijo Gabriel.

—Quiero decir que van a ser difíciles de identificar.

—¿Están desfigurados? —preguntó Gabriel con tanta calma que el sheriff lo miró con el ceño fruncido.

—Sí, podría decirse que sí —respondió por fin y abrió la puerta.

Jane miró desde el umbral el interior de la cabaña ocho. Aun desde la puerta se veían los alarmantes arcos de sangre en la pared. En silencio, entró en la habitación y cuando la cama entró en su campo de visión, descubrió la fuente de toda esa sangre.

El cuerpo caído junto a la cama estaba boca arriba sobre el suelo de madera de pino. Era un hombre de calvicie incipiente y por lo menos veinticinco kilos de más, vestido con pantalones negros, una camisa blanca y calcetines de algodón blanco. Pero fue su cara –o la falta de ella- lo que atrajo la mirada horrorizada de Jane. Había sido destruida.

—Un ataque alimentado por la furia más pura. Eso es lo que tenéis delante, si me lo preguntáis —dijo un hombre de pelo canoso que acababa de salir del baño. Vestía ropa de civil y parecía impactado por los horrores que los rodeaban. —¿Por qué otro motivo la emprenderías a martillazos contra la cara de alguien? ¿Hasta destrozarle todos los huesos, todos los dientes? No es más que una masa de pulpa, ahora. Cartílago, piel, huesos, todo martillado hasta convertirse en una masa sanguinolenta. —Con un suspiro, levantó una mano enguantada y ensangrentada a modo de saludo. —Soy el doctor Draper.

—¿Médico forense?

Draper negó con la cabeza.

—Soy médico, sí. No tenemos médico forense en el estado de Wyoming. Vendrá un patólogo forense desde Colorado.

—Ellos han venido a identificar a la mujer —explicó el sheriff Fahey.

El doctor Draper ladeó la cabeza hacia el baño.

—Está allí dentro.

Jane miró hacia la puerta, pero no pudo juntar valor para dar el primer paso. Fue Gabriel el que cruzó hasta el baño. Durante un largo momento se quedó mirando el interior, sin decir nada; Jane sentía que el miedo le retorcía el estómago. Lentamente, se acercó; se sorprendió al ver su propia imagen mirándola desde el espejo del baño; tenía la cara pálida y tensa. Gabriel se hizo a un lado y ella miró el compartimento de la ducha.

La mujer muerta estaba caída, con la espalda apoyada contra los azulejos mohosos. Tenía las piernas desnudas abiertas, y sus partes íntimas estaban cubiertas solo por la cortina plástica de la ducha que había caído sobre su cuerpo. La cabeza colgaba hacia adelante; el mentón estaba casi apoyado contra el pecho. El pelo le cubría la cara.

Pelo negro, pegoteado por sangre y masa cerebral. Demasiado largo para ser de Maura.

Jane registró otros detalles. La alianza matrimonial en la mano izquierda. Los muslos carnosos, marcados por celulitis. El lunar grande sobre el antebrazo.

—No es ella —dijo Jane.

—¿Está segura? —preguntó Fahey.

Jane se agachó para mirar la cara. A diferencia del hombre, las facciones de la víctima no estaban destruidas. El golpe había hecho impacto en el costado del cráneo y lo había hundido, pero esa agresión letal no había estado seguida de mutilación. Jane soltó el aire y en esa exhalación se aflojó la tensión de su cuerpo.

—No es Maura Isles. —Se puso de pie y desde la puerta, miró a la víctima masculina. —Y ese decididamente no es el hombre que vimos en la grabación de las cámaras de seguridad.

—Lo que significa que su amiga sigue desaparecida.

Lo que es mil veces mejor que estar muerta. Solo entonces, cuando se disiparon todos sus miedos, Jane pudo concentrarse en la escena del crimen con ojos de policía. Comenzó a notar cosas que había pasado por alto antes. El olor a humo de cigarrillo. Los charcos de nieve derretida y las marcas de botas en el suelo, dejadas por el personal policial. Y algo que debería haber visto al entrar en la cabaña: la pequeña cuna portátil que estaba en un rincón.

Miró a Fahey.

—¿Había un niño, aquí?

Él asintió.

—Una niña. De unos ocho o nueve meses, según la asistente social del distrito. Se la llevaron para ponerla bajo protección.

Jane recordó a la mujer a la que habían visto afuera. Ahora entendía por qué había habido una asistente social en la escena.

—Entonces la niña estaba viva —dijo.

—Sí. El asesino no la tocó La encontraron en la cuna. Tenía el pañal empapado, pero estaba en buen estado.

—¿Después de estar privada de alimento por uno o dos días?

—Había cuatro biberones vacíos en la cuna. La niña no se deshidrató en ningún momento.

—Pues debe de haber gritado —intervino Gabriel—. ¿Nadie la escuchó?

—Eran los únicos huéspedes de la hostería Circle B. Y como habrá notado, esta cabaña está alejada. Bien aislada, con las ventanas cerradas. Desde afuera no se escucharía nada.

Jane se acercó nuevamente al hombre muerto. Se quedó mirando esa cara destrozada que era casi irreconocible como perteneciente a

un ser humano.

—No se defendió —observó.

—Es probable que el asesino lo haya tomado por sorpresa.

—A la mujer, lo entiendo. Estaba en la ducha, por lo que tal vez no oyó que entraba alguien. ¿Pero el hombre? —Miró a Fahey. —¿Forzaron la puerta?

—No. Las ventanas estaban todas cerradas. O las víctimas dejaron la puerta sin llave o ellos mismos le abrieron al asesino.

—¿Y la víctima está tan sorprendida que no se defiende? ¿Ni siquiera cuando le martillan la cabeza?

—Eso también me pareció raro —dijo el doctor Draper—. No hay heridas defensivas obvias. Dejó entrar al asesino, le dio la espalda y lo mataron.

Los golpes a la puerta hicieron que todos se volvieran. El joven policía asomó la cabeza dentro de la cabaña.

—Recibimos confirmación de las matrículas. El coche está registrado al mismo nombre que figura en el documento de la víctima. Se llama John Pomeroy, y es de Llanura de Ángeles, en el estado de Idaho.

Se hizo un silencio.

—Cielos —dijo el doctor Draper—. Esa gente.

—¿Qué gente? —preguntó Jane.

—Se llaman a sí mismos La Congregación. Es una especie de comunidad religiosa de Idaho. Últimamente se han estado mudando al condado de Sublette. —El médico miró a Fahey. —Estos dos han de haber estado en camino hacia ese poblado nuevo.

—No se dirigían allí —dijo el policía.

El doctor Draper lo miró.

—Pues lo dice con mucha certeza, agente Martineau.

—Porque estuve allí la semana pasada. El valle está completamente desierto. Han recogido y se han marchado por el invierno.

Fahey miró al hombre muerto.

—¿Entonces por qué estaban estas dos personas aquí?

—Estoy seguro de que no se dirigían a El Reino Celestial —dijo el agente Martineau—. El camino está cerrado desde el sábado. Y no se volverá a abrir hasta la primavera.

DIECISIETE

Hidratarlo, hidratarlo, hidratarlo. Ese era el mantra que no dejaba de repetirse Maura mientras instaba a Arlo a beber agua, cada vez más agua. En cada vaso mezclaba una pizca de sal y una cucharada de azúcar, una versión pobre de la bebida Gatorade. Al administrarle líquidos, le mantenía la presión arterial y le lavaba los riñones. Significaba cambiarle varias veces las toallas cuando se saturaban de orina, pero la orina era algo bueno. Si dejaba de producirla, significaría que estaba entrando en shock y que estaba condenado.

Tal vez esté condenado de todos modos, pensó, mientras él tragaba las dos últimas cápsulas de antibióticos. Contra la infección que ya se comía la pierna, la amoxicilina era poco más que un amuleto mágico. Maura ya podía oler la inminente gangrena, podía ver el borde de tejido necrosado en su pantorrilla. En un día más, tal vez dos, como mucho, ya no tendría alternativa si quería mantenerlo con vida.

Tendría que amputarle la pierna.

¿Podré hacerlo? ¿Amputarle la pierna sin anestesia? Maura estaba familiarizada con la anatomía. Podría conseguir los instrumentos necesarios buscando en las cocinas y garajes. Solo necesitaba cuchillos afilados y una sierra esterilizada. No era la mecánica de la amputación lo que hacía que le sudaran las manos y se le contrajera el estómago ante la idea. Eran los gritos. Imaginó tener que serruchar implacablemente los huesos mientras su paciente gritaba y se retorcía. Pensó en cuchillos resbaladizos de sangre. Y durante todo ese tiempo tendría que depender de Elaine y de Grace para que lo sujetaran.

Tienes que traer ayuda pronto, Doug. Porque no creo que pueda hacerlo. No puedo torturar a este hombre.

—Me duele mucho —susurró Arlo—. Necesito más pastillas.

Maura se arrodilló a su lado.

—Me temo que nos hemos quedado sin Percocet, Arlo —dijo—. Pero tengo paracetamol.

—No me alivia.

—Ya tendremos codeína. Elaine se ha ido camino arriba a buscar su bolso. Dice que tiene un frasco, y que alcanzará hasta que llegue la ayuda.

—¿Cuándo?

—Pronto. Tal vez esta misma noche. —Miró por la ventana y vio que ya era la tarde. Doug se había marchado el día anterior por la mañana. A esas alturas, ya debía de haber bajado la montaña. —Ya lo conoces, seguramente regresará con fanfarrias, hasta con cámaras de televisión y todo.

Arlo soltó una risa cansada.

—Sí, así es nuestro Doug. Nació bajo una estrella de la suerte. Patina por la vida casi sin un rasguño, mientras que yo... —Suspiró. —Juro que si sobrevivo jamás volveré a salir de casa.

La puerta de entrada se abrió y la habitación se llenó de aire frío cuando Elaine entró pesadamente en la casa.

—¿Dónde está Grace? —dijo

—Salió afuera —respondió Maura.

Elaine vio la mochila de Grace en un rincón. Se arrodilló y la abrió.

—¿Qué haces, Elaine?

—No encuentro mi bolso.

—Dijiste que lo dejaste en el Jeep.

—Creí que estaba allí, pero Doug dijo que no lo vio. He estado buscando por el camino, por si se había caído en la nieve. —Comenzó a revisar la mochila, desparramando el contenido en el suelo. Allí estaban el iPod de Grace, gafas de sol, una sudadera, un móvil. Presa de frustración, Elaine dio vuelta la mochila y cayeron unas monedas al suelo. —¿Dónde coño está mi bolso?

—¿En serio crees que Grace lo cogería?

—No lo encuentro por ninguna parte. Tiene que ser ella.

—¿Por qué?

—Es una adolescente. ¿Puede alguien explicar un adolescente?

—¿Estás segura de que no lo dejaste en algún sitio aquí en la casa?

—Sí, estoy segura. —Fastidiada, Elaine arrojó la mochila vacía. —Sé que lo tenía conmigo en el Jeep cuando subíamos por el camino. Pero tras el accidente, cuando estábamos todos desesperados, me concentré solo en Arlo. La última vez que recuerdo haberlo visto fue en el asiento trasero, junto a Grace. —Paseó la mirada por la habitación, buscando algún escondite donde pudiera estar. —Es la única que tuvo la oportunidad de cogerlo. Tú echaste a correr hacia el valle para traer el trineo. Doug y yo estábamos tratando de detener la hemorragia. Pero nadie vigilaba a Grace.

—Podría haber caído del Jeep.

—Ya te he dicho, busqué camino arriba y camino abajo.

—Tal vez se hundió en la nieve.

—No ha nevado en dos días y todo está recubierto de hielo. —Elaine se enderezó abruptamente cuando la puerta se abrió. Quedó en posición inconfundiblemente sospechosa, de rodillas junto a la mochila vacía, con el contenido desparramado por el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Grace. Cerró la puerta con violencia. —Esas son mis cosas.

—¿Dónde está mi bolso, Grace? —dijo Elaine.

—¿Por qué estás revisando mi mochila?

—Tiene mis pastillas. El frasco de codeína. Arlo las necesita.

—¿Y creíste que lo encontrarías entre mis cosas?

—Sólo dime donde está.

—¿Y yo qué sé? —Grace cogió la mochila y comenzó a guardar nuevamente sus pertenencias. —¿Cómo sabes que no se lo llevó ella? —No era necesario que diera nombres; todos sabían que se refería a Maura.

—Grace, te estoy haciendo una pregunta sencilla.

—Ni siquiera te detuviste a pensar que podía ser otra persona. Directamente supusiste que fui yo.

Elaine suspiró.

—Estoy demasiado cansada para pelear contigo. Solo dime si sabes dónde está.

—¿Por qué debería decirte algo? De todos modos, no me creerías. —Grace cerró la cremallera de la mochila y se la arrojó por encima del hombro mientras se dirigía a la puerta. —Hay otras once casas aquí. No veo por qué tengo que quedarme en esta.

—Grace, tenemos que mantenernos juntos —dijo Maura—. Le prometí a tu padre que te cuidaría. Por favor, quédate aquí.

—¿Por qué? Vine a contaros lo que encontré y lo primero que oigo cuando entro por la puerta es : Eres una ladrona.

—¡No dije eso! —protestó Elaine.

Maura se puso de pie y se acercó con calma a la niña.

—¿Qué encontraste, Grace?

—Ni que te interesara.

—Pues me interesa. Quiero saber qué has encontrado.

La chica hizo una pausa, desgarrada entre su amor propio herido y la ansiedad por compartir las noticias.

—Está afuera —dijo por fin—. Cerca del bosque.

Maura se puso la chaqueta, los guantes y siguió a Grace afuera. La nieve, que había estado revuelta por tantas idas y venidas, se había congelado y Maura caminó con cuidado sobre la superficie resbaladiza; Grace y ella rodearon la casa hasta llegar a la parte posterior y echaron a andar por la nieve hasta los árboles.

—Esto es lo primero que vi —dijo Grace, señalando la nieve—. Estas huellas.

Eran huellas de animales. Un coyote, pensó Maura, o tal vez un lobo. Si bien el viento había cubierto parcialmente algunas huellas, resultaba obvio que se movían en línea directa hacia la casa que ocupaban ellos.

—Debe de haberlas dejado anoche —dijo Grace—. O tal vez la noche anterior. Porque ahora están congeladas. —Giró hacia el bosque. —Y hay otra cosa que te quiero enseñar.

Grace siguió caminando por la nieve, siguiendo las huellas hasta un montículo alto de nieve. Era una elevación blanca que se perdía en el vasto paisaje nevado, donde todo era blanco, donde tanto la vegetación baja como las rocas resultaban imposibles de distinguir bajo sus gruesas mantas invernales. Solo cuando se acercaron a esa elevación Maura vio que abajo asomaba algo amarillo, donde Grace había limpiado la nieve para revelar lo que había debajo.

Una excavadora.

—Está aquí al aire libre —dijo Grace—. Como si hubieran estado cavando algo y simplemente... pararon.

Maura abrió la puerta y miró dentro de la cabina. No había llave en el contacto. Si lograran de algún modo hacerla arrancar, podrían barrer la nieve hasta el camino. Miró a Grace.

—¿Por casualidad no sabes darle arranque a un motor haciendo un puente, verdad?

—Si tuviéramos Google, podríamos buscarlo.

—Si tuviéramos Google, nos habríamos marchado de aquí hace mucho. —Con un suspiro, Maura cerró la puerta.

—¿Ves estas huellas? —dijo Grace—. Pasan justo por aquí y se dirigen al bosque.

—Estamos en una zona muy agreste. Es de esperar que haya huellas de animales.

—Sabe que estamos aquí. —Grace miró a su alrededor, inquieta. —Ha estado olisqueando cerca de nosotros.

—Entonces nos quedaremos dentro de la casa de noche, ¿vale? —Maura le apretó el brazo para tranquilizarla. Lo sintió tan delgado, tan frágil dentro de la manga de la chaqueta, un recordatorio de que esa chica, después de todo, tenía solamente trece años. Una niña sin madre ni padre que la consolaran. —Te prometo que espantaré a cualquier lobo que venga a la puerta —dijo Maura.

—No puede haber un solo lobo —objetó Grace—. Son animales de manada. Si todos atacaran, no podrías ahuyentarlos.

—Grace, no te preocupes. Los lobos rara vez atacan a las personas. Es probable que nos tengan más miedo a nosotros.

La niña no parecía convencida. Para demostrar que no sentía miedo, Maura siguió las huellas hasta los árboles, hasta la nieve que se iba haciendo más profunda, hasta que de pronto le cubrió las rodillas. Este era el motivo por el que los ciervos eran presa tan fácil durante el invierno. Los animales pesados se hundían en la nieve y no podían escapar más rápido que los lobos, más livianos y ágiles.

—Yo no fui ¿sabes? —gritó Grace desde donde se había quedado.

—No cogí su estúpido bolso. Ni que me interesara.

De pronto Maura vio unas marcas nuevas y se detuvo al borde del bosque para mirarlas con atención. No eran huellas de lobos. Cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo, un escalofrío repentino le erizó el pelo de la nuca.

Raquetas de nieve.

—¿Para qué querría su bolso, de todos modos? —gritó Grace desde la excavadora—. ¿Me crees, verdad? Al menos tú me tratas como a una adulta.

Maura escudriñó el bosque, esforzándose por ver qué acechaba a la sombra de esos pinos. Pero los árboles eran demasiados y solo veía ramas caídas y vegetación baja, una cortina tan gruesa que muchos ojos podrían haber estado mirándola en ese momento sin que ella pudiera verlos.

—Elaine se hace la buenita y finge que le importo, pero solo cuando papá está cerca —dijo Grace—. Me da ganas de vomitar.

Lentamente, Maura comenzó a retroceder. Cada paso parecía alarmantemente ruidoso y pesado. Las botas crujían sobre la costra de hielo y rompían pequeñas ramas. Detrás de ella, Grace seguía hablando con voz fuerte.

—Solo es amable conmigo por él. Las mujeres siempre empiezan siendo amables conmigo. Luego no ven la hora de deshacerse de mí.

—Volvamos a la casa, Grace —dijo Maura en voz baja.

—Es todo una actuación y papá es tan ciego que no lo ve. —Grace se interrumpió al ver la cara de Maura. —¿Qué pasa?

—Nada. —Maura la cogió del brazo. —Está haciendo frío. Vayamos adentro.

—¿Estás enfadada conmigo o qué?

—No, Grace, no lo estoy.

—¿Entonces por qué me sujetas con tanta fuerza?

Maura le soltó el brazo de inmediato.

—Creo que deberíamos entrar antes de que anochezca. Antes de que los lobos regresen.

—Pero acabas de decir que no atacan a las personas.

—Le prometí a tu papá que te cuidaría y es lo que estoy intentando hacer. —Logró esbozar una sonrisa. —Venga, vamos, prepararé chocolate caliente.

Maura no quería asustar a la niña más de lo que ya estaba. De modo que no le contó lo que acababa de ver en el bosque. Pero a Elaine tendría que decírselo. Necesitarían estar preparadas, ahora que sabía la verdad.

No estaban solos en ese valle.

DIECIOCHO

—Si hay alguien allí fuera ¿por qué no lo hemos visto? —preguntó Elaine.

Tarde por la noche, seguían despiertas y sentadas, alertas ante cada crujido, cada susurro. Sobre el sofá, Grace dormía profundamente, ajena a sus susurros tensos, a sus temerosas especulaciones. Cuando Maura puso el cerrojo en la puerta y apoyó una silla contra el picaporte, Grace supuso que era para mantener fuera a los lobos. Pero esa noche no eran los depredadores cuadrúpedos a quienes les temían Maura y Elaine.

—Las huellas son recientes —dijo Maura—. Si tuvieran más de un día o dos, la nieve y el viento las habrían cubierto.

—¿Por qué no hemos visto otras huellas?

—Tal vez logró borrarlas. O nos observa desde una cierta distancia.

—Lo que significa que no quiere que sepamos que está allí fuera.

Maura asintió.

—Sí, exacto.

Elaine se estremeció y contempló el fuego.

—Pues ciertamente sabrá que estamos aquí. Es probable que pueda ver la luz desde dos kilómetros de distancia.

Maura miró la ventana, la oscuridad exterior.

—Podría estar vigilándonos ahora.

—Tal vez estás equivocada. Tal vez no era una raqueta de nieve.

—Sí que lo era, Elaine.

—Pues yo no estaba allí para verla. —Súbitamente, soltó una risita ligeramente histérica. —Es como que estás inventando una historia demencial de fogón solo para asustarme.

—No haría una cosa así.

—Pues ella sí. —Elaine señaló a Grace, que dormía, ajena a todo. —Y lo disfrutaría. ¿Fue idea de ella, hacerme una broma con esto? Porque no la encuentro muy divertida.

—Ya te lo he dicho, Grace no sabe nada. No quise asustarla.

—Si hay alguien afuera ¿por qué no viene y se presenta? ¿Por qué se oculta en el bosque? —Elaine entornó los párpados. —Mira, Maura, todos estamos volviéndonos locos aquí. Arlo ve fantasmas. Yo no encuentro mi bolso. Tú no eres inmune; tal vez tus ojos te están traicionando y no eran huellas de raquetas de nieve. No hay nadie en el bosque.

—Hay alguien más en este valle. Alguien que ha sabido de nosotros desde que llegamos.

—No viste las huellas hasta esta tarde.

—Hay otra cosa que no te he contado. Sucedió la primera noche que llegamos. —Maura volvió a mirar a Grace, para confirmar que la niña siguiera dormida. Bajó la voz a un susurro. —Desperté en medio de la noche y había nieve en el suelo. Y una huella. Obviamente, alguien había abierto la puerta y había permitido que entrara el viento. Pero todos vosotros dormíais. ¿Quién abrió esa puerta, entonces, Elaine? ¿Quién entró en esta casa?

—No dijiste nada sobre esto. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

—En aquel momento, supuse que alguno de vosotros había salido afuera durante la noche. A la mañana siguiente, la huella había desaparecido y no quedaban pruebas. Pensé que tal vez lo había soñado.

—Es posible. Te has construido una fantasía paranoica sin motivo. Y ahora me estás asustando a mí por una huella que crees haber visto en el bosque.

—Te lo cuento porque es necesario que estemos alerta. Tenemos que estar atentas a otros indicios.

—Estamos en medio de la nada. ¿Quién más podría andar por allí, el abominable hombre de las nieves?

—No lo sé.

—Si ha estado dentro de la casa, si ha estado acechando y vigilando ¿por qué ninguno de nosotros lo ha visto?

—Yo sí —dijo una voz suave—. Yo lo he visto.

Maura no se había dado cuenta de que Arlo estaba despierto. Se volvió y vio que las estaba observando con ojos nublados y hundidos. Se acercó a él.

—¿Qué viste? —preguntó en un susurro.

—Te lo dije ayer. Creo que era ayer... —Tragó saliva e hizo una mueca de dolor por el esfuerzo. —Dios, y no sé cuándo fue.

—No recuerdo que dijeras nada —dijo Elaine.

—Estaba oscuro. Una cara miraba hacia dentro.

—Ah. —Elaine suspiró. —Otra vez está hablando de esos fantasmas que ve en la habitación. —Se arrodilló junto a Arlo y le ajustó la frazada alrededor del cuerpo. —Solo estás teniendo pesadillas. La fiebre te hacer ver cosas que no existen.

—Pues a él no lo imaginé.

—Nadie más lo ve. Son esas pastillas. Cariño, estás confundido.

Arlo intentó tragar saliva otra vez, pero tenía la boca seca y no lo logró.

—Estaba aquí —susurró—. Lo vi.

—Tienes que tomar más agua —dijo Maura. Llenó un vaso y lo inclinó contra los labios de él. Arlo logró tragar solo unos pequeños sorbos antes de empezar a toser; el agua le chorreaba por las

comisuras de la boca. Empujó débilmente el vaso y cayó hacia atrás con un gemido. —Suficiente.

Maura dejó el vaso y estudió a Arlo. Hacía horas que no orinaba y el sonido de su respiración había cambiado. Era ruidosa y áspera, señal de que aspiraba líquido en los pulmones. Si se debilitaba mucho más, se tornaría peligroso obligarlo a beber, pero la alternativa era dejarlo sucumbir a la deshidratación y al estado de shock. De cualquier modo, pensó, se nos está yendo.

—Cuéntame otra vez qué viste —dijo.

—Caras.

—¿Personas en la habitación?

Él respiró ruidosamente.

—Y en la ventana.

¿Hay alguien allí ahora?

Maura sintió un susurro de aliento helado en la espalda y se volvió para mirar la ventana. Lo único que se veía más allá del cristal era oscuridad. Nadie le devolvía la mirada, ninguna cara fantasmagórica ni ojos demoníacos.

Elaine soltó una risotada burlona.

—¿Lo ves? ¡Ahora ambos están perdiendo la cabeza! Empiezo a pensar que soy la única persona cuerda que queda en esta casa.

Maura fue hasta la ventana. Afuera, la noche era una cortina de terciopelo que ocultaba cualquier secreto que pudiera merodear por el valle. Pero su imaginación proveía los detalles que Maura no veía, pintándola con manchas de sangre y horror. Algo había hecho que los anteriores ocupantes de ese caserío huyeran dejando las puertas sin llave, las ventanas abiertas y la comida intacta sobre la mesa. Algo tan terrible que los había hecho dejar que sus mascotas murieran de frío e inanición. ¿Seguiría allí, ese algo que los había impulsado a escapar de este sitio? ¿O no habría nada excepto sus propias fantasías oscuras, nacidas del miedo y el aislamiento?

Es este lugar. Está afectando nuestras mentes, nos está robando la cordura.

Pensó en la implacable secuencia de catástrofes que los había dejado varados allí. La tormenta de nieve, el camino erróneo. La caída de la camioneta Suburban a la cuneta. Era como si hubieran estado destinados a terminar allí, atraídos como presas inocentes a la trampa de El Reino Celestial, y como si cualquier intento de huir fuera a terminar con más infortunio. ¿Acaso el accidente de Arlo no había demostrado la insensatez de tratar de escapar? ¿Y dónde estaba Doug? Hacía casi dos días, se había marchado del valle. A esas alturas, ya debería haber llegado la ayuda.

Lo que significaba que no lo había logrado. El Reino Celestial tampoco le había permitido escapar.

Se dio un sacudida mental y se apartó de la ventana, fastidiada consigo misma por permitirse pensar en algo sobrenatural. Era el efecto que tenía el estrés sobre las mentes más lógicas: creaba monstruos que no existían.

Pero sé que vi esa huella en la nieve. Y Arlo vio una cara en la ventana.

Fue hasta la puerta, movió la silla que había apoyado contra ella y abrió el cerrojo.

—¿Qué haces? —preguntó Elaine.

—Quiero averiguar si me estoy imaginando cosas. —Maura se puso la chaqueta y subió la cremallera.

—¿Vas a salir?

—¿ Por qué no? Tú eres la que piensa que estoy enloqueciendo. Tú eres la que insiste con que no hay nada allí fuera.

—¿Qué vas a hacer?

—Arlo vio una cara en la ventana. No ha nevado en tres días. Si alguien estuvo en la ventana, las huellas podrían seguir ahí.

—¿Quieres hacerme el favor de quedarte dentro? No es necesario que me demuestres nada.

—Me lo quiero demostrar a mí misma. —Maura cogió la lámpara de keroseno y se dispuso a abrir la puerta. Cuando apoyó la mano en el picaporte, tuvo que reprimir el miedo que gritaba en su cabeza: ¡No salgas! ¡Traba la puerta! Pero esos miedos eran ilógicos. Nadie había tratado de lastimarlos: ellos mismos habían provocado todos sus infortunios por culpa de una serie de malas decisiones.

Abrió la puerta y salió.

La noche estaba calma y silenciosa. No soplaba viento ni se movían los árboles. El ruido más sonoro era el de su propio corazón, que le martillaba dentro del pecho. De pronto se abrió la puerta y salió Elaine, enfundada en su chaqueta.

—Yo también voy.

—No es necesario que lo hagas.

—Si encuentras más huellas, quiero verlas con mis propios ojos.

Juntas rodearon la casa hasta donde estaba la ventana. No habían caminado antes hacia ese lado y al estudiar la nieve a la luz de la lámpara de keroseno, Maura no vio huellas, solo nieve virgen. Pero cuando llegaron a la ventana se detuvo y se quedó mirando la prueba inconfundible que revelaba la luz.

Elaine también la vio y ahogó una exclamación.

—Parecen huellas de lobos.

Como en respuesta a sus palabras, un aullido distante perforó la noche, seguido de un coro de ladridos y gemidos que hicieron que

Maura sintiera escalofríos.

—Están justo debajo de la ventana —observó.

Elaine rió súbitamente.

—Pues eso explica la cara que vio Arlo ¿no?

—¿Cómo?

—¿No es obvio? —Elaine se volvió hacia el bosque y su risa sonó salvaje e incontrolable como los aullidos que venían del bosque. —¡Hombres lobo!

Súbitamente, los aullidos cesaron. El silencio que siguió fue tan absoluto e inexplicable que Maura sintió que se le ponía la piel de gallina.

—Volvamos adentro —susurró—. Ahora mismo.

Corrieron por la nieve congelada hasta el porche y entraron en la casa. Maura corrió el cerrojo y lo trabó con la silla. Por un instante, se quedaron allí jadeando, sin decir nada. En el hogar, un leño se desmoronó sobre el colchón de brasas y volaron chispas.

Elaine y Maura de pronto se pusieron rígidas y se miraron: el sonido retumbaba por el valle. Los lobos aullaban nuevamente.

DIECINUEVE

Antes de que asomara el sol del día siguiente, Maura comprendió que Arlo se estaba muriendo. Lo escuchó en su respiración, en el burbujeo que salía de su garganta, como si estuviera esforzándose por inspirar por el tubo de una máscara de buceo lleno de agua. Sus pulmones se estaban llenando de líquido.

Despertó al oír ese sonido y se volvió para mirarlo. A la luz del fuego, vio que Elaine estaba inclinada sobre él, secándole suavemente la cara con un paño.

—Hoy es el día, Arlo —murmuró Elaine—. Vendrán a rescatarnos, lo sé. En cuanto haya luz...

Arlo inhaló con desesperación.

—Doug...

—Sí, estoy segura de que ha llegado ya. Ya sabes cómo es. Nunca darse por vencido, rendirse, jamás. Así es nuestro Doug. Solo tienes que resistir ¿vale? Unas pocas horas más. Mira, ya está comenzando a aclarar.

—Doug. Tú. —Arlo respiraba con dificultad. —Nunca tuve posibilidades ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Lo supe desde un principio. —Arlo se atragantó con un sollozo. —Siempre supe que lo elegirías a él.

—Ay, Arlo, no. No es lo que piensas.

—Es hora de ser sinceros. Por favor.

—Nunca pasó nada entre Doug y yo. Te lo juro, cariño.

—Pero deseabas que fuera así.

El silencio que siguió fue una respuesta más franca que cualquier cosa que pudiera haber dicho Elaine. Maura estaba inmóvil y en silencio, testigo incómodo de esa dolorosa confesión. Arlo debía de darse cuenta de que le quedaba poco tiempo. Era su última oportunidad de saber la verdad.

—No importa. —Suspiró. —Ya no.

—Sí que importa —dijo Elaine.

—Igual te amo. —Arlo cerró los ojos. —Quiero... que lo sepas.

Elaine se cubrió la boca con la mano para ahogar un sollozo. La primera luz del amanecer iluminaba la ventana, bañando a Elaine con su brillo donde estaba arrodillada junto a Arlo, desgarrada por el dolor y la culpa. Inspiró temblorosamente y se enderezó. Solo entonces notó que Maura estaba despierta, observándolos, y apartó la cara, avergonzada.

Por un instante, ninguna de las dos mujeres habló. El único sonido era la respiración ruidosa de Arlo, dentro y fuera, dentro y fuera, por entre ruidosos coágulos de flema. Aun desde ese extremo de la sala, Maura podía ver que su cara había cambiado; tenía los ojos más hinchados y la piel mostraba un tinte verdoso. No quería mirarle la pierna, pero ya había suficiente luz para revisarla y sabía que debía hacerlo. Era su responsabilidad, una responsabilidad con la que no deseaba cargar, pero era médica. Sin embargo, todos sus conocimientos médicos habían resultado inútiles sin drogas modernas e instrumentos quirúrgicos esterilizados y la gélida determinación de hacer lo necesario: cortarle la pierna a un hombre mientras gritaba de dolor. Porque eso era lo que había que hacer. Lo supo aun antes de descubrir la pierna, antes de oler el hedor de lo que se pudría debajo de la frazada.

—Ay, Dios —gimió Elaine y se alejó. Maura escuchó el ruido de la puerta cuando Elaine huyó de la fétida habitación en busca de aire fresco.

Hay que hacerlo hoy, pensó Maura, estudiando la pierna en estado de putrefacción. Pero no podía hacerlo sola; necesitaría que Elaine y Grace lo sujetaran o jamás podría controlar el sangrado. Miró a la adolescente, que seguía dormida en el sofá. ¿Podría contar con Grace? ¿Tendría Elaine la fortaleza de mantenerse firme a pesar de los gritos y el implacable chillido de la sierra? Si ellas aflojaban, Maura podía terminar matándolo.

Se puso la chaqueta y los guantes y salió de la casa. Encontró a Elaine en el porche, inspirando bocanadas de aire frío como para lavarse de los pulmones el hedor del cuerpo de Arlo.

—¿Cuánto tiempo crees que le queda? —preguntó Elaine en voz baja.

—No quiero hablar de cuentas regresivas, Elaine.

—Pero morirá, ¿no es así?

—Si no hacemos nada, sí.

—Pero tú y Doug ya hicisteis algo y no ayudó.

—Entonces tenemos que dar el siguiente paso.

—¿Cuál?

—Amputar la pierna.

Elaine se volvió y la miró.

—No puedes hablar en serio.

—No nos queda opción. Hemos consumido todos los antibióticos. Si le dejamos la pierna, morirá de shock séptico.

—¡Pero tú eras la que no quería hacer cirugía! Doug tuvo que convencerte.

—Las cosas han empeorado mucho. Ahora no es su pierna lo que estamos intentando salvar. Es su vida. Necesito que lo sujetes.

—¡No puedo hacerlo sola!

—Grace tendrá que ayudar.

—¿Grace? —Elaine resopló. ¿Crees que puedes fiarte de que esa malcriada pueda servir para algo?

—Si se lo explicamos. Si le decimos lo importante que es.

—La conozco mejor que tú, Maura. Tiene a Doug completamente bajo su control y él hará cualquier cosa por su princesita. Todo es para mantenerla contenta y compensar por el hecho de que su madre se ha ido.

—No le das el suficiente crédito. Puede ser solo una niña, pero es inteligente. Entenderá lo que está en juego aquí.

—No le importa. ¿No te das cuenta de eso? No le importa una mierda de nadie salvo de ella misma. —Elaine negó con la cabeza. —No cuentes con Grace.

Maura soltó un suspiro.

—Si eres la única que va a ayudarme, entonces necesitaremos una cuerda. Algo para atarlo a la mesa.

—¿En serio planeas llevarlo a cabo?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me quede sentada viendo cómo se muere?

—Podrían venir a rescatarnos hoy. Tal vez dentro de algunas horas.

—Elaine, tenemos que ser realistas.

—Un día más no cambiará las cosas ¿verdad? Si llegan mañana, estaremos a tiempo.

—Doug se fue hace dos días. Algo ha salido mal. —Maura se interrumpió, pues no quería admitir lo obvio. —No creo que haya llegado —dijo en voz baja. Creo que estamos por nuestra cuenta.

A Elaine se le llenaron los ojos de lágrimas; se volvió y contempló la nieve.

—¿Y si lo haces? Si le cortas la pierna, ¿qué probabilidades hay de que muera de todos modos?

—Sin antibióticos, lamentablemente, las probabilidades no son buenas. Hagamos lo que hagamos.

—¿Entonces para qué someterlo a eso? Si va a morir de todos modos, ¿por qué torturarlo?

—Porque no tengo más trucos en mi bolsa, Elaine. Es esto o darme por vencida.

—Tal vez Doug haya enviado auxilio...

—Ya debería de haber llegado.

—Tienes que darle tiempo.

—¿Cuánto tendremos que esperar para que aceptes lo obvio? No van a venir a rescatarnos.

—¡No me importa lo que tarden, coño! ¿Tienes idea de lo que estás

diciendo? ¿En serio, cortarle la puta pierna? —Elaine se apoyó contra el poste del porche, como demasiado cansada para cargar con su propio peso. —No te ayudaré a hacerlo —dijo en voz baja—. Lo siento.

Maura se volvió y miró el camino que salía del valle. Era otro día brillante, diáfano y entornó los ojos ante el resplandor del sol matinal sobre la nieve. Tenemos una última opción, pensó. Si no la tomaba, Arlo moriría. Tal vez no ese día, ni el siguiente, pero en esa habitación ella podía oler la inevitabilidad de lo que iba a suceder si ella no actuaba.

—Tienes que mantenerlo hidratado —dijo—. Mientras esté lo suficientemente consciente como para beber, dale constantemente sorbos de agua con azúcar. Y comida, si puede. Lo único que nos queda para el dolor es paracetamol, pero hay mucha cantidad.

Elaine la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque ahora estás a cargo. Mantenlo cómodo, es lo mejor que puedes hacer.

—¿Y tú?

—Mis esquís de fondo están en la Suburban. Prepararé equipo para la noche por si no llego antes de que oscurezca.

—¿Intentarás bajar esquiando?

—¿Prefieres ir tú?

—Si Doug no pudo llegar...

—Tal vez tuvo un accidente. Tal vez está por allí con una pierna quebrada, en cuyo caso, es todavía más importante que yo salga ahora mismo, cuando tengo todo el día por delante.

—¿Y si tú tampoco regresas? —preguntó Elaine con desesperación.

—Tenéis comida y leña en cantidad. Tú y Grace podéis sobrevivir aquí durante meses. —Se volvió.

—Espera. Necesito decirte algo.

Maura se detuvo en el porche y se volvió.

—¿Sí?

—Doug y yo nunca estuvimos juntos.

—Te escuché cuando se lo dijiste a Arlo.

—Es la verdad.

—¿Por qué es importante?

—Pensé que querrías saberlo.

—Para serte sincera, Elaine, lo que sucedió o no sucedió entre tú y Doug no tiene la menor importancia para mí. —Maura se volvió hacia la casa. —Lo único que me importa en este momento es lograr que salgamos de aquí con vida.

Le llevó una hora llenar una mochila. La cargó con comida, medias,

guantes y un jersey. En el garaje encontró una lona, y una bolsa de dormir, cosas que esperaba no necesitar. Con suerte, llegaría al pie de la montaña para el anochecer. La batería de su teléfono se había descargado, de manera que lo dejó al cuidado de Elaine, junto con su bolso y guardó solo dinero en efectivo y un documento de identidad. Para una travesía de cincuenta kilómetros no había lugar para un gramo de más.

Aun así, sentía la mochila pesada cuando comenzó a subir por el camino del valle. Cada paso le recordaba el anterior intento malhadado de abandonar ese sitio. Allí estaban las huellas del Jeep cuando había intentado subir por la nieve. Allí las pisadas que habían dejado tras abandonar el vehículo y regresar con Arlo a rastras en el trineo. Al cabo de otros cien metros y otras curvas cerradas, comenzó a ver la sangre de Arlo sobre la nieve, arrastrada por las botas del resto. Una curva más y allí estaba el Jeep varado con la cadena de nieve rota. Y más sangre.

Se detuvo para recuperar el aliento y se quedó mirando la nieve revuelta, manchada con diferentes tonos de rojo y rosado, como los helados y batidos que se consumen en un día cálido de verano. Recordó los gritos y el pánico y el corazón se le aceleró ante esos recuerdos terribles casi tanto como por el esfuerzo de subir por el camino.

Dejó atrás el Jeep y siguió caminando. Allí la nieve estaba intacta salvo por las huellas de Doug. En los últimos tres días, se habían derretido parcialmente al sol y luego congelado en una costra de hielo. Maura siguió subiendo, inquieta por la idea de que estaba siguiendo las huellas de Doug, que cada paso que daba, él también lo había dado hacía dos días. ¿Hasta dónde podría seguir su rastro? ¿Encontraría un punto en el que se interrumpiría, en el que descubriría qué le había sucedido?

¿Me esperará su mismo destino?

El camino se tornó más empinado; Maura sudaba bajo la ropa de abrigo. Se abrió la chaqueta y se quitó los guantes y el gorro. Esa subida sería la parte más exigente de la travesía. Una vez que llegara al camino principal, le esperaría mayormente un descenso en esquís. Eso, al menos, era la teoría. Sin embargo Doug no había podido completarlo. Comenzó a preguntarse si no habría sido temerario de su parte intentar lograr una hazaña que Doug, tan atlético y fuerte, no había podido llevar a cabo.

Todavía estaba a tiempo de cambiar de idea. Podía volverse y regresar a la casa, donde tenían suficiente comida como para resistir hasta la primavera. Llegó a un mirador desde el que se veía el caserío en el fondo del valle; vio el humo que se elevaba caracoleando de la

chimenea de la casa que ocupaban. Ni siquiera había llegado al camino principal y ya estaba agotada; sentía las piernas doloridas y temblorosas. ¿Se habría sentido así Doug también en ese punto? ¿Se habría detenido allí mismo para mirar hacia el valle y sopesar la idea de continuar?

Sabía cuál había sido su elección: las huellas daban testimonio de su decisión. Seguían camino arriba.

Fue, también, lo que decidió hacer ella. Esto es por Arlo, pensó. Su nombre se convirtió en un cántico mudo mientras caminaba. Salvemos a Arlo. Salvemos a Arlo.

Muy pronto los pinos le bloquearon la vista y el valle desapareció a sus espaldas. La mochila parecía volverse más pesada con cada paso y Maura pensó en deshacerse de parte del contenido. ¿Necesitaba realmente tres latas de sardinas? ¿No le alcanzaría con el medio frasco de crema de cacahuete para llegar hasta el pie de la montaña? Debatió el asunto mentalmente mientras subía por el camino; las latas tintineaban dentro de la mochila. Era una mala señal que ya estuviera considerando esa jugada; todavía no habían pasado dos horas desde que había iniciado la travesía.

El camino se aplanó y hacia adelante vio el letrero que marcaba el punto donde habían tenido el primer atisbo de El Reino Celestial hacía cinco días. El valle estaba tan abajo ahora que el caserío se veía como un paisaje de juguete, decorado con bosques artificiales y nieve falsa. Pero el humo de la chimenea era real, al igual que las personas que estaban en esa casa y una de ellas se estaba muriendo.

Se volvió para continuar la caminata, dio dos pasos y se detuvo súbitamente. En la nieve, vio las pisadas de Doug delante de ella.

Otro par de huellas seguía las de Doug. Raquetas de nieve.

Sabía que eran posteriores a las de Doug, porque se sobreponían a la marca de las botas de él. ¿Pero cuánto más frescas serían? ¿De horas o de un día después?¿O la persona que había seguido a Doug había estado justo detrás de él, acercándose?

¿Acaso está detrás de mí ahora mismo?

Giró rápidamente, con el corazón al galope, y miró a su alrededor. Los árboles parecían estar más cerca, como si hubieran avanzado hacia el camino mientras ella no miraba. El resplandor del sol la enceguecía y no le permitía ver la penumbra debajo de las ramas pesadas; su mirada solo penetraba unos metros en el bosque antes de que las sombras velaran su visión. No se escuchaba nada sobre el camino silencioso. Ni viento, ni pisadas, solo el ruido de su respiración agitada.

Busca los esquís. Baja la montaña.

Comenzó a correr, siguiendo las huellas de Doug. Él No había estado corriendo. La distancia entre las pisadas seguía siendo la misma, pareja, regular; las botas dejaban profundas impresiones en la nieve. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que lo estaban siguiendo. Seguramente solo pensaba en la tarea que tenía por delante. Subirse a los esquís y comenzar a deslizarse montaña abajo. Jamás se le habría ocurrido que podrían estar siguiéndolo.

Maura sentía dolor en el pecho y le ardía la garganta por el aire frío. Cada paso que daba le resultaba ensordecedor cuando las botas rajaban la capa de hielo. Cualquiera que estuviera por allí pensaría que pasaba un elefante. Un elefante torpe y agitado.

Finalmente divisó la cadena que cerraba la entrada al camino privado. Ya casi estaba allí. Siguió las huellas de Doug los últimos treinta metros, pasó la cadena, pasó el letrero de SOLO PARA RESIDENTES y vio la camioneta Suburban; seguía caída de lado en la cuneta. Del soporte en el techo faltaba un par de esquís de fondo.

O sea que Doug había llegado hasta allí. Vio las marcas paralelas que habían dejado los esquís al deslizarse camino abajo.

Maura se metió en la cuneta, donde la nieve le llegaba hasta las rodillas y desprendió el segundo par de esquís del soporte. Recuperar las botas le tomaría más tiempo. Estaban dentro de la camioneta y al estar el vehículo ladeado, era difícil levantar la puerta pesada. Cuando por fin logró abrirla, estaba jadeando y sin aliento.

De pronto oyó un ruido distante. Se inmovilizó y escuchó más allá del latido acelerado de su corazón, temiendo haber imaginado el sonido. No, allí estaba: el ruido de un motor.

Una máquina quita nieve subía por la montaña.

¡Lo logró! ¡Doug lo logró y nos van a rescatar!

Soltó un grito de júbilo y dejó que la puerta de la Suburban se cerrara con estrépito. Todavía no veía la máquina, pero el ruido se hacía más fuerte, sonaba más cercano. Maura reía y lloraba al mismo tiempo. La vuelta a la civilización, pensó. A las duchas, a la luz eléctrica y a los teléfonos. Y lo más importante, a los hospitales.

Arlo viviría.

Subió de la cuneta al camino y se quedó esperando a los rescatistas. Sintió el sol en la cara y el júbilo corriéndole por las venas. Aquí es donde todo cambia para bien, pensó. Aquí es donde se termina la pesadilla.

Luego, además del ruido cada vez más cercano de la máquina quita nieve, escuchó el crujido suave de la nieve cuando cede bajo el peso. El sonido estaba justo detrás de ella. Inspiró abruptamente, sorprendida, y el aire entró en sus pulmones como un viento helado. Entonces vio la sombra que se cernía sobre la de ella.

El vigilante del bosque. Está aquí.

VEINTE

Jane encontró a Daniel Brophy sentado con los hombros encorvados a una mesa del bar vacío del hotel. No levantó la mirada, sino que siguió mirando la mesa, dando a entender claramente que quería estar solo.

Jane se sentó de todos modos.

—No te vimos para el almuerzo —dijo—. ¿Has comido?

—No tengo apetito.

—Sigo esperando noticias de Queenan. Pero no creo que tenga nada nuevo para decirnos hoy.

Él asintió, sin mirarla. Su actitud decía: Vete. No quiero hablar. Aun en la misericordiosa penumbra del bar, se lo veía avejentado. Cansado y abatido.

—Daniel —dijo Jane—. No me voy a dar por vencida. Y tú tampoco deberías hacerlo.

—Hemos recorrido cinco distritos —dijo él—. Hemos hablado con seis emisoras de radio. Hemos revisado cada minuto de esas grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Podría haber algo que pasamos por alto. Algo que veremos si volvemos a mirarlas.

—Parecía feliz en esos videos ¿verdad? —Levantó la cabeza y Jane vio sus ojos atormentados. —Se veía feliz con ese hombre.

Tras un silencio, Jane admitió.

—Sí. Es cierto.

Las cámaras de seguridad habían captado varias veces a Maura y al hombre rubio en el vestíbulo; instantes fugaces, pocos segundos cada vez, luego ella había desaparecido. Mirar esas imágenes en el monitor era como ver un fantasma. Un fantasma que revivía sus últimos momentos sobre la tierra una y otra vez.

—No sabemos el significado de nada de eso —dijo Jane—. Podría ser un viejo conocido.

—Alguien que la hacía sonreír.

—Estaba en una conferencia médica. Un grupo de patólogos que seguramente se conocían. Tal vez él no tuvo nada que ver con la razón por la que desapareció.

—O tal vez tiene razón Queenan, y ahora mismo están en un hotel, teniendo... —Se interrumpió.

—Por lo menos significaría que está viva.

—Sí. Es cierto.

Se quedaron en silencio. Eran apenas las tres de la tarde,

demasiado temprano para el bar. Con excepción de un camarero que apilaba vasos detrás del mostrador, estaban solos en el sombrío salón.

—Si realmente se fue con otro hombre —dijo Jane en voz baja—, entiendes por qué puede haber sucedido.

—Me culpo por no ser ese hombre —respondió él—. Y no puedo dejar de preguntarme...

—¿Qué?

—Si vino aquí con planes de encontrarse con él.

—¿Tienes motivos para creerlo?

—Mira la forma en que se sonreían. Lo cómodos que se los veía.

—Tal vez sean viejos amigos. —O antiguos amantes fue lo que no dijo. No fue necesario que lo hiciera, ese mismo pensamiento debía estar torturándolo también a él. —Son solo teorías sin ningún sustento —dijo Jane—. Lo único que tenemos es el vídeo de Maura saliendo a cenar con él. Encontrándose con él en el vestíbulo.

—Y sonriendo. —El dolor le oscurecía los ojos. —No pude lograr eso. No pude darle lo que necesitaba.

—Lo que necesita ahora es que no abandonemos la esperanza. Que sigamos buscándola. Yo no voy a darme por vencida.

—Dime la verdad. —Daniel la miró a los ojos. —Tus años como detective de homicidios te permiten saber. ¿Qué te dice tu instinto?

—El instinto puede fallar.

—Si no fuera una amiga, si se tratara de un caso cualquiera de persona desaparecida, ¿qué estarías pensando ahora mismo?

Jane vaciló; el único sonido en el salón era el tintineo de cristal de los vasos que el camarero ordenaba detrás del mostrador en preparación para la hora de las copas.

—¿Después de tantos días? —Jane negó con la cabeza. —Me vería obligada a pensar en lo peor.

Él no pareció sorprendido por la respuesta. Ya debía de haber llegado a la misma conclusión.

Sonó el móvil de Jane y ambos se paralizaron. Jane miró el número. Queenan. En cuanto oyó la voz del detective del otro lado de la línea, supo que no era una llamada que quería hacer. Ni era una llamada que ella quería recibir.

—Lamento tener que darle la noticia —dijo él.

—¿Qué pasó?

—Deberíais ir al centro médico Saint John's en Jackson. El doctor Draper os esperará allí.

—¿El Doctor Draper? ¿El médico del condado de Sublette?

—Sí. Porque fue allí donde sucedió, en el condado de Sublette. —Hubo una pausa larga y desesperante. —Me temo que han encontrado a vuestra amiga.

* * *

—Creo que es mejor que no la veáis —dijo el doctor Draper con gesto sombrío; estaba sentado a la mesa de conferencias frente a los tres amigos de Maura. —Deberíais recordarla como era. Creo que ella también querría que fuera así.

El centro médico St. John's estaba construido para atender a los vivos, no a los muertos y por la puerta cerrada de la sala de conferencias se oían los sonidos de un día normal en un hospital: teléfonos, la campanilla de un ascensor, el llanto distante de un bebé en la sala de Urgencias. Los ruidos le recordaban a Jane que en las postrimerías de una tragedia, la vida continuaba.

—Encontraron el vehículo esta mañana, cerca de un camino rural —dijo Draper—. No sabemos cuánto tiempo estuvo en ese barranco. El fuego provocó daños masivos. Y luego, los animales... —Se interrumpió. —Es una zona muy agreste.

No era necesario que se explayara. Jane sabía qué era lo que no quería mencionar. En el mundo de la naturaleza, los animales siempre merodeaban en la sombra de la Muerte, esperando para alimentarse con picos, garras y colmillos afilados. Aun en los parques suburbanos de Boston, un cadáver atraería perros y mapaches, ratas y buitres. En las montañas del oeste de Wyoming, habría muchos más animales que podrían masticar una cara, arrancar una mano o desparramar extremidades. Jane pensó en la piel color marfil de Maura y sus pómulos majestuosos y se preguntó qué quedaría de esas facciones. No. No quiero verla. No quiero saber qué ha quedado de su cara.

—Si los restos estaban tan dañados, ¿cómo lograron identificarla? —preguntó Gabriel. Él, al menos todavía podía pensar como un investigador, podía concentrarse en las preguntas que había que hacer.

—Encontraron suficiente evidencia en el sitio del accidente como para permitir una identificación.

—¿Evidencia?

—Cuando el vehículo cayó al barranco, una cantidad de artículos salieron eyectados. Varias maletas y otros artículos personales que sobrevivieron al incendio. —Extendió la mano hacia la gran caja de cartón que había traído a la sala. Cuando levantó la tapa, brotó un olor a plástico quemado. Si bien los artículos estaban en bolsas para pruebas selladas, el olor a fuego y humo era lo suficientemente intenso como para pasar a través del plástico. Draper se detuvo un instante y contempló el contenido de la caja, como preguntándose si sería un error compartir los hallazgos. Pero era demasiado tarde para cerrarla, para negarles las pruebas que les había prometido. Sacó la

primera bolsa de plástico y la colocó sobre la mesa.

A través del plástico transparente, vieron la etiqueta identificadora de una maleta. Draper la giró y mostró el nombre escrito en pulcras letras mayúsculas.

DRA. MAURA ISLES

—¿Entiendo que la dirección que figura ahí es la de su casa?

Jane tragó saliva.

—Sí —murmuró. No se atrevía a mirar a Daniel, que estaba sentado a su lado. No quería ver su expresión devastada.

—Pertenecía a una de las maletas que salieron eyectadas del vehículo —explicó Draper—. Puede revisar la maleta si lo desea. Está en poder del Departamento del Sheriff del condado de Sublette, junto con otros artículos de mayor tamaño. —Sacó de la caja otras bolsas con pruebas y las desplegó sobre la mesa. Había dos teléfonos móviles, uno de los cuales estaba chamuscado. Otra tarjeta de identificación de maleta, esta vez con el nombre Dr. Douglas Comley. Un estuche de artículos de higiene personal de hombre. Un envase de lovastatina para un paciente llamado Arlo Zielinski.

—La camioneta Suburban fue alquilada por el doctor Douglas Comley de San Diego —dijo Draper—. La reservó por diez días. Suponemos que el doctor Comley estaba al volante cuando el vehículo cayó al barranco. El camino hace una curva cerrada en ese sitio y si era de noche o nevaba, la visibilidad debe de haber sido mala. El hielo en el camino también puede haber contribuido.

—Entonces suponen que se trató de un accidente —dijo Gabriel.

Draper frunció el ceño.

—¿Qué otra cosa, si no?

—Siempre existen otras posibilidades para considerar.

El médico suspiró.

—Teniendo en cuenta su trabajo, agente Dean, supongo que es natural que esté pensando en esas otras posibilidades. Pero el sheriff Fahey concluyó que se trató de un accidente. Ya he mirado las radiografías. Los cuerpos tienen fracturas múltiples, que es de esperar. No hay fragmentos de balas, nada que indique algo diferente a lo sucedido. El vehículo simplemente se desbarrancó de un camino de montaña. Cayó por un barranco de quince metros y se incendió. Dudo que alguno de los pasajeros haya sobrevivido al impacto inicial, por lo que me parece prudente suponer que vuestra amiga murió de manera instantánea.

—Hubo una tormenta de nieve el sábado pasado ¿verdad? —preguntó Gabriel.

—Sí. ¿Por qué?

—Si hay mucha nieve sobre el vehículo, podría darnos una pista de cuándo sucedió.

—Solo vi una capa fina —dijo Draper—. Pero claro, el fuego habría derretido la nieve que pudiera haberlo cubierto.

—O tal vez el accidente ocurrió más recientemente.

—Pero eso nos dejaría con la pregunta de dónde ha estado vuestra amiga los últimos siete días. Va a ser casi imposible determinar la hora de muerte. Me inclino por quedarme el momento en que vieron a las víctimas con vida por última vez, lo que sería el sábado pasado. —Miró los rostros sombríos alrededor de la mesa. —Soy consciente de que esto deja muchas preguntas sin responder. Pero al menos ahora sabéis lo que sucedió y podéis regresar a casa con una sensación de cierre. Sabéis que su muerte fue rápida y que probablemente no sufrió. —Suspiró. —Siento mucho que haya terminado de esta manera.

Draper se puso de pie, más avejentado y cansado que media hora antes, cuando ellos habían llegado. Aun cuando el sufrimiento no es propio, el solo hecho de estar en su presencia puede vaciar el alma y Draper seguramente había visto suficientes situaciones de ese tipo como para que le alcanzaran para tres vidas.

—Los acompañaré fuera.

—¿Podemos ver los restos? —preguntó Gabriel.

Draper lo miró con el ceño fruncido.

—No lo recomiendo.

—Pero pienso que es necesario hacerlo.

Jane casi deseaba que Draper se negara, que le ahorrara el suplicio. Sabía qué aspecto había tenido Maura con vida; una vez que viera en lo que se había convertido su amiga, jamás podría borrarse esa imagen, no podría retroceder el reloj del horror. Miró a su marido y se preguntó cómo podía estar tan sereno.

—Os mostraré las radiografías —dijo Draper—. Tal vez eso baste para convenceros de lo que encontramos.

Gabriel dijo a Brophy:

—Es mejor que esperes aquí.

Daniel asintió y permaneció en su lugar, con la cabeza gacha, solo con su dolor.

Mientras seguían a Draper hasta el ascensor, Jane sentía burbujas de miedo en su estómago, ardientes como ácido. No quiero ver esto, pensó. No necesito ver esto. Pero Gabriel seguía caminando con zancadas decididas y ella tenía demasiado amor propio como para no seguirlo. Cuando entraron en la morgue, sintió alivio al ver que la mesa de autopsias estaba vacía y los cadáveres no estaban a la vista.

Draper revisó un fajo de radiografías y abrochó varias a la caja de luz. Encendió el interruptor y aparecieron las imágenes óseas contra el brillo de la luz.

—Como podéis ver, hay numerosos indicios de traumatismos —dijo Draper—. Fracturas del cráneo, costillas. Impacto del fémur izquierdo

contra la articulación de la cadera. Debido al fuego, las extremidades se han contraído a posición de boxeador. —Hablaba con el tono pragmático de un profesional que comparte información con colegas. Era como si por el solo acto de entrar en esa sala y ver el brillo frío del acero inoxidable, se hubiera puesto el uniforme de forense. —Envié estas imágenes a nuestro patólogo forense en Colorado. Concluyó que es una mujer de entre treinta y cuarenta y cinco años. Altura estimada de un metro sesenta y cinco a un metro sesenta y ocho. A juzgar por la articulación sacro ilíaca se trataba de una mujer nulípara. No ha dado a luz. —Se interrumpió y miró a Jane. —¿Eso describe a su amiga?

Aturdida, Jane asintió.

—Sí —susurró.

—Y ha tenido muy buen cuidado dental. Se ve una corona aquí en el molar inferior derecho. Varios empastes. —Miró a Jane nuevamente, como si ella tuviera todas las respuestas.

Jane observó la mandíbula que brillaba sobre la caja de luz. ¿Qué podría saber yo?

No había estudiado la boca de Maura, no le había contado las coronas y los empastes. Maura era su colega y su amiga. No era una colección de dientes y huesos.

—Lo siento —dijo Draper—. Tal vez haya sido demasiada información para procesar. Solo quería que os sintierais seguros respecto de la identificación.

—Entonces no habrá autopsia —dijo Jane en voz baja.

Draper negó con la cabeza.

—No hay motivos para hacerla. El patólogo de Colorado está conforme con la identificación. Tenemos la etiqueta de su maleta y los rayos X coinciden con una mujer de su altura y edad. Estas lesiones son consistentes con lo que encontraríais en un pasajero sin cinturón de seguridad sometido a un impacto a alta velocidad.

Jane tardó varios segundos en registrar lo que él había dicho. Parpadeó para contener las lágrimas y de pronto la radiografía que colgaba de la caja de luz volvió a cobrar foco.

—¿Un pasajero sin cinturón de seguridad? —preguntó.

—Sí.

—¿Está diciendo que no llevaba puesto el cinturón?

—Correcto. Ninguno de los occisos llevaba cinturón de seguridad.

—No puede ser. Maura jamás olvidaría colocárselo. Ella era así.

—Me temo que esta vez no se lo colocó. De todos modos, es poco probable que se hubiera salvado por llevar cinturón, no en un accidente tan traumático.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que aquí hay algo que no cuadra —dijo Jane—. Es algo que Maura jamás habría hecho.

Draper suspiró y apagó la luz de la caja.

—Detective, sé que debe ser difícil aceptar la muerte de una buena amiga. Que haya llevado cinturón o no, no cambia el hecho de que está muerta.

—¿Pero cómo sucedió? ¿Por qué?

—¿Tiene importancia, realmente? —preguntó Draper en voz baja.

—Sí. —Jane volvió a sentir el ardor de lágrimas en los ojos. —No le encuentro sentido. Necesito entender.

—Jane —dijo Gabriel—. Tal vez nunca tenga sentido. Tendremos que aceptarlo. —La tomó suavemente del brazo. —Creo que hemos visto suficiente. Regresemos al hotel.

—No, todavía no. —Jane se apartó de él. —Hay otra cosa que necesito ver.

—Si insiste en ver los restos —dijo Draper—. Puedo mostrárselos. Pero no podrá reconocer nada. No queda mucho, salvo carne carbonizada y hueso. —Hizo una pausa y dijo en voz baja. —Créame. Le conviene no verla. Solo llévesela a casa.

—Tiene razón. —dijo Gabriel—-. No es necesario que veamos el cuerpo.

—No, el cuerpo no. —Jane tomó aire y se irguió. —Quiero ver el sitio del accidente. Quiero ver dónde sucedió.

VEINTIUNO

Caía una nevisca a la mañana siguiente cuando Gabriel y Jane descendieron del coche y caminaron hasta el borde del camino. Allí se quedaron en silencio, contemplando el barranco donde todavía estaban encajados los restos quemados de la camioneta Suburban. Una huella de nieve pisoteada marcaba el camino que había hecho el equipo de rescatistas el día anterior para recuperar los cadáveres. La subida hasta el camino, con las camillas por el terreno escarpado y las rocas resbaladizas debió de ser agotadora.

—Quiero acercarme más —dijo Jane, mirando la huella.

—No hay nada para ver allí.

—Se lo debo a Maura. Necesito ver dónde murió. Jane siguió caminando con la vista fija en el sendero resbaladizo. Bajo la capa fresca de polvo, la nieve estaba congelada y se tornaba traicionera, por lo que era necesario moverse con cuidado. Pronto comenzaron a dolerle los muslos por el descenso empinado; por las mejillas le caía agua de copos derretidos mezclados con sudor. Comenzó a vislumbrar restos del accidente desparramados por la ladera: un fragmento de metal retorcido, una zapatilla de tenis, un trozo de tela azul; todo comenzaba a desaparecer debajo de la nieve fresca. Para cuando por fin llegó al vehículo ennegrecido, estaba cubierto por una capa ligera de nieve. El olor a fuego seguía impregnando el aire gélido, prístino y Jane podía ver las cicatrices que había dejado el fuego: arbustos carbonizados y ramas chamuscadas. Pensó en la aterradora trayectoria de la Suburban cuando cayó por el acantilado. Imaginó los gritos cuando los últimos segundos de vida pasaron delante de los ojos de Maura.

Se detuvo y soltó una exhalación trémula mientras contemplaba cómo la nieve que caía borraba lentamente las huellas horribles de la muerte. Oyó pasos tras ella y Gabriel se detuvo a su lado.

—Es tan difícil de creer —dijo Jane—. Te despiertas por la mañana pensando que será un día como cualquiera. Te subes a un coche con amigos. Y de pronto, todo termina. Todo lo que conociste, pensaste y sentiste, en un segundo, ya no está.

Gabriel la abrazó.

—Por eso tenemos que disfrutar de cada minuto.

Jane limpió la nieve del vehículo, revelando una franja de metal ennegrecido.

—Nunca se sabe ¿verdad? Que pequeña decisión terminará cambiándote la vida. Si ella no hubiera venido a esta conferencia, no

se habría encontrado con Doug Comley. No se habría subido a su camioneta. —Súbitamente, retiró la mano de la Suburban, como si el contacto le quemara. Contempló la camioneta en ruinas e imaginó los últimos días de la vida de Maura. Ahora sabían que el hombre que habían visto con Maura en los videos era Comley. Habían visto su fotografía en el sitio web de médicos del hospital de San Diego donde había trabajado como patólogo. Un padre divorciado de cuarenta y dos años; había estado en la misma conferencia médica. Hombre guapo ve a una mujer igual mente atractiva y la naturaleza sigue su curso. Cenan, conversan, por sus cabezas pasan todo tipo de posibilidades. Cualquier mujer se dejaría tentar, aun una mujer tan sensata como Maura. ¿Después de todo, qué clase de futuro podía prometerle Daniel Brophy salvo una vida de encuentros furtivos, desilusiones y pesar? Si Daniel le hubiera dado lo que ella necesitaba, Maura no se habría dejado tentar por otro hombre y no se habría unido a Douglas Comley en su malhadada excursión.

Y estaría viva.

Sin duda a Daniel lo torturaban esos mismos pensamientos. Lo habían dejado en el hotel sin decirle dónde iban. No era una visita que él tuviera que hacer. Ahora, de pie bajo la nieve que caía suavemente, Jane pensó que tal vez ella tampoco tendría que haber venido. ¿De qué servía ver este coche carbonizado, visualizar la caída del vehículo por el aire, los cristales rotos, la explosión de llamas? Pero ahora lo he visto, pensó. Y puedo irme a casa.

Gabriel y ella se volvieron y comenzaron a subir por el sendero. El viento soplaba con más fuerza y la nieve fina se arremolinaba contra la cara de Jane, haciéndole arder los ojos. Estornudó, y cuando volvió a abrir los ojos, algo azul pasó volando. Lo recogió y vio que era el sobre roto de un pasaje aéreo, cuyos bordes estaban ennegrecidos por el fuego. Dentro todavía había un trozo de la tarjeta de embarque, pero solo se veían las cinco últimas letras del apellido.

inger.

Jane miró a Gabriel.

—¿Cómo se llamaba otro hombre que iba en el coche? —preguntó.

Zielinski.

—Me parecía.

Gabriel estudió la tarjeta de embarque rota con el ceño fruncido.

—Identificaron los cuatro cadáveres. Comley y su hija, Zielinski y Maura.

—¿Entonces a quién pertenece este pasaje? —dijo ella.

—Tal vez quedó allí de alguien que alquiló el coche con anterioridad.

—Es otra cosa más que no encaja. Esto y el cinturón de seguridad.

—Podrían no tener ninguna relación.

—¿Por qué no te hace ruido todo esto, Gabriel? ¡No puedo creer que simplemente lo aceptes!

Él soltó un suspiro.

—Solo estás haciéndote las cosas más difíciles.

—Necesito que me apoyes en esto.

—Intento hacerlo.

—¿Ignorando lo que digo?

—Ay, Jane. —Él la rodeó con los brazos, pero ella se mantuvo rígida e inmóvil en el abrazo. —Hemos hecho todo lo posible. Ahora necesitamos volver a casa. Necesitamos seguir con nuestras vidas.

Mientras que Maura no puede hacerlo. De pronto tomó dolorosa con ciencia de todas las sensaciones que Maura jamás volvería a experimentar. Inspirar y exhalar aire frío. La calidez del abrazo de un hombre. Puede que esté lista para volver a casa, pensó. Pero no he terminado de hacer preguntas.

—¡Eh! —gritó una voz desde arriba—. ¿Qué estáis haciendo allí abajo?

Levantaron la vista y vieron a un hombre en el camino.

Gabriel saludó con la mano y respondió:

—¡Estamos subiendo!

La subida era mucho más difícil que la bajada. La nueva acumulación de nieve polvo disimulaba el hielo traicionero y el viento les arrojaba nieve en la cara. Gabriel fue el primero en llegar al camino y Jane subió tras él, respirando agitadamente.

Una camioneta muy usada estaba aparcada al costado del camino. Junto a ella, un hombre de pelo canoso sostenía un rifle apuntado hacia el suelo. Tenía la cara muy curtida, como si hubiera pasado la vida al aire libre en climas extremos y sus botas y chaqueta estaban igualmente gastados. Aunque parecía tener unos setenta y tantos años, su postura era erguida y firme como la de un pino.

—Esa es la escena de un accidente —dijo—. No es un sitio para turistas.

—Lo sabemos, señor —repuso Gabriel.

—También es propiedad privada. Mi propiedad. —El hombre sujetó el rifle con más fuerza. Si bien lo mantenía apuntado hacia el suelo, su postura dejaba en claro que estaba preparado para levantarlo de un segundo al otro. —He llamado a la policía.

—Ay, por el amor de Dios —dijo Jane—. Esto es ridículo.

El hombre la miró con expresión adusta.

—No podéis andar buscando cosas allí.

—No estábamos buscando cosas.

—Anoche tuve que echar a un grupo de adolescentes del barranco.

Estaban buscando suvenires.

—Pertenecemos a las fuerzas del orden —dijo Jane.

El hombre miró con desconfianza el coche de alquiler.

—¿De fuera de la ciudad?

—Una de las víctimas era amiga nuestra. Murió en ese barranco.

Eso pareció sorprenderlo. Se quedó mirándola durante largo rato, como tratando de decidir si creerle. Mantuvo la vista fija en ellos aun cuando un vehículo del Departamento del Sheriff del condado de Sublette tomó la curva y frenó detrás de la camioneta.

Un policía conocido bajó del vehículo. Era el agente Martineau, a quien habían conocido en el doble homicidio de unas noches atrás.

—Hola, Monty —dijo Martineau—. ¿Qué anda pasando por aquí?

—He pillado a esta gente aquí sin autorización, Bobby. Dicen que son agentes del orden.

Martineau miró a Jane y a Gabriel.

—Es cierto, sí.

—¿Qué?

El policía saludó a Jane y a Gabriel con la cabeza.

—Agente Dean ¿verdad? Qué tal, señora. Disculpad el malentendido, pero el señor Loftus ha estado algo preocupado por gente que se ha metido en su propiedad. Sobre todo tras el grupo de adolescentes de anoche.

—¿De dónde conoces a esta gente? —preguntó Loftus, nada convencido.

—Monty, no hay problema con ellos. Los vi en el Circle B cuando vinieron a hablar con Fahey. —Se volvió hacia Jane y Gabriel y su voz se suavizó. —Siento muchísimo lo que le sucedió a vuestra amiga.

—Gracias, agente —respondió Gabriel.

Loftus soltó un gruñido conciliador.

—Entonces supongo que os debo una disculpa. —Les tendió la mano.

Gabriel se la estrechó.

—No hace falta disculparse, señor.

—Es que justo vi el coche y pensé que eran más cazadores de suvenires. Qué muchachos locos, andan con esas bobadas de muerte y vampiros. —Loftus contempló la camioneta carbonizada en el barranco. —No es como cuando yo era niño aquí. Cuando la gente respetaba los derechos de propiedad. Hoy en día cualquiera cree que puede cazar en mi tierra. Me dejan los portones abiertos.

Jane vio la expresión que pasó por la cara de Martineau: Lo he oído decir esto mil veces.

—Y nunca apareces a tiempo para hacer nada al respecto, Bobby —se quejó Loftus.

—Pues estoy aquí ahora ¿no? —protestó Martineau.

—Pasa por mi casa más tarde y te mostraré lo que le han hecho a mi portón. Hay que hacer algo.

—De acuerdo.

—Hablo de hoy, Bobby. —Loftus subió a su camioneta y el motor cobró vida. Con un saludo breve, dijo de mala gana: —Me disculpo de nuevo, gente. —Y se alejó.

—¿Quién ese se tío? —preguntó Jane.

Martineau rió.

—Montgomery Loftus. Su familia solía tener millones de hectáreas en esta zona. El Rancho Doble L.

—Estaba muy molesto con nosotros. Creí que nos iba a hacer volar con ese rifle.

—Últimamente está molesto con todo. Ya sabéis cómo son algunas personas mayores. Siempre se quejan que las cosas no son como eran antes.

Nunca lo son, pensó Jane mientras Martineau volvía a subir a su vehículo. Y tampoco será lo mismo en Boston, sin Maura.

Mientras regresaban en el coche al hotel, Jane miró por la ventana, pensando en la última conversación que había tenido con Maura. Había sido en la morgue; se encontraban junto a la mesa de autopsias y Maura estaba abriendo un cadáver. Había hablado sobre su inminente viaje a Wyoming. Que nunca había estado allí, que tenía esperanzas de ver alces, bisontes y tal vez un lobo o dos. Habían conversado sobre la madre de Jane, y el divorcio de Barry Frost y cómo la vida siempre te sorprendía. Nunca se sabe, había dicho Maura, lo que espera a la vuelta de la esquina.

No, nunca se sabe. No tenías idea de que regresarías desde Wyoming en un ataúd.

Entraron en el aparcamiento del hotel y Gabriel apagó el motor. Por un instante, se quedaron sentados sin hablar. Había tantas cosas para hacer, todavía, pensó Jane. Llamadas telefónicas. Firmar papeles. Organizar el traslado del ataúd. Pensar en todo eso le resultaba agotador. Pero al menos volverían a casa. Con Regina.

—Sé que es solo mediodía —dijo Gabriel—. Pero creo que a ambos nos vendría bien una copa.

Jane asintió.

—Apoyo la moción. —Abrió la puerta y bajó; seguía nevando suavemente. Abrazados con fuerza por la cintura, cruzaron el aparcamiento. Cuánto más difícil habría sido este día sin él, pensó Jane. La pobre Maura ha perdido todo mientras que yo sigo bendecida con este hombre. Bendecida con un futuro.

Entraron en el bar del hotel donde la luz era tan tenue que al principio Jane no vio que Brophy estaba sentado a una de las mesas. Solo cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra lo vio.

No estaba solo.

Sentado con él a la mesa había un hombre que en ese momento se puso de pie; una figura alta y severa vestida de negro. Anthony Sansone era notoriamente solitario y tan maniático sobre su privacidad que casi nunca salía en público. Y sin embargo allí estaba, en el bar de su hotel, visiblemente apenado.

—Debería haberme llamado, detective —dijo Sansone—. Debería haberme pedido ayuda.

—Lo siento —dijo Jane—. No se me ocurrió.

—Maura también era mi amiga. Si hubiera sabido que había desaparecido habría vuelto de Italia en un segundo.

—No hay nada que hubiera podido hacer. Nada que ninguno de nosotros hubiéramos podido hacer. —Miró a Brophy que estaba rígido y callado. Esos dos hombres nunca se habían tenido simpatía, pero allí estaban, en una tregua declarada en honor a la memoria de Maura.

—Mi avión privado espera en el aeropuerto —dijo Sansone—. En cuanto liberen su cuerpo, podremos regresar juntos a Boston.

—Debería ser esta misma tarde.

—Se lo informaré a mi piloto. —Sansone soltó un suspiro lleno de tristeza. —Llámeme cuando sea el momento del traslado. Llevaremos a Maura a casa.

Envueltos en la comodidad del avión privado de Sansone, los cuatro pasajeros viajaban en silencio hacia el este, hacia la noche. Tal vez todos pensaban, como Jane, en la compañera invisible que viajaba en la bodega helada y oscura, dentro de un ataúd. Era la primera vez que Jane volaba en avión. De haberse tratado de cualquier otra ocasión, habría disfrutado de los suaves asientos de cuero, del espacio amplio para las piernas, de los incontables lujos a los que los viajeros sumamente acaudalados estaban habituados. Pero casi no se percató del sabor del bocadillo de carne de delicado y perfecto color rosado que el auxiliar de a bordo le había presentado en un plato de porcelana. Aunque no había almorzado ni cenado, comió con indiferencia, recargando combustible solo porque su cuerpo lo necesitaba.

Daniel Brophy no comió nada. Su bocadillo estaba intacto; él contemplaba la noche, con los hombros encorvados por el peso del dolor. Y de la culpa, también, seguramente. La culpa de saber cómo podrían haber resultado las cosas si él hubiera elegido el amor por encima del deber, a Maura por encima de Dios. Ahora la mujer a la que amaba era carne carbonizada, encerrada en la bodega bajo los pies de todos.

—Cuando regresemos a Boston —dijo Gabriel—, tendremos que tomar decisiones.

Jane miró a su marido y se preguntó cómo lograba mantenerse concentrado en las tareas necesarias. En momentos como ese, recordaba que se había casado con un infante de marina.

—¿Decisiones? —preguntó ella.

—La organización del funeral. Hay que notificar a sus familiares, seguramente tendremos que llamar...

—No tiene familia —dijo Brophy—. Solo está su ma... —Se interrumpió y no terminó la palabra madre. Tampoco pronunció el nombre que todos tenían en mente: Amalthea Lank. Hacía dos años, Maura había buscado a su madre biológica, cuya identidad había sido un misterio para ella. La búsqueda con el tiempo la llevó a una cárcel de mujeres en Framingham. A una mujer culpable de haber cometido crímenes atroces. Amalthea no era una madre que nadie quisiera tener y Maura jamás hablaba de ella.

Daniel repitió, con más firmeza.

—No tiene familia.

Solo nos tenía a nosotros, pensó Jane. Sus amigos. Si bien Jane tenía un marido y una hija, padres y hermanos, Maura tenía pocas relaciones cercanas. Tenía un amante al que veía solo en secreto y amigos que no la conocían realmente. Era una verdad que Jane ahora se veía obligada a reconocer: No la conocía realmente.

—¿Y qué hay del ex marido? —preguntó Sansone—. Creo que sigue viviendo en California.

—¿Victor? —Brophy soltó una risa indignada. —Maura lo detestaba. No querría ni que se acercara al funeral.

—¿Sabemos qué era lo que quería, cuáles eran sus deseos finales? No era religiosa, por lo que supongo que querría una ceremonia secular.

Jane miró a Brophy, que se había puesto rígido. No le parecía que el comentario de Sansone fuera un dardo contra el sacerdote, pero el aire entre ambos hombres parecía haberse cargado súbitamente.

Brophy respondió, tenso:

—Aunque se había apartado de la Iglesia, seguía respetándola.

—Era una científica dedicada, padre Brophy. El hecho de que respetara la Iglesia no significa que creyera en ella. Sin duda le resultaría extraño tener un servicio religioso en su funeral; además, como no creyente, ¿no le estaría vedado un funeral católico, de todos modos?

Brophy apartó la mirada.

—Sí —concedió—. Es la política oficial.

—También está la cuestión de si habría querido que la enterraran o cremaran. ¿Sabemos qué deseaba Maura? ¿Habló alguna vez del tema con usted?

—¿Por qué habría de hacerlo? ¡Era joven! —La voz de Brophy se

quebró de pronto. —¡Cuando tienes cuarenta y dos años, no piensas en cómo quieres que se deshagan de tu cadáver! No piensas en quién invitar o no al funeral. Estás demasiado ocupada con tu vida. —Inspiró hondo y apartó la mirada.

Nadie habló durante largo rato. El único sonido era el ruido constante de los motores del avión.

—Entonces tendremos que tomar esas decisiones por ella —dijo Sansone finalmente.

—¿Tendremos? —dijo Brophy.

—Solo trato de ofrecer ayuda. Y los fondos necesarios, cueste lo que cueste.

—No todo puede comprarse y pagarse.

—¿Eso es lo que cree que estoy tratando de hacer?

—¿Es el motivo por el cual está aquí, no? ¿El motivo por el que llegó con su avión privado y tomó el control de la situación? ¿Porque puede hacerlo?

Jane tocó el brazo de Brophy.

—Daniel. Oye, tranquilo.

—Estoy aquí porque yo también quería a Maura —dijo Sansone.

—Como lo dejó muy en claro delante de ambos.

—Padre Brophy, yo nunca tuve dudas de dónde estaba puesto el afecto de Maura. Nada que yo pudiera hacer ni ofrecerle habría alterado el hecho de que lo amaba a usted.

—Sin embargo, usted siempre aguardaba en las sombras. Esperando una oportunidad.

—Una oportunidad de ofrecerle mi ayuda si es que la necesitaba alguna vez. Ayuda que jamás me pidió en su vida. —Sansone suspiró. —Ojalá lo hubiera hecho. Podría haberla...

—¿Haberla salvado?

—No puedo reescribir la historia. Pero ambos sabemos que las cosas podrían haber sido diferentes. —Miró a Brophy a los ojos. —Podría haber sido más feliz.

Brophy se sonrojó intensamente. Sansone acababa de decir la verdad más cruel, pero era una verdad obvia para cualquiera que conociera a Maura, cualquiera que la hubiera observado en los últimos meses y hubiera visto cómo su cuerpo esbelto se había vuelto todavía más delgado, cómo la tristeza le había apagado la sonrisa. No era la única que sufría; Jane había visto la misma tristeza reflejada en los ojos de Daniel Brophy, sumada a la culpa. Él amaba a Maura, sin embargo le había causado tristeza, un hecho que era todavía más difícil de soportar para él porque era Sansone el que lo había puesto sobre la mesa.

Brophy se incorporó a medias en el asiento, con los puños apretados y Jane lo cogió del brazo.

—¡Basta! —dijo—. ¡Terminadla, ambos! ¿Por qué hacéis esto? No es un concurso para ver quién la amaba más. Todos la queríamos. No importa quién la habría hecho más feliz. Está muerta y no hay manera de cambiar la historia.

Brophy se volvió a hundir en su asiento y la ira abandonó su cuerpo.

—Merecía algo mejor —dijo—. Mejor que yo. —Se volvió hacia la ventanilla, encerrándose en su propia tristeza.

Cuando Jane se disponía a hablarle de nuevo, Gabriel la detuvo.

—Dale un poco de espacio —susurró.

Y Jane lo hizo. Dejó a Brophy con su silencio y sus remordimientos y se unió a su esposo del otro lado del pasillo. Sansone también se levantó y se dirigió a la parte posterior del avión, donde se refugió en sus pensamientos. Durante el resto del viaje permanecieron separados y en silencio; el avión que trasladaba a Maura siguió su curso hacia el este, hacia Boston.

VEINTIDÓS

Ay, Maura, si estuvieras aquí para ver esto.

Jane estaba afuera de la entrada de la Iglesia Episcopal Emmanuel y observaba como un flujo constante de deudos llegaban para despedir a la doctora Maura Isles. Maura se sorprendería ante tanto alboroto. Se sentiría impresionada y tal vez también un poco avergonzada. Nunca le había gustado ser el centro de atención. Jane reconocía a muchas de esas personas porque provenían del mismo mundo que Maura y ella habían habitado, un mundo que giraba alrededor de la muerte. Divisó a los doctores Bristol y Costas de la Oficina de Medicina Forense y saludó en voz baja a la secretaria de Maura, Louise y a su asistente de la morgue, Yoshima. Había policías, también; el compañero de Jane, Barry Frost, así como gran parte de la unidad de homicidios; todos conocían bien a la mujer a la que en privado llamaban La Reina de los Muertos. Una reina que ahora había entrado en ese reino.

Pero el hombre a quien Maura amaba más que a nadie no estaba allí y Jane comprendía por qué. Daniel Brophy, sumido en el más profundo de los duelos, estaba recluido y no asistiría a los servicios; se había despedido en privado de Maura; soportar su dolor en público era más de lo que cualquiera podía pedirle.

—Es mejor que nos sentemos —dijo Gabriel con suavidad—. Están a punto de comenzar.

Jane siguió a su esposo por el pasillo central hacia la primera fila. El cajón cerrado se elevaba delante de ella, enmarcado por enormes floreros con lirios. Anthony Sansone no había reparado en gastos y la superficie de caoba del féretro era tan lustrosa que Jane podía ver su imagen reflejada en la madera.

Entró el sacerdote oficiante, no Brophy, sino la reverenda Gail Harriman de la Iglesia Episcopal. Maura habría apreciado el hecho de que una mujer llevara a cabo el servicio en su memoria. Le habría gustado también esa iglesia, conocida por su política abierta de recibir a todos. Maura no había creído en Dios, pero sí en el compañerismo, y habría aprobado.

Cuando la reverenda Harriman comenzó a hablar, Gabriel tomó la mano de Jane. Ella sintió que se le cerraba la garganta y se esforzó por contener lágrimas humillantes. Durante los cuarenta minutos de homilías, himnos y palabras recordatorias, se apoyó, muy tiesa contra

el respaldo del asiento, apretó los dientes y trató de mantener el control. Cuando por fin el servicio terminó, seguía con los ojos secos, pero le dolían todos los músculos como si acabara de salir del campo de batalla.

Los seis portadores del féretro –entre los cuales estaban Gabriel y Sansone- se pusieron de pie y avanzaron en lenta procesión por el pasillo hasta el coche fúnebre que aguardaba afuera. Mientras los otros asistentes salían de la iglesia, Jane no se movió. Se quedó en su asiento, imaginando el viaje final de Maura. El trayecto solemne hasta el crematorio. El ataúd deslizándose dentro de las llamas. La conversión final de huesos en cenizas.

No puedo creer que no volveré a verte.

Sintió que sonaba su móvil. Durante la ceremonia, había apagado el sonido y la repentina vibración contra el cinturón fue un sorprendente recordatorio de que el deber seguía requiriendo su atención.

La llamada provenía de un código de área de Wyoming.

—Habla la detective Rizzoli —dijo en voz baja.

Era Queenan del otro lado de la línea.

—¿El nombre Elaine Salinger le dice algo? —preguntó.

—¿Debería?

—O sea que no lo ha escuchado antes.

Ella suspiró.

—Estoy en el servicio fúnebre de Maura. Me temo que no capto el propósito de esta llamada.

—Acaban de denunciar la desaparición de una mujer llamada Elaine Salinger. Tenía que regresar a su trabajo en San Diego ayer, pero no volvió de sus vacaciones. Y no abordó el vuelo desde Jackson Hole.

San Diego. Douglas Comley era también de San Diego.

—Resulta que se conocían —prosiguió Queenan—. Elaine Salinger, Arlo Zielinski y Douglas Comley. Eran amigos y todos tenían reservado el mismo vuelo de regreso.

Jane sintió los latidos de su corazón en los oídos. Una imagen le vino a la mente de pronto, el pedazo de tarjeta de embarque rota que había recogido en el barranco. El papel con una parte del apellido del pasajero: inger.

Salinger.

—¿Qué aspecto tenía esta mujer? —preguntó Jane—. ¿Edad, estatura?

—Pasé la última hora averiguando eso mismo. Elaine Salinger tiene

treinta y nueve años. Un metro sesenta y siete, cincuenta y cuatro kilos. Pelo castaño.

Jane se puso de pie de un salto. La iglesia no se había vaciado todavía y tuvo que abrirse paso entre los más rezagados; corrió por el pasillo hacia la salida. Llegó a la puerta justo cuando el coche fúnebre se alejaba.

—¡Detenedlo! —gritó.

Gabriel se volvió hacia ella.

—¿Jane?

—¿Cómo se llama la empresa fúnebre? ¿Alguien lo sabe?

Sansone levantó la vista, perplejo.

—Yo organicé todo. ¿Cuál es el problema, detective?

—Llámelos ahora mismo. Dígales que no pueden cremar el cuerpo.

—¿Por qué ¿

—Hay que llevarlo a la morgue.

El doctor Abe Bristol contemplaba el cuerpo recubierto por una sábana pero no hacía movimiento alguno para descubrirlo. Por ser un hombre que pasaba sus días laborales abriendo cadáveres, se veía perturbado por la idea de tener que quitar la tela. La mayoría de las personas presentes en la sala de autopsias eran veteranos de múltiples escenas del crimen, sin embargo todos estaban amilanados por lo que había debajo de esa tela. Solo Yoshima había visto el cadáver hasta ese momento, cuando le había tomado las radiografías. Ahora se mantenía lejos de la mesa, como si hubiera quedado tan traumatizado que no quería saber más nada con el procedimiento.

—Esta es una autopsia que realmente no quiero hacer —dijo Bristol

—Alguien tiene que examinar este cadáver. Alguien tiene que darnos una respuesta definitiva.

—El problema es que no sé si la respuesta va a ser de vuestro agrado.

—Ni siquiera la ha visto todavía.

—Pero puedo ver las radiografías. —Señaló las placas de cráneo, columna y pelvis que Yoshima había colgado de la caja de luz. — Puedo deciros que son plenamente consistentes con una mujer de la estatura y edad de Maura. Y esas fracturas son precisamente lo que se vería en lesiones sufridas por un pasajero sin cinturón de seguridad.

—Maura siempre usaba el cinturón —dijo Jane—. Era obsesiva al respecto. Usted la conocía, sabe cómo era. — Era. No puedo dejar de usar el tiempo pasado. No puedo creer del todo que este examen vaya a cambiar algo.

—Es cierto —dijo Bristol—. Es muy poco característico de ella que no se haya puesto el cinturón. —Se colocó los guantes y a regañadientes, retiró la sábana.

Aun antes de ver el cadáver, Jane dio un paso atrás, con la mano contra la nariz para no inspirar el olor a carne quemada. Se volvió, haciendo arcadas, y vio la cara de Gabriel. Él, al menos, parecía estar resistiendo, pero la mirada de espanto en sus ojos era inconfundible. Jane se obligó a regresar hacia la mesa. A ver el cadáver que había creído que pertenecía a Maura.

No era la primera vez que veía restos carbonizados. En una oportunidad había presenciado las autopsias de tres víctimas de incendio intencional, dos niñitos y su madre. Recordaba los tres cadáveres sobre las mesas, con las piernas flexionadas y los brazos hacia adelante como boxeadores preparándose para una pelea. La mujer que vio ahora estaba congelada en esa misma pose pugilística, con los tendones contraídos por el calor intenso.

Jane dio un paso más hacia la mesa y bajó la mirada hacia lo que debería haber sido una cara. Trató de buscar algo –cualquier cosa- que le resultara familiar, pero solo vio una máscara irreconocible de carne carbonizada.

Alguien contuvo una exclamación detrás de ella; Jane se volvió y vio a Louise, la secretaria de Maura, en la puerta. Louise rara vez entraba en la sala de autopsias y Jane se sorprendió de verla allí, tan tarde en el día, además. La mujer vestía su abrigo invernal y tenía el pelo canoso despeinado y salpicado de copos de nieve.

—Es mejor que no te acerques más, Louise —dijo Bristol.

Pero era demasiado tarde. Louise ya había visto el cadáver quedó paralizada, demasiado horrorizada como para avanzar.

—Doctor... doctor Bristol...

—¿Qué pasa?

—Me preguntó sobre su dentista, el que atendía a la doctora Isles. De pronto recordé que me había pedido que le tomara una cita con él, así que revisé el calendario. Fue hace unos seis meses.

—¿Encontraste el nombre del dentista?

—Aún mejor. —Louise extendió un sobre de papel manila. —Tengo sus radiografías dentales. Cuando le expliqué por qué las necesitábamos, me dijo que fuera directamente con el coche a retirarlas.

Bristol atravesó la sala con unas pocas zancadas y le arrebató el sobre a Louise. Yoshima ya estaba desenganchando las radiografías de cráneo de la caja de luz; las películas vibraban ruidosamente a medida que las arrancaba de los broches para hacer sitio.

Bristol sacó las radiografías dentales del sobre. No eran panorámicas tomadas en la morgue, sino radiografías pequeñas de la mordedura que se veían diminutas en las manos enormes de Bristol. Mientras él las abrochaba contra la caja, Jane vio el nombre de la paciente en la etiqueta.

ISLES, MAURA.

—Estas radiografías son de los últimos tres años —observó Bristol. Y tenemos mucho material útil para la identificación. Coronas de oro en los molares inferiores derecho e izquierdo. Un tratamiento de conducto antiguo aquí...

—Yo tomé las panorámicas de este cadáver —dijo Yoshima—. Hojeó las placas que había tomado del cadáver carbonizado. —Aquí están. —Las colocó contra la caja junto a las de la mordida de Maura.

Todos se acercaron. Por un instante, nadie dijo una palabra mientras las miradas pasaban de unas radiografías a otras.

Entonces Bristol dijo:

—Creo que está bastante claro. —Se volvió a Jane. —El cadáver que está sobre esa mesa no es de Maura.

El aire salió despedido de los pulmones de Jane. Yoshima se apoyó contra una encimera, como si estuviera demasiado débil como para sostenerse.

—Si este cadáver pertenece a Elaine Salinger —dijo Gabriel—, entonces seguimos frente a la misma pregunta de antes: ¿Dónde está Maura?

Jane sacó el móvil y marcó un número.

Sonó tres veces y una voz respondió:

—Detective Queenan.

—Maura Isles sigue desaparecida —dijo Jane—. Regresamos a Wyoming.

VEINTITRÉS

Maura despertó con el chisporroteo de madera encendida. La luz del fuego bailaba sobe sus párpados cerrados; podía oler el aroma dulce de melaza y panceta; el olor del cerdo con judías burbujeaba por encima del fogón. Aunque ella estaba completamente inmóvil, su captor intuyó que ya no dormía. Sus botas se acercaron y su sombra bloqueó la luz del fuego cuando se inclinó por encima de Maura.

—Es mejor que comas —gruñó y empujó una cucharada de judías hacia ella.

Maura se volvió, asqueada por el olor.

—¿Por qué haces esto? —susurró.

—Trato de mantenerte viva.

—Hay un hombre en el caserío. Necesita ir al hospital. Tienes que dejar que lo ayude.

—No puedes.

—Desátame. Por favor.

—Escaparás. —Se dio por vencido con tratar de hacerla comer y se metió la cucharada de judías en la boca. Maura contempló la cara que la miraba desde arriba. Iluminadas desde atrás por el fuego, sus facciones eran invisibles. Lo único que veía era el contorno de su cabeza, aterradoramente enorme dentro de la capucha forrada con piel. En algún sitio entre las sombras, un perro gimió y rasguñó el suelo con las garras. El animal se acercó y Maura olió su aliento caliente, sintió que le lamía la cara. Era un perro enorme, una figura peluda y lobuna y aunque parecía amistoso, ella se echó hacia atrás para esquivar sus atenciones.

—Oso te tiene simpatía. La mayoría de la gente no le cae bien.

—Tal vez te está diciendo que soy buena persona —respondió Maura—. Y que deberías dejarme ir.

—Es demasiado pronto. —Él se volvió y se acercó al fuego. Comió a cucharadas del cazo con hambre feroz. Velado por el humo, parecía una criatura primitiva agazapada a la luz de una fogata de la antigüedad.

—¿Qué quieres decir con demasiado pronto? —preguntó ella.

Él siguió comiendo ruidosamente, concentrado nada más que en llenarse la barriga. Era un animal; olía a sudor y a humo; era tan civilizado como el perro. Maura tenía las muñecas lastimadas por la cuerda y el pelo estaba enmarañado y lleno de pulgas. Durante días había estado tosiendo y respirando ruidosamente en el humo que colgaba espeso en el refugio. Se estaba sofocando, mientras que esa

criatura mugrienta se llenaba la boca de comida tranquilamente, sin que le importara si ella vivía o moría.

—¡Maldito seas! —dijo Maura—. ¡Suéltame!

El perro emitió un gruñido bajo y se acercó a su amo.

La figura que estaba agazapada junto al fuego se volvió lentamente hacia ella y en la sombra sin facciones de su cara, Maura imaginó los peores males que le eran más aterradores todavía porque no podía verlos. En silencio, él buscó dentro de su mochila. Cuando ella vio lo que sacó, se inmovilizó. El reflejo del fuego hizo relucir la hoja y arrojó ondas de sombras sobre el borde dentado. Un cuchillo de caza. En la mesa de autopsias había visto lo que un arma como esa podía hacerle a la carne humana. Había hurgado dentro de la piel desgarrada, había utilizado una regla para medir las heridas que desgarraban músculos, tendones y en ocasiones, hasta hueso. Contempló la hoja que se cernía sobre ella y frunció la cara cuando él bajó el cuchillo.

Con un movimiento rápido, cortó la cuerda que le ataba las muñecas, luego le liberó los tobillos. La sangre fluyó a las manos de Maura. Gateando, se alejó hacia un rincón en sombras. Allí se quedó acurrucada, respirando agitadamente, sintiendo el corazón acelerado ante el inusitado esfuerzo. Durante días había estado atada; solo le permitía levantarse cuando necesitaba utilizar el balde. Se sentía mareada y débil y el refugio parecía moverse como un barco sobre el mar embravecido.

Él se acercó hasta quedar justo delante de ella; olía a lana mojada. Hasta ese momento, su cara había estado en sombras; ahora Maura pudo ver mejillas delgadas manchadas con hollín, una mandíbula carente de barba. Ojos hundidos, hambrientos. Contempló esa cara enjuta y llegó a una sorprendente conclusión: No era más que un niño, como mucho de dieciséis años. Pero un chico con el tamaño y la fuerza para matarla con un solo golpe de cuchillo.

El perro se acercó a su amo y recibió como recompensa una palmadita en la cabeza. El chico y el perro estudiaban atentamente a la criatura extraña que habían capturado en el camino.

—Tienes que dejarme ir —dijo Maura—. Deben de estar buscándome.

—Ya no. —El chico guardó el cuchillo en el cinturón y regresó al fuego. Se estaba apagando y ya el frío había comenzado a colarse en el refugio. Arrojó otro leño y las llamas comenzaron a bailar en el círculo de piedras. La luz más intensa permitió que Maura distinguiera más detalles del cuchitril en el que había estado prisionera. ¿Cuántos días he estado aquí? No lo sabía. No había ventanas y no podía ver si afuera era de día o de noche. Las paredes eran de troncos toscos sellados con barro seco. Un camastro de ramitas cubierto con mantas

funcionaba como cama para él. Junto al fuego había una única olla y latas de comida apiladas en una pulcra pirámide. Maura vio un envase de crema de cacahuete que le resultó familiar. Era el que había tenido ella en su mochila.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Maura—. ¿Qué quieres de mí?

—Estoy tratando de ayudarte.

—¿Arrastrándome aquí? ¿Manteniéndome prisionera?.— No pudo evitar soltar una risa cargada de desdén. —¿Estás loco?

Él entornó los ojos y la miró con tanta oscura intensidad que ella se preguntó si no habría ido demasiado lejos.

—Te he salvado la vida.

—Me estarán buscando. Y lo seguirán haciendo durante todo el tiempo que sea necesario. Si no me dejas ir...

—Nadie te está buscando, señora. Porque estás muerta.

Sus palabras, dichas con tanta calma, la helaron hasta la médula. Estás muerta. Por un instante demencial y desorientador, pensó que tal vez era cierto, que estaba muerta. Que ese era su infierno, su castigo, atrapada para siempre en un sitio gélido e inhóspito de su propia creación con este extraño compañero que era mitad chico mitad hombre. Él observaba su confusión en un silencio espectral, sin decir nada.

—¿Qué quieres decir? —susurró Maura.

—Han encontrado tu cuerpo.

—Pero si estoy aquí. Si estoy viva.

—Eso no es lo que ha dicho la radio. —El chico arrojó otro leño al fuego y las llamas se elevaron, llenando el refugio de un humo que la hacía llorar y le hacía arder la garganta. Luego fue hacia un rincón donde se agachó junto a una pila oscura de ropa y mochilas. Revolvió la pila y sacó una pequeña radio. La encendió y oyeron una música metálica, cargada de estática. Una canción de estilo country, cantada por una mujer que hablaba de amor y traición. Él le alcanzó la radio. —Espera a que den las noticias.

Pero Maura estaba mirando la pila de pertenencias en el rincón. Vio su propia mochila, la que había tenido en la espalda cuando abandonó el valle. Y vio otra cosa que la sorprendió.

—Te llevaste el bolso de Elaine. —dijo—. Eres un ladrón.

—Quería saber quién estaba en el valle.

—Las huellas de las raquetas de nieve eran tuyas. Nos estabas vigilando.

—He estado esperando que volviera alguien. Vi vuestro fuego.

—¿Por qué no viniste a hablar con nosotros? ¿Por qué esconderte?

—No sabía si erais su gente. Si estabais con ellos.

—¿Con quién?

—La Congregación —dijo él en voz baja.

Maura recordaba las palabras estampadas en dorado sobre la Biblia de cuero: Palabras de Nuestro Profeta. La Sabiduría de La Congregación. Recordó, también, el retrato que colgaba en todas las casas. Una de su gente, había dicho el chico. El profeta.

La canción country había terminado. Ambos se volvieron hacia la radio cuando se oyó la voz del locutor.

—Estamos recibiendo más información sobre el coche que se incendió en Skyview Road. Cuatro turistas murieron la semana pasada cuando su camioneta Suburban alquilada salió del camino y cayó a un barranco de quince metros. Los nombres de las víctimas han sido identificados; se trataba de Arlo Zielinski y el doctor Douglas Comley de San diego, así como también la hija de trece años del doctor Comley, Grace. La cuarta víctima era la doctora Maura Isles de Boston. Los doctores Isles y Comley habían venido a la ciudad para una conferencia médica. El accidente pudo haberse debido a la mala visibilidad durante la tormenta del sábado y al hielo en los caminos.

El chico apagó la radio.

—¿Eres tú, verdad? Eres la doctora de Boston. —Buscó dentro de la mochila de Maura y sacó su cartera. —Encontré tu licencia de conducir.

—No comprendo —murmuró Maura—. Ha habido un error terrible. No están muertos. Estaban vivos cuando los dejé. Grace, Elaine y Arlo, estaban vivos.

—Piensan que ella eres tú. —Señaló el bolso de Elaine.

—¡No hubo ningún accidente! ¡Y Doug salió esquiando hace días!

—Nunca llegó.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya oíste lo que dijo la radio. Lo atraparon antes de que pudiera salir de la montaña. Nadie salió con vida, salvo tú. Y eso solamente gracias a que no estabas allí cuando vinieron.

—¡Pero venían a rescatarnos! Escuché que subía una máquina quita nieve por el camino. Justo antes de que tú... —Repentinamente mareada, dejó caer la cabeza entre sus rodillas. Esto está mal, está todo mal. El chico le estaba mintiendo. Quería confundirla, asustarla, para que se quedara con él. ¿Pero cómo podía equivocarse también la radio? Una camioneta Suburban incendiada con cuatro pasajeros muertos, había dicho el informe de noticias.

Una de las víctimas era la doctora Maura Isles de Boston.

Le dolía la cabeza, una consecuencia del golpe que le había dado el muchacho para callarla. El último recuerdo que tenía antes del golpe era el de la mano de él sobre su boca mientras ella pateaba y movía los brazos. Él la había arrastrado fuera del camino, fuera de la luz del sol, hacia la penumbra de los árboles.

Allí, en el bosque, el recuerdo terminaba súbitamente.

Se llevó las manos a las sienes, tratando de pensar más allá del dolor, tratando de comprender todo lo que había oído. Debo de estar teniendo alucinaciones, pensó. Tal vez me golpeó tan fuerte que me rompió un vaso sanguíneo. Tal vez una hemorragia me está aplastando el cerebro. Por eso nada de esto tiene sentido. Tengo que concentrarme. Tengo que enfocarme en lo que sí sé, en lo que tengo la certeza de que es verdad. Sé que estoy viva. Sé que Elaine y Grace no murieron en un accidente automovilístico. La radio se equivoca. El chico miente.

Con movimientos lentos, intentó ponerse de pie. El chico y el perro la miraban; tenía tan poca estabilidad como un ternero recién nacido. La puerta tosca estaba a unos pocos pasos de distancia, pero tras varios días de confinamiento, Maura sentía las piernas débiles e inestables. Si trataba de huir, sabía que no podría ser más rápida que ellos.

—No te conviene marcharte, de verdad —dijo el chico.

—No puedes tenerme prisionera.

—Si te marchas, te encontrarán.

—¿Pero no vas a impedírmelo?

Él suspiró.

—No puedo, señora. Si no quieres que te salve... —Bajó la mirada hacia el perro, como buscando su consuelo. El animal intuyó la angustia de su amo y gimió y le lamió la mano.

Maura avanzó de a centímetros hacia la puerta, esperando que el chico la detuviera, pero él permaneció inmóvil cuando ella la abrió y salió a la noche oscura como el alquitrán. Cayó en la nieve que le llegaba hasta los muslos. Tras levantarse con esfuerzo, se encontró en la negrura absoluta del bosque. Detrás de ella, el fuego ardía acogedoramente del otro lado de la puerta abierta. Al mirar hacia atrás, Maura vio al chico de pie allí, observándola; la luz del fuego le recortaba la silueta de los hombros. Miró hacia adelante, hacia los árboles, dio dos pasos y se detuvo. No sé dónde estoy ni dónde voy. No sé qué me espera en ese bosque. No se veía ni un camino ni un vehículo, nada excepto los árboles claustrofóbicos que rodeaban esa mísera pocilga. Seguramente El Reino Celestial debía de estar a poca distancia. ¿Cuanto de lejos podía haberla arrastrado un muchachito mal alimentado?

—Son cincuenta y cinco kilómetros hasta el pueblo más cercano —dijo él.

—Regresaré al valle. Allí es donde me buscarán.

—Te perderás antes de llegar.

—Tengo que encontrar a mis amigos.

—¿A oscuras?

Maura miró a su alrededor: árboles y oscuridad.

—¿Dónde coño estoy? —exclamó, presa de frustración.

—A salvo, señora.

Maura lo enfrentó. Sintiéndose más estable ya, avanzó hacia él, diciéndose que era solo un chico, no un hombre. Lo hacía parecer menos amenazador.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El muchacho guardó silencio.

—Ni siquiera vas a decirme tu nombre.

—No tiene importancia.

—¿Qué haces aquí solo? ¿No tienes familia?

Él inspiró y soltó un suspiro pesado.

—Ojalá supiera dónde están.

Maura parpadeó; el viento le soplaba nieve dentro de los ojos. Levantó la mirada y vio que comenzaba a novar, copos finos como polvo. Le caían sobre la cara como agujas. El perro salió de la pocilga y cruzó por la nieve para lamer la mano de Maura. Su lengua le dejó huellas gruesas que se enfriaron sobre su piel. Parecía estar pidiendo que lo acariciara, por lo que Maura apoyó la mano sobre su grueso pelaje.

—Si quieres morir congelada allí fuera —dijo el chico— no puedo impedírtelo. Pero yo voy a entrar. —Miró al perro. —Ven, Oso.

El perro se inmovilizó súbitamente. Maura sintió que al animal se le tensaban todos los músculos y se le erizaba el pelo del cuello. Oso se volvió hacia los árboles y emitió un gruñido; Maura se estremeció.

—¿Oso? —dijo el chico.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maura—. ¿Por qué se ha puesto así?

—No lo sé.

Ambos escudriñaron la noche, tratando de ver qué había alarmado al animal. Se escuchaba el viento, el susurro de los árboles, pero nada más.

El chico comenzó a abrocharse las raquetas de nieve.

—Vuelve adentro —dijo. Luego se alejó hacia el bosque seguido por el perro.

Maura vaciló solo unos segundos. De haber esperado más, habría quedado demasiado atrás como para verlos en la oscuridad. Con el corazón a toda velocidad, los siguió.

Al principio no los veía, pero escuchaba el ruido de las raquetas de nieve y del perro moviéndose entre la vegetación. A medida que iba metiéndose más en la espesura del bosque, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y comenzó a distinguir más detalles. Los troncos altos de los pinos. Las dos figuras en movimiento delante de ella; el chico avanzaba a zancadas, el perro, a saltos por la nieve. Por entre los árboles, vio algo más: un tenue brillo anaranjado entre los copos que caían.

Olió humo.

Le temblaban las piernas por el esfuerzo de seguirlos, pero continuó avanzando, temiendo quedarse atrás, sola y perdida. El chico y el perro parecían incansables y no se detenían, cubrían lo que a ella le parecía una distancia interminable mientras que ella se iba retrasando cada vez más. Pero ya no los perdería, porque veía hacia dónde se dirigían. Los tres parecían atraídos por ese brillo que se hacía cada vez más intenso.

Cuando por fin los alcanzó, el chico estaba muy quieto, de espaldas a ella, con la mirada fija en el valle.

Muy abajo, el poblado de El Reino Celestial ardía en llamas.

—Ay Dios mío —susurró Maura—. ¿Qué ha sucedido?

—Han regresado. Sabía que volverían.

Maura contempló las dos filas de llamas, ordenadas y constantes como fogatas militares. Esto no ha sido ningún accidente, pensó. Esas llamas no se han pasado de techo en techo. Alguien había incendiado intencionalmente las casas.

El muchacho se acercó al borde del risco, tan cerca del barranco que por un instante de pánico, Maura creyó que iba a saltar. Miraba fijamente hacia abajo, hipnotizado por la destrucción de El Reino Celestial. El poder seductor del fuego también había atrapado la mirada de Maura. Imaginó las llamas lamiendo las paredes de la casa donde se había refugiado, convirtiendo todo en cenizas. Los copos de nieve se le derretían sobre las mejillas y se mezclaban con sus lágrimas. Lágrimas por Doug y Arlo, por Elaine y por Grace. Solo ahora, al contemplar las llamas, creyó verdaderamente que estaban muertos.

—¿Por qué los matarían? —susurró—. Grace tenía solo trece años, era una niña. ¿Por qué?

—Hacen cualquier cosa que él quiera.

—¿Cualquier cosa que quién quiera?

—Jeremías. El Profeta. —En boca del chico, las palabras sonaban más como una maldición que como un nombre.

—El hombre del retrato —murmuró Maura.

—Y él congregará a los justos. Y los guiará al infierno.

El muchacho se quitó la capucha forrada con piel y en la penumbra, Maura pudo ver su perfil, su mandíbula tensa de furia.

—¿De quién eran esas casas? —preguntó—. ¿Quién vivía en El Reino Celestial?

—Mi madre. Mi hermana. —La voz del chico se quebró y él agachó la cabeza en señal de duelo por un poblado al que las llamas se estaban devorando. —Las elegidas.

VEINTICUATRO

Cuando Jane, Gabriel y Sansone detuvieron el coche en el lugar del accidente, se encontraron con que el equipo de búsqueda ya los estaba esperando al costado del camino. Jane reconoció al Sheriff Fahey y al agente Martineau, y también al malhumorado Montgomery Loftus, dueño de las tierras; el hombre los saludó con un movimiento de cabeza. Por lo menos esta vez no tenía un rifle.

—¿Habéis traído las cosas? —preguntó Fahey.

Jane levantó una bolsa.

—Sacamos varias cosas de su casa. Hay fundas de almohadas y algunas prendas que estaban en la cesta de ropa para lavar. Debería ser suficiente para que capten el olor.

—¿Podemos quedarnos con las prendas?

—Sí. Durante el tiempo que se necesite para encontrarla.

—Este es el sitio más lógico donde comenzar. —Fahey le entregó la bolsa al agente Martineau. — Si ha logrado sobrevivir al accidente y ha comenzado a caminar, tal vez puedan captar su olor allí abajo.

Jane y Gabriel se acercaron al borde del camino para mirar hacia el barranco. La camioneta Suburban destruida seguía allí, carbonizada y cubierta de nieve. Jane no imaginaba cómo alguien podría haber sobrevivido al accidente, mucho menos alejarse caminando de allí. Pero el equipaje de Maura había estado en el vehículo, así que era lógico suponer que la propia Maura había estado dentro del coche cuando cayó al vacío. Jane trató de imaginar cómo podría haberse producido ese milagro de supervivencia. Tal vez Maura había salido despedida del vehículo con anterioridad y había caído sobre nieve blanda, lo que la había salvado de la incineración. Tal vez se había alejado del coche, aturdida y con amnesia. Jane contempló el terreno accidentado; no se sentía optimista respecto de las posibilidades de encontrar viva a Maura. Por ese motivo no le había informado a Daniel Brophy que regresaban a Wyoming. Aun si hubiera podido penetrar el muro de reclusión tras el que él se había refugiado, Jane no podía ofrecerle la esperanza de un resultado diferente, ninguna posibilidad de que esa nueva búsqueda cambiara la respuesta final. Si Maura había estado en esa camioneta, era casi seguro que había muerto. Y lo único que tenían que hacer era encontrar su cuerpo.

Los perros y los buscadores comenzaron a descender hacia los restos del vehículo; tras pocos pasos se detenían para que los perros olieran la zona, buscando el olor que los habían entrenado para seguir. Sansone iba con ellos, pero se mantenía aparte, como si fuera

consciente de que el equipo lo consideraba un intruso. Y no era de extrañarse de que así fuera. Era un hombre de pocas sonrisas, una figura oscura e inaccesible de la que parecían colgar tragedias pasadas como si fueran una capa.

—¿Ese tío es sacerdote, también?

Jane se volvió; Loftus estaba junto a ella, ceñudo, mirando a los invasores en su propiedad.

—No, es un amigo —dijo.

—El agente Martineau me contó que vinisteis con un sacerdote la última vez. Y ahora este tío. ¡Já! —gruñó Loftus—. Amiguitos interesantes, tenía esa mujer.

—Maura era una persona interesante.

—Eso escuché. Pero todos terminamos del mismo modo. —Se bajó el sombrero sobre los ojos, saludó a Jane y a Gabriel con la cabeza y regresó a su camioneta, dejándolos solos al costado del camino.

—Será muy duro para él cuando encuentren el cadáver —comentó Gabriel, con la mirada fija en Sansone.

—Piensas que está allí abajo.

—Tenemos que estar preparados para lo inevitable. —Observó cómo Sansone descendía con paso firme por el barranco. —Está enamorado de ella ¿verdad?

Jane soltó una risa triste.

—¿Te parece?

—Sean cual fueren los motivos por los que vino, me alegro de que lo haya hecho. Nos ha facilitado muchísimo todo.

—Suele suceder cuando hay dinero. —El avión privado de Sansone los había llevado directamente de Boston a Jackson Hole, ahorrándoles el trabajo de ponerse a buscar vuelos, esperar en las filas de seguridad y llenar los documentos necesarios para poder transportar sus armas. Sí, el dinero facilitaba las cosas. Pero no te hace más feliz, pensó Jane, mirando a Sansone, que inmóvil junto a los restos de la camioneta, se veía sombrío como un deudo.

Los perros rastreadores trazaban círculos cada vez más grandes alrededor del vehículo; era evidente que no estaban olfateando el rastro. Cuando por fin Martineau y Fahey comenzaron a regresar por el sendero, llevando la bolsa con las pertenencias de Maura, Jane comprendió que se habían dado por vencidos.

—¿No olieron nada? —preguntó Gabriel cuando los dos hombres subieron al camino, respirando agitadamente.

—Nada. —Martineau arrojó la bolsa dentro de su vehículo y cerró la puerta con fuerza.

—¿Habrá pasado demasiado tiempo? —preguntó Jane—. Tal vez el rastro se ha disipado.

—Uno de esos perros está entrenado para buscar cadáveres, pero él

tampoco mostró ninguna reacción. El entrenador piensa que el problema principal es el fuego. El olor de la gasolina y el humo les abruma el olfato. Y luego está la intensa nevada. —Dirigió la mirada al equipo de búsqueda que comenzaba a subir hacia ellos. —Si ella está allí abajo, no creo que vayamos a encontrarla hasta la primavera.

—¿Se da por vencido? —preguntó Jane.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Los perros no huelen nada.

—¿Entonces dejamos su cadáver allí? ¿Para que lo encuentren los carroñeros?

Fahey reaccionó al comentario con un suspiro cansado.

—¿Dónde sugiere que comencemos a cavar, señora? Indíquenos el sitio y comenzaremos. Pero tiene que aceptar el hecho de que esto es ahora una recuperación y no un rescate. Aun si hubiera sobrevivido al accidente, no habría sobrevivido al clima después de tantos días.

Los buscadores subieron al camino y Jane vio caras enrojecidas, expresiones abatidas. Los perros parecían igualmente desanimados, ninguno movía la cola.

El último en subir fue Sansone y se veía más lúgubre que el resto.

—No les dieron suficiente tiempo —dijo.

—Aun si los perros la hubieran encontrado —dijo Fahey en voz baja—. El resultado no cambiaría.

—Pero al menos lo sabríamos. Tendríamos un cadáver para enterrar —respondió Sansone.

—Sé que es difícil de aceptar el hecho de no poder darle un cierre. Pero aquí en estos parajes, señor, a veces es lo que sucede. Los cazadores sufren ataques cardíacos. Los senderistas se pierden. Las avionetas se caen. A veces pasan meses hasta que encontramos los restos, incluso años. La Madre Naturaleza decide cuándo entregarlos. —Fahey levantó la mirada cuando comenzó a nevar otra vez; caían copos secos como de talco. —Y no está lista para entregar este cuerpo. Hoy no.

Tenía dieciséis años, y era nacido y criado en Wyoming; se llamaba Julian Henry Perkins. Pero solo los adultos –sus maestros, sus padres adoptivos y su asistente social- lo habían llamado así. En la escuela, en un buen día, sus compañeros lo llamaban Juliana. En un mal día, le decían Gili Pollana. Detestaba su nombre, pero era lo que su madre había elegido para él tras ver una película en la que el héroe se llamaba Julian. Era típico de su mamá hacer cosas disparatadas como ponerle a un hijo un nombre que nadie usaba. O dejar a Julian y a su hermana con el abuelo cuando se fugó con un baterista. O aparecerse diez años más tarde para recuperar a sus hijos tras haber descubierto el verdadero significado de la vida con un profeta llamado Jeremías Goode.

El muchacho le contó todo eso a Maura mientras descendían lentamente la ladera hacia el valle, con el perro jadeando tras ellos. Había pasado un día desde que habían visto arder El Reino Celestial; solo ahora al chico le había parecido seguro bajar al valle. Había enganchado a las botas de Maura unas raquetas de nieve caseras que había fabricado con herramientas que había cogido de algunas casas sin llave del pueblo de Pinedale. Maura pensó en hacerle ver que eso era robar y no buscar un tesoro, pero le pareció que él no apreciaría la diferencia.

—¿Entonces cómo quieres que te llame, si no te gusta el nombre Julian? —preguntó Maura mientras caminaban por la nieve hacia El Reino Celestial.

—Me da igual.

—A la mayoría de la gente le importa cómo se llama.

—No veo por qué las personas necesitan nombres.

—¿Por eso me sigues diciendo señora?

—Los animales no usan nombres y se llevan muy bien. Mejor que la mayoría de la gente.

—Sí, pero no puedo seguir diciéndote Eh, tú.

Siguieron caminando un rato; las raquetas crujían sobre la nieve; el chico iba adelante, una figura andrajosa en el paisaje blanco, con el perro pisándole los talones. Y allí estaba ella, siguiendo de buena gana a esas dos criaturas salvajes y sucias. Tal vez sufría el síndrome de Estocolmo; fuera lo que fuere, había renunciado a la idea de escapar del chico. Dependía de él para alimentarse y estar a salvo y con excepción del primer golpe en la cabeza aquel día, cuando había estado desesperado por mantenerla en silencio, no había vuelto a lastimarla. De hecho, ni siquiera había intentado tocarla. Así que Maura se había asentado en su rol de prisionera a medias y huésped a medias y en ese rol, lo había seguido al valle.

—Rata —dijo él de pronto, por encima del hombro.

—¿Qué?

—Así me llama Carrie, mi hermana.

—No es un nombre muy bonito.

—Está bien. Es de esa película sobre la rata que cocina.

—Te refieres a Ratatouille?

—Ajá. Nuestro abuelo nos llevó a verla. Me gustó esa película.

—A mí también —dijo Maura.

—En fin, ella comenzó a llamarme Rata, porque a veces yo le preparaba el desayuno por la mañana. Pero es la única que me llama así. Es mi nombre secreto.

—Entonces supongo que no tengo permitido utilizarlo.

Él siguió bajando la ladera; las raquetas susurraban sobre la nieve. Tras un silencio largo, se volvió y la miró, como si tras pensarlo

mucho, hubiera llegado a una decisión.

—Tú también puedes usarlo —dijo y siguió caminando—. Pero no se lo puedes contar a nadie.

Un chico llamado Rata y un perro llamado Oso. Qué bien.

Maura comenzaba a tomarle el ritmo a caminar sobre las raquetas; se movía con más facilidad, pero todavía le costaba mantenerse a la par del chico y del perro.

—¿Entonces tu mamá y tu hermana vivían aquí, en el valle. ¿Y tu padre?

—Murió.

—Ah. Lo siento.

—Cuando tenía cuatro años.

—¿Y dónde está tu abuelo?

—Murió el año pasado.

—Lo siento —repitió ella de manera automática.

Él se detuvo y miró hacia atrás.

—No es necesario que digas eso.

Pero es que lo siento de verdad, pensó Maura, mirando esa figura solitaria contra el vasto fondo blanco. Siento que los hombres que te quisieron ya no estén. Siento que tu madre parezca aparecer y desaparecer de tu vida cuando se le antoja. Siento que el único ser con quien pareces contar, el único que te apoya tenga cuatro patas y cola.

Se adentraron más en el valle y llegaron a la zona de destrucción. Mientras bajaban desde el acantilado, habían captado vahos de olor a quemado. Con cada paso que daban los daños parecían más horrorosos. Todas las casas habían sido reducidas a ruinas ennegrecidas; el poblado estaba destruido completamente, como si lo hubieran arrasado conquistadores, decididos a borrarlo de la faz de la tierra. Con excepción del crujido de las raquetas de nieve y el sonido de su respiración, el mundo estaba en silencio.

Se detuvieron junto a los restos de la casa donde se habían refugiado Maura y sus compañeros. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando vio la madera carbonizada y los cristales rotos. Rata y Oso siguieron caminando junto a la hilera de casas quemadas, pero Maura se quedó donde estaba y en ese silencio, sintió la presencia de fantasmas. Grace y Elaine, Arlo y Douglas, gente que no le había caído particularmente bien, pero con quien había forjado un vínculo, a pesar de todo. Seguían allí, susurrándole advertencias desde las ruinas. Márchate de este sitio. Mientras puedes. Miró el suelo y vio huellas de neumáticos. Allí estaba la prueba de que los incendios habían sido intencionales. Mientras las llamas ardían y derretían la nieve, una camioneta había dejado huellas en el barro ahora congelado.

Escuchó un grito de dolor y se volvió, alarmada. Rata había caído

de rodillas junto a una de las casas quemadas. Al acercarse a él, vio que sostenía algo en las manos, como un rosario.

—¡No habría dejado esto!

—¿Qué es, Rata?

—Es de Carrie. El Abuelo se lo dio y ella nunca se lo quitaba. —Lentamente, abrió las manos y le mostró un dije con forma de corazón que todavía colgaba de una cadena de oro rota.

—¿Es de tu hermana?

—Algo está mal. Está todo mal. —Se puso de pie, nervioso y comenzó a escarbar en los restos carbonizados de la casa.

—¿Qué haces? —exclamó Maura.

—Esta era nuestra casa. La de mamá y de Carrie. —Seguía escarbando entre las cenizas; los guantes se habían puesto negros por el hollín.

—Este dije no parece haber estado en el fuego, Rata.

—Lo encontré en el camino. Como si a ella se le hubiera caído allí. —Levantó una madera quemada y con un gruñido de desesperación la arrojó a un lado, desparramando cenizas.

Maura miró el suelo, que ahora era barro, pues el fuego había derretido la capa de nieve. El dije podía haber estado allí desde hacía días, pensó. ¿Qué más les había ocultado la nieve? Mientras el chico atacaba las ruinas de la casa de su familia, arrancando maderas, buscando restos de su madre y su hermana, Maura contempló el dije de Carrie, tratando de comprender cómo algo tan valioso para una persona podía terminar abandonado debajo de la nieve. Recordó lo que habían encontrado dentro de esas casas. La comida intacta, el canario muerto.

Y la sangre. El charco de sangre al pie de la escalera que se había congelado sobre el suelo de madera después de que se habían llevado el cuerpo. Esas familias no se habían marchado así, sin más, pensó Maura. Las obligaron a irse con tanta prisa que dejaron la comida sobre la mesa y una niña no tuvo tiempo de detenerse a buscar el collar que atesoraba. Por eso incendiaron las casas, pensó Maura. Para ocultar lo que les sucedió a las familias de El Reino Celestial.

Oso emitió un gruñido. Maura lo miró y vio que estaba agazapado y mostraba los dientes; tenía las orejas hacia atrás. Miraba hacia el camino de salida del valle.

—Rata —dijo Maura.

El chico no escuchaba. Estaba concentrado en escarbar las ruinas de la casa donde habían vivido su madre y Carrie.

El perro gruñó otra vez, esta vez más fuerte y con más insistencia y se le levantó el pelo del cuello. Algo bajaba por ese camino. Algo que lo asustaba.

—¡Rata!

Por fin el muchacho levantó la vista, sucio de hollín. Vio al perro y de inmediato miró hacia el camino. Entonces oyeron el ruido de un motor que se acercaba.

—Han vuelto —dijo él. Cogió a Maura del brazo y la tiró hacia la protección de los árboles.

—Espera. —Maura se soltó. —¿Y si es la policía que me está buscando?

—No quieres que te encuentren aquí. ¡Corre, señora!

Se volvió y echó a correr más rápido de lo que Maura había creído posible con raquetas. El vehículo que bajaba les había cortado la vía de salida más fácil y cualquier sendero montaña arriba los dejaría en plena vista. El chico huía en la única dirección posible: hacia el bosque.

Por un instante, Maura vaciló, igual que el perro. Inquieto, Oso miró a su amo, que se alejaba, y luego levantó los ojos hacia Maura como diciendo: ¿Qué esperas? Si sigo al chico, pensó Maura, podría estar huyendo de mis propios rescatistas. ¿Me ha lavado el cerebro de tal modo que estoy pensando en quedarme con mi captor por mi propia voluntad?

¿Y si el chico tiene razón? ¿Y si la Muerte viene bajando la cuesta para buscarme?

Oso salió repentinamente despedido detrás de su amo.

Eso fue lo que la hizo decidirse, por fin. Cuando hasta un perro tenía el sentido común de huir, Maura comprendió que era hora de imitarlo.

Corrió tras ellos: las raquetas de nieve crujían sobre el barro congelado. Más allá de la última casa quemada, el barro cedía lugar otra vez a la nieve profunda. Rata iba muy adelante, ya estaba entrando en el bosque. Sin aliento, Maura se esforzó por alcanzarlo; sus pies levantaban nieve polvo. Justo cuando llegó a los árboles, escuchó el ladrido de un perro. Otro perro, no Oso. Se escondió detrás de un pino y miró hacia El Reino Celestial.

Un todoterreno negro se detuvo entre las ruinas y bajó un perro de gran tamaño. Luego dos hombres con rifles; se quedaron mirando el caserío quemado. Aunque estaban demasiado lejos como para que Maura pudiera verles las caras, parecían estar buscando algo.

De pronto una pata se apoyó en su espalda. Ahogando una exclamación, Maura giró y se topó con Oso, que jadeaba con la lengua afuera.

—¿Ahora me crees? —susurró Rata, que estaba agazapado justo detrás de ella.

—Podrían ser cazadores.

—Conozco a los perros. Ese que tienen allí es un sabueso.

Uno de los hombres buscó en el coche y sacó una bolsa. Se agachó

junto al perro y le permitió oler el contenido.

—Le está dando el rastro —murmuró Rata.

—¿A quién rastrean?

El perro se movía entre las ruinas con el hocico contra el suelo. Pero el olor del fuego parecía confundirlo y se detuvo junto a las maderas quemadas donde Maura y Julian habían estado antes. Mientras los hombres esperaban, el perro caminaba en círculos, tratando de encontrar el rastro de su presa; los dos hombres se abrieron en abanico para revisar la zona.

—¡Eh! —gritó uno de ellos, señalando el suelo. —¡Marcas de raquetas!

—Han visto nuestras huellas —dijo Rata—. Ya no necesitan un perro para encontrarnos. —Retrocedió. —Vámonos.

—¿A dónde?

Él ya se estaba adentrando en el bosque, sin mirar atrás para ver si Maura lo seguía; no parecía importarle el ruido que hacían sus raquetas por entre la vegetación. El sabueso comenzó a aullar y a tirar de la correa hacia donde estaban ellos.

Maura echó a correr detrás del muchacho, que se movía como un ciervo aterrado, rompiendo ramas, desparramando nieve en su estela. Maura oyó que los hombres los perseguían; uno le gritaba al otro y el perro ladraba. Pero aun mientras corría por el bosque, el debate pugnaba en su mente: ¿Estaré escapando de quienes vinieron a salvarme?

El disparo del rifle le respondió la pregunta. Un trozo de corteza de árbol estalló cerca de su cabeza y Maura oyó más cerca los ladridos del sabueso. El terror le infundió nuevas energías en el torrente sanguíneo. De pronto sus músculos bombeaban con fuerza y sus piernas avanzaban sin pausa por el bosque.

Escuchó la explosión de otro disparo. Otro proyectil dio en un árbol. Luego oyó una maldición y el tercer disparo no dio en ningún blanco.

—¡Esta nieve de mierda! —gritó uno de los hombres. Sin raquetas de nieve se hundían, se empantanaban.

—¡Suelta el perro! ¡Él la derribará!

—Vete, chico. ¡Búscala!

Una nueva oleada de pánico impulsó a Maura hacia adelante, pero oía que el perro acortaba la distancia. Con las raquetas de nieve podía sacarle ventaja a cualquier ser humano que la persiguiera, pero no podía ir más rápido que un perro. Desesperada, buscó a Rata entre los árboles. ¿Cómo había logrado adelantarse tanto? Estaba sola ahora, era una presa aislada, y el perro estaba cada vez más cerca. Las raquetas dificultaban su avance y los arbustos se enganchaban en los bordes y la frenaban.

Más adelante vio un espacio entre los árboles.

Se abalanzó por entre unas ramas y salió a un amplio claro. Vio los esqueletos y las vigas de tres casas nuevas, congeladas a medio construir. En un extremo del claro había una excavadora, con la cabina casi enterrada bajo la nieve. No lejos de ella estaba Rata, haciéndole señas desesperadas.

Echó a correr hacia él, pero a mitad de camino comprendió que el sabueso la alcanzaría. Lo escuchaba entre la vegetación a sus espaldas. Sintió el golpe en el hombro y cayó hacia adelante. Abrió las manos para protegerse de la caída y sus brazos se hundieron hasta el codo en la nieve. Cuando aterrizó, oyó un extraño ruido metálico debajo de ella, sintió que algo le cortaba el guante y la mano. Tosiendo y con la cara cubierta de polvo helado, intentó incorporarse, pero la nieve y los escombros se movían debajo de su peso y no lograba afirmarse, como si estuviera atrapada en arenas movedizas.

El sabueso giró y volvió a lanzársele encima. Maura levantó débilmente un brazo para cubrirse el cuello y esperó a sentir los dientes perforándole la piel.

Un bólido gris pasó súbitamente por el aire y Oso chocó de lleno contra el sabueso. El aullido fue tan sorprendente como un grito humano. Los dos perros rodaron por el suelo, gruñendo y mordiéndose con tanta ferocidad que Maura solo pudo acurrucarse donde estaba, aterrada. La nieve se manchó de sangre brillante. El sabueso intentó alejarse, pero Oso no le dio oportunidad de hacerlo y volvió a lanzarse sobre él. Los dos perros se revolcaron por la nieve, dejando un surco ensangrentado.

—¡Basta, Oso! —ordenó Rata. Entró en el claro, con una rama en la mano, listo para esgrimirla. Pero el sabueso había tenido suficiente y en el instante en que Oso lo soltó, huyó hacia la camioneta, rompiendo vegetación a su paso en la desesperación por escapar.

—Estás sangrando —dijo Rata.

Maura se arrancó el guante empapado y vio la laceración en la palma de su mano. El corte era limpio y profundo, hecho por algo muy afilado. En la nieve revuelta, vio trazos de planchas de metal y un amontonamiento de bidones grises que los perros habían desenterrado en su lucha. A todo su alrededor había montículos cubiertos por la nieve y Maura comprendió que estaba arrodillada en un depósito de escombros de construcción. Se miró la mano que seguía sangrando. El sitio ideal donde pillarme un tétano.

El disparo de un rifle la hizo enderezarse. Los hombres no se habían dado por vencidos.

Rata la ayudó a levantarse y corrieron nuevamente a protegerse en el bosque. Aunque sus huellas serían fáciles de seguir, los hombres que los seguían no podrían alcanzarlos en la nieve profunda. Oso guiaba el

camino; su pelo ensangrentado parecía una bandera roja que se adentraba en el valle delante de ellos. La palma de la mano de Maura seguía sangrando y ella se apretó el guante ya saturado contra la herida, mientras se obsesionaba con pensamientos ilógicos sobre bacterias y gangrena.

—Una vez que los perdamos —dijo Rata—, tendremos que volver a subir al acantilado.

—Seguirán las huellas hasta tu refugio.

—No podemos quedarnos allí. Recogeremos toda la comida que podamos llevar y nos pondremos en camino.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—No lo sé.

—¿Pertenecían a La Congregación?

—No lo sé.

—Coño, Rata. ¿Hay algo que sepas?

Él le dirigió una mirada.

—Sí. Mantenerme vivo.

Habían comenzado a subir por el risco y cada paso era trabajoso. Maura no comprendía cómo él podía avanzar tan rápidamente.

—Tienes que hacerme llegar a un teléfono —dijo Maura. —Deja que llame a la policía.

—Él es su dueño. Hacen lo que él quiere.

—¿Hablas de Jeremías?

—Nadie va en contra del Profeta. Nadie lucha contra él, ni siquiera mi mamá. Ni siquiera cuando... —Se interrumpió y de pronto concentró toda su energía en atacar la subida.

Maura se detuvo sobre la ladera, sin aliento.

—¿Qué le hicieron a tu mamá?

Él siguió subiendo; la furia lo impulsaba a una velocidad asombrosa.

—Rata. —Maura corrió para alcanzarlo. —Escúchame. Tengo amigos, gente en la que confío. Llévame hasta un teléfono.

Él se detuvo; su aliento formaba una nube en el aire como si proviniera de una locomotora a vapor.

—¿A quién vas a llamar?

A Daniel, fue su primer pensamiento. Pero recordó todas las veces en que no había podido dar con él, todas las conversaciones incómodas cuando estaba con otras personas y se había visto obligado a hablar en código. Ahora, cuando más lo necesitaba, no sabía si podía contar con él.

Tal vez nunca pude.

—¿Quién es este amigo? —insistió Rata.

—Amiga. Se llama Jane Rizzoli.

VEINTICINCO

El sheriff Fahey no parecía feliz de volver a ver a Jane. Aun desde el otro lado de la sala, ella pudo ver a través del cristal divisor su expresión de consternación, como si temiera que ella viniera con más exigencias. Se levantó del escritorio y esperó resignadamente a que ella cruzara hacia él, pasando junto al personal policial que ya conocía a los tres visitantes de Boston. Antes de que pudiera hacer la pregunta esperada, él la frenó con la misma respuesta que le había dado dos días atrás.

—No hay nuevos hallazgos —dijo

—No vine creyendo que los habría —respondió Jane.

—Créame, la llamaré si se produce algún cambio. Realmente no hay necesidad de que venga aquí todo el tiempo. . —Miró por encima del hombro de Jane. —¿Dónde están los dos caballeros hoy?

—En el hotel, haciendo las maletas. Vine para agradecerle antes de partir para el aeropuerto.

—¿Os marcháis?

—Regresamos a Boston esta tarde.

—Escuché rumores sobre un avión privado. Debe de ser muy agradable.

—El avión no es mío.

—¿Es de él, verdad? Del tío de negro. Un bicho raro.

—Sansone es un buen hombre.

—A veces es difícil darse cuenta. En esta zona vemos mucha gente llena de dinero. Gente de Hollywood, políticos importantes. Se compran algunos cientos de hectáreas y se hacen llamar rancheros; luego creen que tienen derecho de decirnos cómo hacer nuestro trabajo. —Si bien hablaba de gente sin nombre, sus palabras iban dirigidas a ella, a los forasteros de Boston que habían aterrizado en su distrito reclamando su atención.

—Era amiga nuestra —dijo Jane—. Podrá entender por qué queríamos hacer todo lo posible para encontrarla.

—Menudo grupo de amigos se hizo. Policías. Un cura. Un ricachón. Debe de haber sido una mujer notable.

—Lo era. —Jane bajó la vista cuando sonó su móvil y vio un código de área de Wyoming, pero no reconoció el número. —Disculpe —le dijo a Fahey y atendió la llamada. —Detective Rizzoli.

—¿Jane? —La voz era casi un sollozo. —¡Gracias a Dios que atendiste!

Por un momento, Jane no pudo emitir sonido. Se quedó muda y

paralizada, con el teléfono contra la oreja; el ruido de sus latidos ahogaba el sonido de la oficina del sheriff. Estoy hablando con un fantasma.

—¡Creí que habías muerto! —exclamó.

—Estoy viva. ¡Estoy bien!

—Joder, Maura, ¡te hicimos un servicio fúnebre! —Jane de pronto sintió lágrimas en los ojos y se las secó con un movimiento impaciente de la manga. —¿Dónde coño estás? ¿Tienes idea de...

—Escucha. Escúchame.

Jane inspiró hondo.

—Aquí estoy.

—Necesito que vengas a Wyoming. Por favor, ven a buscarme.

—Ya estamos aquí.

—¿Qué?

—Hemos estado trabajando con la policía para tratar de encontrar tu cuerpo.

—¿Qué policía?

—El sheriff del condado de Sublette. Estoy en su oficina ahora mismo. Se volvió y vio que Fahey estaba a su lado, con los ojos llenos de preguntas. —Dinos dónde estás e iremos a buscarte.

No hubo respuesta.

—¿Maura? ¿Maura?

La línea estaba muerta. Jane cortó y se quedó mirando el número que aparecía en el registro de llamadas.

—¡Necesito una dirección! —gritó y recitó el número telefónico—. ¡Es un código de Wyoming!

—¿Era ella? —preguntó Fahey.

—¡Está viva! —Jane soltó una carcajada de júbilo y marcó el número. Sonó y sonó sin que nadie atendiera. Cortó y volvió a llamar. Otra vez, no hubo respuesta. Se quedó mirando el móvil, deseando que volviera a sonar.

Fahey volvió a su escritorio e intentó llamar desde su teléfono. Todos los que estaban en la oficina estaban pendientes de la conversación, observando cómo el sheriff marcaba otra vez. Esperó tamborileando los dedos sobre el escritorio y finalmente cortó.

—A mí tampoco me atienden —dijo.

—Pero acaba de llamarme desde ese número.

—¿Qué dijo?

—Me pidió que fuera a buscarla.

—¿Le dio una idea de dónde estaba? ¿Qué le sucedió?

—No tuvo tiempo. Se cortó la comunicación. —Jane miraba el móvil mudo, como si la hubiera traicionado.

—¡Tengo la dirección! —gritó un asistente—. El teléfono está a nombre de una tal Norma Jacqueline Brindell en Doyle Mountain.

—¿Dónde es eso? —preguntó Jane.

Fahey respondió:

—Es a unos buenos diez kilómetros al oeste de la escena del accidente. ¿Cómo demonios terminó allí?

—Enséñemelo en el mapa.

Fueron hasta donde había un mapa del condado en la pared y él señaló un rincón remoto.

—Solo hay unas cabañas de vacaciones. Dudo que haya alguien viviendo allí en esta época del año.

Jane miró al agente que les había proporcionado la dirección.

—¿Está seguro de que esa es la ubicación?

—De allí vino la llamada, señora.

—Seguid llamando por si alguien responde —dijo Fahey. Miró a la operadora. —Fíjate a quién tenemos en esa zona ahora mismo.

Jane miró el mapa otra vez y vio una vasta geografía con pocos caminos, y elevaciones escarpadas. ¿Cómo había terminado allí Maura, tan lejos de la camioneta Suburban destruida? Estudió el mapa, recorriendo la distancia entre el lugar del accidente y Doyle Mountain. Diez kilómetros al oeste. Imaginó valles cubiertos de nieve y riscos escarpados. Un paisaje bello, sin duda, pero sin pueblos ni restaurantes, nada que atrajera a un turista de la Costa Este.

La operadora dijo en voz fuerte:

—El agente Martineau acaba de comunicarse. Dice que tomará la llamada. Se dirige a Doyle Mountain ahora.

El teléfono de la cocina no dejaba de sonar.

—Déjame responder —dijo Maura.

—Tenemos que irnos. —El chico estaba vaciando los armarios y guardando comida en la mochila.— Vi una pala en el porche tarsero. Ve a buscarla.

—Es mi amiga la que me llama.

—Vendrá la policía.

—Rata, está todo bien. Puedes confiar en ella.

—Sí, pero no puedes confiar en ellos.

El teléfono volvió a sonar. Maura se volvió para atender, pero el muchacho cogió el cable y lo arrancó de la pared.

—¿Quieres morir? —gritó.

Maura soltó el auricular y se alejó. El chico había entrado en pánico y la asustaba, tenía un aspecto casi peligroso. Maura miró el cable que le colgaba del puño, un puño lo suficientemente fuerte como para golpear una cara, aplastar una tráquea.

Él arrojó el cable al suelo e inspiró hondo.

—Si quieres venir conmigo, tenemos que salir ahora.

—Lo siento, Rata —dijo ella en voz baja—. Pero no iré contigo.

Voy a esperar aquí a mi amiga.

Lo que vio en sus ojos no fue ira sino pesar. En silencio, se cargó la mochila en la espalda y cogió las raquetas de nieve de Maura, que ella ya no necesitaría. Sin mirar hacia atrás, sin siquiera decir adiós, se volvió hacia la puerta.

—Vamos, Oso —dijo.

El perro vaciló, mirando primero a uno y luego al otro, como tratando de entender a esos humanos locos.

—Oso.

—Espera —dijo Maura—. Quédate conmigo. Volveremos juntos al pueblo.

—No encajo en el pueblo, señora. Nunca encajé.

—No puedes vagar solo por allí.

—No estoy vagando. Sé dónde voy. —Volvió a mirar a su perro y esta vez, Oso lo siguió.

Maura lo miró salir por la puerta trasera, con el perro pisándole los talones. Por la ventana rota de la cocina, los vio cruzar por la nieve hacia el bosque. El niño salvaje y su compañero regresaban a las montañas. Unos segundos después, desaparecieron entre los árboles y ella se preguntó si habían existido realmente. O si, producto del miedo y el aislamiento, había conjurado salvadores imaginarios. Pero no, podía ver sus huellas en la nieve. El muchacho era real.

Tan real como había sido la voz de Jane por teléfono. El mundo exterior no había desaparecido, después de todo. Más allá de las montañas seguían existiendo ciudades, seguía habiendo gente que vivía vidas normales. Gente que no huía por el bosque como animales perseguidos. Durante demasiado tiempo había estado atrapada en compañía del muchacho y casi había comenzado a creer –como él– que la naturaleza era el único sitio seguro.

Era hora de volver al mundo real. A su mundo.

Inspeccionó el teléfono y vio que el cable estaba demasiado dañado como para que pudiera volver a conectarlo, pero estaba segura de que Jane habría podido rastrear su ubicación. Lo único que tengo que hacer ahora es esperar, pensó. Jane sabe que estoy viva. Alguien vendrá a buscarme.

Fue a la sala y se sentó en el sofá. La cabaña no tenía calefacción y entraba viento por la ventana rota de la cocina, por lo que seguía con el abrigo cerrado. Se sentía culpable por esa ventana; Rata la había roto para poder entrar en la casa. Y luego estaban el cable roto del teléfono y las provisiones que Rata se había llevado. Todos daños que ella pagaría, por supuesto. Enviaría un cheque por correo junto con una disculpa sincera. Sentada en la casa de ese desconocido, una casa en la que había entrado por la fuerza, contempló las fotografías sobre los estantes. Tres niñitos en distintos lugares y una mujer de pelo

canoso que sostenía una trucha de gran tamaño. Los libros de la biblioteca eran para entretenimiento de verano. Mary Higgins Clark y Danielle Steel, la colección de una mujer de gustos tradicionales a la que le gustaban las novelas románticas y los gatitos de cerámica. Una mujer a la que probablemente jamás conocería cara a cara, pero con quien siempre estaría agradecida. Tu teléfono me salvó la vida.

Oyó golpes a la puerta principal.

Maura se puso de pie de un salto. No había oído la llegada del coche, pero por la ventana vio un todoterreno del Departamento del Sheriff del condado de Sublette. Por fin ha terminado mi pesadilla, pensó, y abrió la puerta. Vuelvo a casa.

Un joven policía con una placa de identificación con el nombre MARTINEAU estaba en el porche. Tenía pelo muy corto y el porte adusto de un hombre que se toma su trabajo en serio.

—¿Señora? —dijo—. ¿Usted hizo la llamada?

—¡Sí! ¡Sí, sí, sí! —Maura sintió deseos de abrazarlo, pero él no tenía aspecto de ser un policía al que le gustaran los abrazos. —No sabe cuánto me alegro de verlo.

—¿Puede decirme su nombre, por favor?

—Soy la doctora Maura Isles. Entiendo que han circulado rumores prematuros sobre mi muerte. —Su risa sonó desenfrenada, casi demencial. —¡Queda claro que no es cierto!

Él miró hacia el interior de la casa.

—¿Cómo entró en esta residencia? ¿Alguien le abrió?

Maura sintió que se sonrojaba de vergüenza.

—Me temo que tuvimos que romper una ventana para entrar. Y hay algunos otros daños. Pero le aseguro que pagaré todo.

—¿Tuvimos?

Maura hizo una pausa; de pronto temió causarle problemas al chico.

—No tuve alternativa —dijo—. Necesitaba llegar a un teléfono. Así que entré por la fuerza. Espero que no sea un delito con pena de muerte en esta zona.

Por fin él sonrió, pero algo no cuadraba en esa sonrisa. No le llegaba a los ojos.

—Bien, la llevaremos de vuelta a la ciudad —dijo—. Podrá contarnos todo lo sucedido.

Maura subió al asiento trasero tratando de entender qué no le cuadraba de este joven policía. Él cerró la puerta. El todoterreno era un vehículo oficial y una grilla de metal la aislaba en el asiento trasero; estaba atrapada en una jaula para prisioneros.

Cuando el policía subió detrás del volante, la radio cobró vida con un chasquido.

—Bobby, habla la operadora —dijo una voz de mujer—. ¿Ya has

llegado a Doyle Mountain?

—Afirmativo, Jan. Acabo de revisar toda la casa —respondió el agente Martineau.

—¿La encontraste? Porque tenemos a esta policía de Boston respirándonos sobre la nuca.

—No, no la encontré.

—¿No había nadie allí?

—Debió de tratarse de una broma, porque no hay nadie. Estoy saliendo del lugar ahora, iré a cargar gasolina.

Maura se topó con la mirada del policía por el espejo retrovisor. La expresión de él le congeló la sangre. Lo vi en su sonrisa. Sabía que algo no estaba bien.

—¡Aquí estoy! —gritó Maura—. ¡Auxilio! ¡Estoy aquí!

El agente Martineau ya había apagado la radio.

Maura buscó la manilla de la puerta, pero no había nada. Coche policial. Sin salida. Desesperada, golpeó las ventanas con los puños, gritando, sin prestar atención al dolor que le provocaban los golpes. Él encendió el motor. ¿Qué haría ahora, la llevaría a un sitio desierto y la ejecutaría? ¿Dejaría su cadáver a merced de los animales silvestres? Presa de pánico, sacudió la reja divisoria, pero carne y hueso no podían competir contra el acero.

Él giró la camioneta en la entrada y súbitamente clavó los frenos.

—Mierda —dijo entre dientes—. ¿Y tú de dónde has salido?

El perro estaba en el camino bloqueándole la salida.

El agente Martineau hizo sonar la bocina.

—¡Que te quites del camino, joder! —gritó.

En lugar de retroceder, Oso se levantó sobre las patas traseras, apoyó las delanteras sobre el capó y comenzó a ladrar.

Por un momento, el agente se quedó mirándolo, mientras trataba de decidir si pisar el acelerador y arrollarlo.

—Coño, mejor no llenarme el parachoques de sangre —farfulló y bajó del vehículo.

Oso bajó las patas y se acercó a él, gruñendo.

El agente levantó el arma y apuntó. Tan concentrado estaba en dar en el blanco que no vio la pala detrás de su cabeza. Le dio de lleno en el cráneo y Martineau cayó contra el vehículo; el arma aterrizó sobre la nieve.

—Nadie le dispara a mi perro —dijo Rata—. Abrió la puerta de Maura. —Hora de irnos, señora.

—¡Espera! ¡La radio! ¡Déjame pedir ayuda!

—¿Alguna vez vas a escucharme?

Mientras descendía del todoterreno, Maura vio que el agente estaba de rodillas y había recuperado el arma. En el momento en que la levantaba, el chico se le arrojó encima. Los dos cayeron al suelo y

rodaron por la nieve, luchando por el arma.

La explosión pareció congelar el tiempo.

En el repentino silencio, hasta el perro se quedó completamente inmóvil. Lentamente, Rata rodó hacia un lado y se puso de pie con dificultad. La parte delantera de su chaqueta estaba salpicada de rojo. Pero no era su sangre.

Maura se arrodilló junto al policía. Seguía con vida, y tenía los ojos muy abiertos y desorbitados por el pánico. Un chorro de sangre le brotaba del cuello. Maura aplicó presión en la herida para detener la hemorragia arterial, pero la sangre ya empapaba la nieve. La luz se iba apagando en los ojos de él.

—¡Llama por radio! —gritó al chico—. ¡Pide ayuda!

—No fue mi intención —susurró el muchacho—. Se disparó solo.

Un sonido burbujeante brotaba de la garganta del policía. Con el último aliento, también el alma abandonó su cuerpo. Maura vio que sus ojos se oscurecían y los músculos del cuello se aflojaban. La sangre que brotaba de la herida se convirtió en un hilo. Demasiado impactada como para moverse, se quedó de rodillas en la nieve revuelta; no escuchó el ruido del vehículo que se acercaba.

Pero Rata, sí. La levantó del brazo con tanta fuerza que la puso de pie. Entonces Maura vio que una camioneta venía por el camino de entrada.

Rata cogió el arma del policía justo cuando el disparo del rifle se estrelló contra el vehículo. Un segundo disparo hizo estallar la ventanilla y Maura sintió el ardor de astillas de vidrio en el cuero cabelludo.

No son disparos de advertencia. Son disparos a matar.

Rata echó a correr hacia los árboles y Maura lo siguió. Para cuando la camioneta se detuvo junto al vehículo policial, ellos ya estaban huyendo por el bosque. Maura oyó un tercer disparo, pero no miró hacia atrás. Se mantuvo concentrada en Rata, que corría hacia donde el bosque era más denso, cargado con la pesada mochila. Se detuvo solo para entregarle las raquetas de nieve. Maura se las colocó en segundos.

De inmediato se pusieron en movimiento otra vez y se adentraron en la naturaleza.

VEINTISÉIS

Jane observó el sitio donde habían encontrado el cuerpo del policía e intentó leer la nieve. Ya habían retirado el cadáver. Tanto el personal del sheriff como del Departamento de Investigaciones Criminales de Wyoming habían inspeccionado el lugar y pisado la nieve; se veían al menos media docena de huellas de zapatos diferentes. Lo que les llamó la atención a Jane y a los otros investigadores eran las huellas de raquetas de nieve. Se alejaban del vehículo todoterreno del policía en dirección al bosque. En esa misma dirección iban unas huellas de perro, como también unas de botas: talla 37 de mujer, posiblemente de Maura. El trío de huellas se adentraba en el bosque; allí desaparecían las huellas de las botas y se veía un segundo par de huellas de raquetas de nieve.

Maura se detuvo entre esos árboles para colocarse las raquetas. Y luego siguió huyendo.

Jane trató de imaginar la escena que explicaría esas huellas; su teoría inicial era que el que había matado a Martineau había tomado el arma del policía y había obligado a Maura a adentrarse en el bosque con él. Pero esas huellas no encajaban en la teoría. Al inspeccionar la nieve, Jane vio una huella de bota que se sobreponía a la de la raqueta de nieve. Lo que significaba que Maura había estado detrás del presunto captor, no que él la hubiera estado empujando delante de él. Jane se quedó pensando en ese enigma, tratando de unir lo que veía allí a lo que tenía sentido. ¿Por qué Maura seguiría hacia el bosque por su propia voluntad a alguien que había asesinado a un policía? ¿Por qué había hecho esa llamada en primer lugar? ¿La habrían obligado a atraer al policía a esa trampa?

—Han recogido huellas dactilares de todas partes —dijo Gabriel.

Jane se volvió hacia su marido, que acababa de salir de la casa.

—¿Dónde?

—En la ventana rota, en los armarios de la cocina. En el teléfono.

—De donde hizo la llamada.

Gabriel asintió.

—Arrancaron el cable de la pared. Queda claro que alguien quiso interrumpir la conversación. — Hizo un movimiento de cabeza hacia el vehículo del policía muerto. —También encontraron huellas en la puerta del coche. Es muy probable que pronto sepamos con quién estamos lidiando.

—Pues de ninguna manera se comportaba como un rehén —insistió una voz—. Se lo aseguro, corrió hacia los árboles. Nadie la estaba arrastrando.

Jane se volvió para observar la conversación entre el detective del Departamento de Investigaciones Criminales de Wyoming y Montgomery Loftus, que había llamado para informar del homicidio. El anciano ranchero, nervioso, había elevado la voz, lo que había atraído la atención de todos.

—Los vi allí, inclinados sobre su cuerpo como dos buitres. Un hombre y una mujer. El hombre cogió el arma y se volvió hacia mí. Supuse que iba a dispararle a mi camioneta así que disparé primero.

—Más de una vez, me da la impresión —dijo el detective.

—Ajá. Bueno, pues pueden haber sido tres o cuatro. —Loftus dirigió una mirada a la ventana hecha añicos del todoterreno policial. —Me temo que eso fue culpa mía. ¿Pero qué mierda esperaba que hiciera? ¿Qué no me defendiera? En cuanto disparé un par de veces salieron corriendo hacia el bosque.

—¿De manera independiente? ¿O la mujer lo hizo obligada?

—¿Obligada? —Loftus soltó una risotada. —Ella corrió tras él. Nadie la obligó.

Nadie excepto un viejo ranchero cascarrabias que le disparaba. A Jane no le agradaba cómo estaban hilando la historia, como si Maura fuera una mitad de Bonnie y Clyde. Sin embargo, no podía contradecir lo que le informaban las huellas en la nieve. A Maura no la habían arrastrado al bosque; había huido.

—¿Cómo es que usted estaba en esta propiedad, señor Loftus? —preguntó Sansone. —Todos se volvieron a mirarlo. Había guardado silencio hasta ese momento, una figura inaccesible que había despertado miradas curiosas del personal de Wyoming, pero nadie se había atrevido a cuestionar su presencia en la escena del crimen.

A pesar de que Sansone había hablado con tono respetuoso, Loftus se puso a la defensiva.

—¿Qué insinúa, señor?

—Es un sitio bastante remoto como para que justo apareciera en escena. Me preguntaba por qué estaba en los alrededores.

—Porque Bobby me llamó.

—¿El agente Martineau?

—Me dijo que estaba en Doyle Mountain y que pensaba que podría llegar a tener un problema. Yo vivo justo al este de aquí, así que me ofrecí a venir por si necesitaba una mano.

—¿Es procedimiento estándar, que un oficial de las fuerzas del orden llame a un civil cuando necesita ayuda?

—No sé cómo son las cosas en Boston, señor, pero aquí, cuando

alguien tiene problemas, la gente echa una mano. Sobre todo cuando se trata de un policía.

El sheriff Fahey agregó:

—Estoy seguro de que el señor Loftus solo trataba de ser buen ciudadano, señor Sansone. Tenemos un territorio muy grande que cubrir, muy grande. Cuando el apoyo más cercano está a cuarenta kilómetros, es una suerte poder contar con personas como él.

—No era mi intención cuestionar los motivos del señor Loftus.

—Pero eso es justa mente lo que hizo —dijo Loftus—. Joder, ya sé dónde quiere ir con esto. Ahora va a preguntarme si yo maté a Bobby. —Dio unas zancadas hacia su camioneta y cogió el rifle. —¡Aquí tiene, detective Pasternak! —Le entregó el arma al detective de Wyoming. —Confísquemelo ya. Llévelo a su laboratorio sofisticado.

—Venga, Monty —suspiró Fahey—. Nadie piensa que hayas matado a Bobby.

—Esta gente de Boston no me cree.

Jane intervino en la conversación.

—Señor Loftus, no es así en absoluto. Todos estamos tratando de entender qué sucedió aquí.

—Les he dicho lo que vi. Dejaron a Bobby Martineau desangrándose y huyeron.

—Maura no haría eso.

—Pues usted no estaba aquí. No la vio correr hacia el bosque. Se comportaba como si hubiera hecho algo malo.

—Entonces no lo ha interpretado bien.

—Sé lo que vi.

—Muchas de estas preguntas podrían responderse con la cámara del coche policial —dijo Gabriel—. Deberíamos echar un vistazo al video del agente.

Fahey respondió, súbitamente incómodo.

—Me temo que hay un problema con eso.

—¿Un problema?

—La cámara del vehículo del agente Martineau no estaba grabando.

Jane se quedó mirando al Sheriff, incrédula.

—¿Cómo sucedió eso?

—No lo sabemos. Estaba apagada.

—¿Pero por qué la apagaría el agente Martineau? Debe de haber un reglamento que lo impide.

—Pues tal vez él no la apagó. Tal vez la apagó otra persona.

—Venga, no me diga que también piensa echarle la culpa de esto a Maura —dijo Jane entre dientes.

Fahey se sonrojó.

—Usted hace mucho hincapié en que ella trabaja con las fuerzas

del orden. Seguramente sabía que había una cámara en el vehículo.

—Disculpe —interrumpió el detective Pasternak del departamento estatal de Wyoming—. Me estoy enterando ahora mismo de quién es la doctora Isles. Me gustaría saber más sobre ella.

Si bien Pasternak se había presentado antes, era la primera vez que Jane le prestaba atención. Pálido y resfriado, con un cuello de cigüeña expuesto al frío, tenía el aspecto de ser un hombre que anhelaba estar en una oficina calefaccionada y no tiritando en ese ventoso camino de entrada.

—Puedo contarle sobre ella —dijo Jane.

—¿Cómo de bien la conoce?

—Trabajamos juntas. Hemos pasado por muchas cosas juntas.

—¿Podría darme una idea completa de cómo es?

Jane pensó en lo fácil que resultaría influenciar la impresión de este hombre sobre Maura en un sentido u otro. Todo dependería de los detalles que eligiera revelar. Si remarcaba el profesionalismo de Maura, él vería a una científica, responsable, cumplidora y respetuosa de la ley. Si divulgaba otros detalles, el retrato se tornaría más turbio, las facciones quedarían ensombrecidas. Su historia familiar oscura y manchada de sangre. Su romance ilícito con Daniel Brophy. Esa era una mujer distinta, con tendencia a impulsos imprudentes y pasiones destructivas. Si no tengo cuidado, pensó Jane, podría darle a Pasternak todos los motivos que necesita para considerar sospechosa a Maura.

—Quiero saberlo todo sobre ella —dijo Pasternak—. Cualquier información que pueda servirle al equipo de búsqueda antes de que comiencen mañana. Habrá que darles información cuando regresemos a la ciudad.

—Pues le diré esto —comenzó Jane—. Maura no es una persona afecta al aire libre. Si no la encontráis pronto, no sobrevivirá allí fuera.

—Hace casi dos semanas que ha desaparecido. Se ha mantenido con vida hasta ahora.

—No sé cómo.

—Tal vez gracias al hombre con quien se está moviendo —acotó Fahey.

Jane contempló la montaña, donde los barrancos ya se estaban hundiendo en sombras. En los últimos minutos, desde que el sol había caído detrás del pico, la temperatura había descendido abruptamente. Tiritando, Jane cruzó los brazos alrededor del cuerpo y pensó en una noche sin refugio en esa montaña, donde el bosque tenía garras y el viento siempre te encontraba. Una noche con un hombre del que no sabían nada.

Lo que suceda ahora puede depender exclusivamente de él.

—Sus huellas dactilares no son nuevas para nosotros —dijo el Sheriff Fahey, dirigiéndose a los policías y voluntarios que ocupaban los asientos de la sede municipal de Pinedale. —El estado de Wyoming ya tiene registradas sus huellas. El nombre del delincuente es Julian Henry Perkins y tiene un expediente bastante abultado. —Fahey leyó sus notas: —Robo de vehículo, Allanamiento de morada, vagabundear. Múltiples cargos por hurto. —Miró al público. —Con este sujeto estamos lidiando. Y ahora sabemos que está armado y es peligroso.

Jane negó con la cabeza.

—Puede que esté un poco hastiada —dijo desde su asiento en la tercera fila—, pero no me parecen antecedentes graves para alguien que mata a un policía.

—Lo son para alguien de solo dieciséis años.

—¿Estamos hablando de un menor?

El detective Pasternak dijo:

—Sus huellas estaban sobre todos los armarios de la cocina y también en la puerta del vehículo del agente Martineau. Tenemos que suponer que era el individuo que el señor Loftus vio en la escena.

—En nuestra oficina conocemos bien al chico Perkins —dijo Fahey —. Lo hemos arrestado varias veces por diferentes infracciones. Lo que no podemos comprender es su conexión con la mujer.

—¿Conexión? —dijo Jane—. ¡Maura es su rehén!

Desde la primera fila, Montgomery Loftus soltó un bufido.

—Pues eso no es lo que vi.

—Lo que creyó ver —replicó Jane.

El hombre se volvió y miró con frialdad a los tres visitantes de Boston.

—Vosotros no estabais allí.

Fahey dijo:

—Señora, conocemos a Monty de toda la vida. No es alguien que inventaría cosas.

Entonces tal vez necesita gafas, quería decir Jane, pero se contuvo. Los tres visitantes de Boston estaban en minoría en el salón del municipio, donde alrededor de treinta locales se habían reunido para el informe. El asesinato de un agente había impactado a la comunidad y se habían acercado muchos voluntarios, ansiosos por capturar al asesino y llevarlo a la justicia. Voluntarios con armas, caras sombrías y furia. Jane miró esas caras y sintió un escalofrío premonitorio. Se están preparando para matar, pensó. Y no importa que su presa sea un chico de dieciséis años.

De pronto una mujer gritó desde la última fila.

—¡Julian Perkins es solo un muchachito! No puedo creer que enviaréis a una partida de hombres armados tras él.

—Ha matado a un agente, Cathy —dijo Fahey—. No es solo un muchachito.

—Conozco a Julian mejor que cualquiera de vosotros. Me cuesta creer que mataría a una persona.

—Disculpe —dijo el detective Pasternak—. No soy de esta zona. ¿Podría presentarse, señorita?

La joven se puso de pie y Jane la reconoció inmediatamente. Era la asistente social que habían conocido en la escena del doble homicidio en la hostería Circle B.

—Soy Cathy Weiss, de Servicios de Protección de Menores del condado de Sublette. He sido asistente social de Julian durante el último año.

—¿Y usted no cree que podría haber matado al agente Martineau? —preguntó Pasternak.

—No, señor.

—Cathy, piensa en sus antecedentes —intervino Fahey—. El chico no es ningún ángel.

—Pero tampoco es un monstruo. Julian es una víctima. Es un chico de dieciséis años que está tratando de sobrevivir en un mundo en el que nadie lo quiere.

—La mayoría de los chicos se las arregla para sobrevivir lo más bien sin meterse en casas ajenas y robar coches.

—La mayoría de los chicos no sufre todo tipo de maltratos a manos de sectas.

Fahey puso los ojos en blanco con expresión de impaciencia.

—Otra vez con eso.

—Hace años que os he advertido sobre La Congregación. Desde que se mudaron a esta zona y construyeron su pueblito perfecto. Y ahora estáis viendo los resultados. Esto es lo que sucede cuando se ignoran las señales. Cuando se mira hacia otro lado mientras que los pedófilos operan directamente delante de vuestras narices.

—No tienes ninguna prueba. Hemos investigado las acusaciones. Bobby estuvo allí tres veces y lo único que encontró fueron familias trabajadoras que solo quieren que las dejen en paz.

—Sí, que las dejen en paz para maltratar a sus hijos.

—¿Podemos volver al asunto en cuestión? —gritó un hombre del público.

—¡Sí, nos estás haciendo perder el tiempo!

—Este es el asunto en cuestión —dijo Cathy, recorriendo el salón con la mirada—. Este es el chico al que estáis tan ansiosos por perseguir. Un chico que ha estado pidiendo ayuda. Y al que nadie ha escuchado.

—Señorita Weiss —dijo el detective Pasternak—, el equipo de búsqueda necesita toda la información posible antes de partir mañana. Usted dice conocer a Julian Perkins. Díganos qué esperar de este muchacho. Está allí fuera en una noche gélida, con una mujer que puede ser su rehén. ¿Es capaz de sobrevivir?

—Absolutamente —respondió ella.

—¿Tan segura está?

—Claro, es el nieto de Absolem Perkins.

Hubo un murmullo de reconocimiento en la sala y el detective Pasternak miró a su alrededor, perplejo.

—Disculpe. ¿Es importante eso?

—Si hubiera crecido aquí conocería ese nombre —dijo Montgomery Loftus. — Un hombre de montaña. Construyó su propia cabaña, vivía en los montes Bridger-Teton. Solía pillarlo cazando cerca de mi propiedad.

—Julian pasó casi toda su infancia en la montaña —explicó Cathy —. Con un abuelo que le enseñó a procurarse alimento. A sobrevivir en la naturaleza con solo un hacha y su ingenio. Así que sí, claro que sería capaz de sobrevivir.

—¿Pero qué está haciendo en las montañas? —preguntó Jane—. ¿Por qué no está en la escuela? —No le pareció que fuera una pregunta estúpida, pero escuchó risitas en la sala.

—¿El chico Perkins en la escuela? —Fahey negó con la cabeza—. Es como enseñarle matemática superior a una mula.

—Lamentablemente, Julian lo pasó muy mal viviendo aquí en el pueblo —dijo Cathy—. Lo molestaban mucho en la escuela. Se metía en muchas peleas. Escapó muchas veces de la casa que lo acogía, ocho veces en trece meses. La última vez que desapareció fue hace algunas semanas, cuando el tiempo se puso cálido. Antes de partir, vació la despensa de su casa adoptiva, así que tiene alimentos como para durar un buen tiempo en la naturaleza.

—Tenemos copias de su foto —dijo Fahey y entregó un fajo de papeles al público—. Para que veáis a quién estamos buscando.

La gente se repartió las fotografías y Jane vio por primera vez la cara de Julian Perkins. Parecía ser una fotografía escolar con un clásico fondo anodino. Se notaba que el chico había hecho un esfuerzo para vestirse para la ocasión, pero se lo veía penosamente incómodo con una camisa blanca de mangas largas y una corbata. Se había peinado el pelo con raya, pero unos mechones rebeldes de un remolino seguían levantados. Sus ojos oscuros miraban directamente a la cámara, ojos que a Jane le recordaban a un perro que mira por entre las rejas de la jaula de un refugio. Recelosos. Desconfiados.

—Esta foto pertenece al anuario escolar del año pasado —dijo Fahey—. Es la más reciente que pudimos encontrar. Desde entonces,

es probable que haya crecido en estatura y se haya vuelto más fornido.

—Y tiene el arma de Bobby —dijo Loftus.

Fahey miró al público reunido.

—El equipo de búsqueda se reunirá en cuanto amanezca. Quiero a todos los voluntarios equipados con ropa de invierno para pasar la noche. Esto no será un picnic, por lo que solo quiero a los hombres en mejores condiciones. —Hizo una pausa y miró a Loftus, que comprendió el significado de esa mirada.

—¿Estás intentando decirme que no vaya? —dijo Loftus.

—No he dicho nada, Monty.

—Pues duraría más que cualquiera de vosotros. Y conozco el terreno mejor que nadie. Es el jardín de mi casa. —Loftus se puso de pie. A pesar del pelo canoso y la piel curtida por décadas de aire libre, se lo veía fuerte como cualquiera de los otros hombres. —Démonos prisa. Antes de que maten a alguien más. —Se puso el sombrero y abandonó el recinto.

Mientras los demás se desconcentraban, Jane vio que la asistente social se ponía de pie y la llamó:

—¿Señorita Weiss?

La mujer se volvió cuando Jane se acercó.

—¿Sí?

—No nos han presentado. Soy la detective Rizzoli.

—Lo sé. Sois la gente de Boston. —Cathy miró a Gabriel y a Sansone, que se estaban poniendo los abrigos. —Habéis causado un gran revuelo en este pueblo.

—Podemos ir a algún sitio a hablar sobre Julian Perkins?

—¿Ahora mismo, quiere decir?

—Antes de que los utilicen a él y a nuestra amiga como práctica de tiro al blanco.

Cathy miró el reloj y asintió.

—Hay una cafetería aquí en esta misma calle. La veré allí en diez minutos.

Fueron veinte minutos, en realidad. Cuando Cathy finalmente entró en el café, con el pelo arremolinado por el viento, traía olor a tabaco en la ropa arrugada y Jane comprendió que había estado fumando un cigarrillo en su coche. La mujer se sentó a la mesa y Jane notó que estaba nerviosa.

—¿Dónde están sus hombres? —preguntó al ver los asientos vacíos.

—Fueron a comprar equipo de campamento.

—¿Se unirán a la búsqueda de mañana?

—No pude convencerlos de que no lo hicieran.

Cathy la miró con expresión pensativa.

—Pues no tenéis idea de en qué os estáis metiendo.

—Tenía esperanzas de que usted me lo dijera.

La camarera se acercó con la cafetera.

—¿Te lleno la taza, Cathy? —preguntó.

—Espero que esté bien fuerte.

—Como siempre.

Cathy esperó a que la mujer se alejara antes de volver a hablar.

—La situación es complicada.

—En la reunión la hicieron parecer simple. Enviar a la partida a cazar al que asesinó a un policía.

—Pues claro. Porque la gente siempre prefiere las cosas simples. En blanco y negro, buenos y malos. Julian era el chico malo. —Cathy bebió el café puro y no pestañeó cuando tragó el amargo brebaje. —Pero no es así.

—¿Cómo es él, entonces?

Cathy fijó su mirada intensa sobre Jane.

—¿Ha oído hablar de los Chicos Perdidos?

—No sé bien a qué se refiere.

—Son muchachos jóvenes, adolescentes en su mayoría, que han sido echados de sus casas y de sus familias. Terminan abandonados en las calles. No porque hayan hecho algo malo, sino solamente porque son varones. En sus comunidades, ese hecho los vuelve inaceptables.

—¿Porque los varones causan problemas?

—No. Porque son competencia y los hombres mayores no los quieren cerca. Quieren a las niñas solo para sí.

De pronto, Jane comprendió.

—Está hablando de las comunidades polígamas.

—Exacto. Son grupos que no tienen nada que ver con la Iglesia Mormona oficial. Son sectas independientes que se forman alrededor de líderes carismáticos. Las hay en varios estados. Colorado y Arizona, Utah y Idaho. Y también aquí en el condado de Sublette, en Wyoming.

—¿La Congregación

Cathy asintió.

—Es una secta liderada por Jeremías Goode, que se hace llamar profeta. Hace veinte años, comenzó a atraer seguidores en Idaho. Construyeron un complejo habitacional llamado Llanura de Ángeles al oeste de la ciudad de Idaho Falls. Con el tiempo se convirtió en una comunidad de casi seiscientas personas. Son completamente autosuficientes, cultivan sus propios alimentos, tienen su propio ganado. No se permite la entrada de visitantes, por lo que es prácticamente imposible saber qué sucede detrás de sus puertas.

—Parecerían ser prisioneros.

—Es casi como si lo fueran. El Profeta controla todos los aspectos de sus vidas y ellos lo veneran por eso. Así operan las sectas. Empiezan con un hombre como Jeremías, alguien que atrae a los

débiles y a los necesitados, gente que anhela desesperadamente que alguien los acepte. Que les den cariño y atención, que les compongan sus vidas penosas y rotas. Eso es lo que él les ofrece... al principio. Así comienzan todas las sectas, desde los Moonies hasta la Familia Manson.

—¿Está comparando a Jeremías Goode con Charles Manson?

—Sí. —Cathy tenía expresión tensa. —Es exactamente lo que estoy haciendo. Es la misma psicología, la misma dinámica social. Una vez que el seguidor prueba el néctar, pasa a pertenecerle. Le entregan a Jeremías todas sus propiedades, sus activos y se mudan a sus comunidades. Allí él los tiene completamente bajo su control. Utiliza la mano de obra gratuita para llevar adelante negocios altamente redituables, desde construcción, muebles, dulces y jaleas. Para alguien de afuera, puede parecer una comunidad utópica donde todos contribuyen. A cambio, a todos los cuidan. Eso es probablemente lo que vio Bobby Martineau cuando visitó El Reino Celestial.

—¿Y qué debería haber visto, en realidad?

—Una dictadura. Todo se trata de Jeremías y de lo que él quiere.

—¿Y qué es eso?

La mirada de Cathy se volvió dura como el acero.

—Carne joven. De eso se trata La Congregación, detective. De poseer, controlar y follarse chicas muy jóvenes.

Una mujer en la mesa contigua se volvió para mirarlas, ofendida por el lenguaje.

Cathy se tomó un momento para calmarse.

—Por ese motivo, Jeremías no puede permitir que haya demasiados chicos en su comunidad —prosiguió—. Entonces, se deshace de ellos. Les ordena a las familias que rechacen y echen a sus propios hijos adolescentes. Llevan a los chicos a la ciudad más cercana y los abandonan. En Idaho los dejaban en Idaho Falls. Aquí los dejan en Jackson o en Pinedale.

—¿Y las familias lo hacen de buena gana?

—Las mujeres son robots obedientes. A los hombres se los recompensa por su lealtad con jóvenes esposas para ellos. Novias espirituales, las llaman, para que no puedan demandarlos legalmente por poligamia. Los hombres pueden tener todas las que deseen y todo está permitido por la biblia.

Jane soltó una risa horrorizada.

—¿En serio? ¿Por qué Biblia?

—El Antiguo Testamento. Piense en Abraham y Jacob, David y Salomón. Los antiguos patriarcas bíblicos que tenían muchas esposas o concubinas.

—¿Y sus seguidores se lo creen?

—Sí, porque satisface algún tipo de profunda necesidad en su

interior. Las mujeres, tal vez anhelan seguridad, una vida en la que no tienen que tomar decisiones difíciles. Los hombres... bueno, pues es obvio lo que consiguen. Consiguen acostarse con una chica de catorce años. Y además, irse al cielo.

—¿Y Julian Perkins era parte de todo eso?

—La madre y la hermana todavía viven en El Reino Celestial. El padre de Julian murió cuando él tenía solo cuatro años. La madre, lamento decirlo, es una malqueda absoluta. Sharon desapareció de la vida de sus hijos para "encontrarse a sí misma" o como mierda quiera llamarlo y dejó a los niños con su abuelo Absolem.

—El hombre de montaña.

—Exacto. Un buen tipo que los cuidaba bien. Pero diez años más tarde, Sharon reaparece ¡aleluya! Tiene un tío nuevo y además ha descubierto la religión La religión de Jeremías Goode. Se lleva los niños otra vez y se mudan a El Reino Celestial, el nuevo poblado que La Congregación está construyendo aquí en Wyoming. Unos meses más tarde, Absolem muere y Sharon es la única adulta que queda en la vida de Julian. —La voz de Cathy se tornó filosa como una navaja. — Y ella lo traiciona.

—¿Lo echó de la casa?

—Como si fuera una basura. Porque el Profeta se lo exigía.

Las dos mujeres se miraron, unidas en una mirada de furia compartida que solo se quebró cuando la camarera regresó con la cafetera. Tomaron café en silencio y Jane sintió que la bebida solo aumentaba el ardor de ira en su estómago.

—¿Cómo puede ser que Jeremías Goode no esté preso? —preguntó Jane.

—¿Cree que no lo he intentado? Ya vio cómo me trataron en esa reunión. Soy la quejica del pueblo, la feminista irritante que no deja de hablar de chicas que sufren abusos. Y ya no quieren seguir escuchando. —Hizo una pausa. —O les pagan para no escuchar.

—¿Jeremías los tiene comprados?

—Así era como funcionaba en Idaho. Policías, jueces. La Congregación tiene dinero de sobra para sobornarlos a todos. Los poblados están aislados del exterior: no hay teléfonos ni radios. Aun si una chica quisiera pedir ayuda, no podría hacerlo. —Cathy dejó la taza de café. —Nada me gustaría más que verlo a él y a sus secuaces en la cárcel. Pero no creo que vaya a suceder.

—¿Julian Perkins piensa lo mismo?

—Los detesta a todos. Me lo dijo.

—¿Lo suficiente como para matar?

Cathy frunció el entrecejo.

—¿A qué se refiere?

—Usted vio el doble homicidio en la hostería Circle B. Esa pareja

muerta que pertenecía a La Congregación.

—No estará pensando que fue Julian.

—Tal vez por eso huyó. Por eso se vio obligado a matar al policía.

Cathy hizo un movimiento vehemente con la cabeza.

—No. He pasado tiempo con ese chico. Tiene un perro callejero y no imagina la ternura con que trata al animal. No es un chico violento.

—Creo que todos lo somos —dijo Jane en voz baja—. Si nos empujan al límite.

—Pues si lo hizo —dijo Cathy—, la justicia estaba de su lado.

VEINTISIETE

La cueva de nieve olía a perro mojado, ropa húmeda y el sudor de dos cuerpos mugrientos. Hacía semanas que Maura no se bañaba y el chico mucho más, seguramente. Pero el refugio estaba cálido como la cueva de un lobo, era lo suficientemente grande como para que ambos pudieran tenderse sobre las ramas de pino y el fuego que Rata había encendido ardía y chisporroteaba. A la luz de las llamas, Maura inspeccionó su chaqueta de plumón, que había sido blanca en un tiempo, pero ahora estaba sucia de hollín y sangre. Imaginó el horror que vería en un espejo. Me estoy convirtiendo en un animal salvaje, como estos dos, pensó. Un animal escondido en una cueva. Recordó las historias que había leído sobre niños criados por lobos. Cuando los traían a la civilización, seguían siendo salvajes e imposibles de domesticar. Ella ya sentía el comienzo de su propia transformación. Dormía y comía en el suelo, vivía hacía semanas con la misma ropa, se dormía todas las noches junto al pelo tibio de Oso. Pronto nadie la reconocería.

Tal vez ni yo misma me reconozca.

Rata arrojó unas ramas pequeñas al fuego. El humo se elevó en la cueva de nieve, haciéndoles arder los ojos y la garganta. Sin este chico, no sobreviviría una sola noche aquí, pensó Maura. Ya estaría muerta y congelada y mi cadáver estaría desapareciendo debajo de la nieve. Pero la naturaleza era un mundo en el que Rata parecía sentirse cómodo. En una hora, había cavado esa cueva en la nieve, eligiendo un sitio en el lado de la montaña donde no pegaba el viento y haciendo un túnel hacia arriba para ventilar la cavidad. Juntos habían recogido leña para el fuego y ramas de pino, apresurándose para ganarle a la oscuridad y el frío asesino de la noche.

Ahora, acurrucada en una sorprendente comodidad junto al fuego, Maura escuchaba el gemido del viento afuera de la puerta protegida con ramas y miraba a Julian revisar su mochila. Sacó leche en polvo y una caja de alimento para perros prensado y deshidratado. Le dio un puñado a Oso y luego le acercó la caja a Maura.

—¿Comida para perros? —dijo ella.

—A él le gusta. —Rata hizo un ademán hacia Oso, que devoraba alegremente su ración. —Es mejor que estar con el estómago vacío.

No mucho mejor, pensó Maura, mientras mordía resignadamente un bocado. Por un momento, en la cueva solo se oyó el ruido de

mandíbulas en acción. Maura miró al chico por entre las llamas crepitantes.

—Tenemos que encontrar la forma de entregarnos —dijo.

Él siguió masticando, concentrado con ferocidad en llenarse la barriga.

—Rata, sabes tan bien como yo que van a venir a buscarnos. No podremos sobrevivir aquí.

—Te cuidaré. Nos las arreglaremos.

—¿Viviendo de alimento para perros? ¿Ocultándonos en cuevas de nieve?

—Conozco un sitio arriba en las montañas; podemos quedarnos todo el invierno allí, si es necesario. —Le alcanzó los paquetitos de leche en polvo. —Toma. El postre.

—No se darán por vencidos; la víctima es policía. —Miró el arma del agente muerto, que Rata había envuelto en un trapo y empujado a un rincón, como si fuera un cadáver que no quería mirar. Pensó en la autopsia que había hecho de un hombre que asesinó a un policía y murió bajo custodia policial. Se volvió loco y nos atacó, debe de haber estado bajo el efecto de drogas alucinógenas, habían alegado los policías. Pero las lesiones que Maura vio en el torso, los cortes en la cara y en el cuero cabelludo contaban una historia diferente. Si matas un policía la pagas, fue la lección que ella aprendió aquel día. Miró al chico y de pronto tuvo una visión de él tendido sobre la mesa de autopsias, golpeado y ensangrentado por puños vengativos.

—Es la única forma que tendremos de convencerlos —dijo Maura —. Si nos entregamos juntos. De otro modo, supondrán que asesinamos al policía con su propia arma.

Las palabras directas de Maura parecieron sacudirlo y Julian dejó caer la comida y agachó la cabeza. Maura no podía verle la cara, pero vio que se estremecía y comprendió que estaba llorando.

—Fue un accidente —le dijo—. Se lo diré. Les diré que solo estabas tratando de protegerme.

Él se estremeció aún más y cruzó los brazos alrededor del cuerpo como para contener los sollozos. Oso se acercó a él, gimiendo y apoyó la cabeza sobre la rodilla del chico.

Maura le tocó el brazo.

—Si no nos entregamos, parecemos culpables. Lo entiendes ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—Tendrán que creerme. Te juro que no permitiré que te culpen por esto. —Maura le sacudió el brazo. —Rata, créeme, confía en mí.

Él se alejó.

—No.

—Solo estoy pensando en lo que es mejor para ti.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Alguien tiene que decírtelo.

—¡No eres mi madre!

—¡Pues te vendría bien una madre ahora!

—¡Tengo madre! —exclamó el chico. Levantó la cabeza, tenía la cara brillante de lágrimas. —¿Y de qué me ha servido?

Maura no tenía una buena respuesta para eso. En silencio, vio cómo se secaba las lágrimas, avergonzado; le quedaron surcos en la cara sucia de hollín. Hacía días que se esforzaba al máximo para comportarse como un hombre. Las lágrimas le recordaron a Maura que era solo un niño, un chico que tenía demasiado amor propio como para mirarla a los ojos y dejarle ver lo asustado que estaba. Él se concentró en los sobres de leche en polvo, que abrió y vació dentro de su boca.

Maura abrió los suyos. Parte del contenido se derramó en su mano y dejó que Oso lo lamiera de su piel. Una vez que hubo terminado, el perro le dio unas lamidas entusiastas a su cara y Maura rió. Vio que Rata los observaba.

—¿Hace cuánto que tienes a Oso? —preguntó, acariciando el grueso pelo lanudo del perro.

—Unos meses.

—¿Dónde lo encontraste?

—Él me encontró a mí. —Rata extendió la mano y sonrió cuando Oso fue hacia él. —Salí de la escuela un día y vino conmigo. Me siguió hasta casa.

Maura también sonrió.

—Supongo que necesitaba un amigo.

—¿O se dio cuenta de que yo necesitaba uno. —Por fin, la miró. —¿Tienes perro?

—No.

—¿Hijos?

Maura hizo una pausa.

—No.

—¿No querías tener hijos?

—No sucedió, simplemente. —Maura suspiró. —Mi vida es... complicada.

—Debe de serlo, sí. Si ni siquiera puedes tener un perro.

Ella rió.

—Sí, decididamente tendré que reacomodar mis prioridades.

Se hizo otro silencio. Rata levantó la cabeza de Oso y frotó la cara contra la del perro. Sentada junto al fuego chisporroteante Maura observó al chico relacionarse con su perro; de pronto parecía mucho menor de dieciséis años. Un niño en el cuerpo de un hombre.

—¿Rata? —preguntó en voz baja—. ¿Sabes qué les sucedió a tu

madre y a tu hermana?

Él dejó de acariciar el perro y se inmovilizó.

—Él se las llevó.

—¿El Profeta?

—Él lo decide todo.

—¿Pero no lo viste? ¿No estabas allí cuando sucedió?

Él negó con la cabeza.

—¿Fuiste a las otras casas? ¿Viste...? —Vaciló. —¿... La sangre? —preguntó en un susurro.

—Sí, la vi. —Él la miró a los ojos y Maura se dio cuenta de que él comprendía el significado de la sangre. Por eso sigo con vida, pensó. Porque él entendió lo que significaba la sangre. Entendió lo que me sucedería si permanecía en El Reino Celestial.

Rata abrazó el perro como si solo en él pudiera encontrar el consuelo que necesitaba.

—Ella solo tiene catorce años. Necesita que la cuide.

—¿Tu hermana?

—Cuando me llevaron, Carrie trató de impedirlo. Gritó y gritó, pero mi mamá no la soltaba. Le decía que yo tenía que irme, que tenían que echarme. —Su mano se convirtió en un puño sobre el pelo del perro. —Por eso volví. A buscarla. A buscar a Carrie. —Levantó la mirada. —Pero no estaba. No había nadie.

—La encontraremos. —Maura lo cogió del brazo, del mismo modo en que él aferraba a Oso. Estaban unidos los tres, mujer, chico y perro. Un vínculo extraño forjado por las dificultades y convertido en algo parecido al amor. Tal vez todavía más fuerte que el amor. No pude ayudar a Grace, pensó Maura. Pero haré lo que sea necesario para salvar a este chico. —La encontraremos, Rata —le aseguró—. De algún modo esto terminará bien, te lo juro.

Oso soltó un gemido y cerró los ojos.

—Él tampoco te cree —dijo Rata.

VEINTIOCHO

Jane miró a su esposo que preparaba metódicamente una mochila de montaña, llenando todos los espacios con artículos necesarios. El saco de dormir, la colchoneta para colocar debajo, la tienda para una persona, el hornillo, alimentos congelados y deshidratados. En los bolsillos más pequeños guardó una brújula, un cuchillo, una linterna de cabeza, cuerda de paracaídas y un botiquín de primeros auxilios. No desperdiciaba espacio ni cargaba peso innecesario. Sansone y él habían comprado el equipo esa tarde y ahora los artículos de Gabriel estaban desplegados sobre la cama del hotel, las cosas pequeñas estaban embolsadas, y las botellas de agua, envueltas con cinta americana, siempre tan útil. Gabriel había hecho eso muchas veces, primero como joven aficionado al montañismo y más tarde como infante de marina. Llevaba el arma abrochada a la cadera, un perturbador recuerdo de que ese no era solamente un viaje de campamento invernal.

—Debería ir con vosotros —dijo Jane.

—No, de ninguna manera. Tienes que quedarte aquí y monitorear las llamadas telefónicas.

—¿Y si algo sale mal allí en la montaña?

—Si eso sucede, me sentiré mucho mejor sabiendo que estás aquí, a salvo.

—Gabriel, siempre creí que éramos un equipo.

Él dejó la mochila y la miró con una sonrisa.

—¿Y qué miembro de este equipo es alérgica a cualquier tipo de campamento?

—Pues lo haría si es necesario.

—No tienes experiencia de montaña en invierno.

—Sansone tampoco.

—Pero es fuerte y está en buen estado físico. Creo que no podrías ni levantar esa mochila. Venga, inténtalo.

Jane cogió la mochila de montaña y la levantó de la cama. Con los dientes apretados, dijo:

—Sí que puedo.

—Ahora imagina ese peso en tu espalda mientras subes una montaña. Imagina cargar con ese peso durante horas, días y en altitud. Imagina tratar de mantener el mismo paso que hombres que tienen veinticinco kilos más de músculos que tú. Jane, ambos sabemos que no es realista.

Ella soltó la mochila que cayó pesadamente al suelo.

—Pero no conoces el territorio.

—Viajaremos con gente que sí lo conoce.

—¿Te fías de su juicio?

—Lo sabremos muy pronto. —Cerró la mochila y la apoyó en un rincón. —Lo importante es que estaremos allí con ellos. Puede que sean de gatillo fácil, y Maura está en la línea de fuego.

Jane se dejó caer sobre la cama y suspiró:

—¿Qué coño está haciendo allí en la montaña? ¡Nada de lo que hace tiene sentido!

—Es por eso que tienes que estar disponible en el teléfono. Te ha llamado una vez. Tal vez vuelva a intentar ponerse en contacto contigo.

—¿Y cómo podré contactarte a ti?

—Sansone lleva un teléfono vía satélite. No es que vayamos a caernos de la faz de la tierra, tampoco.

Pero así es como lo siento, pensó Jane, tendida junto a él en la cama esa noche. Gabriel estaba a punto adentrarse en la montaña y sin embargo dormía tranquilamente, sin ningún temor. Ella era la que estaba despierta, molesta porque no tenía la fuerza ni la experiencia para ir con él. Se consideraba en igualdad con cualquier hombre, pero en esta oportunidad tenía que reconocer la triste verdad. No podría llevar esa mochila. No podría caminar al ritmo de Gabriel. Tras unos kilómetros, probablemente se desplomaría en la nieve, arruinando la expedición y pasando vergüenza delante de todos.

¿Entonces cómo logra sobrevivir Maura?

La pregunta tomó más urgencia cuando despertó antes del amanecer y al mirar por la ventana vio la nieve que volaba por el aparcamiento del hotel. Imaginó ese viento en los ojos, congelándole la piel. Era un día descarnado para lanzar una búsqueda.

El sol no había salido todavía cuando Gabriel, Sansone y ella se dirigieron en coche al punto de encuentro. Ya habían llegado alrededor de una docena de miembros del equipo de búsqueda, junto con los perros rastreadores. Los hombres deambulaban en la penumbra que precede al amanecer tomando café caliente. Jane oía el entusiasmo en sus voces, sentía la electricidad en el aire. Eran como cualquier policía justo antes de una redada: exudaban testosterona y aguardaban ansiosamente la acción.

Mientras Gabriel y Sansone se colocaban las mochilas en la espalda, Jane oyó que el sheriff Fahey preguntaba:

—¿Dónde creéis que vais vosotros dos con esas mochilas?

Gabriel se volvió hacia él.

—Usted pidió voluntarios para la búsqueda y rescate.

—No pedimos un agente federal para el equipo.

—Estoy capacitado para negociar en situaciones de toma de rehenes —dijo Gabriel—. Además, conozco a Maura Isles. Ella confiará en mí.

—Es un terreno montañoso inhóspito. Tiene que saber muy bien lo que hace.

—Ocho años en el Cuerpo de Infantería de Marina. Entrenamiento para operaciones de montaña en invierno. ¿Algo más que desee saber?

Como no podía discutir esos antecedentes, Fahey se volvió hacia Sansone, pero la expresión pétrea del hombre impidió que intentara desafiarlo. Con un gruñido de fastidio, Fahey se alejó.

—¿Dónde está Monty Loftus? —gritó—. ¡No podemos esperarlo mucho más!

—Me dijo que no vendría —respondió alguien.

—¿Después del jaleo que armó anoche? Pensé que estaría aquí antes que todos.

—Tal vez se miró al espejo y recordó que tiene setenta y un años.

Entre las risas que siguieron, uno de los entrenadores de los perros gritó:

—¡Los perros ya tienen el rastro!

El equipo de búsqueda se adentró en el bosque y Gabriel se volvió hacia Jane. Compartieron un último beso y un abrazo y luego él se marchó. En tantas otras oportunidades ella había admirado sus condiciones atléticas, la seguridad de su paso. Ni siquiera la pesada mochila le quitaba agilidad. Mirándolo desde donde comenzaba el bosque, podía ver todavía el joven infante de marina que había sido.

—Esto no va a terminar bien —dijo una voz.

Jane se volvió y vio a Cathy Weiss que meneaba la cabeza.

—Lo van a cazar como a un animal —vaticinó Cathy.

—Los que me preocupan son Maura Isles y mi marido —respondió Jane.

Se quedaron lado a lado observando cómo el equipo de búsqueda avanzaba por el bosque. Lentamente los coches comenzaron a marcharse, pero las dos mujeres permanecieron en su sitio mirando hacia el bosque hasta que los hombres finalmente desaparecieron entre los árboles.

—Por lo menos parece ser un hombre sensato —comentó Cathy.

Jane asintió.

—Es una buena forma de describir a Gabriel.

—Pero el resto de esos tíos van preparados para disparar primero y hacer preguntas después. Joder, Bobby podría haberse resbalado sobre el hielo y haberse disparado a sí mismo. —Cathy soltó un suspiro de frustración: —¿Cómo van a saber qué sucedió realmente? Nadie lo vio.

Y tampoco había una grabación de lo sucedido, pensó Jane. Ese

detalle por sí mismo la inquietaba. La cámara del coche de Martineau funcionaba perfectamente. Simplemente había estado apagada, en flagrante violación del reglamento policial. Lo último que había grabado era el viaje de Martineau hacia Doyle Mountain. Instantes antes de llegar a la casa, él había apagado la cámara deliberadamente.

Jane se volvió hacia Cathy.

—¿Cómo de bien conocías al agente Martineau?

—He tenido trato con él. —Por el tono de su voz, ese trato no parecía haber sido cordial.

—¿Alguna vez tuviste motivos para desconfiar de él?

Cathy se quedó mirándola en la madrugada gélida y el vapor de sus alientos se mezcló en una unión caracoleante.

—Me preguntaba cuándo alguien reuniría por fin el valor para hacer esa pregunta —respondió.

—A Bobby Martineau ahora se lo considera un héroe y no debemos hablar mal de los héroes muertos. Ni siquiera si lo merecen —dijo Cathy.

—O sea que no eras admiradora de él.

—Entre usted y yo, Bobby era controlador y maltratador. —Cathy mantenía la mirada en el camino mientras conducía con cuidado sobre el asfalto cubierto de nieve y hielo; Jane se alegraba de no ser la que tuviera que maniobrar por esos caminos desconocidos y más aún de que estuvieran en la camioneta todoterreno de Cathy. —En mi trabajo —prosiguió Cathy—, uno se entera de inmediato qué familias de la zona tienen problemas. Quién se está divorciando, cuáles chicos faltan demasiado a la escuela. Y de quién son las esposas que se presentan a trabajar con un ojo negro.

—¿La de Bobby?

—Es su ex esposa ahora. Le tomó bastante tiempo despertar y marcharse. Hace dos años, Patsy por fin lo dejó y se mudó a Oregón. Me hubiera gustado que se quedara aquí y presentara cargos contra él, porque los tíos como Bobby no deberían andar con placas policiales.

—¿Golpeaba a la esposa y seguía llevando uniforme?

—Seguramente sucede también en Boston ¿verdad? La gente se niega a creer que un ciudadano recto como Bobby podría ser violento con la esposa. —Cathy resopló. —Si el chico realmente le disparó, tal vez Bobby lo merecía.

—No lo dices en serio ¿verdad?

Cathy la miró.

—Tal vez sí. Un poco. Trabajo con las víctimas. Sé lo que años de maltrato pueden hacerle a un chico. A una mujer.

—Esto comienza a sonar como algo personal para ti.

—Cuando ves demasiados casos, sí, se torna personal. Por más que

trates de que no suceda.

—Entonces Bobby era un cabrón que golpeaba a la mujer. Eso no explica por qué apagó la cámara de su coche. ¿Qué estaba tratando de ocultar allí en Doyle Mountain?

—Esa respuesta no la sé.

—¿Conocía a Julian Perkins?

—Sí, claro. Al chico lo han arrestado todos los agentes del condado por algún delito u otro.

—O sea que existía una historia entre ellos.

Cathy lo pensó mientras conducía la camioneta por un camino donde había pocas casas y estaban alejadas unas de otras.

—A Julian no le gustaba la policía, pero así son los adolescentes. La policía es el enemigo. Con todo, no creo que esa fuera la explicación. Y no olvidemos esto —dijo, mirando a Jane—: Bobby apagó la cámara antes de llegar a Doyle Mountain. Antes de saber que el chico estaba allí. Cualquiera que haya sido la razón, tenía algo que ver con tu amiga Maura Isles.

Cuyas acciones seguían siendo el misterio más grande de todos.

—Aquí estamos —dijo Cathy y detuvo la camioneta al costado del camino—. Usted quería saber sobre Bobby. Pues allí es donde vivía.

Jane miró la modesta casa del otro lado del camino. La nieve se había apilado en montañas a cada lado de la entrada y la casa parecía escondida; las ventanas espiaban por encima de la nieve como para tener un atisbo furtivo de los transeúntes. No había casas cercanas ni vecinos disponibles a quienes entrevistar.

—¿Vivía solo? —preguntó Jane.

—Hasta donde sé, sí. No parece que haya nadie en la casa.

Jane se cerró la chaqueta y bajó del coche. Escuchó el ruido del viento entre los árboles y sintió su ardor contra las mejillas. ¿Sería por eso que de pronto la recorrió un escalofrío? ¿O era esa casa, la casa de un hombre muerto, con las ventanas que espiaban por encima de la nieve? Cathy ya se encaminaba hacia el porche; sus botas crujían sobre la nieve compactada. Jane se detuvo junto al coche. No tenían orden de allanamiento. Tampoco tenían motivo para estar allí, salvo que el agente Martineau era un misterio para ella y cualquier investigación buena de homicidio incluía un análisis de la víctima. ¿Por qué habían atacado a ese hombre en particular? ¿Qué acciones había llevado a cabo que llevaron a su muerte en aquel ventoso camino de entrada en Doyle Mountain? Hasta el momento, toda la atención había estado centrada sobre el supuesto asesino, Julian Perkins. Era hora de dedicarse a Bobby Martineau.

Siguió a Cathy por el camino de entrada; sus botas se afirmaban sobre la arena desparramada sobre el hielo. Cathy ya estaba golpeando a la puerta.

Como esperaban, nadie respondió.

Jane vio la madera podrida de los alféizares, la pintura descascarada. En un extremo del porche habían acumulado leña contra una baranda que parecía a punto de desmoronarse. Espió por la ventana y vio una sala con pocos muebles. Sobre la mesa de café había dos latas de cerveza y una caja de pizza. No vio nada que la sorprendiera, nada que no esperara ver en la casa de un hombre soltero que vivía de su sueldo de policía.

—Hombre, qué cuchitril —comentó Cathy, mirando el garaje separado de la casa, que parecía hundido bajo el peso de la nieve en el tejado.

—¿Conoces a alguno de sus amigos? ¿A alguien que pudiera conocerlo bien?

—Seguramente alguien de la oficina del sheriff, pero nadie dirá una palabra negativa. Como le dije, un policía muerto es siempre un héroe.

—Depende de cómo terminó muerto ese policía. —Jane intentó abrir la puerta y la encontró cerrada con llave. Se concentró en el garaje. El camino que llevaba a la puerta levadiza estaba limpio y vio huellas de neumáticos anchas, de una camioneta grande. Con cuidado, bajó los escalones resbaladizos del porche. En la puerta del garaje, vaciló, sabiendo que al abrir esa puerta, estaría cruzando un límite ético. No tenía orden de allanamiento y ni siquiera estaba en su propia jurisdicción. Pero Bobby Martineau estaba muerto y no podría quejarse. Y a fin de cuentas, lo que buscaban era justicia ¿verdad? Justicia para el propio Bobby, así como también para el chico acusado de matarlo.

Se agachó para coger la manilla de la puerta pero los rieles estaban congelados y no pudo moverla. Cathy acudió en su ayuda y juntas intentaron levantarla. De pronto, la puerta se liberó y lograron abrirla. Quedaron anonadadas mirando el interior del garaje.

Adentro resplandecía un gigantesco vehículo negro.

—Pero mire eso —murmuró Cathy—. Es tan nueva que todavía tiene las matrículas del concesionario.

Con expresión de admiración, Jane rodeó la camioneta, deslizando los dedos sobre el acabado impecable. Era una Ford F-450 XLT.

—Esta preciosidad debe costar por lo menos cincuenta mil dólares —dijo.

—¿Cómo podía permitírsela Bobby?

Jane dio la vuelta hasta el parachoques delantero y se detuvo.

—Una pregunta mejor todavía sería: ¿Cómo podía permitirse esto?

—¿Qué cosa?

Jane señaló la motocicleta Harley. Era un modelo V-Rod Muscle negro y al igual que la camioneta, se la veía nueva. No sabía cuánto

podía costar una moto como esa, pero ciertamente no era barata.

—Por lo visto el agente Martineau se hizo con un dinero recientemente —comentó en voz baja. Se volvió hacia Cathy, que miraba boquiabierta la Harley. —No tenía un tío millonario en alguna parte ¿verdad?

Cathy sacudió la cabeza, perpleja.

—Por lo que escuché, ni siquiera podía pagar la cuota de alimentos.

—¿Entonces cómo pagó la motocicleta? ¿Y la camioneta? —Jane paseó la mirada por el desvencijado garaje con las vigas vencidas. —Evidentemente, aquí hay una desconexión. Hace que te cuestiones todo lo que nos han dicho sobre Martineau.

—Era policía. Tal vez alguien le pagaba para que hiciera la vista gorda.

Jane se concentró otra vez en la moto, tratando de comprender cómo se relacionaba con la muerte de Martineau. Ahora le quedaba claro que él había apagado la cámara adrede para ocultar sus acciones. La operadora acababa de informarle que Maura Isles estaba esperando allí, una mujer sola que necesitaba socorro. Tras coger la llamada, Martineau había apagado la cámara y se había dirigido a Doyle Mountain.

¿Y qué había sucedido después? ¿Dónde encajaba el chico? Tal vez todo está relacionado con el chico.

Miró a Cathy.

—¿A qué distancia está El Reino Celestial?

—A unos setenta kilómetros de aquí. En medio de la nada.

—Tal vez deberíamos ir allí a hablar con la madre de Julian.

—No creo que haya nadie viviendo allí ahora. Oí que los residentes se habían marchado por el invierno.

—Recuerdas quién pasó esa información ¿verdad? El mismo agente que fue a El Reino Celestial una y otra vez. Y que nunca vio nada raro.

—Bobby Martineau —murmuró Cathy.

Jane hizo un movimiento de cabeza hacia la Harley.

—En vista de lo que hemos encontrado aquí, no creo que debamos creer nada de lo que dijo Martineau. Alguien lo ha estado sobornando. Alguien que tiene dinero de sobra para hacerlo.

No fue necesario que ninguna de las dos dijera el nombre en voz alta. Jeremías Goode.

—Hagamos una visita a El Reino Celestial —dijo Jane—. Me gustaría averiguar qué es lo que no quieren que veamos.

VEINTINUEVE

Por la ventanilla del coche, Jane divisó bultos oscuros sobre el vasto campo blanco. Eran bisontes, apiñados para protegerse del viento; sus grandes cuerpos peludos estaban cubiertos de una capa fina de nieve. Animales salvajes, sin dueño. Algo realmente novedoso para una chica de la gran ciudad, donde todas las mascotas iban con correa, tenían placas de identificación y estaban registradas. Pero a las mascotas se las alimentaba y se les daba refugio, no se las dejaba a merced del clima brutal para que sobrevivieran por su cuenta. Esta es la consecuencia de la libertad, pensó mientras contemplaba los bisontes, una consecuencia que Julian Perkins había aceptado cuando escapó de su hogar adoptivo con solamente una mochila de comida. ¿Cómo podía sobrevivir un chico de dieciséis años en ese mundo implacable?

¿Cómo podía sobrevivir Maura?

Como si le leyera la mente, Cathy dijo:

—Si hay alguien que puede mantenerla con vida allí afuera, es Julian. Se crió con un abuelo que conocía todos los trucos para sobrevivir de la tierra. Absolem Perkins es una leyenda en esta zona. Construyó su cabaña con sus propias manos allí en las montañas Bridger-Teton.

—¿Dónde es eso?

—Es aquel cordón montañoso allí —señaló Cathy.

Por entre la nieve que levantaban los neumáticos, Jane vio unos picos rocosos y afilados.

—¿Allí es donde creció Julian?

—Ahora es un bosque nacional. Pero si haces excursiones de montañismo por allí, te encontrarás con algunas casas viejas como la de Absolem. La mayoría de ellas están destruidas, pero te recuerdan lo difícil que era sobrevivir en aquel entonces. No imagino pasar un solo día sin retrete ni una ducha caliente.

—Mujer, yo no imagino un día sin televisión por cable.

Habían comenzado a subir a terreno montañoso, donde el bosque se hacía más denso y desaparecían las casas. Pasaron por la Tienda Grubb's y Jane vio el ominoso letrero: ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA REPOSTAR. No pudo evitar echar un vistazo al medidor de Cathy y sintió alivio al ver que tenían tres cuartos de tanque todavía.

Habían andado casi dos kilómetros cuando de pronto ese nombre le volvió a la mente. La Tienda Grubb's. Recordó lo que Queenan había dicho sobre gente que decía haber visto a Maura. Habían llamado de

todo el estado, desde el Museo del Dinosaurio en Thermopolis al Irma Hotel en Cody. Y también de la tienda Grubb's en el condado Sublette.

Sacó el teléfono para llamar a Queenan. Ninguna barra de señal. Volvió a guardar el teléfono en el bolso.

—Vaya, qué interesante —observó Cathy cuando salieron de la carretera a un camino mucho más estrecho.

—¿Qué cosa?

—Lo han limpiado.

—¿Es el camino que lleva a El Reino Celestial?

—Sí. Si Bobby decía la verdad y el valle está desierto, ¿por qué alguien se molestaría en limpiar el camino?

—¿Has estado antes por aquí?

—La única vez que vine fue el verano pasado —respondió Cathy mientras tomaba una curva cerrada que hizo que Jane se aferrara de manera instintiva al apoyabrazos—. Acababan de adjudicarme el caso de Julian. La policía lo había pillado en Pinedale, donde había entrado en una casa y estaba robando comida de la cocina.

—¿Fue después de que lo echaran de La Congregación?

Cathy asintió.

—Otro de los Niños Perdidos. Vine hasta aquí en el coche, con la esperanza de poder entrevistar a su madre. Y también estaba preocupada por su hermana Carrie. Julian me había contado que tenía solo catorce años y sé que esa es la edad en la que los hombres comienzan a... —Cathy se interrumpió e inspiró hondo. —Pero en fin, nunca llegué a El Reino Celestial. Fuí por el camino privado y cuando comencé a bajar hacia el valle una camioneta subió a toda velocidad y me interceptó. Deben de tener algún sistema de advertencia que les avisa cuando alguien ha entrado en la propiedad. Dos hombres con radiotransmisores quisieron saber cuál era el motivo de mi visita. En cuanto se enteraron que era asistente social, me ordenaron marcharme y no regresar. Solo tuve un atisbo del caserío desde el camino. Habían construido diez casas y había dos más en obra; se veían excavadoras y tractores en movimiento. Obviamente, tienen planes de expansión. Esto será su nueva Llanura de Ángeles.

—Así que nunca hablaste con la madre de Julian.

—No. Y ella no se comunicó en ningún momento con nadie para saber cómo estaba él. —Cathy movió la cabeza, indignada. —Lindo amor de madre ¿verdad? Te dan a elegir entre tu secta y tu hijo y pones a tu hijo de patitas en la calle. No puedo entenderlo ¿y usted?

Jane pensó en su hija, en lo que estaría dispuesta a sacrificar para mantener a salvo a Regina. Moriría por ella y no lo pensaría dos veces.

—No, yo tampoco lo entiendo.

—Imagine lo que fue para el pobre Julian saber que su madre piensa que es desechable. Saber que ella no hizo más que mirar hacia

otro lado cuando los hombres se lo llevaron a rastras de su casa.

—Santo Dios ¿así fue como sucedió?

—Así lo describió Julian. Él sollozaba y gritaba. Su hermana gritaba. Y su madre en ningún momento se opuso ni protestó.

—Qué miserable pedazo de mierda.

—Pero recuerde, ella también es una víctima.

—No es excusa. Una madre pelea por sus hijos.

—En la secta La Congregación, eso no sucede. En Llanura de Ángeles, docenas de madres renunciaron a sus hijos y dejaron que se los llevaran y los abandonaran en la ciudad más cercana. Los chicos terminan tan rotos, tan dañados que muchos se refugian en la droga. O caen en manos de explotadores. Están desesperados porque alguien los quiera, porque cualquier persona los quiera.

—¿Cómo lo manejó Julian?

—Él solo quería volver con su familia. Es como un perro apaleado que intenta volver con el amo que lo maltrata. En julio pasado, robó un coche y logró llegar hasta el valle para ver a su hermana. Logró esconderse en la zona durante tres semanas antes de que los miembros de La Congregación lo pillaran y lo volvieran a dejar abandonado en Pinedale.

—O sea que también podría ir hacia allí ahora. —Jane miró a Cathy. —¿Cómo de lejos estamos de Doyle Mountain, del sitio donde le dispararon a Martineau?

—A tiro de piedra, no es lejos. Está justo del otro lado de esos cerros. Mucho más lejos si vas por ruta.

—Entonces podría ir a pie.

—Si realmente quisiera hacerlo, sí.

—Acaba de matar a un policía. Está asustado, huyendo. Tal vez busque refugio en El Reino Celestial.

Cathy frunció el ceño mientras lo pensaba.

—Si está allí ahora...

—Va armado.

—A mí no me haría daño. Me conoce.

—Solo digo que debemos tener cuidado. No podemos predecir lo que hará. Y tiene a Maura.

Hacía una hora que estaban ascendiendo y no habían visto vehículos ni casas, ninguna señal de que alguien más viviera en esa montaña. Solo cuando Cathy frenó y detuvo el coche, Jane divisó el letrero semienterrado en la nieve profunda.

CAMINO PRIVADO

SOLO RESIDENTES

—¿Acogedor, verdad? —dijo Cathy.

—Me pregunto por qué le temen tanto a los visitantes.

—Interesante. La cadena está caída y el camino también está limpio.

Comenzaron a bajar por el camino privado; el todoterreno de Cathy avanzaba despacio sobre el asfalto cubierto por tres centímetros de nieve reciente. El bosque de pinos era cerrado y dejaba el camino en una sombra claustrofóbica. Jane podía ver muy poco más allá de la cortina verde. Miraba hacia adelante, con los músculos tensos, sin saber qué esperar. ¿Una intercepción hostil por parte de La Congregación? ¿Disparos de un chico asustado? De pronto los árboles se abrieron y pudo ver el cielo, frío y brillante.

Cathy se detuvo en un punto panorámico y frenó el coche. Ambas observaron, pasmadas, lo que una vez había sido el caserío de El Reino Celestial.

—Dios bendito —susurró Cathy—. ¿Qué ha sucedido aquí?

El valle estaba salpicado de ruinas negras. Cimientos carbonizados marcaban el sitio donde había habido casas, dos hileras de ordenada destrucción. Algo se movía entre las ruinas, algo que trotaba con movimientos arrogantes entre las casas quemadas, como si el valle ahora le perteneciera y solo estuviera recorriendo su dominio.

—Un coyote —dijo Cathy.

—Esto no parece haber sido un accidente —dijo Jane—. Creo que alguien incendió esas casas. —Se detuvo al registrar lo más obvio. —Julian.

—¿Por qué lo haría?

—¿Por furia contra La Congregación? ¿Para vengarse porque lo echaron de su casa?

—Es muy rápida para culparlo por todo ¿no cree? —dijo Cathy.

—Pues no sería el primer chico en incendiar una casa.

—¿Y destruir el único refugio en kilómetros a la redonda? —Cathy soltó un suspiro nervioso y volvió a poner el coche en marcha. —Acerquémonos más.

Siguieron bajando por el camino hacia el valle y por entre los pinos, Jane pudo vislumbrar el poblado desde varios ángulos; la destrucción se tornaba cada vez más atroz. El ruido del vehículo ya había llegado al valle y el coyote huyó hacia el bosque. A medida que se acercaban, Jane vio otros bultos oscuros en la nieve y comprendió que también eran coyotes. Pero yacían inmóviles.

—Joder, parece que han matado a toda la jauría —comentó.

—Cazadores.

—¿Por qué?

—Los coyotes no gozan de popularidad en la zona rural. —Cathy se detuvo ante los primeros cimientos carbonizados y ambas contemplaron el campo cubierto de animales muertos. Desde el extremo del bosque, el único animal sobreviviente las observaba como si él también quisiera respuestas.

—Esto es muy extraño —murmuró Jane—. No veo sangre por ningún lado. No estoy segura de que los hayan matado de un disparo.

—¿Entonces cómo murieron?

Jane bajó del vehículo y estuvo a punto de resbalar sobre el hielo. La nieve derretida por el fuego se había convertido rápidamente en una capa de hielo que ahora estaba recubierta de polvo blanco. Por donde mirara, veía huellas de coyotes sobre la fina capa de nieve. La destrucción la había dejado atónita. Escuchó el ruido de las botas de Cathy sobre la nieve, pero Jane permaneció junto al coche, contemplando los restos de madera y metal carbonizados; aquí y allí se veían objetos reconocibles en la nieve. Un espejo roto, un picaporte quemado. Un fregadero de cerámica lleno de agua congelada. Un poblado entero reducido a escombros y cenizas.

El grito fue penetrante y el eco rebotó en las montañas como esquirlas de cristal. Jane se puso tiesa y vio a Cathy en un extremo de las ruinas, con la mirada fija en el suelo y una mano contra la boca. Con movimientos torpes, como de robot, comenzó a retroceder.

Jane echó a andar hacia ella.

—¿Qué sucede? ¿Cathy?

La mujer no respondió. Seguía mirando hacia abajo y retrocediendo con torpeza. Cuando Jane se acercó, vio objetos coloridos en la nieve. Algo azul aquí, un trocito rosado allí. Pedazos de tela rota, se dijo. Siguió avanzando más allá de la última casa quemada, donde la nieve se tornaba profunda y estaba surcada de huellas de animales. Las había por todas partes, como si los coyotes hubieran hecho una danza grupal.

—¿Cathy?

Por fin la mujer se volvió hacia ella; Jane vio que estaba pálida y no podía hablar. Solo podía señalar hacia el suelo, hacia uno de los coyotes muertos.

En ese momento, Jane comprendió que Cathy no señalaba el animal sino un par de huesos que asomaban por la nieve como tallos delgados. Podrían haber sido los restos de una presa salvaje, destrozada y mordida por los depredadores, excepto por un pequeño detalle. Alrededor de esos huesos se veía algo que no pertenecía a ningún animal.

Jane se agachó y contempló las cuentas rosadas y violetas enhebradas en un elástico. Una pulsera de niña.

Con el corazón acelerado, Jane se incorporó. Miró hacia los árboles y vio cráteres en la nieve donde los coyotes habían estado escarbando en busca de tesoro, de carne fresca con la que habían comenzado a hacerse un festín.

—Siguen aquí —dijo Cathy en voz baja—. Las familias, los niños. Los habitantes de El Reino Celestial nunca se fueron. —Miró el suelo, como si viera algún horror nuevo a sus pies. —Están aquí mismo.

TREINTA

Hacia el final del día, el equipo de recuperación del condado había extraído el decimoquinto cadáver de la tierra helada. Había estado enredado en un abrazo macabro con los otros cadáveres de la fosa comunal. La tumba era poco profunda y estaba cubierta solamente por una capa delgada de tierra, tan delgada que aun a través de medio metro de nieve los animales habían detectado el tesoro de carne. Al igual que los otros catorce cadáveres, el último emergió del pozo con las extremidades congeladas y rígidas y las pestañas con incrustaciones de hielo. Era un bebé de apenas seis meses de edad, vestido con un pijama de algodón de mangas largas decorado con pequeños aviones. Una prenda para estar dentro de la casa. Al igual que los otros cuerpos, no presentaba marcas de violencia. Salvo por las lesiones post mortem causadas por los animales carnívoros, los cadáveres estaban extraña y perturbadoramente perfectos.

El bebé era el más perfecto de todos; tenía los ojos cerrados como si estuviera dormido y la piel lisa y pálida como porcelana. Es solo una muñeca fue lo primero que pensó Jane cuando vislumbró el pequeño cuerpo en el pozo. Era lo que había deseado creer. Pero la verdad se tornó aparente en cuanto los hombres del equipo de recuperación, cubiertos con uniformes de protección contra riesgo biológico por encima de la gruesa ropa invernal, liberaron cuidadosamente el cuerpo de la tumba.

Jane había observado cómo sacaban un cadáver tras otro, pero el bebé fue el que más la afectó, porque la hizo pensar en su propia hija. Trató de bloquear la imagen, pero ya la tenía en su cabeza: la cara sin vida de Regina, la piel recubierta de escarcha.

Se volvió abruptamente y se alejó de la tumba en dirección al lugar donde estaban aparcados los vehículos. Cathy seguía acurrucada dentro de su todoterreno. Jane subió del lado del pasajero y cerró la puerta. El coche apestaba a humo y Jane vio que el cenicero estaba lleno. Con manos temblorosas, Cathy encendió otro cigarrillo e inspiró con un estremecimiento. Las dos mujeres permanecieron unos instantes sin hablar. A través del parabrisas, vieron cómo un miembro del equipo forense colocaba el pequeño envoltorio dentro del vehículo de la morgue y cerraba la puerta. Quedaba muy poca luz de día. La excavación se reanudaría al día siguiente; seguramente encontrarían más cuerpos. En el fondo del pozo, los trabajadores ya habían vislumbrado una extremidad rígida de adulto.

—No se ven heridas de cuchillo. Ni orificios de balas —comentó

Jane mientras observaba cómo se alejaba el vehículo de la morgue—. Parece como si se hubieran quedado dormidos y hubieran muerto.

—Jonestown —murmuró Cathy—. Lo recuerda ¿verdad? El reverendo Jim Jones. Llevó a casi mil seguidores de California a Guyana. Estableció su propia colonia. Cuando las autoridades estadounidenses fueron a investigar, les ordenó a sus seguidores que se suicidaran. Murieron más de novecientas personas.

—¿Crees que esto también fue un suicidio masivo?

—¿Qué otra cosa podría ser? —Cathy miró hacia la fosa. —En Jonestown obligaron a los niños a beber primero. Les dieron cianuro mezclado con una bebida dulce, Flavor Aid. Imagine eso. Llenar un biberón con veneno. Levantar a tu bebé. Meterle el biberón en la boca. Imagine verlo succionar, sabiendo que es la última vez que te mirará y sonreirá.

—No, no puedo imaginarlo.

—Pero en Jonestown lo hicieron. Mataron a sus propios hijos y luego se mataron ellos. Todo porque un supuesto profeta les dijo que lo hicieran. —Cathy se volvió hacia ella con la cara desencajada. En la penumbra del vehículo se le acentuaban las cavidades de los ojos. —Jeremías Goode tiene el poder de comandarlos. Puede hacer que le entregues tus posesiones y que le des la espalda al mundo. Puede hacer que entregues a tu hija y te deshagas de tu hijo. Puede entregarte una copa con veneno, decirte que la tomes, y lo harías. Lo harías con una sonrisa porque no hay nada tan importante como complacerlo.

—Te he hecho esta misma pregunta con anterioridad. Creo que conozco la respuesta. Esto es personal para ti ¿verdad?

Las palabras de Jane, dichas con tanta suavidad, parecieron calar hondo en Cathy. Se quedó muy quieta mientras el cigarrillo se convertía lentamente en cenizas. Súbitamente, lo apagó y miró a Jane directamente a los ojos.

—Claro que sí. Es jodidamente personal —respondió.

Jane no preguntó nada, ni hizo comentario alguno. Tenía la sabiduría suficiente como para darle tiempo y espacio para que siguiera hablando cuando estuviera lista.

Cathy rompió el contacto visual y contempló la noche que caía.

—Hace dieciséis años —dijo—, La Congregación me quitó a mi mejor amiga. Ella y yo éramos como hermanas, aún más cercanas. Katie Sheldon vivía en la casa vecina a la nuestra y yo la conocía desde que teníamos dos años. Su papá era carpintero y pasaba mucho tiempo desempleado. Un hombrecillo nefasto que se comportaba como un emperador de mala muerte con su familia. Su madre era ama de casa. Una personalidad tan anodina que casi no la recuerdo. Eran justo la clase de gente a la que le atrae una secta como La Congregación .

Gente sin vínculos, que necesita una razón para existir en su vida sin propósito. Y al padre de Katie seguramente le gustaba la idea de cualquier religión que le diera rienda suelta para someter a su familia. Y ni hablemos de las jovencitas con quienes se le permitiría acostarse. Esposas múltiples, el Armagedón, los días finales... todo le venía de perillas. Todas las gilipolleces de Jeremías. Así fue que la familia se mudó de nuestro vecindario. A Llanura de Ángeles.

"Katie y yo prometimos escribirnos. Y yo cumplí. Le escribía carta tras carta y nunca recibía nada. Pero en ningún momento dejé de pensar en ella y preguntarme qué le había sucedido. Años más tarde, lo averigüé.

Mientras Cathy respiraba hondo para calmarse, Jane guardó silencio, esperando para escuchar lo que sabía que sería una conclusión trágica.

—Terminé la universidad —prosiguió Cathy. —Conseguí un trabajo como asistente social en un hospital de Idaho Falls. Un día, llegó un caso de emergencia obstétrica a través de la sala de Urgencias. Una mujer joven estaba con hemorragias tras dar a luz en Llanura de Ángeles. Era mi amiga Katie. Tenía solo veintidós años cuando murió. Su madre estaba con ella y mencionó el hecho de que Katie tenía otros cinco niños en la casa. —Cathy apretó los dientes. —Haga la cuenta.

—Pues deben de haber dado aviso a las autoridades.

—Claro que sí. Me aseguré de que les dieran aviso. La policía de Idaho fue a Llanura de Ángeles a hacer preguntas. Para entonces, los miembros de La Congregación ya habían preparado la historia. No, yo había escuchado mal, era solo el primer niño de Katie. No había madres menores de edad. No existía ningún abuso sexual de niñas. Eran solo una comunidad pacífica donde todos estaban felices y gozaban de buena salud, un verdadero nirvana. La policía no pudo hacer nada. —Cathy miró a Jane. —Fue demasiado tarde para salvar a mi amiga. Pero pensé que podría ayudar a las demás. A todas las chicas atrapadas en La Congregación. Fue entonces cuando me convertí en activista.

"Durante años, reuní información sobre Jeremías y sus seguidores. He presionado a las fuerzas de la ley para que hagan su trabajo y protejan a esas chicas. Pero no hay forma de terminar con La Congregación hasta que arresten a Jeremías. Mientras él esté vivo y libre, estarán bajo su control. Puede dar órdenes y enviar sus hombres tras aquellos que lo desafían. Pero si se siente acorralado, se torna peligroso. Recuerde lo que sucedió en Jonestown. Y con los Branch Davidians en Waco. Cuando Jim Jones y David Koresh comprendieron que iban a caer, se llevaron a todos con ellos. Hombres, mujeres y niños.

—¿Pero por qué ahora? —preguntó Jane—. ¿Qué haría que

Jeremías ordenara un suicidio colectivo en este momento en particular?

—Tal vez cree que las autoridades están tras él. Que es solo cuestión de tiempo hasta que lo arresten. Cuando tienes por delante décadas tras las rejas por delitos sexuales, cuando sabes que van a derribarte, no te importa cuánta gente te llevas contigo. Si caes tú, también deben caer tus seguidores.

—Hay un problema con esa teoría, Cathy.

—¿Cuál?

—A esos cuerpos los enterraron. Alguien los arrastró hasta el campo, cavó una fosa y trató de ocultar lo sucedido. Si Jeremías los convenció de que se suicidaran en masa con él, ¿entonces quién quedó para enterrar los cadáveres? ¿Quién quemó las casas?

Cathy guardó silencio mientras lo pensaba. Afuera, los miembros del equipo de recuperación regresaban a sus vehículos. Parecían hombres Michelin hinchados dentro de sus trajes protectores. La luz se había apagado, dándole una tonalidad gris y blanca al paisaje. En las sombras del bosque circundante seguramente merodeaban más animales carnívoros, esperando la oportunidad de hacerse un festín con carne envenenada. Carne que ya había matado a sus compañeros.

—No encontrarán el cuerpo de Jeremías aquí —dijo Jane.

Cathy recorrió con la mirada los restos carbonizados de El Reino Celestial.

—Tiene razón. Está vivo. Tiene que estar vivo.

Unos golpes a la puerta de Cathy las sobresaltaron. A través del cristal, Jane reconoció la cara pálida del detective estatal Pasternak. Cuando Cathy bajó la ventanilla, él dijo:

—Señorita Weiss, estoy listo para escuchar todo lo que tenga para decir sobre La Congregación.

—Así que ahora finalmente me creéis.

—Siento mucho que nadie la haya escuchado. —Hizo un ademán hacia el asiento trasero. —¿Puedo escapar del viento y unirme a vosotras?

—Le contaré todo lo que sé. Pero con una condición —dijo Cathy.

Pasternak se sentó en el asiento trasero y cerró la puerta.

—¿Sí?

—Tiene que compartir una información con nosotras.

—¿Cuál?

Jane giró en el asiento y lo miró.

—¿Qué tal si comenzamos con lo que sabe sobre el agente Martineau? ¿Y de dónde sacó el dinero para comprarse una Harley y una camioneta nuevas?

Pasternak miró a las mujeres que lo estudiaban desde los asientos delanteros, primero a una, luego a la otra.

—Lo estamos investigando.

—¿Dónde está Jeremías Goode? —preguntó Cathy.

—También estamos investigando eso.

Cathy negó con la cabeza.

—Tiene aquí una fosa común y sabe que seguramente él sea el responsable. Debe de tener alguna idea sobre dónde está.

Tras un momento, Pasternak asintió.

—Estamos en contacto con la policía de Idaho. Me han dicho que ya tienen un contacto dentro del complejo de Llanura de Ángeles. Le ha informado que Jeremías Goode no está allí en este momento.

—¿Y confiáis en este contacto?

—Ellos confían, sí.

Cathy soltó un bufido.

—Pues aquí va la lección número uno, detective. Cuando se trata de La Congregación, no se fíe de nadie.

—Se ha emitido una orden de arresto. Mientras tanto, Llanura de Ángeles está bajo vigilancia.

—Él tiene contactos por todos lados. Casas seguras donde puede mantenerse escondido durante años.

—¿Le consta eso?

Cathy asintió.

—Tiene seguidores y dinero como para mantenerse intocable. Dinero como para sobornar a un ejército de policías como Bobby Martineau.

—Estamos siguiendo la ruta del dinero, créame. En la cuenta del agente Martineau apareció una gran inyección de efectivo hace cosa de dos semanas.

—¿De dónde provino? —preguntó Jane.

—De una cuenta registrada a nombre del Grupo Dalia. No tengo idea qué es.

—Debe de pertenecer a Jeremías.

—El problema es que no podemos encontrar el vínculo entre el Grupo Dalia y La Congregación. La cuenta está en un banco de Rockville, en el estado de Maryland.

Cathy frunció el ceño.

—La Congregación no tiene conexión con Maryland, al menos que yo sepa.

—Dalia parece ser una empresa fantasma. Una tapadera. Alguien se ha tomado mucho trabajo para ocultar la ruta del dinero.

Jane contempló el sitio donde estaba la tumba; unos hombres la estaban cubriendo con tablones de madera para protegerla de los depredadores. Y también para proteger a los depredadores del veneno que había matado tanto a las víctimas humanas como a los animales que habían comido su carne contaminada.

—Así que este es el motivo por el que sobornaron a Martineau —dijo—. Para que no abriera la boca sobre lo que había sucedido aquí.

—Un secreto que valía la pena ocultar —dijo Pasternak—. Asesinato en masa.

—Tal vez por eso lo mataron —continuó Jane—. Tal vez el chico no tuvo nada que ver.

—Me temo que Julian Perkins es el único que puede responder a esa pregunta.

—Y hay una cuadrilla de hombres dispuestos a matarlo. —Jane miró hacia las montañas. Hacia el cielo, que ya se estaba convirtiendo en otra noche gélida. —Si lo matan, puede que perdamos a nuestro único testigo.

TREINTA Y UNO

Oso fue el primero en escucharlo.

Durante gran parte de la mañana, el perro había estado trotando muy por delante de ellos, como si ya conociera el camino, aunque el chico nunca antes lo había hecho subir esa montaña. Viajaron durante horas sin hablar, conservando el aliento para la subida; Maura iba detrás del muchacho, más despacio. Cada paso era un esfuerzo. Así que cuando Oso de pronto se detuvo sobre una saliente más arriba que ellos y ladró, Maura pensó que se dirigía a ella. Una versión canina de ¡Dese prisa, señora! ¡Por qué tarda tanto?

Hasta que escuchó el gruñido. Levantó la mirada y vio que el perro no estaba concentrado en ella, sino que miraba hacia el este, en dirección al valle desde el que habían subido. Rata se detuvo y se volvió en la misma dirección. Permanecieron en silencio un instante. Se oían crujidos de ramas de pino y dedos invisibles de viento arremolinaban la nieve.

Entonces lo oyeron: ladridos distantes de perros.

—Tenemos que avanzar más rápido —dijo Rata.

—No puedo.

—Sí que puedes. —Le tendió la mano. —Te ayudaré.

Maura miró su mano extendida, miró su cara sucia y demacrada. Me ha mantenido con vida todo este tiempo, pensó. Es hora de que le devuelva el favor.

—Avanzarás más rápido sin mí —dijo.

—No te dejaré aquí. .

—Sí que lo harás. Te irás a toda velocidad y yo me quedaré aquí a esperarlos.

—Ni siquiera sabes quiénes son.

—Les contaré lo que sucedió con el policía. Les explicaré todo.

—Por favor, no lo hagas. No lo hagas. —Maura oyó las lágrimas en su voz. —Ven conmigo. Solo tenemos que cruzar la siguiente montaña.

—¿Y después qué? ¿Otra más y otra más?

—Solo nos llevará un día más llegar hasta allí.

—¿Hasta dónde?

—A casa. A la cabaña de mi abuelo.

El único sitio seguro que ha conocido, pensó Maura. El único lugar donde se sintió querido.

Él miró hacia el valle. Allí, en la ladera nevada del cerro, se movían pequeñas formas oscuras.

—No sé a qué otro lugar ir —dijo en voz baja y se pasó una manga

mugrienta por los ojos. —Estaremos bien. Sé que estaremos bien.

Era pensamiento mágico, nada más que eso, pero era lo único que le quedaba. Porque nada nunca volvería a estar bien para él.

Maura levantó la mirada hacia el pico. Representaba por lo menos medio día de ascenso hasta la cima, pero los dejaría en posición de ventaja por la altura, si algo salía mal. Si tenían que plantarse.

—Rata —dijo—. Si se acercan demasiado, si nos alcanzan, tienes que prometerme algo: me dejarás y te marcharás. Me permitirás hablar con ellos.

—¿Y si no quieren hablar?

—Podrían ser policías.

—Igual que el último.

—No puedo ir más rápido que ellos, pero tú, sí. Tú eres más rápido que todos nosotros. Solo te estoy retrasando. Así que me quedaré y hablaré con ellos. En el peor de los casos, eso te dará tiempo para escapar.

Él la miró y sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas.

—¿De verdad harías eso? —preguntó—. ¿Por mí?

Ella le secó con el guante las lágrimas que le caían por la cara sucia.

—Qué locura cometió tu madre —dijo en voz baja— al renunciar a un chico como tú.

Oso soltó un ladrido impaciente y los miró como para decir: ¿Qué estáis esperando?

Maura le sonrió al muchacho. Luego se obligó a seguir moviendo las piernas doloridas y subieron montaña arriba detrás del perro.

A última hora de la tarde, habían trepado más arriba de la línea del bosque y Maura no tenía dudas de que quienes los perseguían podrían verlos con facilidad, tres figuras oscuras subiendo por la ladera blanca. Nos ven, como también los vemos nosotros a ellos, pensó. Depredador y presa, con solo un valle entre ambos. Ella avanzaba con mucha lentitud; la raqueta de nieve de la pierna derecha no estaba firme bajo su bota; Maura respiraba con dificultad en el aire de las alturas. Los perseguidores acortaban distancia constantemente. No estaban cansados ni andrajosos ni hambrientos tras días en la naturaleza; no tenían el cuerpo de una mujer citadina de cuarenta y dos años cuya idea de ejercicio era una caminata serena por el parque. ¿Cómo había llegado a ese momento tan impensado? A arrastrarse montaña arriba con un perro de raza dudosa y un chico abandonado que no se fiaba de nadie, que tenía motivos de sobra para no hacerlo? Ellos eran los dos únicos seres con los que podía contar allí, esos dos amigos que ya habían demostrado su lealtad una y otra vez.

Levantó la mirada hacia Rata, que subía incansablemente delante

de ella; parecía menor que sus dieciséis años, apenas un chiquillo asustado corriendo montaña arriba como una cabra. Pero Maura había llegado al límite de sus fuerzas y ya casi no podía poner un pie delante del otro. Siguió esforzándose por avanzar; las raquetas de nieve crujían bajo su peso y ella pensaba en la inminente confrontación. Sucedería antes de que cayera la noche. De alguna u otra forma, pensó, para esta noche todo se habrá decidido. Al mirar hacia atrás, vio que los perseguidores ya estaban llegando al límite de la línea de bosque. Tan cerca.

Pronto estaremos a distancia de disparo.

Volvió a levantar la mirada hacia el pico que se elevaba en la distancia y sintió que sus últimas fuerzas se desintegraban como cenizas.

—¡Venga, sigue, sigue! —gritó Rata.

—No puedo. —Maura se detuvo y se apoyó pesadamente contra una roca enorme. —No puedo —susurró.

Él bajó corriendo hasta donde estaba ella y la cogió del brazo.

—Tienes que seguir.

—Ha llegado el momento de hacerlo —dijo Maura—. El momento de que me dejes.

Él tiró con fuerza de su brazo.

—Te matarán.

Maura lo cogió de los hombros y lo sacudió.

—Rata, escúchame. Ya no me importa lo que pueda sucederme. Quiero que tú vivas.

—No, no voy a dejarte. —Se le quebró la voz y se convirtió en un sollozo de niño, en un ruego de niño. —Inténtalo, por favor. Por favor. —Suplicaba con la cara surcada de lágrimas. No le soltaba el brazo y tiraba con tanta fuerza que Maura pensó que la arrastraría montaña arriba independientemente de si ella colaboraba o no. Dejó que tirara y la hiciera subir unos pasos más por la ladera.

De pronto escuchó el crujido de madera y sintió un dolor punzante en el tobillo derecho cuando la raqueta de nieve se rompió y cedió bajo su peso. Cayó hacia adelante, con los brazos extendidos para protegerse y se hundió hasta los codos en la nieve. Escupió y trató de incorporarse, pero no podía mover el pie derecho.

Rata le pasó un brazo alrededor de la cintura y trató de liberarla.

—¡Detente! —gritó Maura—. ¡Se me ha trabado el pie!

Él se arrodilló en la nieve y comenzó a cavar. Oso miraba azorado cómo su amo cavaba como un perro enloquecido.

—Tienes el pie encajado entre dos piedras. ¡No lo puedo liberar! —Rata la miró con expresión de pánico. —Voy a tirar. Tal vez pueda quitarte el calzado, pero va a doler.

Maura miró hacia el valle. En cualquier momento pensó, esos hombres estarán a distancia de disparo y la encontrarían atrapada como una cabra estaqueada. No era el modo en que quería morir. Expuesta e indefensa. Inspiró hondo y asintió.

—Hazlo —le ordenó a Rata.

Él le cogió el tobillo con ambas manos y comenzó a tirar. Tiraba con tanta fuerza que guñía, con tanta fuerza que Maura creyó que le quebraría el pie en dos. Soltó un grito de dolor. Súbitamente el pie salió de dentro de la bota y ella cayó hacia atrás en la nieve.

—¡Lo siento, lo siento! —exclamó Rata. Maura podía oler el sudor y el miedo del chico, lo escuchaba respirar agitadamente mientras la cogía por debajo de los brazos para levantarla. El pie izquierdo de ella estaba enfundado solo en un calcetín de lana y cuando apoyó el peso sobre él, su pierna se hundió en la nieve hasta la rodilla.

—Apóyate sobre mí. Subiremos juntos. —Rata pasó el brazo de ella por encima de su cuello y la cogió de la cintura. —Venga, va. Tú puedes —la alentó—. Sé que puedes hacerlo.

¿Y tú, podrás? Con cada paso que daban juntos, Maura sentía cómo se tensaban los músculos de él por el esfuerzo. Si alguna vez tuviera un hijo, pensó, así me gustaría que fuera. Leal y valiente como Julian Perkins. Se aferró a él con más fuerza y la tibieza de sus cuerpos se entremezcló mientras subían dificultosamente la montaña. Este era el hijo que nunca había tenido y que probablemente jamás tendría. Habían formado un vínculo, estaban unidos por la lucha. Y no permitiré que le hagan daño.

Las raquetas de nieve crujían al unísono y el vapor de sus alientos se elevaba en una única nube. Maura tenía la media empapada y le dolían los dedos del pie por el frío. Oso corría delante de ellos, pero avanzaban despacio, muy despacio. Seguramente los perseguidores verían el rastro de su presa por la ladera desolada.

Escuchó que Oso gruñía y levantó la mirada hacia la montaña. El perro estaba inmóvil, con las orejas hacia atrás. Pero no miraba hacia el valle, sino hacia una meseta por encima de ellos, donde algo oscuro se movía.

Se oyó un disparo que resonó como un trueno contra los acantilados.

Maura sintió que Rata caía contra ella. De pronto el brazo que la había estado sosteniendo se soltó de su cintura. Cuando se le doblaron las rodillas, Maura intentó sostenerlo a él, pero no tenía fuerza suficiente. Lo mejor que podía hacer era frenar su caída al suelo. El chico cayó junto a unas rocas y quedó tendido de espaldas, como si quisiera hacer la forma de un ángel de nieve. Miraba a Maura con expresión sorprendida. Solo entonces ella vio las manchas de sangre sobre la nieve.

—¡No! —exclamó—. ¡Ay, Dios, no!

—Vete —susurró él.

—Rata. Cariño —murmuró Maura, tratando de no llorar, de mantener la voz firme—. Vas a estar bien. Te juro que vas a estar bien, cariño.

Le abrió la chaqueta y observó con horror la mancha que se desparramaba sobre su camisa. Rasgó la tela y dejó expuesta la herida de bala que tenía en el pecho. Seguía respirando, pero tenía las venas yugulares distendidas como gruesos tubos azules. Maura le tocó la piel y sintió el crujido del estertor a medida que el aire le salía del pecho y se infiltraba en los tejidos blandos, distorsionándole la cara, el cuello. Perforación del pulmón derecho. Neumotórax.

Oso regresó a la carrera y lamió la cara de Rata mientras el chico intentaba hablar. Maura tuvo que apartar al perro para poder escuchar lo que él decía.

—Ya vienen —susurró—. Usa el arma. Toma...

Maura bajó la mirada hacia el arma del policía, que Rata había sacado del bolsillo de su chaqueta. Así es como terminará esto, pensó. Los atacantes no les habían dado ninguna advertencia, no habían intentado ninguna negociación. El primer disparo había sido a matar. No habría posibilidad de rendirse; sería una ejecución.

Y ella era el siguiente blanco.

Maura se incorporó ligeramente para espiar por encima de las rocas. Un hombre solo bajaba la montaña hacia ellos. Llevaba un rifle.

Oso soltó un ladrido amenazante, pero antes de que pudiera abandonar la protección de las rocas, Maura lo cogió por el collar y le ordenó:

—Quieto. ¡Quieto!

Rata tenía los labios azules. Con cada respiración, el pulmón perforado soltaba aire dentro de la cavidad torácica donde quedaba atrapado sin poder escapar. La presión crecía y comprimía el pulmón y los órganos del tórax. Si no hago algo ahora, pensó Maura, morirá.

Abrió a toda prisa la mochila de Rata y revisó el contenido buscando su cuchillo. Cuando desplegó la hoja, vio que estaba oxidada y sucia. Al diablo con la esterilización; le quedaban pocos minutos de vida.

Oso volvió a ladrar, con tanta desesperación que Maura se volvió para ver qué lo había alarmado tanto. El perro miraba montaña abajo; una docena de hombres subía hacia ellos. Un hombre con un rifle en lo alto. Más hombres armados subiendo hacia nosotros. Estamos atrapados.

Miró la pistola que había caído sobre la nieve junto a Rata. El arma del policía. Cuando esto terminara, cuando ella y Rata estuvieran muertos, esos hombres mostrarían esa arma como prueba de que eran

asesinos de policías. Nadie sabría jamás la verdad.

—Mami. —La palabra era apenas un susurro. Una súplica de niño en boca de un jovencito moribundo. —Mami.

Ella se inclinó hacia él y le acarició la mejilla. Aunque la miraba a los ojos, parecía estar viendo a otra persona. Alguien que hacía que sus labios se distendieran lentamente en una débil sonrisa.

—Aquí estoy, cariño. —Maura parpadeó mientras las lágrimas le caían por las mejillas y se enfriaban sobre su piel. —Tu mami siempre estará aquí.

El ruido de una rama al romperse la hizo ponerse tensa. Levantó la cabeza para espiar por encima de la roca y vio al hombre del rifle en el mismo momento en que él la vio a ella.

El hombre disparó.

La bala le hizo entrar nieve en los ojos y ella cayó al suelo junto al muchacho moribundo.

Sin negociaciones. Sin piedad.

Me niego a que me maten como un animal. —Maura cogió el arma del policía. Apuntó hacia arriba y disparó al aire. Un disparo de advertencia, para disuadirlo. Para hacerlo pensar.

Más abajo en la ladera, los perros ladraban y los hombres gritaban. Maura vio que subían hacia ella. No tenía protección contra sus disparos. Agazapada junto a Rata, estaba expuesta al fuego de la cuadrilla que se acercaba.

—¡Me llamo Maura Isles! —gritó—. ¡Quiero entregarme! ¡Por favor, dejad que me entregue! Mi amigo está herido y necesita... —Su voz se apagó cuando una sombra la cubrió. Levantó la mirada y vio el cañón de un rifle.

El hombre que lo sostenía dijo en voz baja:

—Deme la pistola.

—Quiero entregarme —suplicó Maura—. Me llamo Maura Isles y ...

—Deme el arma. —Era un hombre mayor, con ojos implacables y voz autoritaria. Aunque hablaba en voz baja, la orden no admitía vacilación. —Démela. Despacio.

En el momento en que se dispuso a obedecerle, comprendió que el movimiento estaba mal, muy mal. El arma en su mano. Ella con el brazo en alto para entregarla. Los hombres que miraban desde abajo no verían a una mujer a punto de rendirse; verían a una mujer disponiéndose a disparar. De inmediato soltó el arma, que cayó entre sus dedos. Pero el hombre que se cernía sobre ella ya había levantado el arma para disparar. La decisión de matarla ya estaba tomada.

El disparo la hizo dar un respingo. Cayó de rodillas en la nieve junto a Rata. Se preguntó por qué no sentía dolor ni veía sangre. ¿Por qué sigo viva?

El hombre que estaba sobre las rocas soltó un gruñido de sorpresa y dejó caer el rifle.

—¿Quién me está disparando? —gritó.

—¡Aléjese de ella, Loftus! —ordenó una voz.

—¡Me iba a disparar! ¡Tenía que defenderme!

—Le he dicho que se aleje.

Conozco esa voz. Es Gabriel Dean.

Lentamente, Maura levantó la cabeza y vio que no una sino dos figuras conocidas se acercaban hacia ella. Gabriel mantuvo el arma apuntada contra el hombre que estaba sobre las rocas mientras Anthony Sansone corría hasta Maura.

—¿Te encuentras bien, Maura? —preguntó Sansone.

Ella no tenía tiempo para desperdiciar en preguntas ni para asombrarse por la milagrosa aparición de esos dos hombres.

—Se está muriendo —sollozó—. Ayúdame a salvarlo.

Sansone se dejó caer de rodillas junto al chico.

—Dime qué quieres que haga.

—Voy a descomprimir el pecho. Necesito un tubo, cualquier cosa hueca me servirá... ¡hasta un bolígrafo!

Cogió el cuchillo de Rata y contempló el pecho delgado, las costillas que se destacaban bajo la piel pálida. Aun en esa gélida ladera, Maura sintió que le sudaba la palma mientras juntaba coraje para hacer lo que tenía que hacer.

Encontró el punto, apretó la hoja contra la piel e hizo una incisión en el pecho del muchacho.

TREINTA Y DOS

—Me habría matado —dijo Maura—. Si Gabriel y Sansone no se lo hubieran impedido, ese hombre me habría matado a sangre fría, igual que como le disparó a Rata. Sin hacer preguntas.

Jane miró a su marido, que estaba junto a la ventana, mirando hacia aparcamiento del centro médico. Gabriel no contradijo ni confirmó lo que había dicho Maura, sino que permanecía extrañamente silencioso, dejando que Maura narrara la historia. Con excepción del murmullo de la televisión que estaba sin volumen, la sala de visitas de la UCI estaba en silencio.

—Algo de todo lo que ocurrió allí en la montaña está muy mal —dijo Maura—. Hay algo que no tiene ningún sentido. ¿Por qué estaba tan decidido a matarnos? —Levantó la mirada y Jane apenas reconoció a su amiga en esa cara demacrada y magullada. La piel habitualmente perfecta de Maura estaba surcada de rasguños que estaban cicatrizando. El jersey nuevo que vestía le colgaba sobre el cuerpo y se le veían los huesos de la clavícula en el pecho delgado. Sin ropa elegante ni maquillaje, Maura se veía vulnerable como cualquier mujer y eso inquietaba a Jane. Si hasta la serena y segura Maura Isles podía quedar reducida a esa criatura golpeada, podía sucederle a cualquiera. Hasta a mí.

—Un policía resultó muerto —dijo Jane—. Ya sabes cómo se ponen las cosas cuando muere un agente. La justicia se torna violenta. —Miró de nuevo a su marido, esperando que hiciera algún comentario, pero Gabriel contemplaba en silencio la mañana resplandeciente. Si bien se había duchado y afeitado tras su regreso de la montaña, todavía se veía exhausto y castigado por el viento; sus ojos cansados estaban entornados para protegerse del sol.

—No, él apareció allí con la intención de matarnos —objetó Maura —. Igual que el agente, allí en Doyle Mountain. Creo que todo esto está relacionado con El Reino Celestial. Y lo que yo no debía ver allí.

—Pues ahora ya sabemos qué era —dijo Jane.

El día anterior, habían recuperado el último de los cuerpos de la fosa común. Doce hombres, diecinueve mujeres y diez niños, en su mayoría chicas. La mayoría de ellos no mostraba señales de trauma, pero Maura había visto suficiente en El Reino Celestial como para saber que a las víctimas seguramente las habían llevado por la fuerza a la tumba. La sangre en la escalera, las comidas sin tocar, las mascotas abandonadas... todo hablaba de un asesinato en masa.

—No podían dejar que ninguno de vosotros viviera —dijo Jane—

después de lo que habíais visto en ese poblado.

—El día que me marché del valle, escuché que subía una máquina quita nieve por la montaña —dijo Maura—. Pensé que finalmente venían a rescatarnos. Si hubiera estado allí, con los demás...

—Habrías terminado como ellos —dijo Jane—. Con el cráneo fracturado y el cuerpo carbonizado dentro de la camioneta Suburban. Lo único que tenían que hacer era empujarla al barranco, incendiarla y allí terminaba todo. Un grupo desafortunado de turistas que murió en un accidente, ningún motivo para hacer preguntas. —Jane hizo una pausa. —Temo que te compliqué las cosas.

—¿De qué manera?

—Insistiendo en que seguías desaparecida. Traje ropa tuya para que la olieran los perros rastreadores. Les di todo lo que necesitaban para que empezaran la cacería.

—Estaría muerta ahora —dijo Maura en voz baja—. Si no fuera por el chico.

—Me parece que le has devuelto el favor. —Jane cogió la mano de Maura. Le resultó extraño, pues Maura no era una mujer afecta al contacto físico o los abrazos. Pero no ella no retiró la mano. Parecía demasiado cansada como para reaccionar.

—Todo se aclarará —dijo Jane—. Tal vez tome tiempo, pero estoy segura de que encontrarán suficientes pruebas para relacionar el caso con La Congregación.

—Y con Jeremías Goode.

Jane asintió.

—No podría haber sucedido a menos que él hubiera dado la orden. Pero aun si esa gente tomó veneno de manera voluntaria, sigue siendo asesinato en masa. Porque estamos hablando de niños que no tuvieron opción.

—Y la madre del chico. Su hermana.

Jane negó con la cabeza.

—Si vivían en El Reino Celestial, seguramente estarán entre los muertos. Todavía no han identificado a ninguno. Hoy realizarán la primera autopsia. Todos hablan de cianuro de potasio.

—Como en Jonestown —dijo Maura en voz baja.

Jane asintió.

—Rápido, efectivo y disponible.

Maura levantó la mirada.

—Pero eran sus seguidores. Los elegidos. ¿Por qué de pronto los querría muertos?

—Esa es una pregunta que solo Jeremías puede responder. Y de momento, nadie sabe dónde está.

Se abrió la puerta y entró una enfermera de la UCI.

—¿Doctora Isles? La policía se ha marchado y el chico pregunta

por usted otra vez.

—Deberían dejar en paz al pobre muchacho —dijo Maura mientras se levantaba del sillón—. Ya les he contado todo. —Por un instante, pareció peligrosamente débil e inestable, pero se las arregló para recuperar el equilibrio y salir de la sala detrás de la enfermera.

Jane esperó hasta que la puerta se cerrara y luego miró a su marido.

—Bien; dime qué te preocupa.

Él suspiró.

—Todo.

—¿Qué tal si te pones un poco más específico?

Él se volvió hacia ella.

—Maura tiene razón. Montgomery Loftus tenía toda la intención de matarlos al chico y a ella. No vino con nuestro equipo de búsqueda. Fue lo suficientemente astuto como para adivinar que el chico se dirigiría a la cabaña de Absolem y alquiló un helicóptero para que lo llevara hasta allí. Y esperó para tenderles una emboscada. Si no se lo hubiéramos impedido, los habría matado a ambos.

—¿Por qué?

—Dice que solo quería hacer justicia. Y nadie de aquí cuestiona ese hecho. A fin de cuentas, son sus amigos y sus vecinos.

Y nosotros somos los forasteros entrometidos, pensó Jane. Miró por la ventana hacia el aparcamiento, donde Sansone estaba paseando a Oso. Formaban una extraña pareja, el perro de aspecto salvaje y el hombre con abrigo de cachemira. Pero Oso parecía confiar en él y saltó de buen grado dentro del coche cuando Sansone le abrió la puerta para regresar al hotel.

—Martineau y Loftus —dijo Jane en voz baja—. ¿Hay una conexión entre ambos?

—Tal vez haya una ruta de dinero que seguir. Si a Martineau lo sobornó el Grupo Dalia...

Jane miró a Gabriel.

—Me enteré de que Montgomery Loftus está con problemas de dinero. Le está costando mantener el Rancho Doble L. A él también podrían haberlo comprado.

—¿Para que mate a Maura y a un chico de dieciséis años? —Gabriel negó con la cabeza. —No da la impresión de ser un hombre a quien se puede comprar solo con dinero.

—Tal vez era mucho dinero. Si es así, va a ser difícil de esconder.

Gabriel miró el reloj.

—Creo que es hora de ir a Denver.

—¿A la oficina local del FBI?

—Tenemos una misteriosa compañía fantasma en Maryland. Y mucho dinero dando vueltas. Me da la impresión de que esto es algo

grande, Jane.

—¿No te parece suficiente con cuarenta y un cadáveres?

Él negó con la cabeza con aire sombrío.

—Tal vez eso sea solo la punta del témpano.

TREINTA Y TRES

Maura se detuvo en la puerta del cubículo de la UCI, inquieta ante el espectáculo de todos los tubos y catéteres y cables enroscados alrededor del cuerpo de Rata, una invasión que ningún chico de dieciséis años debería tener que soportar. Pero el ritmo del monitor cardíaco era tranquilizadoramente regular y él ya estaba respirando por su cuenta.

Intuyendo su presencia, abrió los ojos y sonrió.

—Hola, señora.

—Ay, Rata. —Maura suspiró. —¿Algún día vas a dejar de llamarme así?

—¿Cómo debería llamarte?

Me dijiste Mami en una oportunidad. Maura contuvo las lágrimas ante el recuerdo. La verdadera madre del chico estaba casi seguramente entre los muertos, pero ella no tenía la fuerza de darle la noticia. En cambio, se esforzó por devolverle la sonrisa.

—Te doy permiso para llamarme como quieras. Pero me llamo Maura.

Se sentó en la silla junto a la cama y le cogió la mano. Vio lo callosas y marcadas de cicatrices que estaban, con las uñas todavía obstinadamente sucias con tierra. Ella, que no solía abrirse con facilidad ni tocar a nadie, tomó esa mano golpeada en la suya, sin vacilación. Lo sintió natural y apropiado.

—¿Cómo está Oso? —preguntó él.

Maura rió.

—Querrás cambiarle el nombre a Cerdo cuando veas cuánto ha estado comiendo.

—¿Está bien, entonces?

—Mis amigos lo han estado malcriando a morir. Y tu familia de acogida también prometió cuidarlo hasta que vuelvas a casa.

—Ah. Ellos. —Rata apartó los ojos y miró al techo. —Supongo que volveré allí.

A un sitio al que claramente no deseaba regresar. ¿Pero qué alternativa podía ofrecerle Maura? ¿Un hogar con una mujer divorciada que no sabía nada de criar chicos? ¿Una mujer que estaba en una relación furtiva con un hombre al que jamás podría reconocer como su pareja? Era un modelo muy poco ejemplar para un adolescente y ya tenía una vida bastante complicada. Sin embargo, el

ofrecimiento estaba a flor de labios, el ofrecimiento de llevarlo a vivir con ella, de hacerlo feliz, de arreglarle la vida. De ser su madre. Ah, qué fácil era hacer ese ofrecimiento y qué imposible retractarse una vez que estaba hecho. Sé sensata, Maura, pensó. No puedes ni tener un gato, mucho menos criar a un adolescente por tu cuenta. Ninguna autoridad responsable le daría la custodia. El chico ya había conocido demasiados rechazos, demasiadas desilusiones; sería cruel hacer promesas que ella no podría cumplir.

Por lo tanto, no las hizo. Se limitó a tenerlo de la mano y quedarse junto a él hasta que se durmió. Entró la enfermera a cambiar la bolsa de suero y se retiró enseguida. Pero Maura se quedó allí, pensando en el futuro del chico, en el papel realista que ella tenía esperanzas de poder representar en él. De algo estoy segura: no te abandonaré. Siempre sabrás que alguien te quiere.

Unos golpecitos en la ventana la hicieron volverse; vio que Jane le hacía señas.

De mala gana, se alejó de la cama y salió del cubículo.

—Van a comenzar con la primera autopsia —dijo Jane.

—¿De las víctimas de El Reino Celestial?

Jane asintió.

—Acaba de llegar el patólogo forense de Colorado. Dijo que te conoce y quiere saber si te gustaría presenciarla. La va a hacer abajo, en la morgue del hospital.

Maura miró por la ventana y vio que Rata dormía pacíficamente. El niño perdido que seguía esperando que alguien lo reclamara. Volveré. Te lo prometo.

Miró a Jane, asintió y juntas salieron de la Unidad de Cuidados Intensivos.

Cuando llegaron a la morgue, encontraron la antesala llena de observadores, entre los cuales estaban el sheriff Fahey y el Detective Pasternak. La cantidad de víctimas había levantado el perfil del caso, y casi una docena de funcionarios de las fuerzas del orden estatales y del condado se habían reunido para presenciar la autopsia.

El patólogo vio que Maura entraba en la sala y levantó una mano carnosa para saludarla. Hacía dos veranos, ella había conocido al doctor Fred Gruber en una conferencia de patología forense en Maine y él parecía complacido de ver una cara conocida.

—Doctora Isles —dijo con su voz sonora—. Me vendría bien otro par de ojos expertos. ¿Qué le parece si se pone el uniforme y viene conmigo?

—No me parece apropiado —objetó el sheriff Fahey.

—La doctora Isles es patóloga forense.

—No trabaja para el estado de Wyoming. Este caso va a recibir mucha atención y podrían hacer preguntas.

—¿Por qué harían preguntas?

—Porque ella estuvo en ese valle. Es una testigo y podrían acusarla de interferir con las pruebas. Contaminarlas.

—Solo estoy aquí para observar y puedo hacerlo perfectamente bien desde este lado del cristal con el resto de vosotros. Supongo que podremos ver la autopsia en ese monitor? —Señaló la pantalla de televisión montada en la antesala.

—Encenderé la cámara para que todos tengáis una buena visión —dijo el doctor Gruber—. Y os voy a pedir que permanezcáis en esta antesala, con la puerta cerrada, puesto que hay una posibilidad de que estemos frente a envenenamiento con cianuro.

—Pensé que había que tragarlo para enfermarse —comentó uno de los funcionarios.

—Existe la posibilidad de que se liberen gases. El peligro mayor es cuando haga la incisión en el estómago, pues es cuando puede liberarse el gas de cianuro. Mi asistente y yo estaremos protegidos con máscaras con respirador y haré la disección del estómago debajo del extractor. También hemos traído un sensor de gas, que nos alertará de inmediato si detecta ácido cianhídrico. Si no hay gases, tal vez permita la entrada de algunos de vosotros en la sala. Pero tendréis que protegeros con batas y máscaras.

Gruber se vistió con el uniforme, se acomodó la capucha con respirador y pasó por la puerta hacia el laboratorio de autopsias. Su asistente ya lo esperaba allí, vestido de manera similar. Encendieron la cámara y en el monitor, Maura vio la mesa vacía que aguardaba. Gruber y su asistente sacaron de la cámara refrigerada la camilla con el cadáver envuelto en plástico y lo pasaron a la mesa.

Gruber abrió la bolsa plástica.

Por el monitor, Maura vio que el cadáver pertenecía a una chica joven de doce o trece años. Desde que había sido exhumada de la tierra congelada, su carne se había descongelado. Su piel tenía una palidez espectral y el pelo rubio era una corona de rizos húmedos. Gruber y su asistente la desvistieron respetuosamente. Le quitaron el vestido largo de algodón, una enagua hasta la rodilla y unas recatadas bragas blancas. El cadáver desnudo era esbelto como una bailarina y a pesar de los días que había estado enterrada, la joven seguía siendo extrañamente bonita, con la carne preservada por las gélidas temperaturas del valle.

Los funcionarios se apiñaron alrededor del monitor. Mientras Gruber recolectaba sangre, orina y muestras vítreas para pruebas toxicológicas, los ojos de los hombres contemplaban lo que jamás deberían haber visto. Era una violación del pudor de una jovencita.

—La piel está notablemente pálida —estucharon decir a Gruber por el intercomunicador. —No veo ningún enrojecimiento residual.

—¿Eso es importante? —preguntó el detective Pasternak a Maura.

—El envenenamiento con cianuro a veces puede hacer que la piel se enrojezca mucho —respondió ella—. Pero este cadáver ha estado congelado varios días, por lo que no sé si eso lo afectaría.

—¿Qué otra cosa se encontraría en un caso de envenenamiento con cianuro?

—Si se lo ingirió de manera oral, puede corroer la boca y los labios. Se verá en las membranas mucosas.

Gruber ya había introducido un dedo enguantado dentro de la cavidad oral y se inclinó para inspeccionarla.

—Las membranas están secas, pero no hay nada notable. —Miró al público a través del cristal. —¿Podéis ver bien en el monitor?

Maura asintió con la cabeza.

—¿No hay lesiones corrosivas? —preguntó por el intercomunicador.

—Nada.

Jane dijo:

—¿El cianuro no huele como a almendras amargas?

—Llevan máscaras —respondió Maura—. No sentirían ningún olor.

Gruber realizó la incisión en Y y cogió las tijeras para cortar hueso. Por el intercomunicador escucharon los chasquidos de las costillas y Maura vio que varios de los policías súbitamente miraban hacia la pared. Gruber levantó el escudo protector del esternón y las costillas, dejando al descubierto la cavidad torácica, y se dispuso a extirpar los pulmones. Retiró uno de los lóbulos, que chorreaba líquido.

—Se siente bastante pesado. Y veo algo de espuma rosada aquí. —Hizo una incisión en el órgano y brotó líquido.

—Edema pulmonar —dijo Maura.

—¿Qué significa eso? —preguntó Pasternak.

—No es un hallazgo específico, pero puede ser causado por diversas drogas y toxinas.

Mientras Gruber pesaba el corazón y los pulmones, la cámara se mantuvo fija en una toma estática del torso abierto. Ya no estaban mirando a una jovencita núbil. Lo que en un momento podría haber resultado excitante, había sido transformado en pulpa destrozada, una mera carcasa de carne fría.

Gruber volvió a coger el bisturí y sus manos enguantadas aparecieron nuevamente en el monitor.

—Esta maldita máscara protectora se me empaña continuamente —se quejó. —Haré la disección del corazón y los pulmones más tarde. Ahora mismo lo que más me preocupa es qué encontraremos en el estómago.

—¿Qué muestra su sensor? —preguntó Maura.

El asistente dirigió una mirada al monitor GasBadge.

—No marca nada. No detecta cianuro todavía.

—Bien —anunció Gruber—. Aquí es donde las cosas podrían ponerse interesantes. —Miró por la ventana a los espectadores. —Debido a que podría haber cianuro, voy a proceder de manera algo diferente. Normalmente solo extirparía, pesaría y abriría los órganos abdominales. Pero esta vez voy a aislar y grapar el estómago antes de extirparlo en su totalidad.

—Lo va a colocar debajo del extractor antes de abrirlo —explicó Maura a Jane—. Como medida de seguridad.

—¿Es realmente tan peligroso?

—Cuando las sales de cianuro se exponen al ácido gástrico, pueden formar un gas tóxico. Si abres el estómago, liberas ese gas en el aire. Por eso llevan máscaras con respiradores. Y por ese mismo motivo no va a abrir el estómago hasta que esté debajo de un extractor.

A través del cristal pudieron ver cómo Gruber extirpaba el estómago grapado y lo retiraba del abdomen. Lo llevó al gabinete que contenía el extractor y miró a su asistente.

—¿Aparece algo en el monitor GasBadge?

—Nada.

—Bien. Acerca más ese monitor. Veamos qué sucede cuando comienzo a cortar. —Gruber hizo una pausa para estudiar el órgano reluciente, como preparándose para las consecuencias de lo que se disponía a hacer. La campana del extractor le impedía a Maura ver la incisión. Lo que veía era el perfil de Gruber, su cabeza inclinada hacia adelante, los hombros encorvados por la concentración mientras cortaba. Súbitamente se enderezó y miró al asistente.

—¿Y bien?

—Nada. No está captando gases de cianuro ni de cloro ni de amoníaco.

Gruber se volvió hacia la ventana; la máscara empañada le oscurecía la cara.

—No hay lesiones en las mucosas, no hay cambios corrosivos en el estómago. Tengo que concluir que probablemente no estemos ante un envenenamiento con cianuro.

—¿Entonces qué fue lo que la mató? —quiso saber Pasternak.

—En este momento, detective, solo estaría adivinando. Podrían haber ingerido estricnina, pero el cadáver no muestra opistótonos.

—¿Cómo dice?

—Arqueamiento y rigidez anormal de la espalda.

—¿Y esos otros hallazgos en los pulmones?

—El edema pulmonar podría deberse a cualquier cosa, desde opiáceos a fosgeno. No puedo darle una respuesta. Me temo que todo quedará reducido a la prueba de toxicología. —Se quitó la máscara y suspiró, como aliviado de haberse liberado de esa capucha

claustrofóbica. —En este momento lo que pienso es que se trata de una muerte farmacológica. Algún tipo de droga.

—¿Pero el estómago está vacío? —preguntó Maura—. ¿No encontró restos de cápsulas?

—Las drogas podrían haber sido líquidas. O tal vez la muerte fue retrasada. Sedación seguida por asfixia asistida.

—Puerta del Cielo —dijo alguien detrás de Maura.

—Exacto. Como el suicidio en masa de la secta Puerta del Cielo en San Diego —dijo Gruber—. Ingirieron fenobarbital y se cubrieron la cabeza con bolsas plásticas. Se durmieron y nunca despertaron. —Se volvió hacia la mesa. —Ahora que hemos descartado el peligro de gas de cianuro, voy a tomarme mi tiempo. Deberéis tener paciencia. Es más, a muchos de vosotros el resto del procedimiento puede resultaros tedioso, por si preferís marcharos.

—Doctor Gruber, dijo uno de los funcionarios—, ¿cuánto tiempo tomará esta primera autopsia? Hay otros cuarenta cadáveres esperando en el congelador.

—Y no pienso descongelar a ninguno hasta estar completamente seguro de que he hecho todo lo posible por esta jovencita. —Contempló el cadáver con expresión triste. En el abdomen abierto se veían entrañas relucientes y su carne recientemente descongelada chorreaba líquido rosado en el desagüe. Pero su atención parecía estar fija en la cara de la joven. Maura también la miraba, hipnotizada, por el monitor. Tan pálida, tan inocente. Una doncella de nieve, congelada en el umbral de su vida como mujer.

—¿Doctor Gruber? —dijo el asistente—. ¿Se encuentra bien? ¿Doctor?

De inmediato, Maura volvió a concentrarse en la ventana de cristal. Gruber se tambaleaba. Extendió la mano para apoyarse en la mesa, pero sus piernas parecían haberse disuelto debajo de él. Una bandeja con instrumentos cayó ruidosamente al suelo. Gruber se desplomó y dio contra el suelo con un ruido sordo y aterrador.

—¡Ay mi Dios! —El asistente se inclinó junto al cuerpo. —¡Creo que está teniendo una convulsión!

Maura cogió el teléfono más cercano y llamó a la operadora.

—¡Código azul en el laboratorio de autopsias! —informó—. ¡Código azul! —Cuando cortó, vio con horror que tres espectadores ya habían entrado en la sala de autopsias. Jane estaba a punto seguirlos, pero Maura la cogió del brazo y la detuvo.

—¿Qué coños pasa? —dijo Jane.

—Quédate aquí. —Maura cogió una bata de autopsias de un estante y se colocó gruesos guantes de goma. —No permitas que nadie más entre en esa sala.

—¡Pero el tío ese está con convulsiones!

—Después de que se quitó la máscara. —Buscó desesperadamente otra máscara con respirador, pero no vio ninguna en la antesala. No tengo alternativa, pensó. Tengo que actuar rápidamente. Se limpió los pulmones con tres respiraciones profundas y entró en el laboratorio. Gruber había dejado su máscara sobre el gabinete del extractor. Maura la cogió y se la colocó por encima de la cabeza. Escuchó un ruido metálico y vio que uno de los hombres se tambaleaba contra el fregadero.

—¡Todos vosotros, salid de aquí! —gritó mientras sujetaba al hombre y lo ayudaba a llegar a la puerta. —¡Esta habitación es tóxica!

El asistente de la morgue le dirigió una mirada perpleja desde detrás de su máscara.

—¡No comprendo! El monitor GasBadge no ha registrado nada!

Maura se agachó para levantar a Gruber de las axilas, pero era demasiado pesado, imposible de mover.

—¡Cógelo de los pies! —ordenó.

Junto con el asistente, arrastraron a Gruber por el suelo donde habían caído los insturmentos. Para cuando llegaron a la antesala, se había hecho presente el equipo de Código Azul y les estaban colocando máscaras de oxígeno a tres hombres pálidos.

Maura miró a Gruber, cuya cara estaba azulada.

—¡Este hombre no respira! —gritó.

Retrocedió para que el equipo de código azul pudiera dedicarse al paciente. Comenzaron a introducirle oxígeno en los pulmones y le colocaron electrodos cardíacos en el pecho. En el monitor apareció el electrocardiograma.

—Tiene ritmo sinusal. Cincuenta.

—No tiene presión sanguínea. No hay perfusión.

—¡Comienza con las compresiones!

—Estuvo expuesto a algo —dijo Maura—. Algo que había en esa sala.

Pero nadie parecía escucharla a través de la máscara. Ella sentía que le latía la cabeza. Se quitó la capucha con máscara y parpadeó ante las luces que de pronto le parecían demasiado fuertes. El equipo médico estaba completamente dedicado al Código Azul y Fred Gruber tenía el tórax descubierto; su abdomen prominente había quedado expuesto de manera humillante y temblaba con cada compresión cardíaca. Los pantalones de su uniforme quirúrgico emanaban olor a orina.

—¿Tenemos historia clínica de este hombre? —preguntó el médico —. ¿Qué sabemos de él?

—Se desplomó mientras hacía una autopsia —respondió Jane.

—Parece tener cincuenta kilos de sobrepeso. Apuesto a que tuvo un infarto.

—Se ha orinado —dijo Maura.

De nuevo, nadie la escuchó. Era como un fantasma sobrevolando en la periferia; nadie la escuchaba ni le prestaba atención. Se llevó una mano a la cabeza, que le latía con más intensidad que antes y trató de pensar, de concentrarse. De algún modo logró abrirse paso entre el personal médico y se arrodilló junto a la cabeza de Gruber. Le levantó un párpado y estudió la pupila.

Era solo un diminuto punto negro contra el iris celeste.

El hedor a orina brotaba de su cuerpo; Maura miró los pantalones empapados. De pronto escuchó el sonido de arcadas y miró hacia el otro lado de la sala, donde el asistente de la morgue vomitaba dentro del fregadero.

—Atropina —dijo.

—¡Ya tengo una vía! —anunció una enfermera.

—Sigue sin presión sanguínea.

—¿Quieres un goteo de dopamina?

—Necesita atropina —dijo Maura en voz más fuerte.

Por primera vez, el médico pareció percatarse de su presencia.

—¿Por qué? Su ritmo cardíaco no es tan lento.

—Tiene las pupilas contraídas. Y está empapado de orina.

—Sí, y tuvo una convulsión.

—Todos nos descompusimos en esa sala. —Señaló al asistente de la morgue que seguía inclinado sobre el fregadero. —Dele la atropina ahora mismo o lo perderá.

El médico levantó el párpado de Gruber y observó la pupila contraída.

—De acuerdo. Atropina, dos miligramos —ordenó.

—Y tiene que sellar ese laboratorio —dijo Maura—. Deberíamos salir todos al pasillo, para alejarnos lo más posible de esa sala. Hay que llamar a un equipo de materiales peligrosos.

—¿Qué coños pasa? —preguntó Jane.

Maura se volvió hacia ella y ese único movimiento hizo que la habitación comenzara a girar.

—Hay químicos peligrosos allí.

—Pero el medidor GasBadge no registró nada.

—Nada de lo que estaba programado para monitorear. Pero eso no es lo que lo envenenó.

—¿Sabes qué fue, entonces? ¿Sabes qué fue lo que mató a toda esa gente?

Maura asintió.

—Sé exactamente por qué murieron.

TREINTA Y CUATRO

—Los compuestos de organofosforados están entre los pesticidas más tóxicos que se utilizan en la industria agrícola —dijo Maura—. Se absorben por casi todas las vías, incluso a través de la piel y por inhalación. Es probable que así haya sido cómo quedó expuesto el doctor Gruber en la sala de autopsias. Cuando se quitó la máscara e inhaló los vapores. Por fortuna, ha recibido tratamiento adecuado a tiempo y se recuperará. —Miró alrededor de la mesa a los miembros del personal médico y de las fuerzas de la ley que se habían reunido en la sala de conferencias del hospital. No era necesario que agregara que ella había realizado el diagnóstico y le había salvado la vida a Gruber. Ya lo sabían y ahora ella oía una nota de respeto cuando le hablaban, a pesar de ser una forastera.

—¿Eso solo puede provocar la muerte? —preguntó el detective Pasternak—. ¿Realizar la autopsia de un cadáver envenenado?

—Potencialmente sí, si la persona se expone a una dosis letal. Los organofosforados inhiben la enzima que descompone un neurotransmisor llamado acetilcolina. El resultado es que la acetilcolina se acumula en niveles peligrosos. Eso causa que los impulsos nerviosos se disparen descontroladamente por el sistema nervioso parasimpático. Es una tormenta de sinapsis. El paciente transpira y saliva. Pierde el control de los esfínteres. Se le contraen las pupilas y se le llenan los pulmones de líquido. Finalmente tiene convulsiones y pierde el conocimiento.

—No comprendo una cosa —dijo el sheriff Fahey—. El doctor Gruber se sintío mal media hora después de comenzar con la autopsia. Pero el equipo de recuperación forense desenterró cuarenta y un cadáveres, los colocó en bolsas negras y los trasladó al hangar de un aeropuerto. Ninguno de esos trabajadores terminó en el hospital.

El doctor Draper, patólogo del condado, intervino:

—Debo hacer una confesión. Se trata de una información que recibí ayer, pero no pensé que fuera importante hasta ahora. Cuatro miembros de nuestro equipo tuvieron gastroenteritis, o al menos creyeron que era eso.

—Pero nadie se desplomó en el suelo ni murió —dijo Fahey.

—Probablemente porque estaban trabajando con cadáveres congelados. Y además, vestían trajes de protección sobre ropa invernal gruesa. El cadáver de la sala de autopsias fue el primero que se descongeló.

—¿Habría diferencias entre un cadáver congelado y uno

descongelado? —preguntó Pasternak.

Todos miraron a Maura y ella asintió. —A temperaturas más altas, los compuestos tóxicos se aerosolizan con más facilidad. Cuando el cadáver se descongeló, comenzó a liberar gases. El Doctor Gruber debe de haber acelerado el proceso al abrirlo y exponer los fluidos corporales y los órganos internos. No sería el primer médico que sufre los efectos de la exposición a las toxinas de un paciente.

—Un momento. Esto comienza a sonarme familiar —dijo Jane—. ¿No hubo un caso así en California?

—Creo que te refieres al caso de Gloria Ramírez a mediados de la década del 90 —explicó Maura—. Se analizó mucho en las conferencias de patología forense.

—¿Qué sucedió en ese caso? —quiso saber Pasternak.

—Gloria Ramírez era una paciente con cáncer que llegó a Urgencias quejándose de dolor de estómago. Sufrió un paro cardíaco. Mientras el equipo médico la atendía, comenzaron a sentirse mal y varios se desvanecieron.

—¿Fue debido a este mismo pesticida?

—Esa fue la teoría en aquel entonces —dijo Maura—. Cuando realizaron la autopsia, los patólogos se protegieron con trajes especiales. Nunca pudieron identificar la toxina. Pero aquí está lo interesante: a los miembros del personal médico que se desvanecieron mientras la trataban los resucitaron exitosamente con atropina endovenosa.

—La misma droga que se utilizó para salvar a Gruber.

—Exacto.

—¿Cómo de segura está de que estamos ante este organofosforado?

—Habrá que confirmarlo con el informe toxicológico. Pero el cuadro clínico es clásico. Gruber reaccionó bien con la atropina. Y un análisis de sangre inmediato mostró una caída significativa en la actividad de la colinerastasa. Como he dicho, es algo que se da cuando hay envenenamiento con organofosforados.

—¿Es suficiente para decir que es una certeza?

—Se le parece bastante. —Maura miró las caras alrededor de la mesa y se preguntó cuántas de esas personas, además de Jane, estaban dispuestas a confiar en ella. Hacía solamente días, había sido posible sospechosa del asesinato del agente Martineau. Seguramente todavía quedaban dudas en las mentes de todos, aunque nadie las pusiera en palabras. —Es muy probable que los habitantes de El Reino Celestial hayan sido envenenados por un pesticida con organofosforados —dijo —. La pregunta es: ¿fue un suicidio masivo? ¿Homicidio? ¿O un accidente?

Cathy Weiss dejó escapar un sonido de incredulidad. La asistente social había estado sentada en un rincón como si supiera que no la

aceptaban como parte del equipo, aunque el detective Pasternak la había invitado a asistir a la reunión.

—¿Un accidente? —dijo Cathy—. Murieron cuarenta y una personas porque se les ordenó tomar el pesticida. Cuando el Profeta les da una orden a sus seguidores, su única respuesta posible es decir "Sí, señor" y obedecer.

—O alguien podía haber contaminado el agua de sus pozos —sugirió el Dr. Draper—. Lo que lo convertiría en homicidio.

—Haya sido homicidio o suicidio en masa, no tengo dudas de que fue decisión del Profeta —insistió Cathy.

—Cualquiera podría haber envenenado el agua —señaló Fahey—. Podría haber sido un seguidor disgustado; joder, podría haber sido el chico Perkins.

—Jamás haría una cosa así —objetó Maura.

—Lo echaron del valle ¿no? Tenía motivos de sobra para vengarse.

—Sí, claro. —Cathy no se molestó en disimular su desdén ante las palabras de Fahey. —¿Y luego ese chico de dieciséis años solo, sin ninguna ayuda arrastra cuarenta y un cadáveres hasta el extremo del bosque y los entierra con una excavadora? —Soltó una risotada.

Fahey miró primero a Maura y luego a Cathy y habló despectivamente.

—Señoras, obviamente no tienen idea de lo que son capaces los muchachos de dieciséis años.

—Yo sé de lo que es capaz Jeremías Goode —replicó Cathy.

Sonó el teléfono de Pasternak, lo que interrumpió la discusión. Él miró el número en la pantalla y se levantó rápidamente de la silla. —Con permiso —dijo, y abandonó la sala.

Hubo silencio por varios segundos; la tensión de la discusión seguía en el aire.

Jane habló.

—El que lo hizo tenía que tener acceso al pesticida. Debe existir un registro de la compra. Sobre todo en vista de que se trata de una cantidad suficiente como para matar a toda una comunidad.

—La comunidad de Llanura de Ángeles cultiva sus propios alimentos —dijo Cathy—. Se autoabastecen por completo. Es muy probable que tengan pesticidas a mano para los cultivos.

—Lo que no prueba que sean culpables —dijo Fahey.

—Tienen el veneno. Tienen acceso a El Reino Celestial y a su provisión de agua.

—Seguimos sin un motivo. No hay razón por la que Jeremías Goode querría matar a cuarenta y un seguidores.

—Si quiere el motivo, tendrá que preguntárselo a él —replicó Cathy, tajante.

—Pues muy bien, díganos dónde encontrarlo y lo haremos.

—En realidad —intervino Pasternak—, sabemos dónde encontrarlo. —El detective estaba en la puerta, con el móvil en la mano. —Acabo de recibir una llamada de la Policía Estatal de Idaho. Su contacto dentro de La Congregación informa que han visto a Jeremías Goode en el complejo de Llanura de Ángeles. La policía se está movilizando para hacer una redada a primera hora de la mañana.

—Faltan siete horas por lo menos —dijo Jane—. ¿Por qué esperan tanto para hacerla?

—Necesitan mucho personal. No solo policías, sino servicios de protección infantil y trabajadores sociales para encargarse de las mujeres y niños. Si se topan con resistencia, podría ponerse peligroso. —Pasternak miró a Cathy. —Y allí es donde entra usted, señorita Weiss.

Cathy frunció el entrecejo.

—¿A qué se refiere?

—Parece saber más sobre La Congregación que cualquier otra persona.

—Y hace años que estoy intentando advertir a la gente.

—Pues ahora estamos escuchando. Necesito saber cómo podrían reaccionar. Si se pondrán violentos. Necesito saber con exactitud qué esperar. —Miró a los presentes. —Idaho nos está solicitando asistencia. Quieren que nos movilicemos antes del amanecer.

—Puedo estar lista para salir dentro de una hora —dijo Cathy.

—Qué bien —respondió Pasternak—. Vendrá en mi coche. Esta noche, señorita Weiss, usted es mi nueva mejor amiga.

Conducían en la oscuridad; Pasternak iba al volante, Cathy en el asiento del pasajero. Jane iba sola en el asiento trasero. Se trataba de una operación policial, de la que Maura no podía formar parte y Cathy era la única civil invitada a participar.

Mientras viajaban hacia el oeste, Cathy predijo lo que encontrarían en Llanura de Ángeles.

—Las mujeres no os hablarán. Los niños tampoco. Los han entrenado para guardar silencio ante desconocidos. Por lo que no esperéis colaboración de ninguno de ellos, ni siquiera cuando los alejéis del sitio.

—¿Y los hombres?

—Habrán designado un portavoz, elegido por Jeremías para tratar con el mundo exterior. A cambio por su lealtad, gozan de privilegios especiales dentro de la secta.

—¿Privilegios?

—Chicas, detective. Cuanto más fieles son, más novias jovencitas obtienen como recompensa.

—Santo Dios.

—Todas las sectas funcionan de manera similar. Es un sistema de recompensas y castigos. Si haces feliz al Profeta, te permite tener una nueva esposa. Si lo haces enfadar, te aparta de la secta. Estos voceros son hombres de su confianza y no son estúpidos. Conocen la ley y os tratarán de aturdir con detalles legales. Nos demorarán horas en la entrada mientras revisan la orden de allanamiento con lupa.

—¿Irán armados?

—Sí.

—Es probable que sean peligrosos —dijo Jane entre dientes, dese el asiento trasero.

Cathy se volvió hacia ella.

—Se enfrentan a años de cárcel por violar a niñas menores de edad, por lo que sí, yo diría que eso los vuelve peligrosos. Así que espero que todos estéis preparados.

—¿Cómo de grande será el equipo operativo? —preguntó Jane.

—Idaho trae policías de muchas jurisdicciones, tanto estatales como federales. El oficial a cargo es el teniente David MacAfee, de la policía Estatal de Idaho. Nos garantiza que habrá un despliegue masivo de fuerzas.

Cathy soltó un suspiro profundo.

—Por fin va a terminar —susurró.

—Me da la impresión de que está esperando esto hace mucho tiempo —observó Pasternak.

—Así es —dijo Cathy—. Desde hace mucho, mucho tiempo. Me alegro de estar presente cuando suceda.

—Señorita Weiss, sabe que no puede tomar ningún papel activo en esta operación ¿verdad? No quiero que corra peligro alguno. —Miró por encima del hombro a Jane. —Y tal vez sea mejor que usted permanezca también como observadora.

—Pero yo soy policía —objetó Jane.

—De Boston.

—Estuve involucrada con este caso antes de que usted se hiciera cargo.

—No me venga con cuestiones de liberación femenina. Lo único que digo es que este circo le pertenece a Idaho. Se la ha invitado para asesorar y asistir en lo que sea necesario. Si quieren mantenerla fuera del campo de juego, es decisión de ellos. Así es como funciona, Rizzoli, nada más.

Jane se echó hacia atrás en el asiento.

—De acuerdo. Pero para que lo sepa, traje mi arma.

—Pues manténgala dentro de la cartuchera. Si esto se maneja como corresponde, no habrá necesidad de armas. Nuestro objetivo es poner a las mujeres y niños bajo custodia de protección y hacerlo con el mínimo uso de fuerza.

—Un momento. ¿Y Jeremías? —quiso saber Cathy—. Si lo encontráis, lo arrestaréis, ¿no es así?

—De momento, solo para interrogarlo.

—¿Cuarenta y un seguidores muertos no son suficientes para acusarlo?

—No se ha demostrado que sea responsable de esas muertes.

—¿Quién podría serlo, si no él?

—Pues necesitamos más que eso. Necesitamos testigos, alguien que quiera hablar con nosotros. —Miró a Cathy. —Eso es lo que necesito de usted. Que hable con esas mujeres. Que las convenza de cooperar.

—No será fácil.

—Ayúdelas a entender que son víctimas.

—¿Recuerda a las mujeres de Charles Manson? Aun tras años en prisión, seguían siendo las chicas de Charlie, seguían bajo su hechizo. No se puede desprogramar en pocos días lo que te han metido en la cabeza durante años. Y si insisten en regresar al pueblo, no se puede tenerlas en custodia indefinidamente.

—Entonces hacedlo de otra manera —dijo Jane—. Pruebas de ADN a los bebés. Averiguad qué hombres son sus padres. Averiguad si las madres eran menores cuando dieron a luz.

—Eso es como cortar las ramas para matar un árbol —objetó Cathy —. Solamente hay una forma de derribarlo: hay que destruir la raíz.

—Jeremías —dijo Pasternak.

Cathy asintió.

—Encerradlo y arrojad la llave. Sin el Profeta, la secta hace implosión. Porque Jeremíah Goode es La Congregación.

TREINTA Y CINCO

El ejército estaba reunido bajo la nieve que caía como un manto. Jane golpeaba los pies contra el suelo, tratando de darse calor, pero ya sentía los dedos entumecidos y ni siquiera la taza de café caliente que acababa de tomar podía alejar el frío implacable de esa madrugada de Idaho. Si hubiera sido miembro del equipo de la redada, el frío no le habría molestado, pues la adrenalina inmuniza contra incomodidades menores como las temperaturas gélidas. Pero esa mañana, relegada a la categoría de observadora y obligada a quedarse sin hacer nada, sentía que el frío le calaba los huesos. Cathy, de pie a su lado, parecía no notar las condiciones climáticas. Estaba inmóvil, de cara al viento. Jane escuchó el tono elevado de las voces a su alrededor, sintió la tensión en el aire y comprendió que la acción era inminente.

Pasternak se acercó a zancadas desde el grupo de oficiales al mando. Llevaba un receptor y transmisor.

—Avanzaremos en cuanto derriben el portón. —Le entregó la radio a Jane. —Quédese con Cathy. Necesitaremos sus consejos una vez que estemos dentro y usted es su escolta. Así que manténgala a salvo.

Mientras Jane abrochaba la radio a su cinturón, llegó una alerta por el altavoz.

—Tenemos actividad dentro del complejo. Se acercan dos hombres.

Por entre la nieve que caía, Jane vio que se acercaban dos figuras idénticas enfundadas en largos abrigos negros. Se movían sin vacilación, directamente hacia la policía. Para sorpresa de Jane, uno de los hombres sacó un llavero y abrió el portón.

El policía a cargo del operativo se adelantó.

—Soy el teniente MacAfee, de la policía estatal de Idaho. Tenemos una orden de allanamiento de la propiedad.

—No hay necesidad de una orden —respondió el hombre de las llaves. —Podéis entrar todos, sois bienvenidos. —Abrió el portón de par en par.

MacAfee miró a los otros policías, claramente desconcertado por la bienvenida.

El hombre hizo señas a los demás para que entraran.

—Nos hemos reunido en el salón de asambleas, donde hay espacio para todos. Solo pedimos que no desenfundéis las armas, por la seguridad de nuestras mujeres y niños. —Abrió los brazos, como invitando a pasar al mundo entero. —Por favor, pasad. Veréis que no tenemos nada que ocultar.

—Lo sabían —murmuró Cathy—. Joder, se enteraron de que

veníamos. Se han preparado para esto.

—¿Cómo se enteraron? —preguntó Jane.

—Él lo puede comprar todo. Ojos, orejas. Un policía aquí, un político allí. —Miró a Jane. —¿Ve cuál es el problema? ¿Ve por qué nunca tendrá que enfrentarse a la justicia?

—Ningún hombre es intocable, Cathy.

—¡Él sí! Siempre lo ha sido. —La mirada de Cathy se posó en el portón abierto. La policía ya había entrado en el complejo y sus siluetas se desvanecían bajo la nieve que caía. Por la radio, Jane escuchaba la conversación; voces serenas, respuestas pragmáticas.

—La primera construcción despejada...

—Todo despejado en la número tres.

Cathy negó con la cabeza.

—Será más listo que ellos otra vez —dijo—. No saben qué buscar. No pueden ver lo que tienen delante de sus putos ojos.

—No hay armas. Todo despejado.

Cathy observó las figuras distantes que se iban convirtiendo en siluetas espectrales. Sin una palabra, ella también entró por el portón.

Jane la siguió.

Avanzaron entre las filas de construcciones que estaban silenciosas y oscuras, siguiendo las huellas de las botas del equipo policial. Por delante, Jane veía cálida luz de velas dentro del salón de asambleas: se escuchaba música, el sonido de muchas voces unidas en canto. Era un himno dulce y etéreo que se elevaba hacia el cielo sobre notas cantadas por niños. El aroma del humo, la promesa de calor y compañía las atraía hacia el edificio.

Entraron en el salón de asambleas.

Adentro, una multitud de velas iluminaba el vasto espacio. Cientos de personas ocupaban los asientos de madera reluciente. A un lado del pasillo estaban sentadas las mujeres y las niñas en un mar de vestidos en tonos pastel. Del otro lado estaban los hombres y niños, vestidos con camisas blancas y pantalones oscuros. Una docena de policías se había reunido en la parte posterior del salón, desde donde miraban, incómodos, sin saber cómo proceder en lo que claramente era un templo de adoración.

El himno llegó a su fin y las últimas notas se apagaron. En el silencio, un hombre de pelo oscuro salió al escenario y contempló con serenidad a su grey. No vestía como sacerdote ni llevaba ornamentos que lo volvieran distinto ni especial. Se plantó ante ellos vestido con la misma ropa que sus seguidores, pero las mangas de su camisa blanca estaban enrolladas hasta los codos, como si estuviera preparado para dar comienzo a las labores del día. No necesitaba disfraz ni brillos para atraer la atención de la multitud. Su sola mirada, que de tan intensa parecía radioactiva, atraía todos los ojos del salón.

Con que este es Jeremías Goode, pensó Jane. Si bien tenía el pelo entrecano, la melena juvenil, espesa y leonina, le caía casi sobre los hombros. En ese día sombrío de invierno su presencia parecía irradiar un brillo cálido como las llamas que bailaban en el gigantesco hogar de piedra del salón. En silencio, miró a su público y finalmente sus ojos se detuvieron sobre los policías que estaban en el fondo del salón.

—Queridos amigos, pongámonos de pie para recibir a nuestras visitas —dijo. Como si fueran un único organismo, los fieles se pusieron de pie simultáneamente y se volvieron para mirar a los desconocidos.

—Bienvenidos —fue el saludo coral. Todas las caras tenían aspecto limpio y rozagante, todas las miradas eran de ojos muy abiertos e inocentes. Sana y saludable, era la imagen del sitio, el retrato de una comunidad contenta, unida en sus objetivos.

Volvieron a sentarse todos al mismo tiempo. El extraño movimiento coreografiado hizo crujir los bancos simultáneamente.

El teniente MacAfee dijo con voz fuerte:

—¿Jeremías Goode?

El hombre que estaba sobre el escenario asintió con gesto solemne.

—Soy Jeremías.

—Soy el detective David MacAfee, de la policía estatal de Idaho. ¿Podría venir con nosotros, señor?

—¿Puedo preguntar por qué es necesaria esta demostración de fuerza? Sobre todo en este momento de angustia para nosotros?

—¿De angustia, señor Goode?

—¿Por eso habéis venido, verdad? ¿Por las atrocidades cometidas contra nuestros pobres hermanos de El Reino Celestial? —Jeremías miró con gesto sombrío a sus seguidores. —Sí, amigos, lo sabemos ¿no es así? Nos hemos enterado ayer de las terribles noticias de lo que les han hecho a nuestros seguidores. Todo por quienes eran y en qué creían.

En el público hubo movimientos de cabeza y murmullos de triste aprobación.

—Señor Goode —dijo Mac Afee—. Le pediré nuevamente que venga con nosotros.

—¿Por qué?

—Para responder unas preguntas.

—Entonces hágalas aquí y ahora, para que todos escuchen. —Jeremías abrió los brazos en un extravagante ademán hacia sus seguidores. Eso era teatro puro y él estaba en el centro del escenario, con el techo abovedado del salón sobre él y la luz de las ventanas iluminándole la cara. —No guardo secretos ante esta grey.

—No es asunto para un foro público —dijo MacAfee—. Se trata de una investigación criminal.

—¿Acaso cree que no lo sé? —La mirada de Jeremías parecía quemar el aire. —¡Asesinaron a nuestros seguidores en ese valle! Los ejecutaron como ovejas y dejaron sus cuerpos para que los destruyeran y devoraran los animales salvajes!

—¿Eso es lo que escuchó?

—¿No es la verdad, acaso? ¿Que cuarenta y una buenas personas, entre las que había mujeres y niños fueron martirizadas por causa de sus creencias? Y ahora venís aquí y se os invita a cruzar el portón. Vosotros con vuestras armas y vuestro desdén por aquellos que no creen en lo que hacéis.

Mac Afee se movía, incómodo. En el calor del salón, su frente se había perlado de sudor.

—Se lo pediré una vez más, señor Goode. O viene con nosotros por su propia voluntad, o nos veremos obligados a arrestarlo.

—¡Tengo buena voluntad! ¿No acabo de decir que responderé a vuestras preguntas? Pero hacédmelas ahora, donde estas buenas personas puedan escucharos. ¿O acaso teméis que el mundo se entere de la verdad? —Miró a sus seguidores. —Amigos míos, vosotros sois mi protección. Os llamo a ser testigos.

Un hombre del público se puso de pie y gritó:

—¿De qué tiene miedo la policía? ¡Haced vuestras preguntas para que nosotros también podamos escucharlas!

—¡Sí, hacedlas! —coreó la multitud.

—¡Preguntadle aquí mismo!

Se oía el crujir de asientos; la multitud estaba inquieta. Varios hombres se habían puesto de pie. Los policías, nerviosos, paseaban la mirada por el salón.

—¿Entonces se niega a colaborar? —dijo MacAfee.

—Estoy colaborando. Pero si habéis venido aquí a averiguar sobre El Reino Celestial, no puedo ayudaros.

—¿Y a eso lo llama colaborar?

—No tengo respuestas para vosotros, porque no fui testigo de lo que ocurrió.

—¿Cuándo estuvo por última vez en El Reino Celestial?

—En octubre. Cuando me marché, prosperaban y estaban bien provistos para el invierno. Ya estaban cavando para hacer los cimientos de seis casas nuevas. Esa fue la última vez que vi el valle. —Miró a la grey en busca de apoyo. —¿Estoy diciendo la verdad? ¿Alguien de aquí desea contradecirme?

Docenas de voces se elevaron en su defensa.

—¡El Profeta no miente!

Jeremías miró a MacAfee.

—Creo que tiene su respuesta, teniente.

—De ninguna manera —replicó MacAfee.

—¿Lo veis, mis amigos? —dijo Jeremías, mirando a sus seguidores —. ¿Veis cómo profanan la casa de Dios con su ejército y sus armas? —Meneó la cabeza con pesar. —Este espectáculo de fuerza es la táctica de hombres pequeños. —Sonrió a MacAfee. —¿Le ha funcionado, teniente? ¿Se siente más grande, ahora?

La provocación era más de lo que Mac Afee podía soportar; el teniente tensó la espalda.

—Jeremías Goode, queda usted bajo arresto. Y todos estos niños están ahora bajo custodia de protección. Se los escoltará fuera de la propiedad, donde los aguardan autobuses.

Una exclamación de sorpresa se elevó de las mujeres, seguida de un coro de gemidos y sollozos. Todo el salón se puso de pie para protestar. En cuestión de segundos, MacAfee había perdido el control del salón y Jane vio que los policías se llevaban una mano al arma. De manera instintiva, ella hizo lo mismo, mientras la furia crecía y la violencia parecía estar a solo una chispa de distancia.

—¡Amigos míos! ¡Amigos míos! —exclamó Jeremías—. ¡Por favor, tengamos paz. —Levantó los brazos y el salón quedó inmediatamente en silencio. —Muy pronto el mundo sabrá la verdad —proclamó—. El mundo verá que nos hemos comportado con dignidad y compasión. Que cuando nos vimos confrontados por la cara brutal de la autoridad, respondimos con gracia y humildad. —Soltó un profundo suspiro lleno de pesar. —Amigos míos, no tenemos otra opción que obedecer. Y yo no tengo otra opción que someterme a su voluntad. Solo os pido que recordéis lo que habéis visto hoy aquí. La injusticia, la crueldad de las familias desmembradas. —Elevó la mirada como para hablar directamente al cielo. Solo entonces Jane vio que en la galería superior, un seguidor estaba filmando todo el discurso. Todo esto está en cámara. La grabación del martirio de Jeremías Goode. Una vez que el material se desparramara por los medios, el mundo entero se enteraría de esta escandalosa agresión a una comunidad pacífica.

—¡Recordadlo, amigos! —ordenó Jeremías.

—¡Recordaremos! —respondieron los seguidores al unísono.

Él descendió del escenario y caminó tranquilamente hacia los policías. Mientras avanzaba por el pasillo, ante sus atónitos seguidores, el ruido de llanto llenó el salón. Sin embargo, la expresión de Jeremías no era triste: lo que Jane veía en su rostro era una expresión triunfal. Había planeado y orquestado esta confrontación, una escena que se mostraría una y otra vez en los televisores de todo el país. El humilde profeta caminando con serena dignidad hacia sus torturadores. Ha ganado esta ronda, pensó. Tal vez hasta haya ganado la mismísima guerra. ¿Cómo podría condenarlo un jurado cuando él parecía ser la víctima?

Se detuvo delante de MacAfee y levantó los brazos, ofreciendo

sumisamente las muñecas para que lo esposaran. El simbolismo no podía ser más evidente. MacAfee lo esposó y el ruido del metal fue escandalosamente sonoro.

—¿Vais a exterminarnos a todos? —preguntó Jeremías.

—Termine ya con eso —replicó Mac Afee.

—Sabéis muy bien que no tuve nada que ver con lo ocurrido en El Reino Celestial.

—Es lo que averiguaremos.

—¿Sí? No creo que queráis saber la verdad. Porque ya habéis elegido a vuestro villano. — Con la cabeza en alto, Jeremías caminó entre los policías. Pero al acercarse a la salida, de pronto se detuvo, con la mirada fija en Cathy Weiss. Lentamente, sus labios se curvaron en una sonrisa de reconocimiento.

—Katie Sheldon —dijo en voz baja—. Has vuelto a nosotros.

Jane frunció el ceño y miró a Cathy, que se había puesto muy pálida.

—Pero me dijiste que Katie Sheldon era tu amiga —dijo.

Cathy no pareció oírla; tenía los ojos fijos en Jeremías.

—Esta vez se termina —dijo en voz baja.

—¿Terminarse? —Él negó con la cabeza. —No, Katie, esto solo nos hace más fuertes. A ojos del público, soy un mártir.— Miró el pelo desgreñado de ella, la cara demacrada y su expresión se tornó casi de lástima. —Veo que el mundo no ha sido amable contigo. Qué pena que nos dejaste. —Sonrió y se volvió para marcharse. —Pero todos debemos seguir con nuestras vidas.

—¡Jeremías! —Cathy de pronto se colocó detrás de él, con los brazos extendidos hacia adelante. Solo entonces Jane vio lo que tenía en las manos.

—¡Cathy, no! —gritó Jane. En un instante, desenfundó su propia arma. —¡Suéltala! ¡Suelta el arma, Cathy!

Jeremías se volvió y con toda tranquilidad enfrentó el arma que Cathy le apuntaba al pecho. Si sentía miedo, no lo demostraba. A través del galope de su corazón, Jane escuchó exclamaciones en los asientos y pasos desesperados; los seguidores corrían a cubrirse. No tenía dudas de que una docena de armas policiales estarían en posición. Pero Jane mantenía la mirada fija en Cathy. En las manos castigadas por el frío que sostenían el arma. Aunque cualquier policía en esa habitación podría haberle disparado, nadie lo hizo. Todos estaban paralizados ante la idea de derribar a esa mujer joven. Jamás imaginamos que estaría armada. ¿Por qué íbamos a hacerlo?

—Cathy, por favor —dijo Jane en voz baja. Era la que más cerca estaba de la mujer. Casi tan cerca como para estirar el brazo y quitarle el arma, si Cathy quisiera entregársela. —Esto no resuelve nada.

—Claro que sí. Esto le pone fin a todo.

—Para eso están los tribunales.

—¿Los tribunales? —Cathy soltó una risa amarga. —No lo tocarán. Nunca lo han tocado. —Aferró el arma con más fuerza y levantó el cañón de la pistola, pero Jeremías no se movió. Su mirada se mantuvo serena, casi divertida.

—¿Veis, amigos míos? —dijo con voz fuerte—. A esto nos enfrentamos. A la ira irracional y al odio. —Movió la cabeza con pesar y miró a Cathy. —Creo que queda claro para todos los que están aquí que necesitas ayuda, Katie. Yo solo siento amor por ti. Solo he sentido amor por ti, siempre. —Una vez más, se volvió para marcharse.

—¿Amor? —susurró Cathy—. ¿Amor?

Jane vio que los tendones de la muñeca de Cathy se tensaban. Vio que los dedos de la mujer se cerraban, y sin embargo, sus propios reflejos no se activaron. Sus manos se paralizaron alrededor del arma.

La explosión de la pistola de Cathy envió un disparo a la espalda de Jeremías. Él cayó hacia adelante, de rodillas.

La habitación explotó de disparos. El cuerpo de Cathy se sacudió al recibir el granizo de las balas policiales. Su arma cayó al suelo y ella se desplomó. Quedó boca abajo junto al cuerpo de Jeremías Goode.

—¡Alto el fuego! —gritó McAfee.

Hubo dos últimos disparos y el salón quedó en silencio.

Jane se arrodilló junto a Cathy. De entre los seguidores se elevó un gemido de mujer, un aullido agudo y aterrador que ni siquiera parecía humano. Otros se le unieron, un coro de gritos que se tornó atronador cuando cientos de voces se elevaron en demostraciones de dolor por su profeta caído. Nadie lloró por Cathy Weiss. Nadie dijo su nombre. Solo Jane, de rodillas sobre el suelo ensangrentado, se acercó y la miró a los ojos. Solo Jane vio cómo se apagaba la luz en esos ojos cuando el alma de Cathy la dejó.

—¡Asesina! —gritó alguien—. ¡Es una Judas!

Jane miró a Jeremías Goode. Aun muerto, sonreía.

TREINTA Y SEIS

—Su nombre de nacimiento era Katie Sheldon —dijo Jane, mientras ella y Maura se dirigían en coche hacia Jackson—. A los trece años, se convirtió en una de las así llamadas "novias espirituales" de Jeremías; debía someterse completamente a sus deseos. Durante seis años le perteneció a él. Pero de algún modo, logró reunir el valor para escapar. Y huyó de La Congregación.

—¿Fue entonces que se cambió el nombre? —preguntó Maura.

Jane asintió, pero mantuvo la mirada fija en el camino.

—Se convirtió en Catherine Sheldon Weiss. Y dedicó su vida a destruir a Jeremías. El problema es que nadie la escuchaba. Era solo una voz en el vacío.

Maura miraba hacia adelante, a lo que ya le resultaba un camino conocido, un camino que había recorrido todos los días para visitar a Rata en el hospital. Esa sería su última visita. Al día siguiente se cogería el avión a Boston y la despedida le producía angustia. Angustia porque todavía no sabía qué clase de futuro podía ofrecerle, qué promesas podría cumplir. La pequeña Katie Sheldon había sido envenenada por La Congregación. ¿Estaría Rata igualmente dañado? ¿Quería Maura acoger a una criatura tan herida en su hogar?

—Por lo menos esto responde algunas preguntas —dijo Jane.

Maura la miró.

—¿Qué preguntas?

—Sobre el doble homicidio en la hostería Circle B. La pareja que asesinaron en la cabaña del motel. No hubo entrada forzada. El asesino simplemente entró y le destrozó la cabeza al esposo, hasta el punto de dejarlo sin cara.

—Un ataque de furia.

Jane asintió.

—Encontraron el arma en el garaje de Cathy. Un martillo.

—Entonces no hay duda de que fue ella.

—Eso también explica otra cosa que me desconcertaba sobre esa escena del crimen. Había un bebé con vida en la cuna. No solo no la lastimaron, sino que había cuatro biberones vacíos en la cuna. El asesino quería que la niñita sobreviviera. Hasta retiró el letrero de NO MOLESTAR para que el personal de limpieza entrara y encontrara los cadáveres. —miró a Maura. —Parecería tratarse de alguien a quien le importan los niños ¿verdad?

—Una asistente social.

—Cathy seguía de cerca a La Congregación. Se enteraba cuando

algunos venían a la ciudad. Tal vez mató a esa pareja por furia. O tal vez solo trataba de salvar a una niñita. —Jane asintió con aire sombrío. —Al final, salvó a muchas chicas. Todos los niños están bajo custodia de protección. Y las mujeres ya comienzan a abandonar la Llanura de Ángeles. Como predijo Cathy, la secta se desmorona sin Jeremías.

—Pero tuvo que matarlo para que eso sucediera.

—No la voy a juzgar. Piensa en todas las vidas que él destruyó. Incluyendo la del chico.

—Rata no tiene a nadie ahora —dijo Maura en voz baja.

Jane la miró.

—Eres consciente de que trae serios problemas a cuestas.

—Lo sé.

—Antecedentes de delincuencia juvenil. Ha pasado de un hogar de acogida a otro. Y ahora su madre y su hermana han muerto.

—¿Por qué me lo dices, Jane?

—Porque sé que estás pensando en adoptarlo.

—Quiero hacer lo correcto.

—Vives sola. Tienes un trabajo demandante.

—Me salvó la vida. Se merece algo mejor de lo que tiene.

—¿Y tú estás preparada para ser su madre? ¿Para hacerte cargo de todos sus problemas?

—¡No lo sé! —Maura suspiró y contempló los tejados cubiertos de nieve. —Solo quiero hacer que su vida sea diferente.

—¿Y Daniel? ¿Cómo encajará el chico en esa relación?

Maura no respondió, porque ella tampoco sabía la respuesta. ¿Y Daniel? ¿Cómo seguimos ahora?

Cuando se detuvieron en el aparcamiento del hospital, sonó el móvil de Jane. Miró el número y respondió:

—Hola, cariño. ¿Qué ocurre?

Cariño. Con qué facilidad brotaba esa palabra de sus labios, con qué comodidad la decía. Así era como se hablaban dos personas que compartían la cama y la vida, sin importar quién estuviera escuchando. No necesitaban susurrar ni ocultarse en las sombras. Así sonaba el amor cuando salía de la oscuridad y se mostraba al mundo.

—¿El laboratorio está absolutamente seguro de ese resultado? —dijo Jane—. Maura opina lo contrario.

Maura la miró.

—¿Qué resultado?

—Sí, se lo diré. Tal vez pueda explicarlo. Os veremos para la cena. —Cortó y miró a Maura. —Gabriel acaba de hablar con el laboratorio de toxicología de Denver. Hicieron un análisis del contenido del estómago de la chica.

—¿Encontraron organofosforados? —preguntó Maura.

—No.

Maura movió la cabeza, desconcertada.

—¡Pero era un caso clásico de envenenamiento con organofosforados! Estaban presentes todos los indicios clínicos.

—No había productos degradados en su estómago. Si tragó el pesticida deberían haber quedado rastros ¿no?

—Sí.

—Pues no había nada —dijo Jane—. Eso no fue lo que la mató.

Maura guardó silencio; no podía explicar los resultados.

—También se puede absorber una dosis fatal a través de la piel.

—¿ A cuarenta y una personas las rociaron con eso? ¿Te parece probable?

—Ese análisis gástrico no puede estar bien —dijo Maura.

—Lo enviarán al laboratorio del FBI para más pruebas. Pero en este momento, parecería que tu diagnóstico estaba equivocado.

Un camión de insumos médicos entró en el aparcamiento y se detuvo junto al coche de ellas. Maura intentó concentrarse mientras se abrían las puertas traseras del camión y dos hombres comenzaban a descargar tanques de oxígeno.

—Gruber tenía las pupilas contraídas —recordó Maura—. Y reaccionó bien a esa dosis de atropina. —Se irguió en el asiento, más convencida que nunca. —Mi diagnóstico tiene que estar bien.

—¿Qué otra cosa podría causar esos síntomas? ¿Existe algún otro veneno, algo que el laboratorio pueda no haber descubierto?

El ruido de metal hizo que Maura mirara con fastidio a los dos empleados de reparto. Observó los tanques de oxígeno alineados sobre el carro como misiles verdes y de pronto, un recuerdo cayó en su sitio. Algo que había visto en el valle de El Reino Celestial, algo que no había registrado en aquel momento. Al igual que esos tanques, había sido un cilindro, pero era gris y estaba cubierto por una capa de nieve. Pensó en el Código azul en la sala de autopsias y recordó las pupilas contraídas de Fred Gruber y su respuesta a la atropina.

Mi diagnóstico fue casi acertado.

Casi.

Jane abrió la puerta del coche y salió, pero Maura no se movió de su asiento.

—Eh —dijo Jane, volviéndose para mirarla—. ¿No vamos a visitar al chico?

—Tenemos que ir a El Reino Celestial —dijo Maura.

—¿Qué?

—Solo quedan unas horas de luz. Si salimos ahora, podremos llegar antes de que oscurezca. Pero antes debemos detenernos en una

ferretería.

—¿En una ferretería? ¿Por qué?

—Quiero comprar una pala.

—Ya han recuperado todos los cuerpos. No queda nada que buscar allí.

—Tal vez sí. —Maura le hizo un ademán para que subiera al coche —. ¡Venga, vamos! Tenemos que salir ahora mismo.

Jane suspiró y volvió a ubicarse detrás del volante.

—Esto nos hará llegar tarde a cenar. Y todavía no he comenzado a hacer la maleta.

—Es nuestra última oportunidad de ver el valle. Nuestra última oportunidad de entender qué mató a esa gente.

—Pensé que lo tenías todo resuelto.

Maura negó con la cabeza.

—Estaba equivocada.

Subieron por el camino de montaña, el mismo camino por el que Maura había viajado aquel desafortunado día con Doug y Grace, Elaine y Arlo. Todavía podía escuchar sus voces mientras discutían en la Suburban, veía los labios fruncidos de Grace y el optimismo inamovible de Doug mientras insistía con que todo estaría bien si confiaban en el universo. Los fantasmas siguen en esta carretera, pensó. Siguen persiguiéndome.

No nevaba y el camino estaba limpio, pero Maura lo veía como aquel día, oculto por una cortina cegadora de nieve. Aquí, en esta curva, habían hablado por primera vez de regresar. Si solo lo hubieran hecho. Qué distinto habría sido todo si hubieran vuelto a bajar la montaña, si hubieran decidido regresar a Jackson. Podrían haber almorzado en un bonito restaurante, podrían haberse despedido y haber regresado a sus vidas. Tal vez, en un universo paralelo, habían hecho esa elección y en ese universo Doug y Grace y Arlo y Elaine seguían vivos.

El letrero de CAMINO PRIVADO apareció más adelante. No había montañas de nieve ni cadena que impidiera el acceso. Jane giró y Maura recordó caminar junto a esos mismos pinos, siguiendo a Doug; Arlo arrastraba la maleta de Elaine. Recordó el ardor de la nieve contra la cara y la oscuridad que los iba envolviendo.

Los fantasmas también estaban allí.

Pasaron el letrero de El Reino Celestial y cuando comenzaron a bajar por el camino del valle, Maura divisó los cimientos carbonizados y la fosa excavada. Sobre la nieve se veían restos de cinta policial que salpicaban de color el paisaje.

Las ruedas del coche de Jane crujieron sobre el hielo cuando llegaron a la primera casa carbonizada.

—Encontraron los cadáveres todos enterrados juntos, allí —dijo Jane, señalando el pozo que seguía abierto en la nieve—. Si queda algo que descubrir por aquí, no quedará a la vista hasta la primavera.

Maura abrió la puerta y salió del coche.

—¿Dónde vas? —preguntó Jane.

—A caminar. —Maura cogió la pala que acababa de comprar en la ferretería.

—Pero te he dicho que ya han revisado esta zona.

—¿Pero han revisado el bosque? —Pala en mano, Maura camino por la calle de casas quemadas; el hielo crujía debajo de sus botas. Por todas partes veía señales de que el personal policial ya había peinado esa zona, desde la nieve pisoteada a huellas de neumáticos, colillas de cigarrillos y trocitos de papel sobre la nieve. El sol caía y se llevaba la última luz del día. Maura avanzaba rápido, dejando atrás el caserío quemado para dirigirse hacia los árboles.

—¡Espérame! —dijo Jane.

Maura no recordaba exactamente por dónde Rata y ella se habían metido en el bosque. Las huellas de las raquetas de nieve habían desaparecido debajo de la siguiente nevada. Avanzó en la dirección general en la que habían huido de los hombres y del perro rastreador. No había traído raquetas de nieve y cada paso que daba le resultaba trabajoso pues la nieve le llegaba a la rodilla. Detrás de ella, oía que Jane se quejaba en voz alta, pero Maura seguía avanzando, arrastrando la pala; el corazón le martillaba en el pecho por el esfuerzo. ¿Se habría adentrado demasiado en el bosque? ¿Habría pasado junto al sitio sin verlo?

De pronto se abrieron los árboles y vio el claro delante de ella, la nieve amontonada sobre los escombros y materiales de construcción. La excavadora seguía aparcada en un extremo; Maura vio los esqueletos de casas nuevas sin terminar. Allí estaba el sitio donde había caído tras hundirse en un montículo de nieve. Donde había quedado atrapada, sin poder defenderse del perro rastreador. Lo vio todo otra vez y el pulso se le aceleró ante los recuerdos. El perro abalanzándose sobre ella. Su aullido de sorpresa cuando Oso lo interceptó en el aire.

Todas las huellas de la batalla de los perros habían desaparecido debajo del polvo fresco, pero Maura todavía podía distinguir el hueco en la nieve donde ella había caído, veía los contornos elevados de los escombros ocultos debajo del manto blanco.

Hundió la pala en uno de los montículos y arrojó a un lado la nieve.

Jane finalmente la alcanzó y llegó, jadeando, al claro en el bosque.

—¿Por qué cavas aquí?

—Vi algo aquí antes. Podría no ser nada y podría serlo todo.

—Vaya, eso sí que responde a mi pregunta.

Maura arrojó a un lado otra palada de nieve.

—Solo tuve un atisbo, pero si es lo que creo que es... —De pronto, la pala dio contra algo sólido. Algo que hizo un ruido metálico ahogado por la nieve. —Podría ser esto. —De rodillas, comenzó a quitar nieve con las manos enguantadas.

Poco a poco comenzó a aparecer el objeto, liso y curvo. No podía liberarlo porque estaba congelado sólidamente contra los escombros debajo. Maura siguió quitando nieve, pero la mitad del objeto quedaba fuera de vista, encajado en hielo. Lo que había dejado expuesto era un extremo de un cilindro gris de metal, rodeado por dos franjas pintadas, una verde y una amarilla. Estampado sobre el cilindro estaba el código D568.

—¿Qué es eso? —dijo Jane.

Maura no respondió. Siguió quitando nieve y hielo para dejar expuesta más superficie del cilindro. Jane se arrodilló para ayudarla. Aparecieron más números, estampados en verde.

2011-42-114

155H

M12TAT

—¿Tienes alguna idea del significado de esos números? —preguntó Jane.

—Supongo que deben de ser números de serie o algo así.

—¿De qué?

De pronto se quebró una parte del hielo y Maura vio las letras que habían quedado al descubierto.

VX GAS

Jane frunció el ceño.

—VX. ¿Eso no es un gas nervioso o algo así?

—Es exactamente eso —respondió Maura en voz baja y se sentó sobre los talones, atónita. Miró hacia la excavadora en el extremo del claro. Los pobladores estaban edificando casas nuevas, pensó. Habían limpiado los árboles y estaban excavando los cimientos para nuevas construcciones. Preparando el valle para las familias nuevas que se mudarían a El Reino Celestial.

¿Sabían que había una bomba de tiempo enterrada en ese suelo, en el suelo que estaban cavando y revolviendo?

—Lo que mató a esa gente no fue un pesticida —dijo Maura.

—Pero dijiste que coincidía con el cuadro clínico.

—También lo hace el agente nervioso VX. Mata de forma idéntica a la de los organofosforados. El VX afecta las mismas enzimas, causa los mismos síntomas, pero es mucho más potente. Es un arma química diseñada para ser dispersada a través del aire. Si liberas el gas en una zona baja... —Maura miró a Jane. —Convertirías este valle en una zona de muerte.

El gruñido del motor de una camioneta hizo que ambas se pusieran de pie de un salto. Nuestro coche está aparcado en plena vista, pensó Maura. Quienquiera que haya llegado ya sabe que estamos aquí.

—¿Traes tu arma? —preguntó Maura—. Por favor, dime que sí.

—La dejé en el maletero del coche.

—Tienes que ir a buscarla.

—¿Pero qué coños pasa?

—¡De esto se trata todo! —Maura señaló el tubo semienterrado de gas VX. —No hubo pesticidas. No hubo suicidio en masa. Fue un accidente. Estas son armas químicas, Jane. Deberían haberse destruido hace décadas. Es probable que hayan estado enterradas aquí durante años.

—Entonces La Congregación... Jeremías...

—Él no tuvo nada que ver con el motivo por el que murió esta gente.

Jane miró a su alrededor mientras procesaba la información.

—El Grupo Dalia, la compañía fantasma que sobornó a Martineau... Esto tiene algo que ver con ellos ¿no?

Oyeron el ruido de una rama al quebrarse.

—¡Escondámonos! —susurró Maura.

Ambas se adentraron en el bosque justo cuando Montgomery Loftus apareció en el claro. Llevaba un rifle, pero apuntaba hacia el suelo, y se movía con la tranquilidad de un cazador que todavía no ha divisado a su presa. Las huellas de ambas estaban por todo el claro y no podría pasar por alto los indicios de su presencia. Lo único que tenía que hacer era seguir las huellas hasta donde estaban ocultas entre los pinos. Pero él pasó por alto lo obvio y se dirigió al pozo que Maura acababa de cavar. Vio el cilindro expuesto. La pala que Maura había dejado allí.

—Si entierras algo durante treinta años, con el tiempo se corroerá —dijo—. El metal se torna frágil. Si le pasas por encima accidentalmente con una excavadora o lo aplastas contra una roca, se fracturará. —Levantó la voz como si los árboles fueran su público. —¿Qué crees que sucederá si le disparo una bala a esto ahora mismo?

Solo entonces Maura vio que el rifle apuntaba al tubo de gas. Permaneció inmóvil, temiendo hacer algún ruido. Por el rabillo del ojo, vio que Jane se adentraba lentamente en el bosque, pero ella no podía moverse.

—El gas VX no tarda demasiado en matarte —dijo Loftus—. Es lo que me dijo el contratista hace treinta años, cuando me pagaron para que me deshiciera de él. Podría tardar algo más para dispersarse en un día frío como hoy. Pero en un día cálido, se dispersa rápidamente. El viento lo desparrama, entra en las casas por las ventanas abiertas. —Levantó el arma y apuntó al tubo.

Maura sintió que el corazón le daba un vuelco. Un disparo del arma dispersaría una nube de gas tóxico del que no podrían escapar. Como tampoco pudieron hacerlo los residentes de El Reino Celestial aquel día inusualmente cálido de noviembre en el que habían abierto sus ventanas y sus pulmones. La muerte había entrado y se había llevado rápidamente a sus víctimas: niños que jugaban, familias reunidas para la cena. Una mujer en la escalera, cuya caída la había dejado desangrándose al pie de los escalones.

—¡No! —dijo Maura—. Por favor. —Salió de detrás del árbol. No podía ver dónde estaba Jane; solo sabía que Loftus ya se había percatado de su presencia y que ella tampoco podría escapar de su bala. Pero el rifle no le apuntaba a ella, sino al cilindro. —Hacer eso es suicida —dijo.

Él esbozó una sonrisa irónica.

—Es la idea general, señora, puesto que no veo la forma de que esto termine bien para mí. Ya no. Es mejor esto que ir a la cárcel. —Miró hacia el caserío destruido de El Reino Celestial. —Cuando tengan los resultados finales de las pruebas toxicológicas de los cadáveres, sabrán qué los mató. Y vendrán a este valle en busca de lo que debería haber seguido enterrado. No les llevará mucho tiempo venir a golpear a mi puerta. —Soltó un suspiro pesado. —Hace treinta años, nunca imaginé que... —El rifle bajó más hacia la bombona.

—Usted puede corregir la situación, señor Loftus —dijo Maura, luchando por mantener la voz serena. Razonable. —Puede contarles la verdad a las autoridades.

—¿La verdad? —Él resopló con fastidio. —La verdad es que necesitaba el maldito dinero. El rancho lo necesitaba Y el contratista necesitaba una forma barata de deshacerse de esto.

—¿Convirtiendo el valle en un basural tóxico?

—Fuimos nosotros los que pagamos para que se fabricaran estas armas. Usted y yo y todos los demás contribuyentes estadounidenses. ¿Pero qué se hace con las armas químicas cuando ya no se las puede utilizar?

—Deberían haberse incinerado.

—¿Acaso cree que los contratistas del gobierno han construido los modernos incineradores que prometieron? Era más barato llevarse esto lejos y enterrarlo. —Loftus paseó la mirada por el claro. —No había nada aquí en aquel entonces, solo un valle desierto y un camino de tierra. Jamás pensé que algún día, aquí vivirían familias. Ellos no tenían idea de lo que había en su tierra. Una sola bombona habría alcanzado para matarlos a todos. —Bajó la mirada otra vez hacia el cilindro. —Cuando los encontré, en lo único que podía pensar era en hacer desaparecer esos cadáveres.

—Entonces los enterró.

—El contratista envió a su gente para hacerlo. Pero llegó la tormenta de nieve.

Y aparecimos nosotros. Los turistas desafortunados que se toparon con un poblado fantasma. La misma tormenta de nieve había varado a Maura y su grupo en El Reino Celestial, donde vieron demasiado, descubrieron demasiado. Habríamos revelado todo.

Una vez más, Loftus levantó el rifle y apuntó a la bombona.

Presa de pánico, Maura dio un paso hacia él.

—Podría solicitar inmunidad —dijo.

—No hay inmunidad por matar a personas inocentes.

—Si declara contra el contratista...

—Ellos son los que tienen dinero. Y abogados.

—Puede dar nombres.

—Ya lo he hecho. Hay un sobre en mi camioneta. Tiene números, fechas, nombres. Todos los detalles que recuerdo. Espero que sea suficiente para destruirlos. —Su mano se cerró alrededor del rifle y Maura se paralizó y dejó de respirar. ¿Dónde estás, Jane?

El ruido de ramas alertó a Maura.

Loftus también lo oyó. En ese instante, cualquier duda que hubiera podido tener desapareció. Bajó la mirada hacia el cilindro.

—Esto no resuelva nada, Loftus —dijo Maura.

—Resuelve todo —replicó él.

Jane apareció desde el bosque, sujetando la pistola con ambas manos, apuntándole a Loftus.

—Suelte el arma —le ordenó.

Él la miró con una expresión extrañamente impertérrita. La cara de un hombre al que ya no le importaba lo que pudiera suceder.

—Es su jugada, detective —dijo él—. Conviértase en heroína.

Jane dio un paso hacia él, con el arma firme como una roca.

—Esto no tiene que terminar así.

—Es solo una bala —dijo Loftus. Se volvió hacia la bombona y levantó el arma para disparar.

La explosión desparramó un chorro de sangre sobre el suelo blanco.

Por un segundo, Loftus pareció quedar suspendido como un nadador antes de zambullirse en el océano. El rifle cayó de su mano. Lentamente, se desplomó hacia adelante y quedó tendido con la cara contra la nieve.

Jane bajó el arma.

—Joder —murmuró—. ¡Me forzó la mano!

Maura se dejó caer junto a Loftus y lo giró de espaldas. Todavía estaba consciente y la miró, como para memorizar su cara. Fue la última imagen que vio antes de que la luz abandonara sus ojos.

—No tenía opción —dijo Jane.

—No, no la tenías. Y él lo sabía. —Lentamente, Maura se puso de pie y se volvió hacia el desaparecido poblado de El Reino Celestial. Y pensó: ellos tampoco tuvieron opción, esas cuarenta y una personas que murieron aquí. Tampoco la tuvieron Douglas y Grace, Elaine y Arlo. La mayoría de nosotros anda por la vida sin saber cómo o cuando moriremos.

Pero Montgomery Loftus había tomado su decisión. Había elegido morir ese día, a manos de una bala policial, en ese sitio envenenado.

Despacio, Maura soltó el aire y la nube blanca de su aliento caracoleó en el atardecer como otra alma liberada en el valle de los fantasmas.

TREINTA Y SIETE

Daniel estaba en la pista, esperando para recibirlos cuando el avión privado de Sansone carreteó hasta la terminal aérea ejecutiva. El mismo viento fuerte que había retrasado el vuelo a Massachusetts azotaba el abrigo negro de Daniel y le alborotaba el pelo, pero él soportaba estoicamente las ráfagas violentas mientras el avión se detenía y bajaban la escalera.

Maura fue la primera en salir.

Bajó los escalones directamente hacia los brazos de él. Hace solamente semanas, se habrían saludado con un discreto beso en la mejilla, un abrazo casto. Habrían esperado a estar tras puertas y cortinas cerradas antes de besarse. Pero hoy era la vuelta a casa para Maura, su regreso de los muertos y Daniel la apretó contra él sin vacilar.

Sin embargo, aun mientras él la abrazaba, mientras murmuraba jubilosamente su nombre y le besaba la cara, el pelo, ella era consciente de las miradas de sus amigos. Consciente, también de su propia incomodidad ante el hecho de que lo que había intentado ocultar durante tanto tiempo estuviera ahora en plena vista.

No fue el viento helado sino la sensación de que la miraban lo que hizo que Maura se apartara de Daniel demasiado rápido. Tuvo un atisbo de la cara oscura e indescifrable de Sansone y vio que Jane se volvía, incómoda, para no mirarla a los ojos. Puedo haber regresado de los muertos, pensó Maura, ¿pero acaso ha cambiado algo? Sigo siendo la misma mujer y Daniel sigue siendo el mismo hombre.

Fue Daniel quien la llevó a su casa.

En la oscuridad de su dormitorio, se desvistieron mutuamente, como habían hecho tantas veces antes. Él le besó las magulladuras, los rasguños que ya estaban cicatrizando. Le acarició todos los huecos, todos los sitios donde sus huesos ahora resaltaban demasiado. Mi pobre amor, cuánto peso has perdido, le dijo. Cómo la había echado de menos. Cómo la había llorado.

Todavía no había amanecido cuando Maura despertó. Se incorporó en la cama y lo observó dormir mientras afuera, la noche se retiraba, y guardó en la memoria la cara de Daniel, el sonido de su respiración, sus caricias y su olor. Cada vez que él pasaba la noche con ella, la madrugada siempre traía tristeza pues significaba que él se marcharía. En esa mañana la volvió a sentir y la asociación fue tan intensa que se preguntó si alguna vez podría volver a ver un amanecer sin sentir una punzada de desesperación. Eres mi amor y mi infelicidad, pensó. Y yo

soy lo mismo para ti.

Se levantó de la cama, fue a la cocina y preparó café. Lo tomó de pie ante la ventana mientras la luz del día se intensificaba, revelando un jardín escarchado. Pensó en aquellas mañanas frías y silenciosas en El Reino Celestial, donde finalmente se había enfrentado a la verdad sobre su propia vida. Estoy atrapada en mi propio valle nevado. Soy la única que puede rescatarme.

Terminó su café y volvió al dormitorio. Se acurrucó junto a Daniel, lo miró abrir los ojos y sonreírle.

—Te amo, Daniel —dijo—. Siempre te amaré. Pero es hora de que nos digamos adiós.

TREINTA Y OCHO

CUATRO MESES MÁS TARDE

Con la bandeja del almuerzo en las manos, Julian paseó la mirada por la cafetería de la escuela y buscó una mesa vacía, pero todas estaban ocupadas. Vio que otros alumnos lo miraban y notó la velocidad con la que apartaban los ojos, temiendo que él confundiera sus miradas con una invitación. Entendía bien el significado de esos hombros obstinadamente encorvados. No era sordo ante las risitas ni los susurros.

Dios, qué bicho raro que es.

La secta debe de haberle aspirado el cerebro.

Mi mamá dice que debería estar en una cárcel para delincuentes juveniles.

Julian finalmente vio una silla vacía y se sentó; los otros chicos de la mesa huyeron de inmediato como si él fuera radioactivo. Tal vez lo era. Tal vez emitía rayos de muerte que mataban a todos los que amaba, a cualquiera que lo amara a él. Comió rápido, como un animal salvaje que teme que le roben la comida; tragó el pavo y el arroz con unos pocos bocados hambrientos.

—¿Julian Perkins? —dijo un maestro con voz fuerte—. ¿Julian Perkins está en la cafetería?

El chico se encogió al sentir que todos se volvían para mirarlo. Quería meterse debajo de la mesa donde no pudieran encontrarlo. Cuando un maestro grita tu nombre en la cafetería, es cualquier cosa menos una buena noticia. Los otros alumnos lo señalaban, divertidos; el señor Hazeldean se acercó a él, con su corbata de moño y su ceño fruncido habitual.

—Perkins.

Julian agachó la cabeza.

—Sí, señor —susurró.

—El director quiere verte en su despacho.

—¿Qué he hecho?

—Seguramente sepas la respuesta a esa pregunta.

—No, señor, no la sé.

—¿Entonces por qué no vas a averiguarla?

Julian abandonó de mala gana su postre de chocolate intacto, llevó la bandeja hasta la ventana para platos sucios y echó a andar por el pasillo hacia el despacho del director Gorchinski. De verdad no sabía qué había hecho mal. Todas las otras veces... pues, sí. No debería haber llevado su cuchillo de caza a la escuela. No debería haber tomado prestado el coche de la señora Pribble sin su permiso. Pero esta vez, no podía pensar en ninguna infracción que explicara el aviso.

Cuando llegó al despacho de Gorchinski, ya tenía lista su disculpa para usos múltiples. Sé que fue una estupidez, señor. No volveré a hacerlo, señor. Por favor no vuelva a llamar a la policía, señor.

La secretaria del director Gorchinski apenas lo miró cuando entró.

—Puedes pasar directamente a su despacho, Julian —dijo—. Te están esperando.

Están. En plural. Esto se ponía cada vez peor. La secretaria con cara de póquer, como siempre, no dijo nada, solo siguió tecleando en su teclado. Fuera de la puerta de Gorchinski, Julian se preparó para cualquier castigo que lo estuviera esperando. Es probable que lo merezca, pensó, y entró en el despacho.

—Ahí estás, Julian. Tienes visitas —dijo Gorchinski. Sonreía. Esto era algo nuevo y diferente.

El chico miró a las tres personas que estaban sentadas frente a Gorchinski. Ya conocía a Beverly Cupido, su nueva asistente social; ella también sonreía. ¿Por qué tantas caras amistosas, hoy? Lo ponían nervioso, porque sabía que los golpes más crueles a menudo llegaban con una sonrisa.

—Julian —dijo Beverly—. Sé que has tenido un año muy difícil. Has perdido a tu madre y a tu hermana. Y has pasado por muchos interrogatorios sobre el agente de policía. Y también sé que sufriste una desilusión cuando la doctora Isles no fue aprobada como madre de acogida.

—Ella quería tenerme —dijo Julian—. Dijo que podía vivir con ella en Boston.

—Esa no era una situación adecuada para ti. Para ninguno de los dos. Tenemos que evaluar las circunstancias y pensar en tu bienestar. La doctora Isles vive sola y tiene un trabajo muy demandante, que a veces la obliga a ausentarse de noche. Estarías solo demasiado tiempo, sin ningún tipo de supervisión. No es el tipo de arreglo que necesita un chico como tú.

Un chico que debería estar en un instituto juvenil, era lo que ella quería decir.

—Por eso han venido a verte estas personas —dijo Beverly, señalando al hombre y la mujer que se habían puesto de pie para saludarlo—. Para ofrecerte una alternativa. Representan al Colegio

Evensong de Maine. Un muy buen colegio, debo decir.

Julian reconoció al hombre como alguien que lo había ido a visitar cuando estaba en el hospital. Aquellos habían sido días de mucha confusión, en los que había estado aturdido por los calmantes; por su habitación habían pasado detectives, enfermeras y asistentes sociales. No recordaba el nombre del hombre, pero decididamente recordaba esos ojos como láser, que ahora estaban fijos en él con tanta intensidad que él sintió que todos sus secretos quedaban al descubierto. Desconcertado por esa mirada, Julian se concentró, en cambio, en la mujer.

Tendría poco más de treinta años y era delgada, con pelo castaño hasta los hombros. Si bien vestía de manera conservadora con traje de falda gris, no había forma de ocultar el hecho de que era muy sexy. La posición que había adoptado, con una cadera esbelta hacia afuera y la cabeza ladeada con actitud traviesa le daban un extraño aura de punk callejero.

—Hola, Julian —dijo la mujer. Sonriendo, le tendió la mano para estrechar la de él, como si estuviera saludando a un par. A un adulto. —Me llamo Lily Saul. Enseño los clásicos. —Se detuvo al ver su expresión desconcertada. —¿Sabes a qué me refiero con eso?

—Lo siento, señora. No.

—Es historia. La historia de la antigua Grecia y Roma. Cosas fascinantes.

Él agachó la cabeza.

—Obtuve un Insuficiente en Historia.

—Tal vez yo pueda cambiar eso. ¿Has montado alguna vez en una carroza, Julian? ¿Has esgrimido una espada española, o la espada del ejército romano?

—¿Hacéis eso en vuestra escuela?

—Todo eso y más. —Ella vio que el mentón de él se levantaba con repentino interés y rió. —¿Ves? La historia puede ser mucho más divertida de lo que pensabas. Solo hay que entender que se trata de personas y no solo de fechas y tratados aburridos. Somos una escuela muy especial, en un sitio muy especial. Muchos campos y bosques, para que puedas traer a tu perro si quieres. ¿Entiendo que se llama Oso?

—Sí, señora.

—También tenemos una biblioteca que cualquier universidad nos envidiaría. Y maestros que están entre los mejores del mundo en sus disciplinas. Es una escuela para alumnos con talentos especiales.

Julian no sabía qué decir. Miró a Gorchinski y a Beverly. Ambos asentían con expresiones de aprobación.

—¿Te parece que el colegio Evensong podría interesarte? —preguntó Lily—. ¿Qué podría ser una escuela a la que te gustaría

asistir?

—Disculpe, señora —dijo Julian—. ¿Está segura de que está hablando con el Perkins indicado? En esta escuela también hay un Billy Perkins.

Un destello divertido brilló en los ojos de la mujer.

—Estoy segurísima que estoy hablando con el Perkins indicado. ¿Por qué pensarías que no eres la persona que buscamos?

Julian suspiró.

—La verdad es que mis calificaciones no son muy buenas.

—Lo sé. Hemos visto tu expediente.

Julian volvió a mirar a Beverly, preguntándose cuál era la trampa. Por qué le estaban ofreciendo semejante privilegio.

—Es una gran oportunidad —dijo su asistente social—. Un internado con estándares académicos de los más altos. Una beca completa. Solo tienen cincuenta alumnos, por lo que recibirías mucha atención.

—¿Pero entonces por qué me quieren a mí?

Su pregunta quedó colgando un instante sin respuesta. El que finalmente respondió fue el hombre.

—¿Me recuerdas, Julian? —dijo—. Nos hemos conocido.

—Sí, señor. —Julian se encogió bajo la mirada penetrante del hombre—. Vino usted a verme al hospital.

—Estoy en la junta directiva del Colegio Evensong. Es un colegio en el que creo firmemente. Un colegio para alumnos únicos. Jóvenes que han demostrado ser extraordinarios de alguna manera.

—¿Yo? —El chico rió, incrédulo. —Yo soy un ladrón. Se lo han dicho, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Me he metido en casas. He robado cosas.

—Lo sé.

—Maté a un agente de policía. Le disparé.

—Para sobrevivir. Es un talento, sabes. Saber sobrevivir.

La mirada de Julian se posó en la ventana. Abajo se veía el patio de la escuela, donde grupitos de alumnos se apiñaban en el frío, riendo y cotilleando. Jamás seré parte de su mundo, pensó. Jamás seré uno de ellos. ¿Existe algún sitio al que pueda pertenecer?

—El noventa y nueve por ciento de los adolescentes no habrían sobrevivido a lo que te tocó a ti —dijo el hombre—. Gracias a ti, mi amiga Maura está viva.

Julian miró al hombre con repentina comprensión.

—Esto es por ella ¿no es así? Maura le ha pedido que me aceptara.

—Sí. Pero también lo estoy haciendo por el Colegio Evensong. Porque pienso que serás un valor para nosotros. Un valor para... —Se interrumpió. En ese silencio estaba la verdadera respuesta. Una

respuesta que el hombre decidió en ese momento no revelar. En cambio, sonrió. —Disculpa. No me he presentado como corresponde ¿verdad? Me llamo Anthony Sansone. —Le tendió la mano. —¿Puedo darte la bienvenida a Evensong, Julian?

El chico miró a Sansone, tratando de leerle los ojos. Tratando de comprender lo que no decía. El director Gorchinski y Beverly Cupido sonreían sin tener idea de nada, sin sentir la extraña corriente de tensión que había en la habitación, un zumbido inaudible que le decía que había más detrás del Colegio Evensong de lo que Lily Saul y Anthony Sansone le estaban revelando. Y que su vida estaba a punto cambiar.

—¿Y bien, Julian? —dijo Sansone. Su mano seguía extendida.

—Me llamo Rata —dijo el muchacho. Y estrechó la mano del hombre.

AGRADECIMIENTOS

Escribir es una profesión solitaria, pero yo disto mucho de estar sola. Tengo la suerte de contar con la ayuda y el apoyo de mi esposo, Jacob; de mi agente literaria, Meg Ruley y de mi editora, Linda Marrow. Les debo también un agradecimiento a Selina Walker de Transworld; a Brian McLendon, Libby McGuire y Kim Hovey de Ballantine; y al animado y maravilloso equipo de la Jane Rotrosen Agency.

Table of Contents

Cover Page
Frío glacial
—
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE

TREINTA Y OCHO
AGRADECIMIENTOS